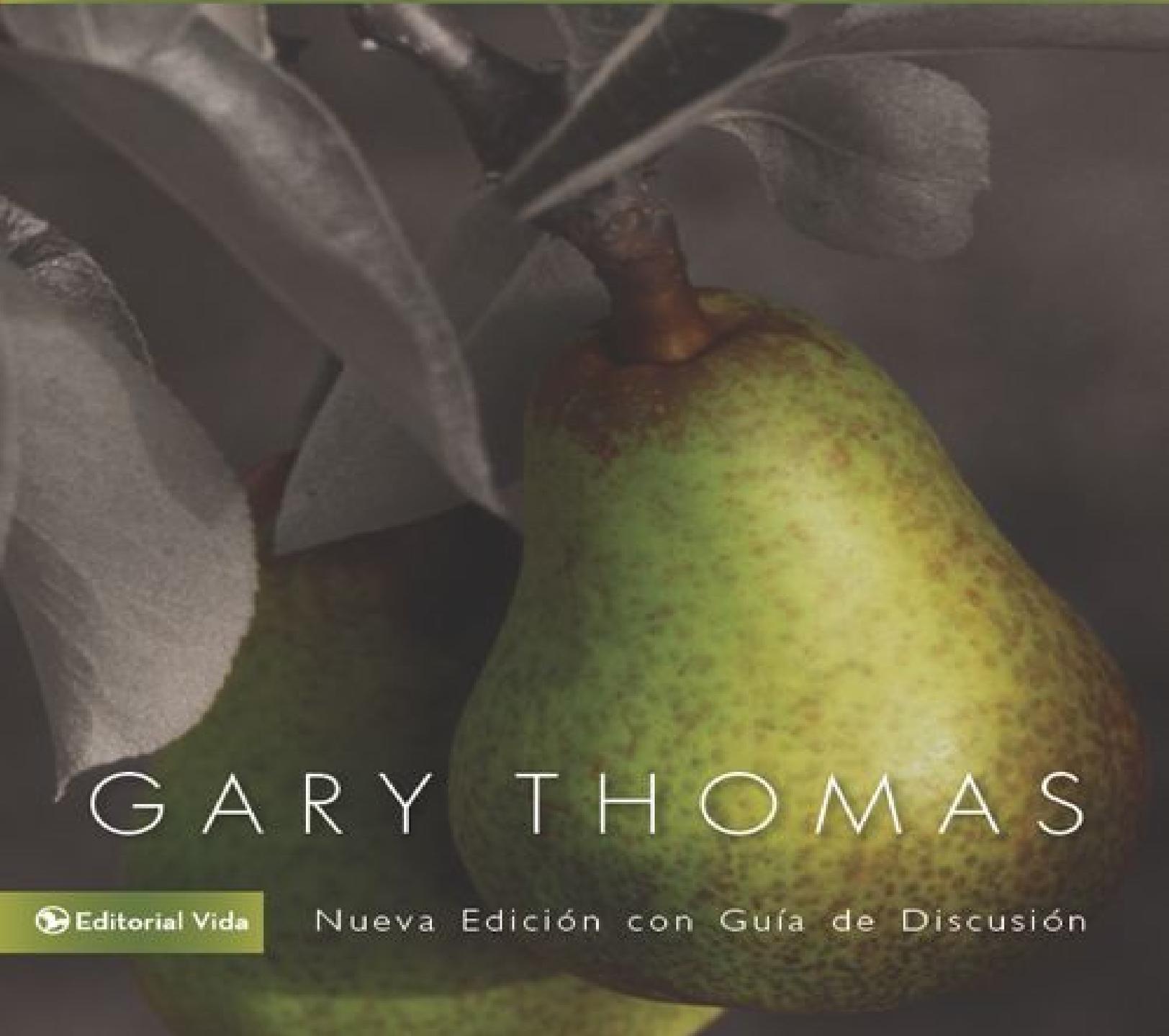


# MATRIMONIO SAGRADO

DISEÑADO POR DIOS, NO SOLO PARA HACERNOS  
FELICES, SINO PARA ACERCARNOS MÁS A ÉL.



GARY THOMAS

 Editorial Vida

Nueva Edición con Guía de Discusión

# MATRIMONIO SAGRADO

DISEÑADO POR DIOS, NO SOLO PARA HACERNOS FELICES, SINO PARA ACERCARNOS MÁS A  
ÉL.



# GARY THOMAS

Nueva Edición con Guía de Discusión

*Para Lisa*

# CONTENIDO

Cover

Title Page

Dedication

1. El mayor reto del mundo

*Un llamado a la santidad más que a la felicidad*

2. Hallemos a Dios en el matrimonio

*Las analogías maritales nos enseñan verdades sobre Dios*

3. Aprendamos a amar

*Cómo el matrimonio nos enseña a amar*

4. Santo honor

*El matrimonio nos enseña a respetar a los demás*

5. El abrazo del alma

*El buen matrimonio alienta la buena oración*

6. Cómo nos purifica el matrimonio

*Cómo el matrimonio expone nuestro pecado*

7. La historia sagrada

*La formación de la disciplina espiritual de la perseverancia*

8. La lucha sagrada

*Abrazar la dificultad para forjar el carácter*

9. Cáigase hacia delante

*El matrimonio nos enseña a perdonar*

10. Hazme un siervo

*El matrimonio puede crear en nosotros un corazón de siervo*

11. Santos sexuales

*La sexualidad marital puede ofrecer revelaciones espirituales y desarrollo del carácter*

12. Sagrada presencia

*Cómo el matrimonio puede hacer que estemos más conscientes de la presencia de Dios*

13. Misión sagrada

*El matrimonio puede desarrollar nuestro llamado, misión y propósito espiritual*

Epílogo: La santa pareja

Notas

Guía de discusión  
About the Author  
Reconocimientos  
Copyright  
About the Publisher  
Share Your Thoughts

UNO

## EL MAYOR RETO DEL MUNDO

UN LLAMADO A LA SANTIDAD MÁS QUE A LA FELICIDAD

De todos modos cástate. Si consigues una buena esposa, llegarás a ser feliz. Si consigues una mala, llegarás a ser un filósofo.

SÓCRATES

Al igual que todo aquello que no es resultado involuntario de la emoción efímera sino de la creación del tiempo y la voluntad, cualquier matrimonio, feliz o infeliz, es infinitamente más interesante que cualquier romance, por apasionado que este sea.

W.H. AUDEN

Voy a hacer una incisión quirúrgica.

Los historiadores no saben con seguridad quién fue el primer médico que llevó a cabo este pensamiento, pero la práctica revolucionó la medicina. La disposición de hacerle una incisión quirúrgica a un cadáver, despellejarlo, halar el cuero cabelludo del cráneo, cortar un hueso a la mitad y literalmente sacar, examinar y hacer una gráfica de los órganos de su interior, fue el primer paso crucial que se dio para descubrir cómo realmente funciona el cuerpo humano.

Durante miles de años los médicos han especulado sobre lo que sucede dentro del cuerpo humano, pero en realidad ha habido una renuencia e incluso aversión a analizar un cadáver. Algunos hombres se abstuvieron de hacerlo por convicciones religiosas; otros no podían sobreponerse al acto espeluznante de abrir un tórax. Aunque ocasionalmente algunas almas valientes se aventuraran a dirigir su mirada penetrante dentro de un cadáver, no fue sino hasta el período del Renacimiento (aproximadamente entre los siglos XIV al XVI) que los médicos europeos comenzaron a abrirlos rutinariamente.

Y, al hacerlo, desaparecieron los antiguos conceptos erróneos. En el siglo XVI a Andreas Vesalius se le otorgó un suministro disponible de cadáveres de criminales que le permitieron contradecir definitivamente las suposiciones sobre la anatomía humana que durante mil años o más habían quedado sin cuestionar. Las gráficas anatómicas de Vesalius llegaron a ser muy valiosos, pero no podía dibujarlos sin antes hacer una incisión.

---

*Este es un libro que enfoca su mirada en cómo podemos utilizar los retos, los goces, las luchas y las celebraciones del matrimonio para acercarnos más a Dios y a hacer que crezca nuestro carácter cristiano.*

---

Quiero hacer algo similar en este libro, solo que desde un punto de vista espiritual. Abriremos numerosos matrimonios, los analizaremos, descubriremos qué está realmente sucediendo y luego exploraremos cómo podemos sacar sentido, profundidad y crecimiento espiritual de los desafíos que yacen en su interior. No intentamos dar respuestas sencillas tales como: tres pasos para obtener comunicación más íntima, seis pasos para hallar una vida amorosa más emocionante o cosas por el estilo, porque el propósito de este libro no es decirle cómo tener un matrimonio más feliz. Este es un libro que enfoca su mirada en cómo podemos utilizar los retos, los goces, las luchas y las celebraciones del matrimonio para acercarnos más a Dios y hacer que crezca nuestro carácter cristiano.

Seguimos lo que un gran escritor cristiano, Francisco de Sales, escribió aproximadamente en el siglo XVII. Por ser un guía espiritual dotado, muchas veces las personas le dirigían sus correspondencias para inquirir sobre asuntos espirituales. Una mujer escribió muy afligida y quebrantada porque quería casarse a toda costa mientras que otra persona amiga la alentaba a permanecer soltera insistiendo en que sería «más santo» para ella cuidar de su padre y luego consagrarse como célibe a Dios tras la muerte de su padre.

De Sales calmó a la atribulada joven diciéndole que en un sentido, lejos de ser una transigencia con la entrega a Dios, el matrimonio podría ser el ministerio más difícil que pudiera alguna vez emprender. «El estado del matrimonio requiere más virtud y constancia que cualquier otro», le escribió. «Es un ejercicio perpetuo de mortificación ... De esa planta de tomillo, a pesar de la naturaleza amarga de su jugo, usted podrá extraer miel y convertirla en una vida santa».<sup>1</sup>

Nótese que de Sales habla respecto a la «naturaleza amarga» esporádica del «jugo» del matrimonio. Para beneficiarnos espiritualmente del matrimonio tenemos que ser sinceros; tenemos que considerar nuestros desconciertos, nuestras actitudes desagradables y confrontar nuestro egoísmo. También

tenemos que deshacernos del concepto de que las dificultades del matrimonio se pueden vencer si sencillamente oramos más fervorosamente o aprendemos unos cuantos principios sencillos. La mayoría de nosotros ha descubierto que esos «pasos sencillos» dan resultado solo en el ámbito superficial. ¿Por qué? Porque hay una cuestión más profunda a la cual necesitamos dirigirnos y que va más allá de cómo podemos «mejorar» nuestro matrimonio: ¿Y qué si Dios hubiera diseñado el matrimonio para que fuera «difícil»? ¿Y si Dios hubiera tenido el objetivo de ir más allá de nuestra felicidad, nuestra comodidad y nuestro deseo de ser infatuados y felices como si el mundo fuera un lugar perfecto?

---

*¿Y si Dios hubiera diseñado el matrimonio para hacernos más santos que felices?*

---

*¿Y si Dios hubiera diseñado el matrimonio para hacernos santos más que felices? ¿Y si, como sugiere de Sales, debemos aceptar el «jugo amargo» porque de este podemos aprender a extraer los recursos necesarios para fabricar «la miel de una vida santa»?*

## La artimaña del romanticismo

Si esto parece ser un punto de vista sobre el matrimonio radicalmente diferente, es importante recordar que los antiguos desconocían el mismo concepto del «amor romántico» que tanto se celebra hoy en las películas, los cantos y los libros de encuadernación barata. Había excepciones —una de las cuales se leía meramente en el Cantar de los Cantares—, pero por lo general, el concepto de que el matrimonio debe incluir pasión, realización y emoción es un desarrollo relativamente reciente en la escala de la historia de la humanidad que hizo su entrada hacia fines del siglo XI.<sup>2</sup>

C.S. Lewis, cuyos contemporáneos vieron como algo «peculiar» su matrimonio con una mujer enfermiza, explicó que los cambios monumentales en el pensamiento cultural tales como el desarrollo del amor romántico son «muy raros» —solo dos o tres aparecen registrados en la historia— pero creo que estos ocurren y que este (el amor romántico) es uno de ellos.<sup>3</sup>

Eso *no* quiere decir que el romance en sí o el deseo de tener más romance sea necesariamente malo; los buenos matrimonios se esfuerzan para conservar un sentido de romance. Pero la idea de que un matrimonio puede sobrevivir solo a base de romance o de que los *sentimientos* románticos son más importantes que cualquier otra consideración al momento de escoger un cónyuge, ha llevado al naufragio a muchos barcos maritales.

El romanticismo ha recibido un gran realce de parte de los poetas de la Era Romántica del siglo XVIII —Wordsworth, Coleridge y Blake— a quienes les suceden en la literatura Byron, Shelley y Keats. Esos poetas alegaban apasionadamente que uno cometía un crimen contra sí mismo al casarse por cualquier razón que no fuera por «amor» (lo que definían en gran parte como el sentimiento y la emoción), pero las vidas de muchos de ellos eran parodias de irresponsabilidad y tragedia.

Uno de los escritores que acogió con fervor este concepto romántico fue el novelista sensual D.H. Lawrence, cuyo lema era: «¡No tendré nada que ver con *debo* y *debería*!» Lawrence se enamoró de Frieda Weekley, una mujer casada, y procuró cortejarla para ahuyentarla de su esposo, tal como su «amor» le demandaba que hiciera. Como parte de sus bajas intenciones, Lawrence le envió una nota a Frieda proclamando que ella era la mujer más maravillosa de toda Inglaterra.

Casada y con tres hijos, después de sufrir un par de romances, la señora Weekley, percibiendo la emoción de Lawrence, le respondió fríamente que era obvio que él no había conocido a muchas mujeres inglesas.<sup>4</sup>

A principios de ese siglo Katherine Anne Porter se lamentaba de cómo

durante siglos «el amor romántico se había introducido muy furtivamente en el lecho matrimonial llevando consigo los absurdos conceptos sobre el amor semejante a una eterna primavera, y los del matrimonio como una aventura personal cuyo propósito es ofrecer felicidad personal». La realidad de la condición humana es tal que, según Porter —y estoy de acuerdo con ella— debemos «salvar nuestros fragmentos de felicidad» de los sufrimientos inevitables de la vida.

En su sorprendente y revelador ensayo sobre el matrimonio, escrito en 1940 con el curioso título: «*The Necessary Enemy*» [El enemigo necesario], Porter explora cuidadosamente las alturas y profundidades del matrimonio haciendo las siguientes observaciones sobre una joven novia:

Esta joven muy contemporánea se halla frente al dilema más antiguo y desagradable del matrimonio. Está consternada, horrorizada, llena de culpabilidad y presentimientos porque poco a poco está descubriendo que es capaz de odiar a su marido, a quien ama fielmente. En verdad lo odia a veces feroz y misteriosamente de la misma manera tan terrible en que muchas veces odió a sus padres, sus hermanos y hermanas a quienes amaba cuando niña ...

Pensó que había superado todo eso, pero allí estaba de nuevo, un elemento de su propia naturaleza que no podía o temía no controlar. Tendría que esconder de su esposo, si pudiera, la misma mancha de sus sentimientos que también escondió de sus padres y sin duda por la misma razón deshonrosa y egoísta: quería retener su amor.

Sobre todo, quiere que él esté absolutamente seguro de que ella lo ama porque esa es la realidad, no importa cuán irrazonable parezca, y no importa cómo en ocasiones sus sentimientos los traicionan a ambos. Ella depende desesperadamente de su amor.

Con solo un punto de vista romántico del matrimonio en el cual apoyarse, Porter advierte que una joven puede perder su tranquilidad. Teme que su matrimonio vaya a fallar porque ... a veces siente una dolorosa hostilidad hacia su marido, y no puede admitir esa realidad, ya que, según su modo de ver, de ser así esto arruinaría su punto de vista en cuanto a lo que debería ser el amor.<sup>5</sup>

El amor romántico nunca tiene elasticidad; si se estira, sencillamente se hace añicos. En cambio, el amor maduro, el necesario para tener un buen matrimonio, *se debe* estirar, ya que la condición pecaminosa del ser humano es tal que todos nosotros tenemos emociones conflictivas. Porter explica sobre la joven “El odio de ella es tan real como su amor”. Esa es la realidad del

corazón humano, la inevitabilidad de que dos personas pecadoras juren vivir juntas durante el resto de sus vidas a pesar de todas sus faltas.

Las bodas nos llaman a vivir nuestros más altos y mejores ideales que de hecho resultan ser casi imposibles. Así es como *queremos* vivir. Pero el matrimonio nos recuerda la realidad diaria de vivir como seres humanos pecadores en un mundo radicalmente quebrantado.

Ascendemos hacia el amor, pero muy frecuentemente descendemos hacia el odio.

---

*El amor romántico nunca tiene elasticidad; si se estira,  
sencillamente se hace añicos.*

---

Cualquier punto de vista maduro y espiritualmente sensible debe edificarse sobre el fundamento del amor maduro más bien que del romanticismo. Pero esto inmediatamente nos arroja hacia una búsqueda contracultural.

En su obra clásica titulada *The Screwtape Letters* [Cartas a un diablo novato] C.S. Lewis ridiculiza con sarcasmo la obsesión de nuestra cultura con el romanticismo. El demonio veterano, Screwtape, goza en su malicia diciendo: “Los seres humanos que no tienen el don de [la abstinencia sexual] pueden dejar de buscar en el matrimonio una solución porque no se hallan «enamorado», y gracias a nosotros la idea de casarse por cualquier otro motivo parece ser vulgar y cínica. Sí, piensan eso. Consideran la intención de jurar lealtad a un compañero —o compañera— para ayudarse mutuamente, para la preservación de la castidad, y para la procreación, como algo más vulgar que una tormenta de emoción».<sup>6</sup>

Creo que la mayoría de los que hemos estado casados durante cualquier período sustancial nos damos cuenta de que la romántica montaña rusa del noviazgo finalmente se nivela a semejanza de una autopista en las llanuras del medio oeste: largos y llanos campos con puentes ocasionales. Cuando esto sucede, las parejas responden de diferentes maneras. Muchos rompen sus relaciones y tratan de recrear el romance apasionado con otra persona. Otras parejas descienden a un tipo de guerrilla marital, un drama de poder pasivo-agresivo al culparse uno al otro de insatisfacción personal o por falta de emoción. Algunas parejas deciden sencillamente “llevarse bien”. Incluso otras pueden optar por buscar un significado más profundo, una verdad espiritual escondida en la intimidad reforzada de la situación marital.

---

*Las bodas nos llaman a vivir nuestros más altos y mejores ideales  
que de hecho resultan ser casi imposibles.*

---

Podríamos huir de los desafíos del matrimonio —como hicieron los médicos con respecto al cuerpo humano que rehusaron abrir los cadáveres y ver lo que realmente estaba sucediendo— o podríamos admitir que estos desafíos se presentan en cada matrimonio y se nos pide que los enfrentemos. Si hallamos que los mismos tipos de retos se presentan en cada matrimonio, podríamos suponer que Dios diseñó un propósito en este reto, el cual trasciende algo tan ilusorio como lo es la felicidad.

---

*La romántica montaña rusa del noviazgo finalmente se nivela a semejanza de una autopista en las llanuras del medio oeste.*

---

Este libro trata de encontrar ese propósito y ese significado: aprender en los retos del matrimonio cómo descubrir las oportunidades de aprender más sobre Dios, aumentar nuestro conocimiento de él y aprender a amarlo más.

Numerosas parejas casadas nos abrieron sus vidas en este libro, así que me imagino que sea justo ser el primero en anatomizar mi propio matrimonio.

## Un compromiso inesperado

Con frecuencia Lisa y yo nos preguntamos qué habría sucedido si ella hubiera dicho «Sí».

Aún salíamos juntos cuando una tarde libre, durante un retiro del ministerio universitario, le pedí a Lisa que se uniera a un grupo nuestro en una ronda de juego de golf con un Frisbee.

«No», dijo Lisa. “En vez de eso creo que iré a caminar».

Hacía poco tiempo que ella había vuelto de un viaje misionero durante el verano en México, y se suponía que este retiro fuera la ocasión para que Lisa y yo nos volviéramos a reunir. Nos conocíamos desde que cursábamos los primeros años de la secundaria y durante casi un año habíamos estado saliendo juntos ... la situación se estaba poniendo “seria”. Sin que Lisa lo supiera, yo le había pedido a mi mejor amigo, Rob Takemura, que comenzara a orar para saber si yo debía pedirle a Lisa que se casara conmigo. Y sin yo saberlo, Lisa y su madre se habían pasado la tarde del sábado de la semana anterior mirando vestidos de novia «por si acaso» alguna vez lo necesitara.

Me sentí algo frustrado porque Lisa no estaba cooperando conmigo, así es que le dije:

—Bueno, entonces tampoco yo jugaré golf Frisbee.

—Puedes ir —dijo ella—. No me importa caminar sola.

—No, iré contigo —le dije.

En ese momento ninguno de nosotros se dio cuenta, pero esa variación de actividad iba a cambiar nuestras vidas.

Caminamos por la orilla del río, nos adentramos en un valle imponente en las afueras del Parque Nacional de Glaciar y hablamos durante casi cuarenta y cinco minutos. De repente dejé de tirar las piedras por la superficie del agua y virtualmente, sin pensarlo, le dije a Lisa:

—Me quiero casar contigo.

Lisa se quedó boquiabierta.

—¿Me estás proponiendo matrimonio? —preguntó asombrada. Asentí con la cabeza y tan asombrado como ella. Lisa se acercó a mí y me abrazó.

—¿Quiere eso decir que me aceptas? —pregunté. Y ella también asintió afirmativamente.

—¡Vaya! —dijo tras un breve momento—. Imagínate si hubiera accedido a jugar con el Frisbee.

Nos reímos de eso y luego experimentamos uno de los momentos más intensos emocionalmente que jamás haya conocido. Hubo una extraña y casi mística unión de dos almas. Algo estaba sucediendo dentro, a través y

alrededor de nosotros que reemplazaba cualquier tipo de conexión física. Era como algo más profundo, más significativo y más asombroso que cualquier otra experiencia que hubiéramos tenido alguna vez.

Durante los próximos nueve meses hicimos nuestros planes como cualquier pareja comprometida. Hablamos de misiones, familia, seminario, de servir a Dios, de todo. Fue un tiempo intenso, y muchas veces orábamos diciendo: «Señor, a donde quiera que desees enviarnos, estamos dispuestos a ir; somos tuyos».

Nunca dormimos juntos hasta la noche de nuestra boda, así es que nuestra luna de miel fue una experiencia más bien embriagadora. Pero una vez terminada esta, la realidad comenzó a aparecer como una densa niebla en Seattle.

---

*¿De qué nos sirve estar casados si ahora te veo menos que cuando nos comprometimos?*

---

Yo planeaba ahorrar dinero para asistir al seminario, así que vivimos nuestros primeros meses en una pequeña casita que nos ofreció un amigo de la familia. Salí para el trabajo dos días después de llegar y Lisa se quedó perdida en una pequeña comunidad en medio de la nada y comenzó a llorar.

Era un día soleado, así es que me llamó al trabajo y me pidió que si era posible llegara a casa temprano para dar una vuelta por la orilla del lago. Pensé que estaba loca.

—¡No puedo dejar el trabajo solo porque haya buen tiempo!, — protesté —. Además, ¡acabo de empezar!

—Entonces, ¿de qué nos sirve estar casados si ahora te veo menos que cuando nos comprometimos?, —se quejó.

—Es verdad, ¿de qué sirve?

Pasaron diez años. Tuvimos tres hijos pequeños, dos de los cuales usaban pañales. Yo trabajaba en un ministerio cristiano y aún estábamos «apenas pasándola» financieramente, metidos en un apartamento al norte de Virginia. Estábamos a punto de comenzar nuestro ritual de los viernes en la noche: lavar la ropa y ver un vídeo alquilado de la tienda Blockbuster.

—¿Qué quieres mirar? —le pregunté a Lisa al tomar mis llaves y dirigirme hacia la puerta de la calle.

—Oh, ¿qué te parece una comedia romántica? —respondió.

Me encogí de miedo. Los últimos tres vídeos que habíamos visto juntos eran comedias románticas. Pensé que me moriría si tenía que ver a otra pareja tan bella que no existe en la vida real, conocerse y enamorarse en circunstancias imposibles y extremadamente improbables para luego

comenzar a pelear y pasar los próximos sesenta minutos volviéndose a enamorar.

Suspiré, me volví y miré a Lisa. «Lo siento», dije. “No puedo hacer eso. Por lo menos necesito ver estallar un edificio y el choque de un carro. Después de esto, veré si puedo encontrar algo que le añada un poco de romance».

---

*«¿Cuándo cambió «Por favor, Dios, transforma el mundo mediante nosotros» a “veremos a Arnold Schwarzenegger o a Julia Roberts”?»*

---

Di tres pasos hacia afuera de la puerta y luego pensé: «¿Cuándo cambió: «Por favor, Dios, transforma el mundo mediante nosotros” a “veremos a Arnold Schwarzenegger o a Julia Roberts”?» No recordaba ver alguna bifurcación en el camino o letreros de luces fosforescentes que apuntaran en esa dirección, pero de algún modo, sucedió en algún lugar.

Recordé la intensidad de la noche en la que nos comprometimos; la gozosa exploración de nuestra luna de miel; el formulario preliminar que llené en una organización misionera; la experiencia de traer a mi primer hijo a casa. Pero ahora, diez años más tarde, hemos «evolucionado» para ver los viernes por la noche a otras personas enamorarse según las maquinaciones de los libretos de Hollywood.

---

*¿Qué es eso que se llama matrimonio? ¿Cómo es que terminé así?  
¿No tiene más propósito que este?*

---

Esa noche no recibí respuesta alguna, pero al mirar con sinceridad mi situación, desperté abruptamente a la realidad. ¿Qué es eso que se llama matrimonio? ¿Cómo es que terminé así? ¿No tiene más propósito que este?

## «No es bueno que el hombre se case»

Llegué a ser cristiano a temprana edad. En realidad, apenas recuerdo algún momento en que Dios no estuviera activo y yo no estuviera consciente de su presencia en mi vida. Por este motivo sentí atracción hacia Jesús desde mis primeros años. Sin embargo, me atraía algo más que Jesús. También recuerdo cuando las muchachas me empezaron a atraer. ¡En el *kindergarten* perdí la chaveta por una muchachita trigueña! La primera vez que en realidad tomé las manos de una muchacha fue en quinto grado. Tina y yo patinábamos en el parque de patinaje mientras ambos nos ruborizábamos al escuchar las melodías armoniosas de los *Carpenters* que nos describía bien: "*I'm On Top of the World*" [Estoy en la cima del mundo]. ¡Y en verdad me sentía así!

A medida que crecía estos dos movimientos —uno hacia Jesús y otro hacia el sexo femenino— a veces creaban en mí una tensión inquietante. El hombre a quien más admiraba, la persona cuyo carácter deseaba moldear en mi vida y a quien deseaba expresar mi consagración, era un hombre *soltero*.

Hasta donde puedo recordar, estaba plenamente consciente de la perenne tradición del celibato, de monjes y monjas que vivían consagrados a Dios jurando abstenerse del matrimonio y del sexo. En parte deseaba abrazar esa idea; quería estar «vendido» para Cristo; y en la universidad sostuve una lucha con las palabras del apóstol Pablo: «Es mejor no tener relaciones sexuales [casarse]» (1 Corintios 7:1, nvi).<sup>7</sup>

A propósito, Hay mucho en la historia cristiana que ha considerado extraoficialmente —pero a veces agresivamente— que los creyentes casados son «cristianos de segunda categoría», que han transigido ante su integridad o que eran demasiado débiles para contener sus impulsos sexuales. Agustín pensó que era bondadoso al escribir, refiriéndose al intento de la procreación: “Las relaciones maritales sacan algo bueno de lo malo de la lascivia». <sup>8</sup> Aunque la Biblia es confiable e incluso infalible, la historia cristiana no lo es y existen prejuicios infundados.

Indudablemente Pedro, el «primer papa», estaba casado. (¡Jesús no habría sanado a la suegra de este si no hubiera tenido una esposa!) Pero también hay evidencias en la Biblia (1 Timoteo 5:9-12) de que durante el primer siglo las viudas jóvenes ya estaban haciendo votos de celibato. En el año 110 d.C. los célibes podían hacer votos que reflejaban los votos matrimoniales. Esto se institucionalizó un poco más de modo que para el tercer siglo los votos de celibato de por vida no estaban fuera de lo común. En el cuarto siglo estos se conmemoraban con una celebración litúrgica completa.<sup>9</sup>

Aunque el cristianismo nació del judaísmo —religión en la que el

matrimonio se consideraba un deber religioso (un rabí sugirió: el hombre que no se casa no es un hombre completo<sup>10</sup>)—, no pasó mucho tiempo antes de que escasamente tomaran en consideración a los creyentes casados y así siguió siendo durante siglos de escribir acerca de la «teología espiritual» (que estudia cómo los creyentes cristianos crecen en su fe, aprenden a orar y se acercan a Dios). Durante siglos esto permaneció así. La mayoría de la literatura clásica cristiana fue escrita *por* monjes y monjas *para* los monjes y las monjas. Los casados podían, al menos débilmente, tratar de simular una sola búsqueda de Dios; al pensamiento de buscar a Dios *a través* del matrimonio realmente no se le daba una seria consideración; en su lugar, el énfasis estaba principalmente en buscar a Dios *a pesar* del matrimonio.

---

*Hay mucho en la historia cristiana que ha considerado extraoficialmente —pero a veces agresivamente— que los creyentes casados son «cristianos de segunda categoría», que han transigido ante su integridad.*

---

Cargué parte de este bagaje en mis relaciones, pero desde temprana edad mis ojos se abrieron a una realidad diferente. Recuerdo a mi hermano haciéndome algunas preguntas sobre cómo es el matrimonio. Pensé por un momento y le dije: «Si quieres estar libre para servir a Jesús, no hay duda, quédate soltero; el matrimonio requiere mucho tiempo. Pero si quieres parecerte más a Jesús, no puedo pensar en otra cosa mejor que casarse. Estar casado te fuerza a enfrentar algunos asuntos del carácter que de otro modo no enfrentarías».

---

*La mayoría de la literatura clásica cristiana fue escrita por monjes y monjas para los monjes y las monjas.*

---

Por supuesto, Jesús fue célibe durante toda su vida, así que es algo irónico sugerir que el matrimonio es la ruta preferida para llegar a ser más semejante a él. Pero Jesús *sí* vivió en una familia y, así como lo señala Betsy Ricucci, eso es *todo* lo que había hecho cuando el Padre proclamó diciendo: «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mateo 3:17). «¿Qué hizo Jesús para recibir tal alabanza? Nada que no fuera vivir en su propio hogar honrando a sus padres y trabajando en el negocio de la carpintería de su padre. Aparentemente eso era suficiente para complacer a Dios». <sup>11</sup>

La vida familiar no es nada inferior; y luego de haber estado casado algún tiempo, usted se da cuenta de que el énfasis sobre el celibato está ligeramente inflado. Luego de considerar todas las cosas, hallamos que el aspecto sexual solo ocupa una fracción del tiempo de una pareja de casados. Fui el primero

de mi grupo en casarme y recuerdo a uno de ellos cuando me preguntó si estaba bien «visitar» sin previo aviso.

---

*Cada situación que me llame a confrontar mi egoísmo tiene un enorme valor espiritual.*

---

«Oh, mejor es que llames primero», le dije en tono grave para captar su atención. “Como tú sabes, las parejas casadas icaminan por la casa desnudas durante todo el día»

¡Durante un segundo casi lo engañé!

La verdadera obra transformadora del matrimonio es el compromiso durante las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Ese es el crisol que nos pule y nos transforma según el carácter de Jesucristo. En lugar de levantarse a las tres de la madrugada para comenzar a orar en un monasterio, la cuestión se convierte en: «¿Quién se despertará cuando sea necesario cambiar el pañal del bebé?»

El matrimonio nos llama a una nueva y completa vida de altruismo. Hace algunos años tuve esa revelación cuando Lisa y los niños viajaban mientras yo me quedé en casa trabajando. Por primera vez en la vida parecía como si tuviera un sábado libre, porque hasta donde puedo recordar, me había despertado cada fin de semana y hablado con Lisa sobre lo que la familia iba a hacer; y casi se me había olvidado cómo hacer la otra pregunta: ¿qué deseo hacer *yo*? Esa es la pregunta que virtualmente me hacía todos los sábados cuando era soltero.

Cada situación que me llame a confrontar mi egoísmo tiene un enorme valor espiritual, y lentamente comencé a entender que el verdadero propósito del matrimonio puede no ser la felicidad tanto como la santidad. No es que Dios tenga algo *en contra* de la felicidad, o que la felicidad y la santidad se excluyan mutuamente, sino que al contemplar el matrimonio a través de los lentes de la santidad, comencé a percibirlo desde una perspectiva completamente nueva.

## «En vista de tanta inmoralidad ...»

Es fascinante hallar que después de Pablo haber dicho: «Es mejor no tener relaciones sexuales», continúe con estas palabras: «Pero en vista de tanta inmoralidad, cada hombre debe tener su propia esposa, y cada mujer su propio esposo» (1 Corintios 7:2).

Este pasaje, como lo aclara la Nueva Versión Internacional, se refiere con claridad a las relaciones sexuales. Hasta una breve exégesis del griego lo revela así. Pero a pesar de esto, sugiero que elaboremos el principio para revelar verdades que van más allá del aspecto de las relaciones sexuales. En vista de que hay tanta inmoralidad dentro de nosotros —no solo lascivia sino egoísmo, ira, búsqueda del control e incluso odio—, debemos entrar en una estrecha relación mutua para que podamos laborar en esos asuntos a la luz de lo que nuestra relación matrimonial nos revela sobre nuestra conducta y nuestras actitudes.

---

*Si el propósito del matrimonio fuera simplemente disfrutar de un capricho para ser «feliz», tendría que conseguir un «nuevo» matrimonio cada dos o tres años.*

---

Hallé que dentro de mí había una tremenda dosis de inmadurez con la que mi matrimonio me confrontó directamente. La clave está en que tuve que cambiar mi perspectiva sobre el matrimonio. Si el propósito del matrimonio fuera simplemente disfrutar de un capricho para ser «feliz», tendría que conseguir un «nuevo» matrimonio cada dos o tres años. Pero si de veras quería experimentar la transformación que Dios quería realizar en mi vida, desde adentro hacia afuera, necesitaría concentración para cambiarme *a mí mismo* antes que cambiar a mi *cónyuge*. En efecto, usted hasta podría decir que mientras más difícil muestre ser el carácter de mi esposa, más oportunidad tendría yo de crecer. Así como el ejercicio físico necesita ser algo fuerte, también haría falta que «el ejercicio de las relaciones» fuera un poco vigoroso para verdaderamente probar la tensión del corazón.

No decidí enfrascarme en lograr un cambio de mí mismo para tener un matrimonio ausente de tensión, o para poder ser más feliz o estar incluso más contento en mi matrimonio. En su lugar adopté la actitud de que el matrimonio es una de las tantas situaciones de la vida que me ayudan a sacar el sentido, propósito y plenitud *de*

*Dios*. Lisa no me puede hacer feliz, no en el sentido pleno. Es cierto que juntos pasamos algunos tiempos formidables y que es una esposa maravillosa, más de lo que hubiera soñado. Pero esos tiempos bellos están salpicados —y a veces parecen estar enterrados— de demandas, desafíos y expectativas para

pagar las cuentas a tiempo, disciplinar a los hijos, ganarse la vida y mantener la casa limpia.

Me imagino que busco un logro más tranquilo, un sentido más profundo, una mayor comprensión del propósito que está detrás de esa relación intensa y personal de por vida. Como hombre que cree que su propósito primordial viene de su relación con Dios, quiero explorar cómo el matrimonio me puede acercar más a él.

Hay otra razón que debe destacarse aquí: para todos nosotros el matrimonio es temporal si lo comparamos con la eternidad. Lo más probable es que llegue el tiempo en que Lisa o yo preceda a entrar a la eternidad. El cónyuge que permanezca quedará solo, ya no casado, o tal vez finalmente se case de nuevo con otra persona.

Para el cristiano, el matrimonio es una realidad penúltima más bien que última. Por eso ambos pueden hallar más significado buscando a Dios juntos y reconociendo que él es el único que puede llenar las ansias espirituales de nuestras almas. Podremos esforzarnos por lograr que la vida hogareña sea más agradable y pacífica; podremos explorar maneras de mantener el sexo activo y divertido; podremos lograr cambios superficiales que preservarán el respeto y la cortesía, al menos en apariencia. Pero lo que ambicionamos más que cualquier otra cosa es estar íntimamente cerca del Dios que nos creó. Si esa relación es correcta, no impondremos esas demandas severas sobre nuestro matrimonio pidiendo y esperando mutuamente recibir cosas que nos compensen por nuestro vacío espiritual.

Por desgracia, como ser humano falible que soy, no es posible que pueda apreciar a Lisa como Dios la aprecia. Ni tampoco puedo empezar a comprenderla como desea que la comprenda. Me aburriría si yo estuviera casado conmigo mismo, así es que tiene sentido que a veces Lisa esté aburrida —o al menos que se llegue a cansar— de vivir conmigo. Pero Dios se deleita en ambos. Él aprecia nuestra peculiaridad y comprende las buenas intenciones de nuestro corazón aunque estuvieran disfrazadas de una conducta increíblemente estúpida.

Una cosa es segura: Lisa no puede esperar que yo sea Dios para ella. Y aunque trate de amarla como solo Dios puede hacerlo, fracaso cada vez y en cada particularidad. Aporto lo mejor, pero todos los días me quedo corto.

## En busca del amor en todos los lugares erróneos

Es necesario que recordemos la ridiculez de buscar en otros seres humanos algo que solo Dios nos puede dar. Tenemos unos amigos íntimos que tienen un hijo llamado Nolan. Cuando apenas tenía cuatro años de edad, Nolan me vio cargando algunas cajas más bien grandes y me preguntó con toda sinceridad: “Gary, ¿eres el más fuerte o es Dios el más fuerte?”

Su papá se rió *bastante* de eso. Y por supuesto, nosotros los adultos pensamos que es absurdo comparar nuestra fortaleza física con la de Dios. Pero, ¿cuántos de nosotros los «adultos» nos hemos vuelto para preguntar tal vez inconscientemente: «¿Me vas a satisfacer tú o lo hará Dios?» Por alguna razón esa pregunta no nos suena tan absurda como la de la fortaleza física, ipero debería serlo!

Creo que mucha de la insatisfacción que experimentamos en el matrimonio surge al esperar demasiado de este. Tengo una computadora bastante antigua —una 486—, por lo tanto sé que hay algunas cosas que sencillamente no puedo hacer con ella; no hay suficiente memoria o poder de procesamiento para usar ciertos programas o combinar ciertas tareas. No es que tenga una computadora *mala*; es que razonablemente no puedo esperar más de ella que lo que su capacidad me puede dar.

---

*Creo que mucha de la insatisfacción que experimentamos en el matrimonio surge al esperar demasiado de este.*

---

Del mismo modo algunos de nosotros pedimos mucho del matrimonio. Durante nuestra vida deseamos obtener la mayor porción posible de la plenitud de la relación con nuestro cónyuge. Eso es pedir demasiado. Sí, indudablemente debe haber momentos de felicidad, significado y un sentido general de satisfacción. Pero mi esposa no puede ser Dios, y yo fui creado con un espíritu que anhela a Dios. Cualquier cosa que sea menos que él me hace sentir dolor en el alma.

Este es un libro que proyecta y señala algo *más allá* del matrimonio. El crecimiento espiritual es su tema principal; el matrimonio es sencillamente el contexto. Igual que el celibato se vale de la abstinencia y los ermitaños religiosos se valen del aislamiento, nosotros podemos valernos del matrimonio con el mismo propósito: crecer en nuestro servicio, obedecer el desarrollo del carácter, buscar y amar a Dios.

Probablemente ya usted se haya percatado de que hay un propósito para su matrimonio allende la felicidad. Podría no haber escogido la palabra «santidad» para expresarlo, pero usted comprendió que hay una verdad

trascendental más allá del romance superficial que la cultura popular nos presenta. Exploraremos ese propósito; haremos incisiones quirúrgicas a muchos matrimonios; descubriremos dónde el compromiso produce fricción; exploraremos dónde se esconden las actitudes envenenadas; buscaremos dónde estamos forzados a confrontar nuestras debilidades y pecados y aprenderemos a crecer a través del proceso.

---

*El propósito fundamental de este libro no es hacer que usted ame más a su cónyuge; es de prepararlo para amar más a su Dios.*

---

El propósito fundamental de este libro no es hacer que usted ame más a su cónyuge, aunque creo que eso ocurrirá en el proceso. El propósito es prepararlo para amar más a su Dios y ayudarlo a reflejar el carácter de su Hijo con más precisión. Como mínimo, sentirá un nuevo aprecio por la persona con quien se ha embarcado en este viaje.

DOS

## HALLEMOS A DIOS EN EL MATRIMONIO

LAS ANALOGÍAS MARITALES NOS  
ENSEÑAN VERDADES SOBRE DIOS

[El matrimonio] es el revelador despiadado, el gran reflector blanco que ilumina los lugares más oscuros de la naturaleza humana.

—Katherine Anne Porter

Todos los años nueve de mis compañeros de la universidad nos reunimos para celebrar un retiro de fin de semana. Hace varios años uno de mis amigos me apartó hacia un lado y mencionó que estaba considerando la posibilidad de regresar a casa esa noche; él y su esposa esperaban concebir otro hijo y el tiempo era apropiado según los cálculos de su esposa.

«Hazlo», le insté. “Puedes estar de regreso para el desayuno».

«No lo sé ...», titubeó.

«Hazlo», dije más enérgicamente, y otro amigo se acercó para ofrecer su apoyo.

Más tarde asintió y se fue a casa. Esa noche se concibió un hijo. Ahora, al mirar a ese niño mientras sonrío, me pregunto si alguna vez este sabrá cuán cerca estuvo de no haber llegado a existir (¡y cuánto me tiene que agradecer!). Hay otras realidades más que causan perplejidad en la vida que el mero hecho de cooperar con Dios para producir otro ser humano. Si mi amigo y su esposa hubieran esperado otro mes, tal vez hubieran tenido una niña o un niño más bajito o con pelo oscuro. Es asombroso.

Este aspecto de la experiencia marital —la de cooperar con Dios para dar existencia a criaturas— debería ser significativo para los cristianos (y una razón clave de por qué no concebir puede ser muy doloroso para muchas parejas). La figura de Dios como Creador es un punto central que revela su autoridad, identidad y propósito. En efecto, la Biblia está enmarcada dentro

del hecho de que Dios es Creador. En el libro de Génesis lo primero que aprendemos sobre Dios es que creó los cielos y la tierra (véase Génesis 1:1); y la última imagen del Nuevo Testamento muestra al Dios que crea un nuevo cielo y una nueva tierra. Cuando Dios dice: “¡Yo hago nuevas todas las cosas» (Apocalipsis 21:5), la palabra «hago» está en tiempo presente, es decir, que es un proceso continuo. Dios entra en la eternidad creando.

---

*Un largo hilo atraviesa toda la Escritura comparando la relación de Dios con su pueblo y la institución humana del matrimonio.*

---

Esta es solo una de las varias analogías que vinculan algunos aspectos del matrimonio con nuestra comprensión de Dios. Un largo hilo atraviesa toda la Escritura comparando la relación de Dios con su pueblo y la institución humana del matrimonio. En este capítulo vamos a explorar cómo esas varias analogías se valen de la experiencia del matrimonio para enseñarnos verdades valiosas sobre la naturaleza de Dios. A través de la experiencia del matrimonio podemos llegar a conocer a Dios de nuevas formas.

## Romance divino

Oseas nos guió hacia una realidad asombrosa. Dios ve a su pueblo como el esposo ve a su esposa: “En aquel día —afirma el Señor—, ya no me llamarás: “mi señor”, sino que me dirás: “esposo mío”. Yo te haré mi esposa para siempre ...” (Oseas 2:16,19a). Piense en la diferencia entre «esposo» y «señor» (o amo). Y todo lo que esas imágenes conjuran en su mente. Dios quiere que nos relacionemos con él mediante una obediencia que el amor y la intimidad generan, no por el temor que nosotros mismos motivamos, y mediante una lealtad hacia la relación divino-humana, no por ciegas adherencias de “principios”. El esposo alberga una pasión hacia su esposa, ausente de toda relación entre el amo y su esclavo.

¿Cómo ve usted a Dios: como amo o como esposo?

Isaías emplea la imagen del matrimonio para destacar cómo Dios se regocija con su pueblo: «Como un novio que se regocija por su novia, así tu Dios se regocijará por ti» (Isaías 62:5b). Vivimos en un mundo en el que muchas personas están sencillamente muy ocupadas o preocupadas como para notar nuestra presencia. Pero Dios *se deleita* en nosotros. Hacemos palpar su corazón sobrenatural.

---

*Pero Dios se deleita en nosotros. Hacemos palpar su corazón sobrenatural.*

---

A veces el propio Jesús empleó esta imagen del matrimonio refiriéndose a sí mismo como el «novio» (Mateo 9:15), y al reino de los cielos como un «banquete de bodas» (Mateo 22:1-14). Esta imagen se sigue presentando continuamente hasta la culminación de la historia de la tierra, cuando el Apocalipsis habla sobre «las bodas del Cordero» en la cual «su novia se ha preparado» (Apocalipsis 19:7).

Muchas veces el fracaso de la fidelidad *espiritual* también se describe con analogías maritales. Jeremías compara la idolatría con el adulterio: «... le había dado carta de divorcio por todos los adulterios que había cometido» (Jeremías 3:8). Jesús también recogió esta misma imagen refiriéndose a una generación «adúltera» (Marcos 8:38). En el contexto, Jesús no está atacando las debilidades sexuales humanas; más bien está agonizando por una nación espiritualmente infiel que viola su compromiso matrimonial divino con Dios.

A través de toda la historia cristiana los maestros han explorado las similitudes entre la unión marital y los diferentes misterios de la fe que también implican una unión: además de la Trinidad está la unión de la divinidad con la humanidad mediante la persona de Jesucristo; la Eucaristía,

en la cual el pan y el vino se unen para significar el cuerpo y la sangre de Cristo; la unión de Cristo con su iglesia y otras analogías similares.

La meditación sobre estas analogías no es meramente un juego de palabras divertido. Para los cristianos que procuran sacar provecho de alguna revelación espiritual en su matrimonio, estas analogías ofrecen los ingredientes necesarios para llegar a alcanzar una seria reflexión contemplativa. La razón por la que Dios se hizo carne es para que lo llegáramos a conocer; correspondientemente, Dios no creó el matrimonio solo para darnos medios placenteros de continuar poblando el mundo y darnos una institución social para beneficiar a la humanidad. Instituyó el matrimonio entre los seres humanos como otro indicador que apunta hacia su propia existencia eterna y espiritual.

Como seres humanos dotados de mentes finitas, necesitamos el poder del simbolismo para obtener entendimiento. Por medio de la sencilla relación entre un hombre y una mujer, el símbolo del matrimonio puede invocar virtualmente un número infinito de significados. Esto únicamente ocurrirá cuando usemos nuestro matrimonio como medio de *explorar* a Dios. Si nos consumimos resaltando las faltas de nuestro cónyuge, no podremos captar los misterios divinos del matrimonio y las lecciones que nos tiene que enseñar.

---

*Dios instituyó el matrimonio entre los seres humanos como otro indicador que apunta hacia su propia existencia eterna y espiritual.*

---

En la próxima sección, además de enseñarnos el propósito del matrimonio, acentuaremos una analogía en particular para hacer resaltar cómo esas ilustraciones de la vida pueden aunar nuestro matrimonio con nuestra fe. Aunque algunos capítulos siguientes parezcan ser más «prácticos», es importante que exploremos brevemente la doctrina que hay detrás del matrimonio cristiano, y lo que hace que el matrimonio de los creyentes sea diferente de los matrimonios de los incrédulos. Esta diferencia se presenta en la preeminente analogía marital de Cristo con su iglesia.

## Reconciliación

Hay una antigua historia rabínica que explica cómo se escogió un lugar específico para erigir el templo sagrado de Dios. Dos hermanos trabajaban en un mismo campo y en un mismo molino. Cada noche dividían la cantidad de granos que habían producido y llevaban su porción respectiva al hogar.

Un hermano era soltero y el otro estaba casado con una familia numerosa. El hermano soltero pensó que su hermano casado, con todos esos hijos, verdaderamente necesitaba más grano que él; así es que esa noche entró furtivamente en el granero de su hermano y le dejó allí una porción extra. El hermano casado se dio cuenta de que su hermano soltero, cuando llegara a la vejez, no tendría hijos que cuidaran de él. Preocupado por el futuro de este, se levantaba cada noche y secretamente depositaba una cantidad del alimento cosechado en su granero.

---

*Para todas las ambivalencias que deliberan si el matrimonio es un estado inferior o no, los padres de la iglesia primitiva al menos reconocieron que la analogía de la reconciliación es la más alta aspiración del matrimonio.*

---

Una noche se encontraron a mitad del camino entre ambos graneros, y cada hermano se percató de lo que el otro estaba haciendo. Se abrazaron y, como dice la historia, Dios fue testigo de lo que sucedió y dijo: “este es un lugar santo —lugar de amor—, y es aquí donde será construido mi templo”. El lugar santo es ese sitio donde Dios se da a conocer a su pueblo, “el sitio donde los seres humanos se descubren mutuamente con amor”.<sup>1</sup>

El matrimonio puede ser ese lugar santo, el sitio donde se cultiva una relación que proclama el amor de Dios en este mundo; pero los pensadores cristianos no siempre han optado por considerar el matrimonio de ese modo. Para todas las ambivalencias que deliberan si el matrimonio es un estado inferior o no, los padres de la iglesia primitiva por lo menos reconocieron que la analogía de la reconciliación es la más alta aspiración del matrimonio, como un símbolo de la unión de Cristo con su iglesia. Pablo explora este tema en su carta a los efesios (Efesios 5:22-33).

Agustín (354-430 d.C.), uno de esos primeros pensadores, sugirió que el matrimonio tiene tres beneficios: la procreación, la fe (fidelidad) y el sacramento. Como es lógico, de estos tres beneficios se destaca el último (el del sacramento) como el mayor. Eso se debe a que es posible estar casado sin tener descendencia o fe, pero no es posible (aún) estar casado sin disolubilidad, que es aquello hacia lo cual señala el sacramento. Mientras una

pareja esté casada, continúan mostrando —aunque imperfectamente— el continuo compromiso entre Cristo y su iglesia. Así, pues, sencillamente «soportar hasta el fin» llega a ser vitalmente importante.

---

*Agustín (354-430 d.C.) sugirió que el matrimonio tiene tres beneficios: la procreación, la fe (fidelidad) y el sacramento.*

---

Siglos más tarde, después de Agustín, los Reformadores anglicanos reaccionaron ante estas tres bendiciones con tres “causas”. Un antiguo libro de oraciones (1549) sugiere que el matrimonio está diseñado para la procreación, un remedio contra el pecado sexual, y para ofrecer mutua satisfacción.<sup>2</sup> Desgraciadamente este último elemento reemplazó el aspecto sacramental del matrimonio —el de mostrar a Cristo y su iglesia— con algo mucho más vulgar: el de la satisfacción en las relaciones.

Es crucial que sepamos *por qué* estamos casados y por qué debemos continuar así. Esto nos lleva a unos comentarios que C.J. Mahaney, pastor en el estado de Maryland, presentó brillantemente en una serie de grabaciones sobre el matrimonio tituladas *According to Plan* [De acuerdo al plan]. La pregunta clave es esta: ¿Abordaremos el matrimonio desde el punto de vista que se centra en Dios o desde el punto de vista que se centra en el hombre?<sup>3</sup> Desde el punto de vista que se centra en el hombre, mantendremos el matrimonio mientras que se cumplan nuestros deseos, satisfacciones y expectativas terrenales. Según el punto de vista que se centra en Dios, preservamos nuestro matrimonio porque este glorifica a Dios y señala un mundo pecaminoso a un Creador reconciliador.

---

*Mantendremos el matrimonio mientras que se cumplan nuestros deseos, satisfacciones y expectativas terrenales.*

---

Más que considerar el matrimonio como un medio de satisfacción mutua, debemos considerarlo como la imagen de las noticias más importantes que los seres humanos jamás hayamos recibido: que hay una relación divina entre Dios y su pueblo. Pablo hace esta analogía explícitamente en su carta a los efesios. Probablemente usted haya leído esas palabras (u oído citar) docenas sino cientos de veces: «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella para hacerla santa. Él la purificó, lavándola con agua mediante la palabra, para presentársela a sí mismo como una iglesia radiante, sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección, sino santa e intachable” (Efesios 5:25-27).

Aunque teológicamente estoy «de parte» de los protestantes, debo declararle a mis hermanos anglicanos medievales que creo que es

desafortunado y triste que algo tan profundo como es vivir una analogía de Cristo y su iglesia se reduzca a la experiencia de ese tipo de relaciones como algo que meramente nos ayudan a abstenernos de pecados sexuales, seguir poblando al mundo y ofrecer una cura para la soledad.

De hecho, tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento emplean el matrimonio como una analogía central: la unión entre Dios e Israel (en el Antiguo Testamento) y la unión de Cristo y su iglesia (en el Nuevo Testamento). Es crucial que entendamos la profundidad de esas analogías, ya que nos ayudarán a determinar el mismo fundamento sobre el cual un verdadero matrimonio cristiano se basa. Si creo que el propósito primordial del matrimonio es modelar el amor de Dios para su iglesia, entraré en este tipo de relación y lo mantendré con una motivación completamente nueva, la que Pablo sugirió en su segunda carta a los corintios: «Por eso nos empeñamos en agradarle» (2 Corintios 5:9).

## ¿Qué hace a Dios feliz?

Pablo nos responde muchas preguntas cuando dice: “Nos empeñamos en agradarle”. Pregúntele a diez personas que andan por la calle cuál es su meta en la vida, y se sorprenderá de obtener una gran variedad de respuestas.

Pablo no podía ser más claro con los cristianos; su «ambición consumadora, la fuerza motriz que está detrás de todas sus acciones»<sup>4</sup> es *agradar a Dios*. Pero no se contenta con decir que agradar a Dios es su “ambición consumadora”; presupone que esa debe ser la *nuestra* también: “Nos empeñamos en agradarle”.

Cuando algo constituye la fuerza motriz que hay detrás de todas nuestras acciones, esto se convierte en la fuerza motriz para cada decisión que tomemos. Y Pablo lo explica muy clara y diáfana: lo primero que debemos preguntarnos al hacer algo es: «¿Agradará esto a Jesucristo?»

El primer propósito del matrimonio —más allá de la felicidad, la expresión sexual, el traer hijos al mundo, la compañía, el cuidado mutuo y la provisión o cualquier otra cosa— es agradar a Dios. El desafío, por supuesto, es que esa es una vida de denodado *egoísmo*. «¿Qué me puede hacer feliz?» Y en caso de que no hayamos captado el concepto de inmediato, Pablo lo subraya unos cuantos versículos más adelante: «... para que los que viven ya no vivan para sí, sino para el que murió por ellos y fue resucitado» (2 Corintios 5:15).

Como cristiano no tengo otra opción. Debo a Jesucristo el hecho de vivir para él, de hacerle mi pasión consumadora y la fuerza motriz de mi vida. Para hacer eso, diariamente tengo que morir a mis propios deseos; tengo que crucificar el impulso que me lleva a actuar y tomar cada decisión según lo que creo que es mejor para mí. Pablo es muy elocuente con respecto a esto: «... siempre llevamos en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que también su vida se manifieste en nuestro cuerpo» (2 Corintios 4:10).

Tal como Jesús fue a la cruz, también nosotros debemos ir a la cruz, siempre considerándonos personalmente como quien lleva «la muerte de Jesús» para que su nueva vida —sus motivaciones, sus propósitos, su favor— puedan dominar en cada una de nuestras acciones.

Esta realidad me insta a mirar a mi esposa a través de los ojos de un cristiano: «Así que de ahora en adelante no consideramos a nadie según criterios meramente humanos ...» (2 Corintios 5:16a). La razón es obvia: “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. ¡Lo viejo ha pasado, ha llegado ya lo nuevo! (5:17). Parte de esta nueva identidad es un nuevo ministerio, que se le otorga a *cada cristiano*, ya que es inherente en la persona de Jesucristo:

“Todo esto proviene de Dios, quien por medio de Cristo nos reconcilió consigo mismo y nos dio el ministerio de la reconciliación” (5:18).

Piense en esto: La misma naturaleza de la obra de Cristo fue la de la reconciliación, la cual nos volvió a unir con Dios. Nuestra respuesta es convertirnos en reconciliadores. C.K. Barrett define la reconciliación como “terminar una relación de enemistad y sustituirla por otra de paz y buena voluntad”.<sup>5</sup>

Es obvio que Pablo habla de llevar el mensaje de la salvación. Pero no podemos tratar con alguna integridad el tema de la conclusión de «una relación de enemistad» y el comienzo de la «paz y la buena voluntad» si nuestros matrimonios están marcados por el divorcio, las peleas y la animosidad. Todo lo que voy a decir y hacer en mi vida debe basarse en el ministerio de su evangelio de reconciliación, y ese compromiso comienza demostrando la reconciliación en mis relaciones personales, especialmente en mi matrimonio.

---

*No podemos tratar con alguna integridad el tema de la conclusión de «una relación de enemistad» y el comienzo de la «paz y buena voluntad» si nuestros matrimonios están marcados por el divorcio, las peleas y la animosidad.*

---

Si mi matrimonio contradice mi mensaje, he saboteado la meta de mi vida: agradar a Cristo y cumplir fielmente su ministerio de reconciliación, proclamando al mundo las buenas nuevas de que podemos reconciliarnos con Dios a través de Jesucristo. Si mi «fuerza motriz» es como Pablo dice que debe ser, me esforzaré para construir un matrimonio que realce ese ministerio de reconciliación; un matrimonio que, de hecho, encarne esa verdad añadiéndole substancia, elaborando una relación que modele el perdón, el amor altruista y el sacrificio.

La imagen que menos quisiera darle al mundo es la de decidir dejar de amar a alguien y rehusar servir a esa persona más, o la de dejar de cumplir una promesa que hice hace muchos años. Pero ese es precisamente el mensaje que muchos cristianos proclaman a través de sus acciones. Según el encuestador George Barna, los cristianos que se describen a sí mismos como «nacidos de nuevo» tienen una tasa más alta de divorcio que los no creyentes (veintisiete por ciento contra veintitrés por ciento). Aquellos que se autoclasifican como «cristianos fundamentalistas» tienen la tasa más alta de divorcio de todas (treinta por ciento).<sup>6</sup> No podemos dar bien el mensaje si primero no lo vivimos.

¿Cómo puedo decirle a mis hijos que la promesa de la reconciliación de

Dios es segura cuando ven que mi propia promesa no significa nada? *Podrán* reponerse de la situación, pero en ese caso habré presentado una piedra de tropiezo en vez de un peldaño para proclamar el evangelio.

Lo que sucede con muchos divorcios es que al menos una de las partes o posiblemente ambas han cesado de colocar el evangelio en primer lugar en sus vidas. Ya no viven según los principios e indicaciones de Pablo: «Nos empeñamos en agradarle», porque la

---

*¿Cómo puedo decirle a mis hijos que la promesa de la reconciliación de Dios es segura cuando ven que mi propia promesa no significa nada?*

---

Biblia lo enseña claramente. Dios dice: «Yo aborrezco el divorcio» (Malaquías 2:16). Si la meta de la pareja fuera agradar a Dios, no buscarían el divorcio.

Sé que hay excepciones. Pablo permite el divorcio cuando el otro cónyuge no es creyente; Jesús considera la infidelidad conyugal como posibles bases para el divorcio. Es cierto que se supone que haya excepciones —al menos en cuanto a la separación— si la vida del hijo de alguien está en peligro mientras continúe viviendo con un padre o madre en particular; pero la mayoría de los casos de divorcio entre cristianos no implica tales situaciones; es mucho más probable que involucre a dos cristianos que han distorsionado sus prioridades en la vida.

Una de las razones por las que me determiné a mantener mi matrimonio unido no es porque eso me hiciera más feliz (aunque creo que sí); no es porque yo desee que mis hijos tengan un hogar seguro (aunque lo deseo así); no es porque me destrozaría ver a mi esposa teniendo que «comenzar de nuevo» (aunque es así). La primera razón por la que mantengo mi matrimonio unido es porque ese es mi deber como cristiano. Si mi vida se basa en la proclamación del mensaje de Dios al mundo, no deseo hacer nada que desafíe ese mensaje. ¿Y cómo puedo proclamar el mensaje de la reconciliación cuando busco la disolución?

Esta analogía de la reconciliación es más que proveer el propósito de nuestro matrimonio. Nos ayuda a vivir este propósito, aunque “relampaguee”.

## Cuando relampaguee

Hay algo que me cautiva cuando me hallo debajo de un árbol de varios cientos de años de edad. «¿Qué sucedió aquí al principio, cuando ese árbol comenzó a crecer?» Me preguntó mi hija mientras caminábamos por una pendiente del oeste en *North Cascades* [las Cascadas del Norte] en el estado de Washington.

“No mucho”. Me sonreí estupefacto al darme cuenta de que ese árbol ya tenía doscientos años, la época en que Martín Lutero nació.

Una de las razones por las que los árboles de la pendiente de las Cascadas sobreviven durante tanto tiempo es muy simple: los bosques de Washington están tan saturados de agua que los relámpagos causan relativamente pocos fuegos. Mientras que los bosques tradicionales —si no se les molesta— podrían tener un fuego causado por los relámpagos cada cincuenta o sesenta años, en esa área de las Cascadas ocurriría alrededor de una vez cada doscientos años. Todavía relampaguea allí, pero no es una situación devastadora; así es que esos árboles han tenido mucho más tiempo para echar raíces y crecer.

Creo que ese es un buen ejemplo de lo que es un matrimonio basado en el ministerio de la reconciliación. Los matrimonios cristianos fuertes aún podrán recibir los embates de los relámpagos —las tentaciones sexuales, problemas de comunicación, frustraciones, expectativas irrealizables—, pero si los matrimonios se riegan bien con el compromiso firme de agradar a Dios por sobre todo lo demás, las condiciones no serían propicias para sufrir un fuego devastador luego de un relámpago.

Si estoy casado solamente para ser feliz, y mi felicidad disminuye por cualquier razón, una pequeña chispa quemará el bosque entero de mi relación. Pero si mi objetivo es el de proclamar y modelar el ministerio divino de la reconciliación, mi resistencia estará a prueba de fuego.

---

*Si estoy casado solamente para ser feliz, y mi felicidad disminuye por cualquier razón, una pequeña chispa quemará el bosque entero de mi relación.*

---

La práctica de la disciplina espiritual del matrimonio significa que sitúo mi relación con Dios en primer lugar. El solo hecho de persistir es una victoria en sí misma y crea cierto grado de gloria. La verdadera y única razón para recibir fama en un bosque lleno de árboles es tener setecientos años de edad. En lo que respecta a la pura estética, usted ni siquiera pudiera ver la misma cima de ese árbol en particular en el bosque de Washington. Desde donde nos

encontrábamos, se veía solo como un tallo derecho y enormemente ancho, cubierto de telarañas. Estuvimos caminando por un bosque lleno de árboles, pero el Servicio Nacional de Parques colocó un letrero frente a ese árbol por una sola razón: había sobrevivido siete siglos. Sencillamente había recorrido la distancia y por eso captaba la atención.

En una sociedad donde las relaciones se descartan con una regularidad espantosa, los cristianos pueden llamar la atención sencillamente permaneciendo casados. Y cuando se nos pregunte por qué, podemos ofrecer la declaración de principios sobre el mensaje divino de la reconciliación seguido por una invitación: «¿Le gustaría saber más sobre esa buena nueva de la reconciliación?»

En este sentido nuestros matrimonios pueden constituir declaraciones de principios para el evangelismo; pueden atraer a las personas hacia una verdad que va más allá de este mundo y que señala el próximo. Tan solo con permanecer de ese modo en nuestros matrimonios, podemos erigir un monumento a la reconciliación como principio y práctica.

Hace años que Paul Simon escribió un canto de gran éxito proclamando “Cincuenta maneras para dejar a tu amante”. El cristiano solo necesita una razón para permanecer con su «amante»: la analogía de Cristo y su iglesia.

TRES

## APRENDAMOS A AMAR

CÓMO EL MATRIMONIO NOS ENSEÑA A AMAR

El matrimonio requiere un compromiso radical para amar a nuestros cónyuges tal y como son mientras que anhelamos que lleguen a ser lo que no son aún.

Los matrimonios o bien tienden a realzar la gloria de la otra persona o a degradarse mutuamente.

—DAN ALLENDER Y TREMPER LONGMAN III

Si tratas a un hombre tal cual es, seguirá siendo así. Pero si lo tratas como si fuera lo que debe y puede llegar a ser, llegará a convertirse en un hombre más sobresaliente y mejor.

—JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

**S**i usted hubiera sido un creyente masculino en la época de Moisés y Josué, su trabajo consistiría en pelear. Al entrar los israelitas en la tierra prometida, a veces recibieron castigos por su cobardía, su letargo y por su denegación para entrar en la batalla: “¿Hasta cuándo van a esperar para tomar posesión del territorio que les otorgó el Señor Dios de sus antepasados?” (Josué 18:3).

«Vayan a la batalla» fue la proclama incesante de Dios para reunir sus tropas. Jesús vino con un nuevo desafío, uno mucho más difícil. Alguien le preguntó una vez cuál era el mayor mandamiento, y la respuesta de Jesús fue que había dos (véase Mateo 22:34-40). Amar a Dios con todo el corazón, alma, mente y fuerza no era suficiente. Si de veras querían agradecer a Dios, les dijo, deben amar a su prójimo.

---

*El matrimonio crea un ambiente en el que ese amor se prueba al máximo.*

---

El matrimonio puede ser esa gimnasia en la que nuestra capacidad para experimentar y expresar el amor de Dios se fortalece y se desarrolla más cada

vez. Para llegar allí tenemos que percatarnos de que el amor humano y el amor divino no son dos océanos separados sino más bien una masa de agua con muchos tributarios.

Mostramos nuestro amor a Dios, en parte, amando bien a nuestros cónyuges.

Nunca podremos amar «demasiado» a alguien. Nuestro problema consiste en que típicamente amamos muy poco a Dios. La respuesta no es disminuir nuestro amor para cualquier ser humano en particular, sino expandir la reacción de nuestro corazón al gozo divino.

El matrimonio crea un ambiente en el que ese amor se prueba al máximo. El problema es que el amor se debe *adquirir*. Katherine Anne Porter escribe: “El amor se debe aprender y aprender una y otra vez; esa enseñanza no tiene fin. Pero para sentir odio no hace falta instrucción; solo una provocación”.<sup>1</sup>

El amor no es una reacción que brota de nosotros espontáneamente. La infatuación a veces sí lo es —por lo menos al principio de una relación—, pero el odio siempre está listo para saltar naturalmente como el «antiguo y fiel» géiser del Parque Nacional de Yellowstone. El amor cristiano, por otra parte, debe perseguirse, ambicionarse y practicarse.

---

*El amor cristiano debe perseguirse, ambicionarse y practicarse.*

---

La cultura popular no comprende este principio en absoluto. Una de las reseñas más crueles y más egoístas que jamás haya oído es la que los hombres usan cuando dejan a sus esposas por otra mujer: “La verdad es que nunca te amé”. La intensión es que esto sirve para atacar a la esposa, diciéndole: “La verdad es que nunca te hallé digna de ser amada”. Pero en el contexto cristiano, esa es una confesión de que el hombre, como cristiano, ha fallado rotundamente. Si no ha amado a su esposa, la culpa no es de ella sino *de él*. Jesús nos manda a que amemos hasta a aquellos que no merecen que se les ame, incluso a nuestros enemigos! Así que un hombre que dice: «Nunca te amé» está esencialmente diciendo: “Nunca me he comportado como un cristiano».

Cuando amamos bien, agradamos a Dios. Esto no sería muy difícil de imaginar. La mejor manera de que alguien goce de mi favor es que sea amable con mis hijos. Todos los cristianos somos hijos de Dios; al amar a otros le damos un enorme placer a nuestro Padre celestial.

Soy usuario regular de las bibliotecas públicas. Quien frecuenta esas instituciones finalmente se encuentra con gente de la calle que entra allí los días de frío. Un día me encaminaba hacia las terminales de computadoras cuando el mal olor de uno de esos individuos se volvió casi irresistible. Con el rabo del ojo vi a un hombre encorvado sobre la mesa, cuyas ropas harapientas

y cabello desgreñado mostraban falta de cuidado regular.

---

*Un hombre que dice: «Nunca te amé» está esencialmente diciendo:  
“Nunca me he comportado como un cristiano».*

---

Hay hombres y mujeres que han dedicado sus vidas a ayudar a personas como esas. La mayoría de las ciudades tienen una «misión evangélica» que recoge a esas personas de las calles. A veces alguien me dice cuánto Dios me ha «usado» para ayudarme en su vida, pero lo niego con mi cabeza cuando pienso en las misiones de la calle. Es fácil que lo «usen» a uno cuando se dispone a sentarse frente a una computadora de su hogar y para hacer algo que disfruta. Apenas es un sacrificio montarme en un avión para viajar por todo el país mientras me ofrecen cuartos debidamente amueblados en diferentes hoteles.

Pero el amor cristiano se demuestra amando a aquellos que son más difíciles de amar. El autor de uno de los libros de más venta, Philip Yancey, escribe: «A través de todas las edades los santos cristianos han escogido los objetos más antidarwinianos para amar».<sup>2</sup> Esta es una respuesta al llamado de Jesús de que cuando hagamos banquete, no debemos invitar a nuestros amigos porque estos a su vez pueden invitarnos y así pagarnos por nuestra hospitalidad. Por el contrario,

Jesús dijo que invitemos a los cojos, paralíticos, pobres y ciegos, es decir, a aquellos que no pueden reciprocarnos nuestra invitación (véase Lucas 14).

Eso es lo más difícil del llamado que Jesús nos hace a amar a otros. Hasta cierto grado amar a Dios es fácil porque Dios no huele mal; no tiene mal aliento. Dios no premia la bondad con maldad; no hace comentarios represivos. Amar a Dios es *fácil* en cierto sentido. Pero realmente Jesús nos desafía cuando a nuestro amor hacia Dios agrega nuestro amor hacia otras personas.

En el contexto matrimonial no tenemos absolutamente ninguna excusa; Dios nos deja *escoger* con quién nos vamos a casar. En vista de que la decisión es nuestra y *luego* hallamos difícil poner en práctica nuestro amor, ¿qué base tenemos entonces para dejar de amar? Dios no nos manda a que nos casemos; nos lo ofrece como una oportunidad. Una vez que entremos en la relación matrimonial, no podemos amar a Dios sin amar a nuestro cónyuge también.

El divorcio representa nuestra incapacidad de cumplir con el mandato de Jesús. Significa renunciar a lo que Jesús nos llama hacer. Si no puedo amar a mi esposa, ¿cómo puedo amar a un desamparado que está en la biblioteca? ¿Cómo puedo amar a un drogadicto o a un alcohólico? Sí, es cierto que ese cónyuge es difícil de amar a veces, pero para eso es el matrimonio: *para enseñarnos a amar*.

Permita que la relación marital ensanche su amor y agigante su capacidad de amar, que le enseñe a ser un cristiano. Use el matrimonio como un campo de práctica en el cual pueda aprender a aceptar a la otra persona para servirla. Y, por favor, no limite ese «amor» a cosas «espirituales» como orar, predicar y exhortar. Parte de la experiencia de amar es el deleitarse mutuamente en todas las formas “terrenales». Esta también es una verdad bíblica, como veremos en la próxima sección.

## Felicidad santa

Aunque los hombres jóvenes de Israel estaban llamados a servir a Dios peleando en las guerras, Dios sí hizo una excepción. Está sepultada en el libro de Deuteronomio: “Cuando uno fuere recién casado, no saldrá a la guerra, ni en ninguna cosa se le ocupará; libre estará en su casa por un año, para alegrar a la mujer que tomó” (Deuteronomio 24:5 RVR).

---

*Amar a Dios es fácil porque Dios no huele mal; no tiene mal aliento. Dios no premia la bondad con maldad.*

---

En toda mi teología del seminario dejé poco espacio para pensar en que Dios quería que yo me dedicara a hacer a mi esposa feliz. Ella estaba allí para unirse a mí en mi obra evangelizadora, al estudiar las Escrituras, para enseñar a los creyentes más jóvenes, en fin, para “realizar mi obra del ministerio”. La idea de que Dios quiere que le sirva concentrándome en hacer a mi esposa feliz era extraordinaria. ¿Puede eso significar entonces que si mi esposa es infeliz, le estoy faltando a Dios?

Aunque el versículo 5 de Deuteronomio 24 se refiere solamente al primer año de matrimonio, es razonable esperar que cada cónyuge deba pasar algún tiempo pensando en cómo hacer feliz a su esposa o esposo y celebrar esa profunda realidad: hacer feliz a su cónyuge le agrada a Dios. A un nivel muy práctico, un esposo sirve a Dios cuando trama cómo hacer reír a su esposa de vez en cuando. Una esposa que planea una experiencia sexual inolvidable para su esposo está sirviendo a Dios. Un esposo que hace sacrificios para que su esposa pueda pasar un rato recreativo que le hace falta, ama a Dios.

Cuando Jesús dijo: «Ama al Señor tu Dios ... ama a tu prójimo» abrió el panorama del amor y derribó paredes que nos enclaustran. Engrandeció el amor divino y la «religión» mucho más de lo que podamos percatarnos.

Este es un mensaje profético para la sociedad de hoy día. Cada año se publican legiones de libros para enseñarnos a cuidar de nosotros mismos. Al fracturarse cada vez más nuestra sociedad, hay una obsesión virtual con mirarnos a nosotros mismos, destacarnos y mejorarnos a nosotros mismos. Este énfasis en satisfacer nuestras propias necesidades puede llegar a ser ridícula. Solo es necesario tomar en consideración el libro que una vez leí anunciando lo que se titulaba *Sex for One: The Joy of Self-Loving* [El sexo para uno: el gozo de amarse a sí mismo].

---

*¿Puede eso significar, entonces, que si mi esposa es infeliz, le estoy faltando a Dios?*

---

Mientras que nuestra sociedad se ha hecho experta en el cuidado propio, aparentemente hemos perdido el arte de cuidar de otros. El *sacrificio* ha recibido tantas connotaciones negativas que las personas temen llegar a ser «codependientes» más de lo que temen que se les perciba como egoístas.

Pero, en efecto, las Escrituras dicen: “Haz feliz a tu esposa; sacrificate *diariamente*. Hallarás tu vida solo cuando la hayas perdido”.

Un pastor de la universidad llamado Brady Bobbink decidió tomar en serio las amonestaciones de las Escrituras sobre el amor. Brady se casó relativamente tarde en su vida. Llegó a ser bien conocido como conferencista sobre temas de discipulado y la soltería. Era muy solicitado y con abundantes oportunidades de «servir a Dios» con su don de la enseñanza.

Cuando Brady le pidió a Shirley que fuera su esposa, la vida cambió dramáticamente. Shirley tenía dos hijos de un matrimonio anterior y no pasó mucho tiempo antes de que ella y Brady comenzaran a orar acerca de la posibilidad de tener un hijo de ambos.

«¿Qué significaría para mí amar a mi esposa en esta situación?», se preguntó Brady. Hizo un juramento en oración. Si Shirley llegara a tener otro bebé, durante un año no aceptaría ningún compromiso de dar conferencias en el exterior excepto las que demandara su posición actual. Subsecuentemente Shirley se embarazó y dio a luz a Miqueas, el primer hijo de ambos.

Meses más tarde recibió una oportunidad lucrativa de hablar en Singapur. Brady es un estudiante de historia y le encanta viajar. La oportunidad de ir al Lejano Oriente era la única de su vida, además de que le ofrecería la oportunidad de enseñar a los cristianos de otra cultura.

Emocionado, le contó a Shirley sobre esa oportunidad; pero luego, a mediado de su conversación, recordó su juramento y dijo: “No puedo ir”.

Shirley trató de liberar a Brady de su juramento. «Mi amor, todo estará bien», le dijo.

A Brady le sería muy fácil entrar aquí en juegos religiosos. «La verdad es que podría haberlo justificado con una noble idea», admitió, “la de predicar a personas de otra cultura. Pero si esa hubiera sido realmente mi pasión, me hubiera mudado allá y llevado a mi esposa y mis hijos conmigo».

Algunos pensarían que Brady estaba dejando pasar una oportunidad de agradar a Dios llevando el mensaje del evangelio a otra nación. Pero Brady se dio cuenta de que podía agradar a Dios amando a su esposa en una época en que necesitaba más ayuda y atención de su parte. Permanecer en el hogar y cuidar de su esposa y atender su necesidad era un «servicio» tan cristiano como el de dejar su pueblo para ir a predicar el evangelio cuando fue soltero.

“Es un engaño dejar de amar a mi esposa y a mis hijos como Dios manda con la excusa de amar a otras personas como también Dios manda”, insistió

Brady.

---

*El sacrificio ha recibido tantas connotaciones negativas que las personas temen llegar a ser «codependientes» más de lo que temen que se les perciba como egoístas.*

---

## John Barger: Aprendamos a amar

El doctor John Barger pronunció un extraordinario discurso en una reunión de hombres el 12 de diciembre de 1987. El discurso incluía su testimonio sobre cómo había recorrido el camino desde haber sido un esposo dominante hasta ser un esposo servidor. El meollo del mensaje, sin embargo, no fue meramente el que los esposos pueden mejorar; todos sabemos eso. Lo que me inspiró tanto de sus palabras fue el mensaje de que aprendiendo a amar a su esposa él captó mejor la idea de cómo amar a su Dios.

Quiero dejarles saber algo de la historia del doctor Barger. Comienza con su confesión sobre el modo en que muchos hombres ven a las mujeres:

Es fácil desdeñar a las mujeres, y la mayoría de los hombres lo hacen. Vemos a las mujeres físicamente débiles, fáciles de intimidar, atadas a sus tareas serviles de la maternidad, emocionales, ilógicas y muchas veces triviales. O las vemos como tentadoras; en nuestro deseo, las idolatramos y las hacemos ostentar su figura con orgullo a través de las páginas de las revistas, pero las desdeñamos y las odiamos por su poder sexual que nos domina. El desdén de los hombres hacia las mujeres afecta cada aspecto de nuestras vidas: nuestras relaciones con nuestras madres, nuestras novias, nuestras secretarias, nuestras esposas, nuestros hijos, con la iglesia y hasta con el mismo Dios.

Aquí no hablo meramente de *su* desdén por las mujeres; hablo del *mío* también. Mis parientes crecieron en las calles durante la época de la depresión, cuando aprendieron a temprana edad sobre la furia y el desdén que caracteriza a tantas personas en circunstancias horribles: emborrachándose a más no poder y a veces viendo a las mujeres como objetos sexuales y a veces como sirvientas ... Como resultado, durante muchos años me vanaglorié en el matrimonio dominando a mi esposa Susan y a mis siete hijos con mano de hierro mientras citaba pasajes de las Escrituras justificando mis privilegios y autoridad. Después de todo, las Escrituras mandan explícitamente a las esposas a obedecer a sus maridos.

Después de pasar años dominando a mi esposa e hijos, los dejé resentidos y temerosos de mí, pero renuentes a desafiarme por la furia que esto provocaría. Me aislé de Susan y de mis hijos y perdí su amor. El hogar dejó de ser un lugar placentero para ellos y para mí. En 1983 Susan me hubiera dejado si no fuera por los hijos, e incluso ese vínculo estaba perdiendo su fuerza.

Luego ocurrieron una serie de hechos dramáticos que forjaron un

profundo cambio en mi vida moral, psicológica y espiritual.<sup>3</sup>

El primero de ellos ocurrió cuando el doctor Barger observaba a su esposa resistir un parto difícil. La placenta de Susan se desprendió y tuvo una hemorragia. El bebé nació muerto. El doctor Barger describe lo que sucedió después:

A las dos de la madrugada, en un desolado y resplandeciente cuarto de maternidad del hospital, sostuve en mi mano izquierda a mi hijo pequeñito sin vida, y fijé mi mirada en él sin creer aún que estaba muerto. Tenía el poder de empeorar las vidas [de mi familia] enfureciéndome por la muerte de mi bebé y por la falta de amor de mi esposa, o mejorar sus vidas aprendiendo a amarlos apropiadamente. *Yo tenía que decidir.* Y fue una decisión clara que se presentó en un instante al observar mi pequeño infante indefenso e inerte, mientras lo acunaba en mi mano. En ese instante crucial, por la gracia de Dios, opté por recorrer la ardua, nada dramática y desalentadora senda de tratar de ser bueno.

No tengo tiempo ... para contarles sobre todas las aflicciones que resistimos durante los cuatro años siguientes: niños enfermos, la muerte repentina de mi madre, la pérdida de mi trabajo como maestro, otros tres abortos espontáneos y finalmente un dolor secreto que nos laceró a ambos hasta el mismo corazón de nuestro ser.

En medio de todas esas aflicciones hallé que la única manera en que podía aprender a amar y dejar de ser causa de penas, era sufrir, resistir y luchar cada minuto para repudiar mi ira, mi resentimiento, mi desdén, mi celo, mi pecado, mi orgullo y mis docenas de otros vicios.

Comencé a refrenar mi lengua.

Comencé a admitir mis faltas y a excusarme por ellas. Dejé de defenderme cuando se me juzgaba muy severamente; porque lo importante no era tener la razón (o que pensarán bien de mí) sino amar.

En vista de que durante tantos años ya me había convertido en el centro de mi atención, dije poco sobre mis propias labores y pesares; procuré conocer las de Susan y ayudarla a llevarlas.

Y francamente, cuando comencé a escuchar a Susan —una vez comencé realmente a escucharla y animarla a hablar—, me quedé espantado de cuántas y cuán profundas eran sus heridas y sus sufrimientos ... La mayoría no eran sufrimientos únicos de Susan;

eran los sufrimientos que todos sentimos: sufrimientos que surgen de la fisiología particular de las mujeres y de sus vocaciones como madres que les causan las fuertes tareas y responsabilidades mientras las dejan casi dependiendo totalmente de los hombres para recibir su bienestar material y su apoyo espiritual; sufrimientos que surgen al amar intensamente a sus esposos e hijos, pero sin poder evitar que estos seres queridos reciban daños; sufrimientos que surgen del hecho de que en nuestra sociedad hasta las más castas de las mujeres son regularmente amenazadas por las miradas, reseñas e insinuaciones sucias de parte de los hombres; y sufrimientos que surgen porque nuestra sociedad en general aún considera que las mujeres son estúpidas, veleidosas y superficiales, e incluso da poco valor a las mujeres y les muestran muy poco respeto.

Las mujeres ... sufren estas heridas con mucha más frecuencia y con mayor intensidad de lo que la mayoría de nosotros los hombres nos damos cuenta. Y a menos que se lo preguntemos, generalmente no nos hablan de esos sufrimientos tal vez porque nosotros los hombres muchas veces descartamos sus problemas considerándolos insignificantes, o las despreciamos considerándolas débiles y quejasas ...

¿Pueden los hombres ... extraer la espada del sufrimiento que lacera el corazón de cada mujer? No lo creo. Sus problemas no son generalmente del tipo que tienen solución, sino que más bien forman el mismo tejido de su existencia diaria.

Uno de mis amigos, cuando cierta vez su esposa lo confrontó al final de su largo día de trabajo con las quejas sobre el ruido, los problemas y las interminables tareas del hogar, estalló con una respuesta llena de exasperación: “Bueno, ¿quieres que me quede en casa y haga esas tareas mientras vas a la oficina?” Usted comprende su punto de vista: no podía resolver los problemas de ella. ¿Qué quería ella que él hiciera?

Les diré: quería que él escuchara, que comprendiera y que simpatizara con ella. Quería que le dejara saber que a pesar de los problemas, su cansancio, su desaliñamiento, él la amaba; que le dejara saber que sentía pesar porque ella sufriera y que si fuera posible, él cambiaría ese sufrimiento.

Los esfuerzos más fervientes del doctor Barger por renovar su amor a su esposa y alcanzar un nuevo nivel de comprensión dieron resultado. Le tomó tres años de «paciencia, una actitud para escuchar y para que se desarrollara

la confianza de Susan en él» empleando “literalmente cientos de horas hablando”. Pero finalmente el enfado de Susan se disipó venciendo su cinismo, el cual a su vez “la suavizó convirtiéndola en una persona más amable».

Al vivir en un estado matrimonial renovado, la vida llegó a ser extraordinariamente dulce. Cuando la tragedia los golpeó de nuevo, John y Susan creyeron que “estaban al borde de un matrimonio duradero y feliz”.

A Susan le diagnosticaron un cáncer terminal.

Sobrevino una batalla de ocho meses y el doctor Barger sintió el desafío de expresar su nuevo amor de una manera muy concreta. Cuidar a una persona seriamente enferma es una labor extremadamente difícil. Pero John aceptó esta situación como una oportunidad de “mostrarle cuánto realmente la amaba”.

Aunque a Susan se le dio el mejor cuidado posible, el cáncer ganó la batalla y murió. Dio su último suspiro rodeada de su familia y amigos más queridos, y sostenida de la mano de su querido esposo.

---

*La dulzura estaba en recordar un amor insólito sabiendo que él  
había experimentado algo que muchos de nosotros anhelamos sin  
encontrar: la verdadera y profunda compañía del alma.*

---

El doctor Barger recordó sus vidas pasadas con sentimientos agri dulces. El dolor estaba encerrado en su renovación y tendría que decirle adiós luego de haberse amestado, luego de aprender el significado más profundo que halló al amarla realmente en vez de dominarla. Pero la dulzura estaba en recordar un amor insólito sabiendo que él había experimentado algo que muchos de nosotros anhelamos sin encontrar: la verdadera y profunda compañía del alma.

En sus reflexiones, el doctor Barger disertó sobre cómo esa experiencia con su esposa se reflejaba en la relación con Dios:

Considere las virtudes que he recomendado como necesarias para obtener una relación profunda con su esposa: la paciencia, una actitud para escuchar, humildad, servicio y un amor fiel y tierno. Espero no ser un hereje al alegar que en sus tratos con nosotros, Dios actúa de muchas formas como una mujer.

Las mujeres son capaces de hacer cosas magníficas y a veces las hacen. Estas manifiestan un increíble poder y despiertan en nosotros los hombres un profundo pavor, sino temor y temblor. Pero cuando aman, aman serenamente; hablan como en susurros, y tenemos que escuchar cuidadosa y atentamente para discernir sus palabras de

amor.

¿No es así que Dios también actúa?

¿No interviene en muchas de nuestras vidas con susurros, que nos perdemos al dejar de recordarnos y prestar mucha atención si constantemente no nos esforzamos en escuchar esos susurros de amor divino? Las virtudes necesarias para amar verdaderamente a una mujer y recibir su amor a cambio —las virtudes de escuchar, tener paciencia, humildad y prestar servicio y ofrecer amor fiel— son las mismas virtudes necesarias para amar a Dios y a su vez sentir su amor. Así como no podemos enseñorearnos de las mujeres si hemos de conocerlas y hacer que nuestra intimidad crezca con ellas, tampoco podemos enseñorearnos de Dios si hemos de conocerlo y hacer que nuestra intimidad crezca con él.

No podemos exigir con éxito el amor de una mujer o el amor de Dios. Tenemos que esperar. Y así como el corazón de una mujer se derrite cuando ella encuentra en nosotros debilidades acompañadas por nuestra humilde actitud al admitirlas, también el corazón de Dios se derrite y su ternura y gracia se hacen infinitas para con nosotros cuando él encuentra nuestras debilidades acompañadas de nuestra humilde actitud al admitirlas.

Aunque esta historia se dirige a los hombres, sospecho que el mismo principio también se aplica a las mujeres. Ese hombre terriblemente difícil de amar puede justamente ser su puerta de entrada para aprender a amar a Dios. Es una verdad bíblica. El amado discípulo Juan lo expresa enérgicamente: «Si alguien afirma: “Yo amo a Dios”, pero odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ha visto, no puede amar a Dios, a quien no ha visto. Y él nos ha dado este mandamiento: el que ama a Dios, ame también a su hermano» (1 Juan 4:20-21).

Ese hombre —o esa mujer— parece ser muy diferente a usted, lo sé. Por eso parece ser tan difícil amarlo a él o a ella. Cuando usted piensa en un nivel, ella piensa en otro. Cuando está segura de que esta perspectiva es la más importante, él aporta otro ángulo completamente diferente. Y usted se pregunta: «¿Cómo es posible que pueda amar a alguien que sea tan diferente de mí?»

---

*Es mucho más corto el tramo de amar un hombre a una mujer  
—o el de una mujer amar a un hombre— que el de cualquiera de  
nosotros amar a Dios.*

---

Pero considere que si puede hacer alguna pregunta con integridad, trate

de hacerse esta: ¿Cómo es posible que pueda amar a Dios? Él es espíritu y usted está encerrado en un cuerpo de carne y huesos. Él es eterno y usted está atrapado en el tiempo. Él es todo santo, perfecto e impecable, y usted —como yo— está saturado de pecado.

El tramo que recorre un hombre para amar a una mujer —o para que una mujer ame a un hombre— es mucho menor que el que cualquiera de nosotros tiene que recorrer para amar a Dios.

Pero creo que es más que eso. Pienso que el matrimonio se diseñó para llamarnos a aprender a amar a “lo diferente”. Puesto de una manera más comprensible: viviendo juntos, durmiendo en el mismo cuarto, incluso en ocasiones compartiendo nuestros cuerpos mutuamente, estamos forzados a respetar y apreciar a alguien que es muy radicalmente diferente de nosotros.

Es necesario que nos llamen más allá de nuestro ser porque verdaderamente somos seres incompletos. Dios nos hizo para que nos realicemos en él, quien es el Otro Ser Completo. El matrimonio nos muestra que no somos todo lo que hay; este nos llama a entregarnos, pero también a hallar gozo, felicidad e incluso éxtasis en la otra persona.

No hay lecciones que aprender cuando un marido domina a su esposa; no hay ejemplos inspiradores que emular cuando una esposa manipula a su esposo. Pero el amor descubre los secretos espirituales del universo. El amor abre la eternidad en un soplo y deja caer sus gotas de lluvia sobre nosotros.

Aunque bien es cierto que el cristianismo implica la creencia en ciertas cosas, su heraldo, su sello distintivo y su gloria no está en meramente atenerse a ciertas verdades intelectuales. La belleza del cristianismo está en aprender a amar, y pocas situaciones de la vida lo prueban tan radicalmente como el matrimonio.

Sí, es difícil amar a su cónyuge. Pero si realmente quiere amar a Dios, fíjese ahora mismo en el anillo que tiene en su mano izquierda; dedíquese a explorar de nuevo lo que ese anillo representa y ame apasionadamente, con locura, perdurablemente a la persona carnal que lo introdujo allí.

---

*La belleza del cristianismo está en aprender a amar, y pocas situaciones de la vida lo prueban tan radicalmente como el matrimonio.*

---

Esa puede ser una de las cosas más espirituales que puede hacer.

CUATRO

## SANTO HONOR

EL MATRIMONIO NOS ENSEÑA A RESPETAR A LOS DEMÁS

Todos estamos en el sumidero, pero algunos de nosotros miramos las estrellas.

—OSCAR WILDE

Nunca debemos ser tan ingenuos como para pensar en el matrimonio como un puerto seguro para guarecernos de las consecuencias de la caída del hombre

... Las luchas más profundas de la vida ocurrirán en las relaciones más primordiales afectadas por la caída del hombre: el matrimonio.

—DAN ALLENDER Y TREMPER LONGMAN III

—Trabajo durante todo el día —se lamentaba Brian conmigo—. Llego a la casa, ayudo a preparar la comida, juego con los niños, lavo los platos, llevo a los niños a dormir y ¡bang! son las 9:30 y estoy muerto de cansancio.

—¿Qué hace tu esposa durante todo ese tiempo? —le pregunté.

—Está en el internet pasando todo el tiempo con esos grupos de charlatanes.

—¿Verdad?

—Oh, sí. Todos los días se pasa horas «hablando» con otras personas en la computadora. «Habla» con ellas más que conmigo o con los niños. Es desconcertante.

Un par de horas más tarde Brian cambiaba el pañal de su bebé recién nacido cuando Cheryl la emprendió contra él diciéndole que estaba arruinando su matrimonio metiéndose en deudas, sin jugar nunca con los niños, dejando de asumir el liderazgo espiritual y sin ayudar nunca en los quehaceres de la casa.

Mi esposa se quedó sorprendida. Había conocido a Brian desde los años en que asistían a la escuela secundaria y siempre pensó en él como un tipo de padre que se ocupaba de sus hijos además de ser más bien frugal en los

asuntos financieros.

Era impresionante escuchar ese tipo de historias tan excesivamente distintas sobre el mismo matrimonio. Durante el resto del día las conversaciones entre Brian y Cheryl fueron intensas; se habían convertido en adversarios en vez de aliados, y un aire negativo invadió el ambiente alrededor de ellos.

«Sí, Garry, *cáele*», dijo Cheryl mientras que yo jugaba los naipes que ponían en peligro el total de los puntos de Brian. Esa no era una muestra de afecto genuino ni de buena naturaleza, sino un malicioso regocijo por la derrota de un enemigo. Al reflexionar en las cosas sucedidas este día, recordé algo que leí una vez. Francisco de Sales, autor del siglo XVII del clásico *An Introduction to a Devout Life* [Introducción a una vida devota], escribió algo en una carta que es sencillo pero poderoso: “Desprecia el desprecio”.

---

*“Desprecia el desprecio”.*

---

Tanto Brian como Cheryl estaban tan llenos de desprecio mutuo que se pasaban todo el tiempo cavilando en las faltas del otro. Obviamente uno de ellos (y probablemente ambos) estaba o bien mintiendo sobre la situación del hogar o habían perdido la noción de lo que realmente estaba ocurriendo en su matrimonio.

Este capítulo trata sobre la disciplina de mostrar respeto, particularmente hacia su cónyuge. Lo triste del caso es que comparativamente, pocos cristianos piensan que mostrar respeto es un mandato o una disciplina espiritual. Estamos obsesionados con el deseo de que *nos respeten*, pero raramente consideramos nuestra propia obligación de respetar a los demás.

Las Escrituras tienen mucho que decir con respecto a esto. Se nos manda a respetar a nuestros padres (Levítico 19:3); a los ancianos (Levítico 19:32); a Dios (Malaquías 1:6); a nuestro cónyuge (Efesios 5:33; 1 Pedro 3:7); y de hecho a *todo el mundo*: «Den a todos el debido respeto ...», insta Pedro, el devoto discípulo de Jesús (1 Pedro 2:17).

Todos tenemos un deseo entrañable de ser respetados. Cuando ese deseo no se satisface, sentimos la tentación de caer en una reacción de defensa propia. En lugar de hacer nuestro esfuerzo para que se nos dé respeto, nos esforzamos en desprestigiar a nuestro cónyuge en un desesperado intento de convencernos a nosotros mismos de que su falta de respeto no tiene sentido. Espiritualmente esto se convierte en un círculo vicioso y agotador extremadamente difícil de romper.

Dios tiene una solución que, si la adoptamos, revolucionaremos nuestras relaciones. Mientras que muchas personas pugnan por *recibir* respeto, el matrimonio cristiano nos llama a centrar nuestros esfuerzos en *mostrar*

respeto. Somos llamados a honrar a alguien aunque conozcamos bien los defectos más profundos del carácter. Somos llamados a expandirnos, a descubrir *cómo* podemos aprender a respetar a esa persona con quien nos hemos relacionado tanto. Y en el curso de esa exploración se nos insta a “despreciar el desprecio”.

## El río explorado

Tengo algunos vívidos recuerdos de la primera semana de nuestro matrimonio. Uno de ellos es el de haber mirado dentro de nuestro botiquín de medicinas y tomar ese objeto de metal que parecía un par de tijeras con una quijada adjunta.

—¿Qué cosa es esto? —pregunté.

—Eso es para rizar mis pestañas —respondió mi esposa refiriéndose a una práctica que ya ha entrado en desuso, pero que era muy común a principio de los años ochenta.

—¿Realmente haces eso? —le pregunté.

—Por supuesto que sí —dijo ella.

Me quedé pasmado. Nadie me lo había dicho antes. Nunca se me hubiera ocurrido que los párpados lacios fueran señal de falta de higiene.

—¿Entonces qué dicen ustedes las mujeres cuando entran a una galería de tiendas y alguien dice: «¡Oh, mira a esa mujer! Se le olvidó rizar las pestañas, ¿y se presenta así ante el público?»

—No seas tonto —dijo mi esposa arrebatando de mi mano el rizador de pestañas.

La primera etapa del matrimonio puede estar llena de descubrimientos como ese. Usted piensa que todo el mundo guarda la basura debajo del fregadero de la cocina, al lado izquierdo, hasta que descubre que la familia de su esposa la guardaba en el patio.

«¡Pero esto no va allí!, usted protesta.

«¿Y por qué no?», pregunta su reciente esposa.

«¡Porque mi madre nunca lo puso allí!»

Tardé años en aceptar el hecho de que a Lisa le gusta guardar ciertas medicinas en el gabinete de las especias. Si me lo pregunta, responderé que hay algo inherentemente erróneo en guardar el Pepto-Bismol junto a los frascos de la vainilla y la sal; pero así es como su familia lo hacía.

Luego de cierto tiempo, sin embargo, esos interesantes y pequeños misterios se vuelven muy comunes, y es entonces cuando el menosprecio comienza a filtrarse.

Mark Twain cuenta una historia aleccionadora de cuando exploraba asiduamente el río Misisipí, que tanto estimaba. Luego de virtualmente memorizar todos sus declives, desviaderos y curvaturas, y de haber navegado por sus aguas con extasiada admiración, se despertó un día con fastidio al descubrir que ya el río había perdido mucho de su encanto poético. El misterio de esa poderosa vía fluvial había sido reemplazado por una

previsibilidad aburrida. Su amor por el río literalmente agotó el amor que sentía por este.

Cada matrimonio pasa por esa etapa. El éxtasis de ese amor se convierte en una rutina previsible. Una familiaridad casi chistosa reemplaza el misterio. La esposa sabe exactamente cómo el esposo se sentará en el sofá; su esposo sabe exactamente cómo su esposa responderá el teléfono.

La esposa de una pareja que conocemos decidió regalarle a su esposo unos palos de golf para su cumpleaños. Fue a una tienda y le dijo al dueño: «Aquí está el dinero para comprar un juego de palos. Mi esposo y yo volveremos por aquí mañana por la noche. Él los examinará; luego vendrá a hablar conmigo y finalmente vendrá por los palos y palpará los que decida que serán la mejor opción. En ese entonces quiero que usted camine hacia él y le diga: “Ya su esposa los pagó ayer. Feliz cumpleaños”».

El vendedor —aunque algo sospechoso— se sorprendió, pero estuvo de acuerdo con el plan.

Al día siguiente nuestra amiga llevó a su esposo a un restaurante situado al lado de la tienda de juegos de golf. Después de cenar, el esposo —como se esperaba— señaló la tienda y dijo: «¿No te importa si me detengo allí durante un momento?»

«En lo absoluto», dijo ella.

El esposo anduvo por la tienda y se detuvo ante dos juegos de palos. Luego vino a hablar con su esposa acerca de estos. Regresó hacia donde se hallaban los palos y palpó el juego que pensó sería el mejor. El dueño se presentó y soltó su discurso.

Cuando el amor se hace tan íntimo, ¿es posible que «el amor agote el amor» de esa persona?

Se dice que los grandes poetas del siglo XIX, Robert Browning y Elizabeth Barrett Browning —que hicieron famoso aquel dicho que se mencionaba con mucha frecuencia: «¿Cómo te puedo amar? Déjame contar las formas ...»— en realidad nunca se vieron desnudos por completo. La pasión que sostenían es legendaria. ¿Sería por causa de ese misterio físico que su pasión permaneció tan duradera e intensa?

Con frecuencia sucede que mientras más conocemos a nuestros compañeros y sus debilidades, más difícil se hace mostrar el respeto. Pero esa falta de respeto es más una señal de inmadurez espiritual que la misma senda inevitable del matrimonio. Considere a Pablo al escribirle a los corintios. Aunque se dirigía a una iglesia llena de disputadores (1 Corintios 1:11), personas ignorantes y sencillas (1:26), «niños mundanos» (3:1-3), arrogantes egocentristas (4:18), con casos como el de un hombre durmiendo con la esposa de su padre (5:1), hombres avariciosos demandando a otros creyentes

(6:1), y pensadores infantiles (14:20), no obstante los honra diciéndoles: «Siempre doy gracias a Dios por ustedes ...» (1:4). Los conocía suficientemente bien como para estar relacionado con sus faltas, pero continuaba dando gracias por ellos. ¿Por qué? La clave está en la segunda mitad del versículo 4: «Siempre doy gracias a Dios por ustedes, *pues él, en Cristo Jesús, les ha dado su gracia*» (énfasis del autor).

Tal como lo explica tan elocuentemente C.J. Mahaney, podemos estar agradecidos por nuestros compañeros pecadores cuando dedicamos más tiempo a buscar «evidencias de gracia» en vez de hallar faltas. Si mi esposa estuviera más consciente de los detalles negativos que percibo en ella de lo que está cuando estoy testificando sobre las evidencias de la gracia de Dios en su proceso de santificación progresiva, yo sería un esposo legalista parecido a un fariseo. Respetar es una obligación, no un favor; es un acto de madurez nacido de un profundo conocimiento de la gracia y la bondad de Dios.

## Un reto a nuestros prejuicios

Una noche entré por la puerta e inmediatamente Lisa me alcanzó el teléfono. «Gail está alterada y James necesita hablar contigo», dijo.

Tomé el teléfono y descubrí que Gail y James estaban realmente pasando por un tiempo difícil.

—Gail dice que yo la reprimo —dijo James algo sarcástico—. Cree que no la respeto y que la menosprecio.

—¿Es cierto? —dije.

—Sí. Y ahora quiere que yo vaya a recibir consejería, pero no me siento bien por eso.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Bueno, es que la consejera de ella es una mujer y no estoy seguro de que, bueno, tú sabes, de que pueda confiar en ella.

—Déjame aclarar esto —repliqué—. Gail no cree que la respetas como mujer. Tú piensas que eso no es verdad, pero rehúsas acudir a su consejera porque es una mujer y no estás seguro de poder confiar en ella, ¿verdad?.

Hubo un silencio profundo.

Sabía que ese reto finalmente iba a surgir. La primera vez que vi a Gail me di cuenta del porqué James la había escogido. Fue formado bajo el concepto de que «el hombre es hombre» y buscaba a una “mujer del hombre». En realidad, hablamos sobre las mujeres con quienes había salido. No percibí que alguna de ellas lo hubiera retado, que lo hubiera empujado, amenazado o competido con él de alguna forma. Solo vi mujeres cuyos padres las intimidaron con amenazas; por lo tanto, estaban perfectamente conformes con un esposo que deseara tener una esposa bonita, delgada y preferiblemente rubia, sujetada de su brazo derecho; que supiera sonreír, hablar, reír, hacer el amor y cuidar a los bebés.

Gail deseaba tener una relación significativa. Había dejado de ser una figura decorativa y James se hallaba frente a una crisis. Sin embargo, como al principio pensó, no era la crisis de que Gail estuviera “alterada”; era más bien la crisis por la que James estaba forzado a confrontar esas actitudes perjudiciales hacia las mujeres en general y hacia Gail en particular.

Jesús, deliberadamente, confrontó actitudes similares que quedaron ocultas dentro de sus discípulos. Denonadamente rompió la tradición rabínica al hablar con una mujer que se hallaba junto al pozo (véase Juan 4). No solo era inaudito que un rabino se encontrara solo con una mujer, sino que era virtualmente impensable que además discutiera asuntos de teología. Cuando le sugerían a un rabino que por alguna circunstancia en particular a las mujeres

debía enseñársele la Ley, respondía diciendo: “Un hombre que le impartiera a su hija enseñanza de la Ley estaría haciendo lo mismo que enseñarle lujuria”.<sup>1</sup>

Por eso en las Escrituras, para referirse a la reacción de los discípulos cuando hallaron a Jesús hablando con la mujer en el pozo (Juan 4:27), se emplearon las palabras «se sorprendieron» (*nvi*) o «se maravillaron» (*rvt*) para traducir la palabra griega *thaumazo*, que da el sentido de incredulidad: «¿Cómo puede suceder esto?» «¿Es cierto lo que estoy viendo?»

Sin duda, mucho del asombro de los discípulos surgió de su exposición a la evidente cultura antifemenina establecida. En el tiempo de Jesús las mujeres de Palestina estaban sujetas a numerosos rechazos: no se contaban entre los que componían el número mínimo de diez personas para el servicio de tomar su lugar en una sinagoga; su testimonio no tenía validez ante las cortes legales; no se consideraban aptas para recibir instrucción (el Talmud dice: “Es preferible destruir a las mujeres en el fuego antes que enseñarles las palabras del Tora”) y con frecuencia las segregaban del resto de la sociedad y las encerraban en sus hogares. El desprecio por las mujeres se nota en una atrevida oración derogatoria que frecuentemente expresaban los hombres judíos: “Gracias a Dios porque no me ha creado gentil; gracias a Dios porque no me ha creado una mujer; gracias a Dios porque no me ha creado ignorante”.

Con gestos osados y con palabras valientes Jesús retó y confrontó estas actitudes sobre las mujeres, realizándolas e incluyéndolas en su círculo íntimo de confidentes y apoyadores (véase Lucas 8:1-3). Valoró a las mujeres y deseaba que estuvieran a su alrededor, aunque esa actitud nunca fue motivo ni siquiera de murmuración o insinuación de escándalo, porque actuaba con genuino amor y pureza.

---

*Con gestos osados y con palabras valientes Jesús retó y confrontó estas actitudes sobre las mujeres, realizándolas e incluyéndolas en su círculo íntimo de confidentes y apoyadores.*

---

No fue sino hasta que mi amigo James se casó que pudo confrontar los puntos de vista misóginos que tenía sobre las mujeres. Tuvo que oír a su propia esposa decir: «No me respetas porque soy mujer», y tuvo que soportar el escarnio de sus propias palabras: «Ella es una mujer, no estoy seguro de poder confiar en ella», antes de poder ver su actitud pecaminosa.

## La diferencia

Muchos de los problemas maritales que enfrentamos no son entre parejas individuales, como por ejemplo, los de Jim y Susan, Mark y Diane, o Rob y Jill. Son problemas entre hombres en general y mujeres en general. Son problemas que surgen porque somos muy perezosos o muy egoístas para llegar a conocer a nuestro cónyuge de un modo en que podamos comprender en realidad cuán diferentes son de nosotros.

Tuve que aprender esta lección por las malas. No entraré en lujo de detalles, pero esa vez en particular al llegar a Raleigh, Carolina del Norte, desde Bellingham, Washington, involucró un total de cinco horas manejando un auto, cuatro aeropuertos, tres reservaciones para alquilar autos, dos viajeros muy cansados y un chofer de taxi totalmente loco que actuaba como un personaje salido de algún episodio de Seinfeld.

Viajaba con la mayor de mis hijas, quien en ese entonces tenía diez años de edad, y planeaba dejarla en casa de un amigo al norte del estado de Virginia mientras yo iba a ir a Raleigh hacia el sur. En vista de que se canceló un vuelo, tuve que dejar a Allison después de las 11:00 p.m. y luego manejar como hasta la 1:00 a.m., cuando el cansancio me obligó a detener la marcha.

Al día siguiente me levanté más bien temprano y completé la ruta hacia Raleigh, donde esa noche tenía programado dar una conferencia a un grupo bastante nutrido de personas. Antes de la reunión tuve que completar una entrevista por teléfono, enviar por correo nocturno unas galeras a una casa de publicaciones y devolver unas cuantas llamadas telefónicas; todo eso mientras trataba de intercalar algún tiempo para repasar mi conferencia.

Aproximadamente una hora antes de que tuviera que estar en el salón de actos sociales del hotel, llamé a mi esposa para saber si todo andaba bien. Luego de intercambiar varias frases, estalló en lágrimas. Se trataba de que algo en el programa de la computadora no estaba funcionando bien y la pregunta era si habría que gastar dinero para comprar otra computadora nueva. Hice lo mejor que pude con el fin de estar preparado espiritualmente al momento de dar la conferencia. Después de un viaje tan agotador como ese, sentía que necesitaba tiempo para organizarme y resentí las lágrimas de Lisa, particularmente en ese preciso momento. Recuerdo que pensé: «¿No puede ella tener más fortaleza emocional mientras estoy de viaje? No necesito esto».

Traté de orar en medio de mi frustración, pero más bien permanecí agitado. «¡Formidable!», pensé irónicamente. «¡Qué disposición tan apropiada precisamente antes de enfrentarme a todas esas personas!» Traté de no culpar a mi esposa por ponerme así, pero tenía menos del cien por ciento de éxito en mi esfuerzo por lograrlo.

«El individuo que viaja necesita a alguien que tenga más fortaleza emocional en el hogar», continuaba diciéndome a mí mismo. Luego me arrepentía para entonces hallarme de nuevo repitiendo la misma declaración con más vigor.

Dos semanas más tarde leí en *The Washington Post Magazine* [Revista Washington Post] un formidable artículo sobre una experiencia personal. Liza Mundy escribió que había participado en una reunión editorial y luego se horrorizó al comenzar a llorar. Tenía calor, estaba molesta y cansada —nada extraordinario—, pero todos esos síntomas se combinaron para provocarle el deseo de llorar. Escribe diciendo: «De pronto el calor se me subió al rostro; las lágrimas brotaban de mis ojos y pestañeaba sin cesar con la esperanza de reprimirlas. Solo que, por supuesto, todo eso era fútil porque, como lo expresó un amigo tan atractivamente más tarde, cuando llegó al punto de tener la experiencia de dejar irrumpir el llanto en la oficina, “ya usted no llora más por lo que dicen; está llorando por llorar”».

Luego, aproximadamente un párrafo más adelante, Mundy escribió algo que me dejó estupefacto. “Lo que yo quería decir era: “No preste atención a las lágrimas; son insignificantes. Estoy pensando con claridad; esta conversación no me decepciona tanto como parece. ¡Es que estoy fatigada, algo tensa y tengo calor» Porque yo sabía, al igual que todas las mujeres, que a veces las lágrimas no son más relevantes que el sudor”.

Como hombre equiparo las lágrimas con la debilidad y casi devastación. Para que yo llore en una oficina haría falta que ocurriera una tragedia magna. Y es entonces cuando comprendo que tal vez las lágrimas significan algo completamente diferente para mí que para Lisa. Veo lágrimas y creo que se está derrumbando. Ella deja caer las lágrimas y piensa que sencillamente está sudando.

Si por alguna razón Lisa y yo nos separáramos y nos casáramos con otra persona que yo considerara ser emocionalmente «más fuerte» que ella, bien pudiera hallarme en la misma situación. Lo que ahora me molesta de Lisa bien pudiera ser cierto respecto a la mayoría de las mujeres. Sería una cuestión entre hombre y mujer, no entre Gary y Lisa.

Meses más tarde observé cómo Lisa trataba de reprimir sus lágrimas el Viernes Santo. Kelsey, nuestra hija más pequeña, puso en la lavadora una blusa con lentejuelas y los resultados no fueron nada buenos, así que no la pudo usar para ir a la iglesia, tal y como había planeado. Lisa abrió bien los ojos —cosa que estoy acostumbrado a ver muchas veces durante estos últimos catorce años— y comenzó a pestañear para no llorar.

Poco después me paré junto a la puerta. «¿Llorar por eso?», pensé. «¿Por una blusa con lentejuelas? ¡Qué tontería»

Y luego me apliqué la disciplina del respeto: «¡Basta, Gary! Las lágrimas significan algo diferente para ella; no juzgues a tu esposa».

Me callé la boca; de pronto sus lágrimas disminuyeron y fuimos a la iglesia sin hacer mucho aspavientos.

Nótese este proceso: tuve que aprender cómo entender mejor a Lisa antes de que pudiera verdaderamente respetarla; y tuve que respetarla antes de que pudiera amarla plenamente. Este es un proceso terapéutico tremendamente espiritual: el de desprenderme de mí mismo para crecer más en mi amor por los demás.

---

*Una actitud de juicio no me quebranta; más bien me infla, me  
llena de arrogancia.*

---

Charles Williams se refiere a «una invasión mutua, quebrantándose ambos seres para poder transformar el amor que reciben mutuamente».<sup>2</sup> Para transformarse me hacía falta “estar quebrantado”.

Una actitud de juicio no me quebranta; más bien me infla, me llena de arrogancia. Cuando aprendo a respetar, me transformo en ese proceso.

## Igualdad espiritual

Como entidades morales, los hombres y las mujeres son iguales ante Dios. Esta verdad no quiere decir que sean sinónimos o que sus funciones sean o deban ser las mismas. Pero sí significa, como lo enseñan las Escrituras, que *tanto* los seres masculinos *como* los femeninos están hechos a la imagen de Dios. Esa es la enseñanza de Génesis 1:27, y también la que afirma Pablo en el Nuevo Testamento al escribir a los gálatas que en Cristo Jesús «no hay hombre ni mujer» (Gálatas 3:28).

Mi esposa está hecha a la imagen de Dios, y esa razón me insta a adoptar una actitud mucho más noble que la de sencillamente abstenerme de ser condescendiente con ella. Es cierto que no es muy apropiado que por ser mujer yo la desprecie, pero refrenarme de actuar con desdén dista mucho del honor que le debo por ser ella una creación a la imagen de Dios.

Cierta vez mi familia visitó la Galería Nacional de Arte y al ver algunos cuadros originales de Rembrandts, uno de mis hijos, que todo lo toca, extendió la mano para palpar el cuadro. Mi esposa se inclinó y con un susurro severo agarró la mano de nuestro hijo antes de que pudiera llegar hasta el lienzo. «¡Ese es un cuadro de Rembrandt y no puedes tocarlo», silbó bajo la mirada del guardia.

¡Mi esposa fue creada por el mismo Dios! ¿Cómo, pues, me atrevo a deshonrarla? De hecho, ¿no debería detenerme a pensarlo antes de llegar a tocarla? ¡Después de todo es hija del Creador!

La dificultad que existe en honrar a nuestro cónyuge es que somos llamados a adoptar actitudes y acciones que nos deben llevar mucho más allá que la mera expresión de que no la deshonraremos a ella o a él. Como Betsy y Gary Ricucci señalan, «el honor no es pasivo sino activo. Honramos a nuestras esposas demostrándole nuestra estima y respeto: halagándola en público; ratificando sus dones, habilidades y logros y declarando nuestro aprecio por todo lo que hacen. El honor que no se expresa no es honor».<sup>3</sup>

El mayor reto para mí al llevar a cabo mi obligación espiritual de honrar a mi esposa, es que tiendo a ocuparme de otras cosas y me despisto. No tengo la intención de deshonrarla; solo que distraídamente descuido la actitud de honrarla activamente.

El pastor de Maryland que cité anteriormente, C.J. Mahaney, aprendió a honrar a su esposa casi instintivamente. Su hermana cuenta la ocasión en que él y su esposa cargaban a su primer bebé. Muchos padres conocen lo que es la «idolatría del primogénito»; pero C.J. demostró su madurez cuando alguien se le acercó y refiriéndose a la criatura le dijo: «Apuesto que es la niña de sus

ojos». Inmediatamente él respondió apuntando hacia su esposa: «No, *ella* es la niña de mis ojos”.<sup>4</sup>

La razón por la que respetar a mi esposa constituye una disciplina tanto espiritual como marital es sencilla: he descubierto que mientras más honro a mi esposa en particular, más honro a otras mujeres en general. Lo opuesto es también cierto. La frase vulgar que reza: «Oh, así son las mujeres” delata una seria enfermedad espiritual. Las “mujeres» están hechas a la imagen de Dios. Tal comentario se acerca peligrosamente a una difamación al Creador que creó a las mujeres *tal cual son*.

Respetar a los demás trae luz y vida a nuestras vidas. Nos lleva al objetivo de respetar al Dios que nos creó a todos y nos configura del modo que considera apropiado. Es una disciplina esencial, y el matrimonio provee oportunidades diarias para que crezcamos en ese aspecto.

Veamos algunas formas prácticas en que comenzamos a despreciar el desprecio en nuestras relaciones.

## Cómo despreciar el desprecio

### Adoptemos una doble norma santa

Es triste que haya pasado los primeros años de mi matrimonio enumerando los puntos fuertes y débiles de los distintos rasgos característicos de la personalidad de mi esposa y de los míos. El problema era sencillo: yo estaba pasando mucho tiempo concentrado en mis puntos fuertes y en sus puntos débiles. Luego leí un pasaje escrito por John Owen, uno de los más grandes eruditos puritanos: «La persona que comprende el mal de su propio corazón es la única que es útil, fructífera y firme en sus creencias y su obediencia. Los demás solo se engañan a sí mismos y, por lo tanto, desconciertan a sus familias, la iglesias y todas las demás relaciones. En su orgullo propio y su juicio sobre los demás muestran gran inconsistencia».<sup>5</sup>

Me percaté de que mi propio sentido de orgullo me estaba engañando. En vez de concentrarme en lo que Lisa podía mejorar, debería estar orando de rodillas, implorándole a Dios que me cambiara a *mí*. Esa idea se expandió una mañana cuando desperté y comencé a orar citando versículos de la Biblia. Repentinamente me sobresaltó una pregunta: «¿Siente Lisa que está casada con Jesús?»

Casi me reí en voz alta hasta que me sacudió otro pensamiento. La Biblia me dice una y otra vez que mi deber como cristiano es ser cada vez más semejante a Jesucristo. Con el tiempo mi esposa *debería* comenzar a sentir que entre nosotros hay al menos un parecido de familia. Me di cuenta de que desdichadamente me faltaba mucho por alcanzar la meta de mejorarme a mí mismo por el bien de mi esposa.

«¡Pero espera» Mi ser egoísta deseaba reclamar. «¿Y ella?» Comencé a pensar en cómo mi esposa podía mejorar, y que eso, sin duda, mejoraría mi matrimonio inmensurablemente. Pero luego recordé un pasaje que escribió Willam Law, el gran escritor anglicano del siglo XIX:

Nadie tiene el Espíritu de Cristo sino solo aquel que tenga la mayor compasión por los pecadores. Ni hay mayor señal de su propia perfección que la de ser todo amoroso y compasivo hacia los que son muy débiles y defectuosos. Y por otra parte, usted nunca tiene menos razón de agradarse a sí mismo que cuando se halla más enfadado y ofendido por la conducta de otros. En verdad, todo pecado debe odiarse y aborrecerse no importa dónde esté, pero luego debemos enfrentarnos al pecado tanto como nos enfrentamos a la enfermedad y a la dolencia, mostrando ternura y compasión hacia los enfermos y dolidos.<sup>6</sup>

---

*La Biblia me dice una y otra vez que mi deber como cristiano es*

*ser cada vez más semejante a Jesucristo.*

---

Esas son palabras difíciles de aceptar. Esencialmente, cuando Law me dice que mi respeto se convierte en desprecio es porque *yo soy débil*, no porque mi esposa esté equivocada. Si realmente fuera maduro, tuviera la misma compasión por sus debilidades como Cristo. El respeto es el objeto de la disciplina espiritual, una obligación que debo tener para con mi esposa.

Afortunadamente un cambio en mi vida me ayudó a ver las cosas desde una perspectiva diferente.

### **Obtenga un nuevo conocimiento**

Mi esposa y yo entramos en una nueva etapa de nuestro matrimonio cuando llegué a tener mi propio negocio. Para ahorrar en gastos generales, decidimos que yo trabajaría en mi casa. El único problema era que en ese tiempo vivíamos en un apartamento.

Con tres hijos.

En otras palabras, realmente yo tendría que trabajar en nuestro *cuarto*.

Cuando otras parejas casadas descubrían lo que estábamos haciendo, muchas veces se asombraban. «¿Y todavía ustedes *se gustan?*» Preguntaban.

Realmente, trabajar en casa hizo maravillas en nuestro matrimonio.

Por primera vez pude ver con mis propios ojos cómo era pasar el día entero con Lisa. Claro, solía verlo cada fin de semana, pero lo que dificulta la vida de ella no es un encuentro ocasional de cuarenta y ocho horas; es una responsabilidad acumulativa, interminable de criar y educar niños en un ambiente de casa y escuela a la vez mientras limpia la casa, planea las comidas y prepara su propio estudio bíblico. Y luego, cuando su esposo vuelve a casa, se espera que todavía le queden suficientes energías para actuar como esposa.

Por otra parte, mi esposa vio lo que era para mí sentarme frente a una computadora durante todo el día. Algunos días estuve cansado; otros, enfermo. Otras veces el día estaba tan bonito como para salir a disfrutarlo, pero aun así permanecía sentado en mi butaca trabajando. Hacía las llamadas por teléfono indeseables pero necesarias. Ella vio mi determinación y disciplina. Además tuvo un asiento de primera fila desde el cual era testigo de la presión para cumplir con las fechas límites o aceptar asignaciones que sabía que eran difíciles, pero convenientes porque generarían el dinero necesario.

Con el tiempo desarrollamos un profundo aprecio por lo que la otra persona hacía. Ahora, ambos comprendemos de una manera mucho más clara los retos a los que nos enfrentamos y por qué a veces se hace difícil actuar como una pareja perfecta. No estamos casados en el jardín del Edén, cuyos

cuidados son innecesarios; estamos casados y viviendo en medio de muchas responsabilidades que compiten por usar nuestras energías. Esta nueva perspectiva introdujo una mutua empatía más fuerte respecto a nuestras debilidades y peculiaridades.

---

*Estamos casados y viviendo en medio de muchas responsabilidades que compiten para usar nuestras energías. Esta nueva perspectiva introdujo una mutua empatía más fuerte respecto a nuestras debilidades y peculiaridades.*

---

Usted no tiene que trabajar en su casa para experimentar esa empatía. En lugar de concentrar su energía o resentimiento en lo poco que su esposa lo comprende, emplee sus esfuerzos en comprenderla a ella o a él. Como ejercicio espiritual, descubra cómo realmente pasa el día su cónyuge. Pregúntele; sonsaque su respuesta: «¿Qué parte del día es más difícil para ti? ¿Cuándo sientes que estás a punto de darte por vencido/a? ¿Hay ratos que te resultan monótonos? ¿Hay algo que temes constantemente?» Tómese el tiempo para hacer un inventario de las dificultades de su cónyuge y no de sus defectos.

### **Cultive la gratitud**

Es un privilegio dar gracias; crea un enfoque positivo en mi vida. Pero también es una obligación: «Den gracias al Señor, porque él es bueno» (Salmo 136:1). «Den gracias a Dios en toda situación ...» (1 Tesalonicenses 5:18). Recuerden cómo Pablo dio gracias por los corintios (1 Corintios 1:4).

Cuando estoy agradecido a mi esposa, se quiebra el control que el desprecio por la familiaridad puede tener sobre mí. Busco nuevas cosas por las cuales sentirme agradecido. Procuró no dar por sentado las cosas rutinarias que hace. Nunca como en la casa de alguien sin darle las gracias por ofrecerme un plato de comida; ¿por qué,

No hay muchas cosas que me levanten más el espíritu que escuchar a mi esposa o a los niños decirme con sencillez: «Gracias por trabajar tanto y así proveer para nosotros». Esas diez palabras pueden levantar cien libras de presión de mi espalda.

---

*Cuando estoy agradecido por mi esposa, se quiebra el control que el desprecio por la familiaridad puede tener sobre mí. entonces, no darle a mi esposa las mismas gracias que le daría a otra persona?*

---

El desprecio se concibe con las expectativas; el respeto se concibe con las expresiones de gratitud. Podemos escoger cuál de ellas le obsesiona: las

expectativas o la gratitud. Esa opción puede dar como resultado un nacimiento, y esa criatura se llamará: desprecio o respeto.

### **Recuerde los efectos de la caída del hombre**

Es necesario que comprendamos cuán profundamente fraccionado está el mundo. El pecado ha dejado una cicatriz radical en nuestra existencia. Como resultado de esa caída del hombre tendré que trabajar con dificultad y angustia (Génesis 3:17-19). Y en la crianza de nuestros hijos Lisa entrará en unas relaciones de motivos mixtos y frustradas metas (Génesis 3:16).

Ni el matrimonio más insólitamente bueno es capaz de borrar completamente los efectos de la maldición del pecado sobre los individuos y la sociedad. Dan Allender y Tremper Longman escriben: «Nunca debemos ser suficientemente ingenuos como para pensar que el matrimonio sea un puerto seguro que nos libere de la caída del hombre ... Las luchas más profundas de la vida ocurrirán en las relaciones más primarias que esa caída afectaron: el matrimonio».<sup>7</sup>

El problema es que aunque no podemos regresar a la existencia idílica que precedió a la caída, fuimos dotados del conocimiento sobre cómo fueron los días previos a esa caída. En otras palabras, sabemos cómo *deberían ser* nuestras relaciones, pero somos incapaces de conformarlas perfectamente según ese ideal: «Nuestras almas están programadas para lo que nunca disfrutaremos sino hasta que el Edén se restaure en el nuevo cielo y la nueva tierra. Somos formados con un vago recuerdo del Edén».<sup>8</sup>

Esto me invita a ser gentil y tolerante con mi esposa. Quiero que llegue a ser como Jesús la llama a ser, y espero de todo corazón ser un factor positivo en la búsqueda de ese objetivo (y vice versa). Pero ella nunca llegará plenamente allí mientras esté de este lado del cielo, así es que la amo y la acepto en la realidad de nuestras vidas dentro de este mundo manchado por el pecado.

Al aceptar el estado de ruina de este mundo —con sus amargos desconciertos, limitaciones físicas y una miríada de demandas— comprendo lo difícil que es la vida para Lisa, lo cual me ayuda a su vez a despreciar el desprecio.

---

*El desprecio se concibe con las expectativas; el respeto se concibe con las expresiones de gratitud.*

---

En los días en que aún trabajaba fuera de casa, recuerdo ocasiones en las que Lisa planeaba una noche romántica. Con entusiasmo matutino planeábamos una noche “candente”. El romance reinaba. Durante breves momentos pretendíamos como si la tierra no existiera, disfrutando los

benditos frutos de la intimidad conyugal.

Luego me iba a trabajar durante todo el día pensando ocasionalmente sobre esos placeres maritales que me aguardaban en pocas horas. Cuando llegaba a casa, sin embargo, con no poca frecuencia me esperaba a la puerta una esposa que no deseaba nada más que un baño solitario y comenzar a disfrutar en breve de una noche de sueño placentero.

«Pero si aún quieres, tú sabes, está bien conmigo», decía. «¡Eso no es justo!» Solía pensar. «No deseo una esposa que esté

Pero ahora veo el proceso: el piso de una cocina donde hay suficiente cereal como para alimentar a una familia de ratones durante tres inviernos consecutivos; la presión de ver que las lecciones de la escuela se hagan mientras hace falta hacer las meriendas y lavar las ropas; supervisar las prácticas del ballet y balompié, y.

---

*De esto se hacen los pleitos matrimoniales de cinco estrellas.  
meramente conforme, sino ¡una esposa con verdaderas ansias»*

---

Y me di cuenta de que esa situación indeseable no se debía a ninguna razón personal sino que a veces las esposas se agotan. Así es como son las cosas en un mundo caído. Lisa no quería agotarse, pero está hecha de carne y hueso y ¿qué más se puede esperar?

En muchos de mis seminarios una y otra vez hago énfasis en esto: Esposos, están casados con una mujer caída en un mundo quebrado. Esposas, están casadas con un hombre pecador en un mundo pecador. Está garantizado que su cónyuge pecará contra usted, la desconcertará y tiene limitaciones físicas que la frustrarán y entristecerán. Él podrá venir a casa con las mejores intenciones de mostrarse cándido y aun así enfadarse. Ella podrá tener todo el deseo del mundo para hacer algo sustancial pero ninguna energía.

Este es un mundo caído. Déjeme repetirlo: Nunca hallará a un cónyuge que no esté afectado de algún modo por la realidad de la caída del hombre. Si no puede respetar a *esa* esposa por ser propensa a ciertas debilidades, jamás podrá respetar a *ninguna* esposa.

## Cuidarse mutuamente

Hace varios años, al regresar de un viaje, me paré a la puerta de la calle y me sentí como si hubiera recorrido a pie cada una de las cuatrocientas millas que había manejado. Había dado seis conferencias en cuatro días, y había manejado a través de cuatro estados para llegar hasta donde necesitaba ir. Entré al lugar del estacionamiento del coche pensando: «Estoy muy cansado. Todo lo que realmente deseo es mirar un juego de fútbol». Y al entrar por la puerta, Lisa estaba pensando: «¡Bien, al fin llegó! He tenido a los niños durante todo el fin de semana y ahora me están volviendo loca».

De esto se hacen los pleitos matrimoniales de cinco estrellas. Son las situaciones que se sienten como si estuvieran cocinadas en el mismo infierno.

Pero luego, para mi asombro, descubrí que Lisa y yo habíamos madurado. Traté de jugar con los niños como mejor pude. Les había traído algunas palomitas de maíz y hablamos en la mesa de la cocina mientras comían. Pero me percaté de que Lisa notaba mi cansancio.

«Debes estar agotado», me dijo. «Déjame encargarme de los niños esta noche».

Sin embargo, al oírla decir así sentí el *deseo* de cuidar los niños. Comprendí que aunque ella tenía razones válidas para encomendarme los quehaceres de la noche, se estaba tratando mal a sí misma y me estaba tratando bien a mí; y eso provocó que yo me tratara mal a mí mismo y la tratara bien a *ella*.

No siempre actuamos así. De ningún modo. Pero es maravilloso cuando lo hacemos. Creo que el apóstol Pablo nos lleva a este enfoque al confesar que era «el peor de los pecadores» (1 Timoteo 1:16). No creo que haya otra mejor receta en toda la Biblia que nos ayude a llegar a ser mejores esposos. Si suponemos que el camino de nuestra esposa es más difícil de recorrer y que fallamos la mayor parte de las veces, pero luego actuamos apropiadamente, hallaremos la mezcla de los ingredientes que será justamente la correcta.

El desprecio nace cuando nos fijamos en las debilidades de nuestros cónyuges. Cada cónyuge tiene esos puntos delicados. Si los quiere hallar, sin duda los hallará. Y si quiere obsesionarse con ellos, estos crecerán, *ipero usted no!*

Jesús provee un remedio que impone por su sencillez pero pronostica su dificultad. Nos dice que saquemos la viga de nuestro propio ojo antes de tratar de sacar la astilla del ojo de nuestro prójimo (véase Mateo 7:3-5).

Si piensa de este modo: «Pero mi esposa es quien tiene la viga», permítame dejarle saber un secreto: *Usted es exactamente ese tipo de persona a*

*la cual Jesús le está hablando.* Usted es la persona a quien él quería retar con esas palabras. Aquí él no nos está ayudando a resolver los asuntos legales, sino que nos está instando a adoptar espíritus humildes. Quiere que echemos fuera el desprecio —despreciar el desprecio— y que aprendamos el secreto espiritual que concierne el respeto.

Considere el tipo de personas que Jesús amó en los días en que andaba en la tierra: Judas (el traidor); la mujer junto al pozo (una libertina sexual), Zaqueo (el astuto engañador financiero) y muchas otras personas como ellos. Aunque Jesús fue impecable y esas personas estaban bastante saturadas de pecado, no obstante las honró. Lavó los pies de Judas; pasó algún tiempo hablando respetuosamente con la mujer junto al pozo; fue a comer a casa de Zaqueo. Jesús, el único ser humano perfecto que vivió en la tierra, se acercaba a las personas pecadoras. Y nos pide que hagamos lo mismo comenzando por la que está más cerca de nosotros: nuestras esposas.

Sienta desprecio por el desprecio. Honre a aquellos que lo merecen. comenzando por su esposa.

CINCO

## EL ABRAZO DEL ALMA

EL BUEN MATRIMONIO ALIENTA LA BUENA ORACIÓN

Un matrimonio magnífico no comienza conociéndose mutuamente sino conociendo a Dios.

—GARY Y BETSY RICUCCI

Pocos meses después de habernos casado, para hacerle el favor a algunos amigos, Lisa y yo acordamos intercambiar camas con otra pareja.

Tenían una cama de agua y querían mudarse a un apartamento en los altos donde no se permitía tener este tipo de camas. Ya que vivíamos en un apartamento en el sótano, el peso de la cama no importaba, y Lisa y yo decidimos darle a nuestros amigos una oportunidad.

Fue un acto de caridad que pronto nos llegó a pesar.

Lo más difícil para mí era el hecho de que durante todos mis años de soltero me gustaba dormir solo. Para mayor consternación, llegué a saber que Lisa es de la clase de durmiente “acurrucadora”. Tardé meses en aprender cómo dormir con alguien que me esté tocando.

Con la cama de agua las cosas empeoraron. Cuando alguno de nosotros se movía, se sentía como si tratáramos de dormir sobre la ola de un *sunami*. La detestaba. Y para complicar más las cosas, Lisa tenía la tendencia de inclinarse hacia mi lado empujándome cada vez más. Una noche me desperté con mis mejillas aplastadas contra la cabecera de la cama.

«Esto es ridículo», pensé, así es que me levanté y me fui hacia el otro lado de la cama deslizándome hacia el lado de Lisa de modo que tuviera las tres cuartas partes de la cama libre. Usted podrá imaginar lo que ocurrió. A la mañana siguiente me desperté con la cara aplastada contra *el otro* lado.

«Esta cama tiene que irse de aquí», insistí.

Como un hombre casado, era tan difícil para mí aprender a dormir como aprender a orar. De la noche a la mañana todo había cambiado. Mis rituales y hábitos espirituales no parecían “caber” más en mi vida. Tenía que hallar

otros.

## La importancia del matrimonio para la oración

Tomé en serio mi vida de oración y con razón. Las palabras de Jesús y sus discípulos, sin mencionar los dos mil años de tradición cristiana, son testigos de la misma realidad: la oración es esencial para la vida cristiana. No hay fe sin oración, y para ser cristianos vigorosos, debemos ser oradores también. No hay otro modo.

Pablo nos insta a orar *sin cesar* (1 Tesalonicenses 5:17). Esto coloca la oración sobre un plano superior a la mera intercesión; marca la oración como el centro de nuestra devoción, la constante conciencia de la presencia de Dios, nuestra continua sumisión a su voluntad y nuestras frecuentes expresiones de adoración y alabanza.

John Henry Newman, erudito inglés del siglo XIX, escribió: «La oración es para la vida espiritual lo que el latido del pulso y la aspiración del aliento son para la vida del cuerpo».<sup>1</sup> Martín Lutero insistía diciendo: «Así como la tarea de los sastres consiste en confeccionar ropas y la de los zapateros enmendar zapatos, la tarea de los cristianos es orar».

J.C. Ryle observaba: «La oración es el mismo aliento de vida del verdadero cristianismo». Un escritor moderno, Terry Glaspey, lo resume bien al escribir: «La oración es la obra a la cual debemos consagrarnos si hemos de hacer que nuestra vida cobre sentido a la luz de la eternidad».

Me gusta esto último: «La oración es la obra a la cual debemos consagrarnos si hemos de hacer que nuestra vida cobre sentido a la luz de la eternidad». La oración nos ayuda a recuperar las prioridades adecuadas, discernir la sabiduría bíblica y emitir juicios justos. Sin la oración, Glaspey podría decir, vivimos como personas temporales con valores temporales. La oración vuelve a impulsar la eternidad hacia nuestras vidas permitiendo que Dios sea cada vez más relevante en la forma en que vivimos.

El cristiano que deja de orar dejará de crecer como debiera y quedará atrapado en una adolescencia espiritual perpetua. De nuevo J.C. Ryle dice:

¿Por qué razón algunos creyentes son más brillantes y más santos que otros? Creo que la diferencia en diecinueve de cada veinte casos surge de los diversos hábitos de la oración privada. Creo que aquellos que no son eminentemente santos oran *poco*, y los que son eminentemente santos oran *mucho*.

Cuando usted entiende lo central que es la oración en la espiritualidad cristiana, pocos versículos son más asombrosos que lo que expresa 1 Pedro 3:7: «De igual manera, ustedes esposos, sean comprensivos en su vida

conyugal, tratando cada uno a su esposa con respeto, ya que como mujer es más delicada, y ambos son herederos del grato don de la vida. Así nada estorbará las oraciones de ustedes».

---

*Nuestra vida cobra sentido a la luz de la eternidad. La oración vuelve a impulsar la eternidad hacia nuestras vidas permitiendo que Dios sea cada vez más relevante.*

---

Cuando Pedro dice que los hombres deben considerar a sus esposas y tratarlas con respeto de modo que *nada estorbará las oraciones de ustedes*, está vinculando directamente nuestra actitud hacia nuestras esposas con la disciplina cristiana fundamental.

Si la oración es la esencia de la espiritualidad, y si una actitud errónea en el matrimonio destruye esa actividad, a los hombres, aquí en particular, les corresponde prestar cuidadosa atención.

Pronto descubrí que yo no era el único en hallar que es más difícil orar cuando se es un hombre casado. Martín Lutero confesó el mismo dilema. Y en 1 Pedro 3:7 se explica la razón. Las reglas cambiaron cuando me casé. A mi vida de oración se le añadió una condición, y esa condición está directamente relacionada con la manera en que veo y trato a mi esposa.

Nunca más podré abordar la oración “como si” yo fuera un hombre soltero. Dios me ve, en cierto sentido, a través de mi esposa. Eso significa que deseo crecer como un hombre casado de oración, no puedo fingir que soy un monje célibe. No puedo repetir como un loro los discursos de los eruditos medievales, quienes los dirigían a hombres y mujeres solteras en su búsqueda de Dios.

Realmente, mucho de la enseñanza cristiana se ha captado exactamente a la inversa. Se nos dice que si queremos tener un matrimonio más sólido, debemos mejorar nuestra vida de oración. Pero Pedro nos dice que *debemos mejorar nuestro matrimonio para que podamos mejorar nuestra vida de oración*. En lugar de ser la oración la “herramienta” que refinará nuestro matrimonio, Pedro me dice que es el matrimonio la herramienta que refinará mis oraciones!

---

*Pedro nos dice que debemos mejorar nuestros matrimonios para que podamos mejorar nuestras vidas de oración.*

---

Un hombre podría predicar un sermón excelente, escribir cantos inspiradores y recitar la Biblia de principio a fin. Pero si no ha aprendido a servir a su esposa, a respetarla y a ser considerado con ella, su espiritualidad es todavía infantil. Su vida de oración —la sangre que fluye vida a su alma—, será una farsa.

## Logros vacíos

El mundo evangélico tiende a valorar a los «conquistadores de logros», es decir, aquellos que terminan las cosas. El peligro de esto es que muchas veces las esposas pagan el mayor precio por estos logros y, como resultado, la espiritualidad «verdadera» puede sufrir fácilmente.

A principio de los años noventa, casi de la noche a la mañana, Bill McCartney se hizo famoso en círculos cristianos. Era entrenador de fútbol con mucho éxito en una universidad y a la vez estaba encargándose del ministerio más candente de la década, los *Guardadores de promesas*. Pero durante ese tiempo su esposa estaba sola y dolida. Cuenta que estaba en un estado «emocional de congelación profunda» en la que su depresión fue tan grande que perdió ochenta libras.<sup>2</sup> McCartney estaba demasiado ocupado con su equipo de fútbol e — irónicamente— con el ministerio de *Guardadores de promesas* como para notar la situación de ella.

A medida que McCartney se destacaba cada vez más, Lyndi, su esposa, dijo algo verdaderamente inquietante: «Sentía que me estaba empequeñeciendo cada vez más». En su libro *Sold Out* [Vendido], Mc Cartney reflexiona: «Esto podrá parecer increíble, pero mientras *Guardadores de promesas* me inspiraban espiritualmente hasta lo más íntimo de mi ser, mi manera de abordar el ministerio a todo andar me estaba apartando de ser, en el sentido más sincero, un guardador de promesas para con mi propia familia”.

Para mérito de McCartney, una vez que se percató de lo que estaba ocurriendo, dio el drástico paso de retirarse del fútbol americano —un increíble sacrificio que su esposa valoró mucho—, y los McCartney pudieron enmendar su matrimonio.

Empequeñecer a otra persona para engrandecernos nosotros mismos es una actitud inmoral para la fe cristiana, un completo rechazo hacia las virtudes cristianas de humildad, sacrificio y servicio. Muchas veces Jesús dejó a las multitudes para ministrar a alguna persona en particular. Hoy día, en cambio, justificamos el hecho de dejar a una persona en particular —en este caso a nuestra esposa— para ganar el favor de las multitudes.

La piedad no es *egoísta*, y cuando un hombre o una mujer se casan, están jurando dejar de verse a sí mismos como individuos para comenzar a verse como una unidad, como una pareja. En el matrimonio ya no estoy libre para andar detrás de todo lo que quiero; ya dejé de ser un hombre soltero. Ahora soy parte de un equipo y mis ambiciones, sueños y energías necesitan tomar esto en cuenta.

Este freno en mis ambiciones es espiritualmente muy valioso. Lo cierto es que el reino de Dios puede avanzar sin ninguno de nosotros. Nuestra idea de que somos imprescindibles por lo general se basa más en nuestra arrogancia que en nuestro deseo de ser fieles. La lealtad al participar en el reino de Dios invita y alienta a otros a medida que le servimos; no los rebaja. La verdad bíblica halla su base en la comunidad y en el servicio a esta. Y esa comunidad comienza con la relación matrimonial. Si un hombre o una mujer es inexorablemente ambicioso, dispuesto a obviar o sacrificar a su cónyuge al programar su propia agenda, sin que quepa mucha duda también serán inexorablemente ambiciosos con los demás, valiéndose de ellos para servir a *sus* propósitos, no para tomar parte en el servicio mutuo del reino.

Si por ejemplo, un hombre ve a su esposa exclusivamente como alguien que le cocine, le dé satisfacción sexual y mantenga la casa serena mientras él solo sirve a Dios, también intimidará a otros para que «se alineen» junto a él aunque ese papel específico no se avenga a ellos. Si una mujer esencialmente abandona a su familia para ambiciosamente «servir» a Dios, lo más probable es que demuestre la misma falta de compasión y empatía por otros tal como lo hace con su propia familia, que lamentablemente siente su ausencia. He visto esas personalidades. Ya sean hombres o mujeres, se desarrolla una subalterna crueldad, un espíritu demandante, una desolada abstracción en sí mismos que penetra en cada una de sus tareas y relaciones al tratar de manipular a otros para que se unan a su propia órbita en vez de unirse a la órbita de Dios. Hay una apariencia de religiosidad, pero un contaminado espíritu maloliente se revela tan pronto como usted sondea por debajo de la superficie.

Hemos valorado las actividades equivocadas al fijarnos solo en los logros exteriores de la persona. *Nuestras relaciones, y especialmente nuestros matrimonios, son parte integral de nuestro ministerio.* Si verdaderamente queremos ser un genuino testigo ante el mundo y servir en el reino de Dios con integridad, bien haríamos con tomar a pecho las palabras de Ron Sider: «Piense en el impacto que se produciría si lo primero que las feministas radicales pensarán, cuando se tratara el tema de la conversación sobre los hombres evangélicos, es que ellos tienen una mejor reputación por guardar sus votos matrimoniales y servir a sus esposas de una manera tan costosa como el que mostró Jesús en la cruz».<sup>3</sup>

Me aterroricé cuando por primera vez me di cuenta de lo que dice 1 Pedro 3:7. Ahora que estoy casado, mi vida de oración tendría que pasar una prueba diferente. La disciplina de la voluntad de hierro ya no sería suficiente; si deseaba disfrutar de oraciones sin impedimentos, tendría que ser considerado con Lisa. Tendría que respetarla, estimarla y honrarla.

A medida que me he adentrado más en años, he aprendido a atesorar una

autenticidad espiritual genuina que se nota en gran parte en las *relaciones* de la persona más bien que en sus “logros”. Hay un pastor en mi iglesia, Jim Murphy, que fue plomero antes de que se le pidiera que se uniera al personal del pastorado. Aunque ocasionalmente había tomado cursos en alguno que otro seminario, no ha logrado obtener un grado más alto en ese giro. Pero es un hombre íntegro que siente pasión por las misiones. Durante más de una década ha cumplido fielmente en su posición como pastor asociado. En vista de que hay otros pastores en posiciones administrativas, Jim ni siquiera es el «número dos» en la jerarquía de lo que es relativamente una iglesia grande (con unos 1.500 miembros). En resumen, no lograría aparecer en el almanaque de los «líderes cristianos nacionalmente conocidos».

---

*Si realmente quiere ser audaz, pregúntele cuán considerado es usted cuando le está haciendo el amor.*

---

Pero tal vez sea uno de los mejores hombres de Dios que conozco. Cierta vez, en particular, me conmoví cuando oí a su esposa decir: «Jim es un santo. Realmente lo es». Él no estaba presente cuando Peggy lo dijo. Y aunque quizás Peggy no recuerde el haber dicho eso alguna vez, con esas siete palabras predicó uno de los sermones más desafiantes que jamás haya escuchado. Aún trato de vivir según el ejemplo de Jim. ¿Diría mi esposa de mí: «Gary es un santo. Realmente lo es»? ¿Podría decirlo?

No lo creo.<sup>4</sup>

Así que, hombres, háganse una pregunta: «¿Respeto a mi esposa?» Si el aspecto de la oración ha sido un problema para usted, ese podría ser el primer lugar en el cual buscar y hallar respuestas del porqué está teniendo dificultades. Y luego siga este pensamiento con otra pregunta que le puede hacer a su esposa: «¿Soy considerado contigo?» Permítale e incluso aliéntela a ser sincera. Deje que le diga cómo se siente cuando su hijo le escucha a usted decir: «¡Oh, así son las mujeres» y luego nota un tono más cortante en la voz de su hijo la próxima vez que él le hable a ella. Permítale que se franquee y le diga cómo se siente durante su ciclo menstrual, cuando quiere retardarse un poco, quizás dormir un poquito más y que la consientan; pero el hombre con quien se casó solamente le interesa saber si la comida se servirá a tiempo. Si realmente quiere ser audaz, pregúntele cuán considerado es usted cuando le está haciendo el amor.

Si desea crecer para Dios, debe forjar una vida de oración más vigorosa. Si está casado, debe aprender a respetar a su esposa y a ser considerado para obtener una vida de oración más vigorosa.

## El sexo y la oración

Incluso, hay otro pasaje bíblico en el que están vinculados el matrimonio y la oración. Este trata específicamente del sexo. Al hablarle a los esposos y a las esposas, Pablo reta, o al menos cuestiona, la práctica ascética de abstenerse de las relaciones sexuales dentro del matrimonio. (Para obtener una exégesis correcta es crucial el lugar donde se coloquen las comas y el énfasis en esta oración. Sigo la interpretación que ofrece el comentario sobre 1 Corintios que escribió el doctor Goron Fee)<sup>5</sup>. Pablo ve como peligrosa esa abstención, y muy prácticamente sugiere: «No se nieguen el uno al otro, a no ser de común acuerdo, y sólo por un tiempo, para dedicarse a la oración» (1 Corintios 7:5).

En el pasado, muchas veces este versículo se interpretaba implicando que el sexo nos puede distraer de la oración. Otra lectura posible es que *la abstinencia dentro del matrimonio* nos puede distraer de la oración. ¿Cómo es eso posible?

---

*Dormir con su cónyuge puede dejar su corazón, su mente y su alma libres, durante un tiempo, para buscar arduamente a Dios en oración sin distracción alguna.*

---

Un hombre o una mujer casada que enfrenta agudas frustraciones sexuales hallaría difícil orar sencillamente porque sus pensamientos están dejando de centrarse en lo eterno. En un individuo saludable, el deseo sexual puede saciarse; dormir con su cónyuge puede dejar su corazón, su mente y su alma libres, durante un tiempo, para buscar arduamente a Dios en oración sin distracción alguna. En esencia, Pablo sugiere: «Disfruta el matrimonio de la manera en que Dios lo intentó; satisface tus necesidades sexuales haciendo el amor con tu cónyuge. Luego tu mente y tu alma estarán más dispuestas para orar».

Pablo es un pastor práctico; reconoce que el impulso sexual es una realidad biológica. Al tener relaciones sexuales dentro de un contexto permanente y de por vida, se aleja una gran tentación y distracción y nuestras almas hallan descanso. Esto es especialmente importante para practicar la oración contemplativa, un tipo de oración en la que la mente debe estar insólitamente libre de distracciones.

---

*No solamente mis deseos sexuales y mis necesidades espirituales se compiten, sino que se apoyan mutuamente.*

---

Aunque podría parecer raro, Pablo le está diciendo a los esposos y a las esposas cristianas que pueden servir a sus cónyuges y al mismo tiempo crear

un ambiente propicio para enriquecer la vida de oración sirviéndose mutuamente en el aspecto sexual. Nuestra cultura evangélica en particular podría tener dificultad en adoptar esas explicaciones. Lo cierto es que nunca he leído un libro sobre la oración que incluya el paso siguiente: «Si está casado, tenga sexo regularmente». Sin embargo, claramente parece que uesto es lo que Pablo intenta decir aquí!

Lo que significa para mí es que Dios ve mi vida como una pieza de ropa sin costura. No estoy dividido entre el «Gary santo» y el «Gary secular». No hay tal cosa como un «Gary el esposo» contra «Gary el cristiano». Para mí, desear crecer en la oración y expresar mi sexualidad, no significa transigir.

Dios me creó a mí —y lo creó a usted— como un ser humano completo. Me puedo entregar desvergonzadamente y con entusiasmo a mi esposa y también entregarme sin reservas a Dios. Puedo expresar deseos sexuales dentro de un contexto marital y también ser apasionado en lo que a la oración respecta. Ambas cosas van juntas. Y todavía más que eso, ambas cosas se *complementan* entre sí. Mis deseos sexuales y mis necesidades espirituales no solo compiten, sino que se apoyan mutuamente.

## La oración y la disensión

He descubierto que hay otro aspecto del matrimonio que afecta grandemente mi vida de oración, el que a veces puede ser extremadamente irritante: las disputas no resueltas. Aunque Jesús no se dirige específicamente al matrimonio en el contexto que hace la siguiente declaración, es obvio que su consejo se ajusta a las relaciones matrimoniales. Dijo: «Por tanto, si estás presentando tu ofrenda en el altar y allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí delante del altar. Ve primero y reconcíliate con tu hermano; luego vuelve y presenta tu ofrenda» (Mateo 5:23-24).

Aquí hay una ilustración sobre la persona que se acerca a Dios en oración. Al arrodillarse, recuerda que las cosas no andan bien entre él o ella y otra persona. Antes de continuar orando, sus energías deben canalizarse —en lo que depende de él o ella (véase Romanos 12:18)— en cuanto a la reconciliación con esa otra persona, que bien podría, por supuesto, ser su cónyuge. Dios detesta la disección (véase Proverbios 6:19) y aprecia la unidad (véase Salmo 133:1).

---

*El matrimonio nos obliga virtualmente a entrar en un intenso acto de reconciliación.*

---

El matrimonio nos puede obligar a ser personas más fuertes porque si queremos mantener una vida de oración más vigorosa como compañeros casados, debemos aprender a perdonar. Debemos convertirnos en expertos reconciliadores. Es inevitable que se desarrolle la fricción y en ocasiones es seguro que el enfado nos recalentará. Por lo tanto, como cristianos maduros debemos aprender a lidiar con los conflictos o arriesgarnos a perder nuestra vida de oración en el proceso.

El matrimonio virtualmente nos obliga a entrar en un intenso acto de reconciliación. Es fácil llevarse bien con las personas si usted nunca se acerca a ellas. Indudablemente pude permitir que cierta inmadurez permaneciera en mi vida de soltero, optando por no lidiar con mi egoísmo y espíritu censor, como realmente lo hice en diferentes ocasiones pasadas. Aunque no me siento orgulloso de eso, recuerdo una o dos personas con las cuales me ha sido muy difícil llevarme bien. He decidido manejar este asunto absteniéndome de tener relaciones más profundas con ellas. No tengo la obligación de tratar a todo el mundo, así es que no hay nada inherentemente malo en sencillamente «esquivar» a esas personas que con toda certeza me suben la presión arterial.

Pero esa opción no puede existir en el matrimonio. Mi esposa y yo vivimos juntos todos los días. En algunas cosas vamos a disentir e

incuestionablemente estoy obligado a mantener mi intimidad con ella. Cuando nos enfrentamos a expectativas irrealizables, nos desconcertamos e incluso nos herimos mutuamente con malicia, ¿daremos lugar a la disección para que nuestro punto prevalezca —lo cual Dios detesta—, o haremos la obra de relación necesaria para avanzar con determinación hacia la unidad?

---

*La disensión es un gran homicida de la oración. Visto desde esa perspectiva, la institución del matrimonio está diseñada para forzarnos a ser reconciliadores. Ese es el único modo en que podremos sobrevivir espiritualmente.*

---

Si usted desea una vida de oración sin impedimentos, debe considerar retórica la pregunta que concluye el párrafo anterior. Jesús pone totalmente en claro que usted debe optar por la unidad si desea mantener una relación vital de oración con Dios. La disección es un gran homicida de la oración. Visto desde esa perspectiva, la institución del matrimonio está diseñada para forzarnos a ser reconciliadores. Ese es el único modo en que podremos sobrevivir espiritualmente.

En esto, irónicamente, el matrimonio nos *aleja* de nuestro cónyuge y nos *acerca* a Dios. ¿Qué quiero decir con esto? Escuche las sabias palabras de Santiago, uno de los pilares de la iglesia del Nuevo Testamento:

¿De dónde surgen las guerras y los conflictos entre ustedes? ¿No es precisamente de las pasiones que luchan dentro de ustedes mismos? Desean algo y no lo consiguen ... Riñen y se hacen la guerra. No tienen, porque no piden [a Dios] (Santiago 4:1-2).

Muchas disputas maritales surgen precisamente por eso: «Desean algo pero no lo obtienen». Santiago dice que no obtenemos eso porque estamos buscando *en el lugar equivocado*. En lugar de colocar las demandas sobre nuestro cónyuge, mire hacia Dios para satisfacer sus necesidades. Así podrá acercarse a su cónyuge con espíritu de siervo.

Los que hemos estado casados durante algún tiempo, tendemos a olvidar la «artimaña del soltero». Con eso quiero referirme a la tendencia de algunos solteros jóvenes (en verdad, no todos) que piensan que lo que realmente necesitan es hallar a «esa pareja». Toda vez que hallan a la compañera de su vida, se imaginan que todo lo demás caerá en su lugar, y que su soledad, su inseguridad, sus preocupaciones respecto a su propia importancia, todo eso e incluso más, de algún modo místico se desvanecerá en el fuego de la pasión marital.

Y durante un corto tiempo ese podría ser el caso. La infatuación puede ser

una droga intoxicante que transitoriamente cubre cualquier cuantía de debilidades interiores.

Pero el matrimonio es un proyector de luz que nos revela que nuestra búsqueda de otro ser humano para «completarnos» está mal dirigida. Cuando la desilusión irrumpe, tenemos una entre dos opciones: o bien descartar a nuestro cónyuge e infatuarnos con otro nuevo, o procurar comprender el mensaje que hay detrás de esa desilusión, es decir, que debemos buscar nuestra significancia, sentido y propósito de la vida en nuestro Creador, en lugar de buscarla en otro ser humano.

Si se aborda de la manera correcta, el matrimonio puede motivarnos a reevaluar nuestra dependencia de otros seres humanos para nutrirnos espiritualmente, y en su lugar dirigirnos hacia Dios para nutrir esas relaciones. Ningún ser humano puede amarnos del modo que anhelamos que nos amen; no es posible que otro ser humano alcance y mitigue el anhelo espiritual que Dios ha colocado en cada uno de nosotros.

El matrimonio nos hace un gran favor al exponer esta verdad, pero presenta su correspondiente peligro: el de enredarnos en la disensión. Por el bien de la oración, es esencial que vivamos en unidad. Y por el bien de la unidad, nuestras pasiones y deseos deben dirigirse a Dios.

## La expansión de la oración

«¿Adónde vas, papá?»

Mi hijo, que era muy pequeño entonces, me observó atentamente mientras yo me ataba los cordones de las botas.

«Al campo de batalla».

«Parece que está mojado», dijo mirando hacia fuera. «¿Por qué vas allá?»

Suspiré. En ese entonces vivíamos en un apartamento con nuestros niños pequeños. «Es que allá oro un poco mejor», dije y él asintió con la cabeza.

El matrimonio —y los hijos— me forzaban a expandir mi vida de oración. Si insistía en tener un momento de quietud con los ojos cerrados y mi cabeza inclinada para así pasar una hora ininterrumpida orando, tendría que despertarme a la 4:00 a.m. Nuestra hija mayor es como su madre: una lechuza nocturna; con frecuencia se queda dormida mucho después que yo. Nuestro hijo salió a mí: le gusta despertarse antes de que el sol comience a brillar sobre su ventana. Sin una casa grande, no hay mucha privacidad a ninguna hora del día.

Pero de muchas formas esto ha sido una bendición. Desdichadamente solía considerar la oración solamente como una actividad quieta, tal vez incluso mental. La oración que se reduce al ejercicio de «bajar todos la cabeza y cerrar los ojos» limita el poder y la dimensión de cómo nos relacionamos con Dios. El matrimonio puede destruir estas costumbres.

---

*Si vinculamos nuestra experiencia marital con nuestra fe cristiana, podemos aprender el poder de la oración de nuevas formas.*

---

En su libro *Prayer and Modern Man* [La oración y el hombre moderno], Jacques Ellul relata cómo la verdadera oración «sobrepasa en gran medida los confines del lenguaje hablado». Añade que las palabras que se usaron en el Antiguo Testamento para designar la oración son «verbos de acción», palabras tales como «cuidar de», o «postrarse». <sup>6</sup>

Si vinculamos nuestra experiencia marital con nuestra fe cristiana, podemos aprender el poder de la oración de nuevas formas. Debido al experimento físico de lo que significa acariciar a mi esposa gentil y amablemente, tal vez podré comprender nuevas dimensiones de la oración. ¿Cómo le gustaría a Dios que lo tocaran y lo acariciaran? ¿Pueden mis alabanzas expresadas verbalmente ser como una mano que roza suavemente una mejilla?

Me tomó mucho tiempo tomar esto en consideración. Cuando uno es joven, el sexo es muy misterioso y muchas veces —al menos para mí—

sinónimo de culpa. E incluso dentro del matrimonio, a veces me es difícil imaginar que «¡Dios es parte de esto!» Durante un encuentro sexual usted bien pudiera sentirse tentado, de vez en cuando, a gritar «¡Aleluya!». Sin embargo, no estoy seguro de que Dios sea siempre el objeto de tal declaración!

Pero exploremoslo. En el Antiguo Testamento el verbo «postrarse» deja lugar para la reflexión. Aunque nunca debemos caer en el pecado de adorar lo que fue creado, existen esos momentos intensos en los cuales la unidad del matrimonio e incluso el éxtasis de la unión física lo llevan a uno a colmarse de asombro ante otra persona deseando ofrecerse completamente y sin reservas. Cuando una esposa le dice a su esposo: «Tómame, soy tuya», demuestra que confía en que todo lo que el esposo hace es por amor y con genuino interés y cuidado. Es un testimonio significativo del acto de la entrega y del gozo de la intimidad.

Este es el amor que experimentaron dos de los más famosos amantes de la historia, Abelardo y Eloísa, aunque llegaron a la relación de su amor con menos de un afecto casto. Abelardo era un teólogo y filósofo del siglo XII. Como maestro, había hecho votos de castidad, el cual fue severamente probado cuando le encantó una de sus estudiantes, Eloísa. Debido a que el amor físico estaba prohibido y el matrimonio era imposible, Abelardo resistió durante un tiempo; pero finalmente cayó. Eloísa tuvo una criatura y ambos estaban secretamente casados. Cuando el padre de Eloísa descubrió lo que había ocurrido, mandó a castrar a Abelardo. Abelardo tomó este ataque como un castigo justo y se hizo un monje. Eloísa se hizo monja.

La devoción apasionada y «postrada» de Eloísa por Abelardo puede verse en la primera carta que le escribió: «Dios sabe que siempre me fijé en ti y solo en ti, deseándote solo a ti y no en lo que era tuyo».<sup>7</sup>

El amor de Eloísa era tan intenso que veía a Abelardo como su sol, mientras que ella meramente se consideraba ser la luna que podía reflejar la luz de Abelardo. Esa perspectiva la condujo a virtualmente desvalorizarse para no desafiar la gloria de su amado: «Y si el nombre de «esposa» parecía ser más santo o más potente», confesó, «la palabra «amante» siempre fue más dulce para mí o incluso —¡no te enfades!— “cuncubina” o “prostituta», porque mientras más me rebajo ante ti, más quiero ganar tu favor, y menos dañar la gloria de tu renombre”.

Ese deseo de empujarse y casi desvalorizarse a favor de otra persona, el de sencillamente desvanecerse ante su presencia y favor, conlleva un sentido de una devoción que se postra como hacían en el Antiguo Testamento. Como alguien que ha invertido muchas horas leyendo los escritos clásicos cristianos, distingo el modo tan parecido que este sentido refleja en las declaraciones humildes que frecuentemente expresaban los santos de Dios

al escribir sus oraciones. Esa era una humillación santa que motivaban muchas de las prácticas ascéticas de los primeros cristianos: sentarse en un poste alto durante décadas, vivir en jaulas estrechas, cultivar parásitos en sus cuerpos en un esfuerzo por expresar su consagración, su amor y su adoración hacia Dios. Aunque sus acciones nos parezcan mal dirigidas, su motivación era la de expresar físicamente una verdad espiritual: «Dios lo es todo; nosotros no somos nada. Y viviremos de este modo para mostrarle a Dios cuánto significa ese todo que es para nosotros y esa nada que somos nosotros».

---

*Me pregunto si no sería posible que las relaciones matrimoniales volvieran a despertar esta humildad dentro de nosotros.*

---

No sugiero que retrocedamos a esas prácticas físicas, pero quiero hacer notar que hay un espíritu de humildad detrás de todos esos actos que nos invitan a considerarlos en esta era de arrogancia. Me pregunto si no sería posible que las relaciones matrimoniales volvieran a despertar esta humildad dentro de nosotros. Si experimentamos una sombra de ese rendimiento ante un ser humano pecador durante un encuentro sexual, ¿no podremos aprender a ofrecernos a nosotros mismos igualmente y sin reservas ante un Dios perfectamente amoroso y absolutamente benevolente?

Abelardo escribió más tarde —muy apropiadamente para este comentario— que «no se ha de amar a Dios tal como Abelardo amó a Eloísa, sino como Eloísa amó a Abelardo» añadiendo que a Dios se le debe amar «por su propia perfección, hasta el punto de finalmente renunciar a las bienaventuranzas que nos ha prometido».

Muchas veces amamos a Dios por lo que ese amor nos puede aportar, pero Eloísa aprendió a amar a Abelardo exclusivamente por lo que él era. Ese amor prohibido no le trajo más que penas, pero ella prefería tener vergüenza y penas con Abelardo que paz y felicidad sin él.

¿Podremos decir lo mismo de nuestro amor por Dios? Esta orientación interior de oración humillante invoca una absoluta renuncia a todo lo que Dios nos ofrece por el hecho de disfrutar al propio Dios. Si alguna vez ha experimentado incluso la sombra de esta postración en su matrimonio, entonces podrá obtener nuevas revelaciones de lo que es la oración. Esta nos puede enseñar a «abandonarnos en la oración» con Dios.

---

*La próxima vez que la pasión por su cónyuge virtualmente lo venza, considere cómo podría ofrecerse con igual abandono a su Dios.*

---

Lo que sugiero es que vinculemos nuestros matrimonios con nuestra fe de modo tal que nuestra experiencia de uno alimente al otro. La próxima vez que

usted acaricie a su cónyuge, piense en cómo esa caricia podría abrir nuevas puertas para su vida de oración. La próxima vez que la pasión por su cónyuge virtualmente lo venza, considere cómo podría ofrecerse con igual abandono a su Dios. No tema emplear todos los aspectos del matrimonio —incluso la expresión sexual— para expandir su vida de oración.

Así entonces vemos cómo el matrimonio alimenta y edifica de muchas formas nuestras vidas de oración. Al aprender a respetar a otros, satisfaciendo las necesidades sexuales de otros, venciendo la disensión y usando las analogías del matrimonio para construir una oración más creativa, podemos construir y mantener vidas de oración activas, crecientes y significativas.

SEIS

# CÓMO NOS PURIFICA EL MATRIMONIO

CÓMO EL MATRIMONIO EXPONE NUESTRO PECADO

El matrimonio constituye la prueba más grande del mundo ... pero ahora recibo esa prueba en lugar de temerle. Es más que una prueba de dulzura y buen carácter, como a veces las personas piensan; es la prueba del carácter completo y afecta cada acción.

—T.S. ELIOT

El matrimonio es la operación por medio de la cual la vanidad de la mujer y el egoísmo del hombre se extraen de su ser sin anestesia.

—HELEN ROWLAND

Uno de los mejores regalos de boda que Dios le dio a usted es un espejo de cuerpo entero llamado cónyuge. Si tuviera una tarjeta adjunta, esta diría:  
«¡Aquí está para ayudarle a descubrir cómo es *realmente* usted!

—GARY Y BETSY RICUCCI

**A**dmito que esa no era la compañera más típica con quien salir. Una novia que tuve en la escuela secundaria me visitó en la universidad. En ese entonces ella asistía al Instituto Bíblico Moody, así es que decidimos pasar un sábado visitando un monasterio en British Columbia.

El sacerdote nos saludó cordial y calurosamente. Por encima de su hombro noté la presencia de un monje extremadamente joven, apenas mayor que un adolescente, que se acercó a nosotros. Al ver a la muchacha que estaba conmigo, inmediatamente bajó la vista y pasó de largo con su cabeza inclinada.

Durante mis años en la universidad yo sentía pasión por Dios y comprendí que ese hombre, dada la senda que había escogido, también debía sentir pasión por Dios. Pero el simple hecho de haber desviado la vista habló muy elocuentemente sobre los diferentes modos en que buscábamos al Todopoderoso. Yo pasé todo el día en compañía femenina mientras que ese monje no podía permitirse la ocasión de dar una ojeada inadvertida de cinco segundos. La verdad es que esa experiencia me hizo pensar durante tanto tiempo como para aún recordar su joven rostro, el ángulo de la inclinación de su cabeza y el rápido movimiento de sus pies al salir de allí caminando.

Como quien siente gran respeto y amor por la tradición cristiana, no puedo negar que históricamente, la espiritualidad cristiana se ha infatuado con el celibato. «Después de todo», han dicho muchos maestros, «hasta el mismo Jesucristo era célibe, ¿qué otro razonamiento necesitamos?» Ha habido un innegable prejuicio de que para llegar a ser *verdaderamente* santos, para procurar ardientemente la santidad, uno debe adoptar la vida de soltero.

A veces ese concepto ha herido a cristianos de buen pensar. Mary Anne McPherson Oliver confiesa: «Finalmente me percaté de que en los treinta años que llevo de casada he vivido una relación íntima, hecho tremendamente significativo para mi ser y para mi vida espiritual. Pero la tradición de *casada* era virtualmente inexistente como unidad significativa teológica y espiritual ... Por fin llegué a la sencilla conclusión de que la espiritualidad, tal como se escribe y se enseña, es básicamente célibe y monástica —o ambas cosas—, y yo no lo soy”.<sup>1</sup>

---

*Algunos de los antiguos se daban cuenta de que la vida marital podía ser incluso más difícil que la del celibato.*

---

Nosotros tres, que nos reunimos ese día en el monasterio, íbamos en busca de la santidad, pero cada uno tomó una senda radicalmente diferente. El joven continuó viviendo como un monje célibe. Yo me casé y llegué a ser escritor y maestro de tiempo completo viviendo en los Estados Unidos. Mi novia anterior se casó y luego llegó a ser misionera en Egipto. El matrimonio no eclipsó mi interés por la santidad (en la Universidad Regent, mi tesis de maestría trataba sobre la doctrina de la santificación), ¿pero implicaba este un compromiso para mí?

Aquí hay un punto crítico: el joven del monasterio *entró* conscientemente en el celibato considerándolo una senda hacia la santidad. ¿Es posible entrar al matrimonio conscientemente considerándolo también como una senda hacia la santidad? De ser así, ¿cómo?

## La santificación del matrimonio

Aunque muchos líderes de la iglesia primitiva consideraban la actividad sexual (excepto la que solo se intentaba para la procreación) como máximo, sospechosa, y como mínimo, moralmente pecaminosa, es interesante notar que no consideraban el celibato necesariamente como una vida más difícil que la del matrimonio. En realidad, algunos de los antiguos se daban cuenta de que la vida marital podía ser incluso *más difícil* que la del celibato.

Hace siglos que Atanasio citó a una maestra llamada Sincretica al decir: «Por lo tanto, no nos engañemos con la idea de que las personas que viven en el mundo no tienen problemas. Porque tal vez, en comparación, trabajan más que nosotros. Las mujeres en general odian notablemente el mundo porque dan a luz a los hijos con dificultad y peligro y soportan la tarea de nutrir a los bebés con leche; y se enferman cuando estos se enferman; y sobreviven a todas esas contrariedades sin que su labor dé resultado».<sup>2</sup>

Ambrosio pensaba similarmente. «Comparemos ... las ventajas de la mujer casada con la que les aguarda a las vírgenes. Ella se casa y llora. ¿Cuántos votos hace con sus lágrimas? Concibe y ese fruto le trae dificultades antes de que la criatura nazca de sus entrañas ... ¿y para qué hablar de los problemas de dar a mamar, criar y casarse? Esas son las miserias que sufren las afortunadas. La madre tiene herederos, pero eso aumenta sus dolores».<sup>3</sup>

Una noche, durante los primeros años de nuestro matrimonio, me desperté y quedé estupefacto ante la resistencia de mi esposa. En ese entonces teníamos dos hijos. Era una época de mucha tensión para mí y mi esposa se había tomado la molestia de programar una noche muy romántica para sosegar mi mente. Sin embargo, más tarde, esa noche, nuestros niños se enfermaron. Uno de ellos era todavía lactante y el otro insistía en que Lisa lo cuidara.

Lisa estaba extenuada. Había estado conmigo hasta tarde y ahora estaba sufriendo las desesperadas chupadas en su seno de un bebé con hambre deseoso de tomar una leche que no había allí. Cuando acostó al bebé, Lisa tuvo que cargar en su regazo a un párvulo con fiebre, al mismo tiempo que le pasaba la mano por el cabello y le ponía un paño caliente en su frente.

Vi a mi esposa ofrecer virtualmente cada pulgada de su cuerpo en servicio altruista, y me asaltó un pensamiento: «¡Es una santa!» Esa noche, para Lisa, ser una monja célibe le hubiera parecido estar disfrutando de unas soñadas vacaciones. ¿Cómo puede alguien sugerir que ha renunciado a su crecimiento de santidad para entrar en una situación de la vida que requiere de tales sacrificios heroicos?

En efecto, entrar egoísticamente en el celibato (por emoción o ubicación), nos puede destruir tanto como una sensualidad desenfrenada. C.S. Lewis escribe lo siguiente refiriéndose a nuestro corazón:

Si deseáis que vuestro corazón permanezca intacto, no deis vuestro corazón a nadie, ni tan siquiera a un animal. Envolved cuidadosamente vuestro corazón a base de hobbies y pequeños lujos; evitando todo enredo, encerrándolo en un cofre o en el ataúd de vuestro egoísmo, pero aún dentro de ese cofre oscuro, seguro, inmóvil y sin aire, cambiará. No se romperá, se volverá irrompible, impenetrable e irredimible.<sup>4</sup>

Es probable que no sea provechoso discutir si el celibato o el matrimonio es la senda preferida que conduce a la santidad. Los cristianos han recorrido ambas sendas con éxito. Lo importante es ver los desafíos de la situación de nuestra vida en particular como plataformas para lograr ese crecimiento. El atleta que verdaderamente desea mejorar sus desempeños no busca practicar las labores más fáciles sino aquellas que más lo desafiarán. Lo cierto es que el matrimonio tiene sus retos, pero cuando estos se abordan de frente, el matrimonio puede nutrir nuestras vidas devocionales de modos enriquecedores. Uno de ellos es desenmascarar nuestro pecado y nuestras actitudes perjudiciales, lo cual nos llevará a tener un espíritu de humildad.

---

*Es probable que no sea provechoso discutir si el celibato o el matrimonio es la senda preferida que conduce a la santidad.*

---

Rostros descubiertos Pablo escribe en Efesios 5:25: «Esposos, amen a sus esposas, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó por ella». Continúa diciendo que Cristo se dio a sí mismo por la iglesia para «hacerla santa e intachable», y «purificarla» para que pudiera estar «sin mancha ni arruga ni ninguna otra imperfección» (Efesios 5:27).

El acto de amar y purificar algo van tomados de la mano. El esposo que realmente ame a su esposa querrá verla crecer en pureza. Una esposa que realmente ame a su esposo querrá verlo crecer en piedad. Ambos colocarán el crecimiento en la piedad por encima de la opulencia, la opinión pública o la conveniencia personal.

---

*Lo que el matrimonio ha hecho por mí es exponer, como un espejo, mi pecado.*

---

Lo que el matrimonio ha hecho por mí es exponer, como un espejo, mi pecado. Me obliga a enfrentar mi sinceridad y a considerar las imperfecciones

de mi carácter, mi egoísmo y mis actitudes anticristianas alentándome a santificarme, a purificarme y a crecer en bondad.

Kathleen y Thomas Hart escriben: «A veces lo más difícil de aceptar en los primeros años de matrimonio no es lo que descubramos sobre nuestro cónyuge sino lo que descubramos sobre nosotros mismos. Como lo dijo una joven como de un año de casada: «Siempre pensé que yo era una persona paciente y perdonadora. Luego comencé a preguntarme si eso era cierto, porque nunca antes había tratado de cerca a otra persona. En el matrimonio, cuando John y yo comenzamos ... a lidiar con las diferencias, vi cuán mezquina e inclemente yo podía ser. Descubrí una dureza en mí que nunca antes había experimentado».<sup>5</sup>

Experimenté el mismo fenómeno. Cuando cursaba el noveno grado aparecí en el álbum anual del colegio como «el chico más cortés». Siempre pensé que era razonablemente paciente y caritativo; es decir, hasta que me casé y descubrí cuán apasionadamente irritado puedo llegar a sentirme cuando voy a buscar más cubitos de hielo y descubro que la bandeja de hielo está vacía.

Durante mi crianza, mi familia vivía bajo un sencillo reglamento: Si sacas un cubo de hielo, tienes que rellenar la bandeja antes de guardarla de nuevo. Ahora saco la bandeja y no hallo más que la mitad de un cubo, al que llamo una *astilla* de hielo.

Fue asombroso ver cómo me irritaba un detalle tan pequeño como ese. Le preguntaba a Lisa: «¿Cuánto me amas?»

«Más que todo el mundo», explicaba.

«No necesito que me ames tanto», decía. «Sólo quiero que me ames durante siete segundos».

«¿De qué diablos estás hablando?», me preguntaba.

«Bueno, conté el tiempo que demora llenar una bandeja de cubos de hielo y descubrí que son siete seg ...»

«Oh, Gary, ¿de nuevo volvemos a lo mismo?»

Un día me di cuenta de que si Lisa se demora solo siete segundos en llenar la bandeja de cubos de hielo, *ese será el mismo tiempo que me demorará a mí también*. ¿Era yo realmente tan egoísta hasta el punto de desear que el valor de siete segundos de inconveniencia se convirtiera en un tema serio en mi matrimonio? ¿Era tan poca mi capacidad para mostrar tolerancia?

Realmente sí.

El hecho de estar tan cerca de alguien —que es lo que el matrimonio requiere— puede ser el mayor reto espiritual del mundo. No hay «descanso», porque virtualmente me hallo bajo una inspección de veinticuatro horas. No

es que Lisa parezca ser así sino que me siento consciente de eso. Cada película que alquilo, la alquilo sabiendo que la veré con Lisa a mi lado. Cada hora que tengo de distracción es una hora que no pasa desapercibida para Lisa. Donde coma mi almuerzo (y lo que coma), cómo me va en alguna dieta en particular, mis apetitos, mis ansias y deseos todos están expuestos ante la vista de Lisa.

Esto presupone, desde luego, que deseo confrontarme con mi pecado, que deseo preguntarle a Lisa: «¿Dónde ves impiedad en mí? Quiero saberlo; quiero cambiarlo».

Hace falta tremendo valor para eso, valor que soy el primero en admitir que muchas veces me falta. Significa que quiero escuchar lo que le desagrade a Lisa de mí, así como también rehusar paralizarme por el temor de que me amará menos o me dejará porque mi pecado quede expuesto. No gravito por naturaleza hacia la sinceridad y disposición que me lleva al cambio. En lo que concierne al pecado, mi tendencia natural es esconderlo y levantar una imagen reluciente. Dan Allender y Tremper Longman describen la dictonomía con palabras enérgicas: «El hombre fue creado para ser un intrépido artista creativo que se sumerge en un misterio no formado de la vida para configurarla realzando así la percepción de su belleza. En la caída se convirtió en un cobarde y violento protector nada más que de sí mismo. El escondite y el odio reemplazaron la intimidad y la exposición».<sup>6</sup>

---

*El primer resultado obvio de la caída fue la ruptura de la intimidad marital.*

---

Añaden que el matrimonio es «la relación donde la depravación está mejor expuesta y donde nuestra dignidad se vive mejor».<sup>7</sup> Tan solo retroceda en el tiempo a los días de Adán y Eva. El primer matrimonio fue el contexto para el primer pecado. Y el primer resultado obvio de la caída fue la ruptura de la intimidad marital. Ni Adán ni Eva aceptaron el hecho de que sus debilidades fueron entonces tan obvias como el primer intento de una muchachita para maquillarse. Repentinamente se sintieron algo extraños por estar desnudos y comenzaron a culparse entre sí.

¿Se esconde usted de su cónyuge? ¿O utiliza el reflector del matrimonio para crecer en gracia? Algunos de nosotros necesitamos este reflector para comprender verdaderamente cuán pecadores somos.

Howard Hendricks contó acerca de cierta vez que acababa de predicar un sermón y un joven muy entusiasta se llegó hacia él y lo llamó «un gran hombre».

En el viaje a casa, Hendricks se volvió a su esposa y le dijo: «*un gran hombre*. ¿Cuántos hombres grandes conoces?»

«Oh, uno menos de los que piensas», ella respondió.

Con frecuencia he declarado que creo que muchas veces Dios les da esposas a los hombres influyentes en parte para que sus esposos mantengan los pies sobre la tierra. Cuando alguien recibe constante adulación, es de un valor incalculable contar con otra persona que vaya a su lado y lo vea a usted tal como realmente es.

Blaise Pascal escribió: «No hemos sondeado lo suficiente la vileza del hombre en general ni la propia en particular cuando aún nos sorprendemos de la debilidad y la corrupción del hombre».<sup>8</sup>

Mis relaciones matrimoniales me obligan a darme cuenta de dónde está mi fallo; me alientan a «sondear» tanto la vileza del hombre en general como la mía en particular.

Como ejercicio espiritual, pocas cosas son más provechosas que esta clase de examen. Francois Fénelon, místico cristiano del siglo XVIII, escribió que «todos los santos están convencidos de que la sincera humildad es la base de todas las virtudes»,<sup>9</sup> opinión que comparte con el gran escritor anglicano William Law: «[La humildad] es tan esencial para el estado perfecto de nuestras almas que no hay lugar para la pretensión de vivir una vida pía sin esta. Bien podríamos también pensar en poder ver sin ojos o vivir sin aliento tanto como vivir en el espíritu de la religión sin el espíritu de humildad».<sup>10</sup>

---

*Cuando alguien recibe constante adulación, es de un valor incalculable contar con otra persona que vaya a su lado y lo vea a usted tal como realmente es.*

---

¿Y qué es la humildad? En parte, Fénelon nos dice que es «cierta sinceridad, un deseo infantil de reconocer nuestras faltas para enmendarlas, y de someternos al consejo de personas experimentadas. Esas serán virtudes sólidas y útiles que se adaptan a su santificación».<sup>11</sup>

Creo que es posible entrar al matrimonio con una perspectiva de ser purificados espiritualmente, esto es, si lo hacemos así con la disposición de acoger el matrimonio como una disciplina espiritual.

Para hacer eso, no debemos entrar al matrimonio predominantemente para realizarnos, satisfacernos emocionalmente o llenarnos de romanticismo, sino más bien para llegar a ser más semejantes a Jesucristo. Debemos acoger esa realidad de tener nuestros defectos expuestos a nuestro cónyuge, y por ese medio exponérselo a nosotros mismos también. El pecado nunca parece ser tan espantoso cuando solo nosotros lo conocemos; pero cuando vemos cómo le parece o le suena a otra persona, se magnifica diez veces más. El célibe puede «esconder» la frustración apartándose de la situación, pero la persona casada

no tiene verdadero refugio; es difícil esconderse cuando se comparte la misma cama.

## **La danza de las citas románticas**

Tengo una teoría: detrás de virtualmente cada caso de insatisfacción marital yace un pecado no arrepentido. Las parejas no dejan de amarse tanto como dejan de arrepentirse. El pecado, las actitudes incorrectas y los errores personales que no encaramos, lentamente erosionan las relaciones atacando y finalmente borrando las promesas que una vez fueron sublimes hechas bajo el efecto de una pasión anterior (y menos contaminada).

Todos nosotros entramos al matrimonio con actitudes pecaminosas. Cuando esas actitudes afloran, la tentación será esconderlas o incluso correr hacia otra relación donde no se conozcan tanto. Pero el matrimonio cristiano presupone cierto grado de revelación propia. Cuando di mi mano en matrimonio, me comprometí a permitir que Lisa me conociera —y eso quiere decir que me vería tal cual soy— con mis faltas, mis prejuicios, mis temores y mis debilidades.

Puede ser aterrador contemplar esa realidad. Salir con alguna persona es mayormente una danza en la cual usted siempre trata de presentar lo mejor, apenas una preparación hacia la inevitable muestra de nuestro carácter que el matrimonio implica. En realidad, no me sorprendería si muchos matrimonios terminaran en divorcio principalmente porque uno de los cónyuges (o ambos) está escapando de la revelación de sus propias debilidades tanto como lo están de algo que no pueden tolerar en su cónyuge.

¿Le puedo sugerir una alternativa para la huída? Use la revelación de su pecado como un medio para crecer en la virtud fundamental cristiana de la humildad que le conduzca a la confesión y al renunciamiento. Luego dé el próximo paso y adopte la virtud positiva que corresponda al pecado del que está renunciando. Si en el pasado usó a las mujeres, ahora en el presente practique servir a su esposa. Si ha sido pronta en ridiculizar a su esposo, practique dándole aliento y alabanza.

Vea el matrimonio como una vía de acceso a la santificación, como una relación que revelará su conducta y actitudes pecaminosas y aproveche la oportunidad de presentarlas ante el Señor. Pero aquí está el reto: No ceda ante la tentación de resentir a su cónyuge al revelarle a usted sus propias debilidades. Correspondientemente, concédale la libertad y la aceptación que necesitan para también enfrentar sus propias debilidades. De este modo podremos usar el matrimonio como una ayuda, un espejo espiritual penetrante diseñado para nuestra santificación y crecimiento en santidad.

## Aceptemos el pecado de otro

Esta manera de ver el matrimonio señala otro principio importante: no solo hacer que *mi* pecado sea expuesto sino reflexionar sobre cómo trato a mi esposa cuando se expone *su* pecado. ¿Me aprovecho de ese conocimiento para aplastarla, humillarla u obtener poder sobre ella? ¿O lo uso para guiarla amorosamente para que imite el carácter de Jesucristo?

---

*No ceda ante la tentación de resentir a su cónyuge al revelar sus propias debilidades.*

*Las parejas no dejan de amar tanto como dejan de arrepentirse.*

---

Conocer el pecado de otra persona es algo muy poderoso y peligroso. En varias ocasiones los hombres me han llamado aparte para dejarme saber sus frustraciones debido a la dificultad de perdonar a sus esposas por haber tenido un romance extramarital. Su tendencia natural es la de echarles en cara ese romance. Es una forma despiadada de tomar el poder en sus manos y tan pronto como sus esposas señalan algún aspecto que necesitan cambiar en sus vidas, su tendencia natural es decir: «Oh, ¿quiere eso decir que si no cambio, vas a volver con Jim si no cambio?» O: «Bueno, podré enfadarme, pero al menos isé cómo controlarme sexualmente»

Por lo general, los hombres detestan decir esas palabras tanto como sus esposas detestan escucharlas. Son comentarios crueles y vengativos, pero a veces somos esposos crueles y vengangativos.

«¿Alguna vez le dice a su esposa cuánto detesta decir esas cosas?», le pregunté cierta vez a un hombre.

«Sí, pero ella sigue detestando escucharlas aunque sabe que yo detesto decirlas».

Para que esa disciplina dé resultados, tendremos que vincularla con la disciplina del perdón (véase el capítulo 9). Es difícil de dominar esa disciplina de sufrir la exposición de nuestro pecado y servir de la luz que ilumina los pecados de su cónyuge. Para eso hace falta mucho valor y lo que parece que será (particularmente para los hombres) como una gentileza casi melodramática. La relación marital no debería ser una experiencia de interrogación sino más bien nutritiva, alentándose mutuamente en su senda hacia la santificación: «Por eso, anímense y edifíquense unos a otros» (1 Tesalonicenses 5:11).

---

*Conocer el pecado de otra persona es algo muy poderoso y peligroso.*

---

Veamos un ejemplo de la vida real sobre cómo revelar el pecado en nuestras vidas puede ayudarnos a crecer al demostrar nuestras verdaderas motivaciones.

## El pecado detrás de la insatisfacción

Greg miró a su esposa, Sharon, (los nombres son ficticios) y trató de no demostrarle sus verdaderos sentimientos. Estaban celebrando su octavo aniversario con una comida y Greg estaba, bueno, aburrido. Como un experto ávido del computador, Greg se sentía mortificado porque prefería estar hablando sobre computadoras con algún colega que estar tratando de hallar algo que decirle a su esposa.

---

*Es difícil de dominar la disciplina de hacer que su propio pecado se esponga y revele a su cónyuge.*

---

El lugar que Sharon había escogido para celebrar la comida era una pintoresca tienda-restaurant de antigüedades. Greg colecciona viejos letreros de anuncios de metal y tuvo que vencer el deseo de levantarse para ir a curiosear en la tienda de antigüedades. Después de todo, ese era su aniversario de bodas, se recordaba a sí mismo; debía interesarse en compartirlo con su esposa y no vagabundear solo buscando su propia satisfacción.

Pero Greg creía que el mundo de su esposa se había encogido hasta un grado intolerable. Ella tenía poco que decir más allá de un tedioso relato repetitivo sobre los sucesos del día. «Y luego, precisamente después de haber limpiado el piso, subí a darme una ducha y adivina qué sucedió. Rebeca dejó caer su plato de salsa de manzana y no lo limpió. ¡Peter caminó por encima de esa asquerosidad y dejó huellas de salza de manzana por toda la casa! ¡Y yo acababa de limpiar los pisos!»

Greg asentó con la cabeza luchando poderosamente contra sus pensamientos internos. Se sentía mal porque sabía que su esposa quería algo que no estaba seguro de poderse lo dar. Ella quería que alguien estuviera interesado en esos retos domésticos y francamente, el tema de mantener los pisos limpios no era nada interesante para él. Su mente era fértil; le encantaba descifrar los defectos en los aparatos. («Es como un rompecabezas digital», explica.) Y las anécdotas aparentemente interminables de su esposa sobre embrollos y broncas le daban sueño.

---

*Greg quería «reescribir» su realidad para que sus pensamientos no sonaran tan malos como realmente eran.*

---

«Pero, Greg», le sugerí días más tarde, «así es como tú *sirves* a tu esposa, escuchándola hablar sobre su mundo. ¿Crees que la mente de Jesús se entusiasmaba mientras le lavaba los pies a sus discípulos y les escuchaba sus argumentos tontos una y otra vez? Además, esos *son* tus niños. Es lógico que

Sharon piense que te interesa saber lo que a ellos les sucede durante todo el día”.

De pocas ganas Greg asintió con su cabeza. «Creo que sí. Pero ...» Su pausa me indicaba que estábamos a punto de llegar al meollo del asunto. «Bueno, trabajo con una mujer con la que puedo hablar en términos de programación, —algo en lo cual Sharon no tiene el más absoluto interés— y descifrar problemas juntos es algo que no tiene comparación. Me siento muy allegado a ella».

Hubo otra larga pausa. «Ya Sharon y yo no tenemos nada en común».

Exactamente entonces y allí se expuso la mentira egoísta. «¿Nada en común?», pregunté. «¿Y Peter y Rebeca?» «Bueno, tal vez los niños».

«Y habiéndolos concebido juntos, y cuidado juntos —lo que incluye limpiarlos— cuenta menos en tu libro que conectar un puñado de números para escribir un código en la computadora con esa otra mujer? ¿Es eso lo que quieres decir? ¿Significan tus hijos tan poco que los hallas menos comprometedores que crear un nuevo programa que estará obsoleto dentro de dieciocho meses?»

«¡Ay» Dijo Greg, dejando escapar un largo suspiro. «Creo que no lo había pensado así».

Greg quería «reescribir» su realidad para que sus pensamientos no sonaran tan malos como realmente eran. La verdad es que él sí valoraba el escribir códigos en la computadora más que dedicar tiempo para estar con su familia. Pero en lugar de admitirlo y reevaluar esa actitud, culpó de todo a su esposa: «Sharon es aburrida”, «Sharon no me comprende”, «nos hemos separado cada vez más”. Esas acusaciones eran mucho más cómodas para él que admitir: «Soy egoísta, tengo serios problemas de prioridad hasta el punto de arriesgar mentalmente un romance».

Si abordamos el matrimonio de una manera apropiada y tenemos la disposición de mirar con sinceridad, nuestras motivaciones más profundas pueden semejar a una fotografía. No es siempre agradable mirar las fotografías. Recuerdo una vez que vimos unas fotografías que habíamos acabado de recoger en la tienda, y por primera vez me di cuenta de lo mucho que había engordado. «¡Caramba! ¿De dónde salió esa papada? La tendencia natural es culpar al ángulo de la cámara, pero lo cierto es que esas quince libras se estaban mostrando desde cada uno de sus ángulos!

Lo mismo sucede con nuestro pecado en el matrimonio. Resentimos la verdad revelada, y somos tentados a desahogarnos con nuestra esposa —la cámara, por así decirlo.

En mi libro *The Glorious Pursuit* [La búsqueda gloriosa], reflexiono sobre la verdad que creo se aplica aquí. Un cristiano maduro halla su realización en

vivir fielmente ante Dios, es decir, en *ser* la persona madura, no en estar *alrededor* de alguna persona en particular. Muchas de nuestras insatisfacciones maritales realmente surgen del odio hacia nosotros mismos. No nos gusta lo que hemos hecho o lo que hemos llegado a ser; hemos dejado que las actitudes egoístas y pecaminosas envenenen nuestros pensamientos y nos lleven a adoptar conductas vergonzosas, y de repente todo lo que queremos es *salir*.

La reacción madura, sin embargo, no está en irnos; está en *cambiarnos a nosotros mismos*.

Cada vez que la insatisfacción marital se asoma a mi matrimonio —y, en general, esto ocurre virtualmente en cada uno—, sencillamente reviso mi enfoque. Las veces en que estoy más feliz y más pleno en mi matrimonio ocurren cuando estoy atento a sacar sentido y satisfacción de la oportunidad de llegar a ser un mejor esposo en vez de demandar una “mejor” esposa.

Si usted es una persona cristiana, la realidad es que, hablando bíblicamente, no puede cambiar a su esposa por otra, pero puede cambiarse a sí mismo. Y ese cambio puede traer la plenitud que equivocadamente cree hallar tan solo con cambiar de compañera. En cierto sentido es jocoso: Sí, necesitamos un cónyuge cambiado, pero la persona que necesita cambiar *no* es nuestro cónyuge, isomos *nosotros!*

*No sé por qué esto obra así.* No sé cómo es que al estar maritalmente insatisfecho y luego ofrecerse a sí mismo a Dios para que él realice cambios en su vida, de pronto hace que usted se halle más satisfecho con la misma esposa. *No sé por qué esto obra así, pero sí da resultado.* Tarda algún tiempo, y al decir tiempo me refiero tal vez a años. Pero si su corazón está motivado por el deseo de acercarse a Jesús, hallará gozo en hacerse más semejante a él. Usted *nunca* hallará ese gozo haciendo algo que ofenda a Jesús, como fomentar un divorcio o un romance extramarital.

En el siglo XIX Marie d'Agoult dejó a sus hijos para ir tras el más famoso pianista de su tiempo, el virtuoso compositor húngaro Franz Liszt. Luego de que el ardor de su infatuación se enfriara y la realidad de extrañar a sus hijos se asentara, se dice que Marie hizo esta observación: «Cuando alguien ha aplastado todo lo que le rodea, se ha aplastado a sí mismo».

Si se lo permitimos, el pecado llevará a la autodestrucción. El mismo pecado que confronta a dos hombres diferentes puede llevar a uno de ellos a una mayor comprensión y, por lo tanto, a una mayor madurez y crecimiento, al mismo tiempo que lleva al otro hombre hacia un ciclo de negación, decepción y destrucción espiritual.

La decisión es suya. El pecado es una realidad en este mundo caído. El modo en que respondamos ante éste es lo que determinará si nuestros matrimonios se convertirán en una estadística de bajas o en una corona de

éxito.

SIETE

## LA HISTORIA SAGRADA

LA FORMACIÓN DE LA DISCIPLINA ESPIRITUAL DE LA PERSEVERANCIA

Es muy difícil ser enteramente fiel, incluso a objetos, ideas y sobre todo a las personas que amamos. No hay tal cosa como una fidelidad perfecta ni tampoco un amor perfecto o una belleza perfecta. Pero es divertido tratar de lograrla.

—KATHERINE ANNE PORTER

Que el Señor los lleve a amar como Dios ama, y a perseverar como Cristo perseveró.

—2 TESALONICENSES 3:5

**M**arta entró al matrimonio con una enorme carga: una previa relación (no marital) que fracasó e incluía la actividad sexual y una disolución que le retorció las tripas. Como resultado, lidió con sus sentimientos de inseguridad, incluso después que ella y su esposo se casaron. No podía sobreponerse a la idea de que «el conflicto conduce a una disolución, y la disolución conduce a un intenso dolor». Tras varios años de matrimonio, Marta y su esposo comenzaron a disputar sobre problemas financieros. Transcurrieron semanas de vigorosa discusión (y ocasionalmente ataques de gritos), pero no llegaron a ninguna conclusión. La disputa se hizo tan aguda que la relación marital comenzó a mostrar tirantez. Había poco gozo; más bien angustia y frustración.

Subconscientemente Marta retrocedió a los sentimientos que surgieron de su fracasada relación anterior. En vista de que aún se sentía dolida por la disolución de ese enlace pasado, experimentó aguda ansiedad ante la posibilidad de que el matrimonio pudiera sobrevivir ese desafío. En el pasado, para ella los asuntos no resueltos significaban una inevitable disolución, así es que secretamente comenzó a lamentarse por una relación que aún no había muerto.

Luego, una noche, tras otra de esas fuertes discusiones que finalmente no resolvieron nada, el esposo de Marta hizo algo tan maravillosamente profético y profundo que ella nunca la olvidara. Se podía ver el gozo del tierno cuidado de su esposo reflejado en los ojos de ella al contar la historia:

«Me abrazó y dijo: “Marta, necesitas saber que no importa lo que decidamos o no decidamos, nunca voy a dejar este matrimonio. Aunque tengamos que vivir bajo esta tensión durante el resto de nuestras vidas, *nunca te dejaré*”».

Marta irrumpió en llanto al contar esta historia. Aunque hubo contiendas casi constantemente en el matrimonio, ella no quería que esa relación terminara, y ahora su esposo le había prometido que eso no iba a suceder.

---

*Ambos hallaron gran sentido en el simple hecho de que el matrimonio iba a sobrevivir.*

---

Marta y su esposo aceptaron el carácter sagrado de su historia juntos; ambos hallaron gran sentido en el simple hecho de que el matrimonio iba a sobrevivir. Repentinamente el problema original pareció ser menos inmenso y monumental. De todos modos, fue menos importante que el hecho general de que su historia juntos era segura.

Proclamamos la gracia profética del matrimonio cuando comprendemos el carácter sagrado de formar la historia juntos. El filósofo alemán Friedrich Nietzsche sugirió que el matrimonio es «una larga conversación» que nos insta, por lo tanto, a casarnos con una persona amiga. Si esto es cierto, no es más que una sombra de otra conversación que ha precedido a la nuestra.

## El Dios de Abraham

A un teólogo muy bien conocido se le pidió una vez que diera la mejor evidencia sobre la existencia de Dios. Sin titubear dijo: «Los judíos».

A través de una historia tumultuosa, la vida del pueblo judío a veces ha estado pendiente de un hilo cada vez que algún nuevo tirano o enemigo ha procurado su extinción. Pero durante siglos ha sobrevivido. La suya es una historia dramática y afectuosa.

Hay una realidad teológica incrustada en esta historia. El Dios del Antiguo Testamento es único en el sentido que se adhiere a su pueblo. Durante miles de años, adherentes leales adoraron al dios de las montañas, al dios del valle, o al dios del mar, pero la idea de que había un Dios de Abraham, Isaac y Jacob —un Dios de personas— ¡era algo nuevo!

Más sorprendente aun era el curso de la línea genealógica de esta relación: desde Adán y Eva hasta Abraham y Sara; desde Abraham y Sara hasta David y Betsabé; y desde David y Betsabé hasta María y José. Esa historia tenía un carácter sagrado. Su sentido se derivaba del hecho que Dios había estado con sus padres, abuelos, bisabuelos y todos sus antepasados.

Esta relación entre Dios y su pueblo no era nada fácil. Hubo períodos de gran gozo y celebración (que testifican del romance de Dios con su pueblo cuando Salomón dedicó el templo); épocas de frustración y enfado (como cuando Dios permitía que tiranos extranjeros los conquistaran); tiempos de infidelidad y apostasía (como cuando Israel se iba tras otros dioses); y tiempos torturantes de silencio (incluyendo el lapso de cuatrocientos años entre el Antiguo y el Nuevo Testamento).

Ahora tome estos ejemplos y analícelos pensando en ellos dentro de un contexto más reducido. Hubo ocasiones de gran gozo y celebración, frustración y enfado, infidelidad y apostasía, y tiempos torturantes de silencio. ¿Le suena esto como alguna relación que usted conoce? ¿Cómo su propio matrimonio, por ejemplo?

Visto desde esa perspectiva, las relaciones matrimoniales nos permiten, por medio de la experiencia, identificarnos con Dios y su relación con Israel. ¿Tiene su matrimonio períodos de gran gozo y celebración? Dios puede relacionarse y regocijarse con usted. ¿Ha experimentado tal vez la decepción de alguna traición o infidelidad? ¿O la frustración de un silencio lamentable? De ser así, no está solo, y se le ha dado la materia prima con la cual edificar una relación más íntima con Dios.

---

*Las relaciones matrimoniales nos permiten, por medio de la experiencia, identificarnos con Dios y su relación con Israel.*

---

Hay una característica que sostiene la historia de Dios e Israel juntos: la *perseverancia*. Cuando Israel le daba la espalda a Dios, Dios no le daba la espalda a Israel. Dios puede haber retrocedido por algún tiempo, pero generalmente el compromiso continuó siendo concreto y firme.

Particularmente me refiero a los cuatrocientos años de silencio que hubo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Muchas veces no es que nuestro matrimonio sea bueno o malo; solo existe. Nos cansamos de la rutina y de la monotonía y ocasionalmente nuestras almas se entumescen entre sí. Kathleen y Thomas Hart lo describen de esta manera: «El matrimonio es como un largo camino que dos personas recorren juntos. A veces el terreno es muy interesante; otras es más bien aburrido. En ocasiones el recorrido es arduo para ambas personas o para una de ellas. A veces la conversación está animada; otras no hay mucho que decir. Los viajeros no saben exactamente hacia dónde van ni cuándo llegarán».<sup>1</sup>

Además del efecto del entumecimiento de la «monotonía» está el factor de que ese recorrido es más largo para nosotros de lo que fue para nuestros antecesores. En siglos anteriores muchos matrimonios se quedaron cortos porque con frecuencia las mujeres morían durante el parto. Tomas Cranmer, el famoso arzobispo de Canterbury desde 1533 a 1553, perdió a su esposa en su primer año de matrimonio. Jeremy Taylor (1613-1667), arzobispo y escritor inglés de *The Rule and Excersises of Holy Living* y *The Rule and Excersises of Holy Dying* [El reglamento y los ejercicios de la vida santa, y El reglamento y los ejercicios de la muerte santa] perdió a su esposa antes de cumplir trece años de casados. La esposa de Juan Calvino no llegó a su décimo aniversario de bodas, y la esposa de John Donne, Anne, murió a los dieciséis años de matrimonio.<sup>2</sup>

Los hombres tampoco vivían tanto tiempo como hoy. En época tan reciente como en 1870, una mujer no podía contar con tener a su esposo vivo cuando su hijo más joven se iba de la casa. En 1911 el promedio de duración del matrimonio era de veintiocho años; para 1967 había aumentado a cuarenta y dos años.

---

*Hoy día usted puede virtualmente definir el matrimonio usando el lenguaje de la perseverancia, es decir, manteniendo una relación a largo plazo.*

---

Hoy día usted puede virtualmente definir el matrimonio usando el lenguaje de la perseverancia, es decir, manteniendo una relación a largo plazo. Con los avances médicos y el promedio creciente de vida, ahora tiene que pasar su sexagésimo o septuagésimo aniversario de bodas antes de recibir una mención de honor en el noticiero de Paul Harvey.

Este fenómeno relativamente nuevo de estar casado durante seis o siete décadas puede rendir ricos dividendos de vida y crecimiento espiritual. El matrimonio nos ayuda a desarrollar el mismo carácter de Dios al permanecer junto a nuestros cónyuges a través de los buenos y los malos tiempos. Con cada boda nace una nueva historia, un nuevo comienzo. El sentido espiritual del matrimonio se halla en mantener esa historia juntos.

---

*Es un viaje que realmente no termina nunca, pero al menos se toma el lapso de una década para que ese sentido de intimidad realmente se muestre en la relación matrimonial.*

---

En realidad, algunos expertos sugieren que una pareja tarda de nueve a catorce años para verdaderamente «creer y formar su ser».<sup>3</sup> Cuando escucho historias de parejas que se separan a los tres o cuatro años de casados, me siento triste porque aún no han comenzado a experimentar cómo es realmente el matrimonio. Es como si se escalara una montaña hasta la mitad sin nunca llegar a ver el panorama completo desde su cima; ha llegado a realizar una tarea a medias, su alma se consume por la lucha, pero es demasiado pronto para experimentar la plena recompensa. El hecho de evaluar tan pronto su matrimonio es como tratar de comerse una torta que está a medio hornear. Llegar a aunarse —en el sentido más íntimo y profundo— toma tiempo. Es un viaje que realmente no termina nunca, pero al menos se toma el lapso de una década para que ese sentido de intimidad realmente se muestre en la relación matrimonial.

## La disciplina espiritual de la perseverancia

Vivimos en una nación de desertores. Los empleados abandonan sus trabajos tan pronto como la situación allí se dificulta; los empleadores despiden a sus empleados tan pronto como las ganancias bajan un cuarto del nivel del porcentaje. Rutinariamente las personas dejan de asistir a sus iglesias y se unen a otra congregación a la menor provocación. La Biblia nos advierte de que algunos abandonarán su fe (véase 1 Timoteo 4:1).

Jesús habla sobre esa tentación de abandonar la fe en la parábola del sembrador, la que con más precisión pudiera llamarse la parábola de los terrenos porque de eso es que realmente trata la enseñanza. En Lucas 8 Jesús advierte que algunos escucharán la palabra de Dios y creerán por algún tiempo, «se apartan cuando llega la prueba» (versículo 13). Otros escuchan, pero su fe se ahoga por «las preocupaciones, las riquezas y los placeres de esta vida, y no maduran» (versículo 14). Pero los que Jesús elogia son los que «oyen la palabra con corazón noble y bueno, y *la retienen; y como perseveran*, producen una buena cosecha» (versículo 15, énfasis del autor).

La verdadera espiritualidad cristiana siempre ha recalcado la perseverancia.

---

*Vivimos en una nación de desertores.*

---

«Él dará vida eterna a los que, *perseverando* en las buenas obras, buscan gloria, honor e inmortalidad. Pero los que por egoísmo rechazan la verdad para aferrarse a la maldad, recibirán el gran castigo de Dios» (Romanos 2:7-8, énfasis del autor).

La rectitud —la verdadera santidad— puede verse *con el tiempo* en nuestra persistencia. Es relativamente fácil «coquetear» con la rectitud: ser en ocasiones corteses con otros que manejan sus autos (si está de buen humor), ayudar a alguien que necesita que le abran la puerta (si dispone de tiempo), echar un par de dólares más en el platillo de la ofrenda (mientras que no los extrañe). Pero esa conducta constituye realmente una rectitud superficial. La que Dios busca es una rectitud *persistente*, un compromiso de continuar tomando las decisiones correctas aunque, tal vez a cada rato se sienta inclinado a ir en la dirección opuesta. La santidad es mucho más que una *tendencia* a cometer actos ocasionales de bondad y caridad; es un compromiso de persistente rendimiento ante Dios.

Las personas casadas que descubren que están «enamorándose» de otra persona, tendrán que tomar las decisiones continuas de no actuar inapropiadamente y cuidar sus lenguas. Esto requerirá mucho más que la

decisión de una sola vez para mantener su integridad; tendrán que *perseverar* en la rectitud.

Dado que el matrimonio es una larga conversación, pasa por muchísimas etapas. Algunas son más difíciles que otras. Es cierto que la crianza de niños pequeños presenta un enorme desafío ante la posibilidad de fomentar la intimidad y «divertirse». Es un trabajo agotador. Dos investigadores, William J. Lederer y Don D. Jackson, notan que «nunca han observado una unión generalmente constante y colaboradora entre los esposos durante el período en el que están criando niños».<sup>4</sup>

La vida nos presenta algunas épocas que, muy francamente, se deben soportar. Hay muchos momentos en que milagrosamente nos sentiremos satisfechos al criar a nuestros hijos; pero es necesario que sufran otros aspectos de nuestras vidas —incluyendo el tiempo a solas como pareja. Esa es solo una época, pero sería insensato dejar de perseverar durante un tiempo en que *cualquier* matrimonio tendrá que adaptar y reevaluar previas expectativas.

¿Cuál es la causa por la que nos damos por vencidos? Aunque Jesús no estaba dirigiéndose específicamente a las relaciones matrimoniales en su parábola sobre las tierras (del sembrador), esta cubre el aspecto del origen de muchos de nuestros fracasos al dejar de perseverar en el matrimonio. Algunos de nosotros nos damos por vencidos cuando llega «el tiempo de la prueba» (Lucas 8:13). Pensábamos que el matrimonio sería fácil; pero cuando se hace difícil, lo abandonamos.

Otros se dan por vencidos cuando «las preocupaciones de la vida» los ahogan (Lucas 8:14). Los consejeros matrimoniales nos dicen que los problemas económicos han destruido más matrimonios que cualquier otra cosa. También están nuestro egoísmo y nuestro pecado, los cuales son capaces de contaminar el precioso afecto que antes sentíamos.

¿Qué nos da el poder para persistir haciendo el bien? Pablo insinúa la respuesta en el pasaje de Romanos 2 mencionado anteriormente. Nota que en nuestra persistencia buscamos «gloria, honor e inmortalidad» (Romanos 2:7). Estas son palabras que señalan una historia alterna, la vida del más allá (después de todo, no hay inmortalidad en este mundo). La persistencia no tiene sentido a menos que vivamos con un agudo sentido de eternidad. En el próximo capítulo ampliaremos este tema, pero es necesario que esa verdad aparezca aquí también.

---

*La persistencia no tiene sentido a menos que vivamos con un agudo sentido de eternidad.*

---

Las personas que luchan con la infatuación por alguien que no es su cónyuge, probablemente necesiten tomar una decisión que a la corta les haga

*menos* felices y les traiga *menos* placer (aunque yo alegraría que, en muchos casos, a la larga los hará *más* satisfechos). La resistencia cristiana se basa en la idea de que hay otra vida, comúnmente conocida como el cielo, que es eterno y para lo cual este mundo constituye la preparación. El mundo venidero es tan glorioso, está cargado de tanto honor, que vale la pena hacer los sacrificios ahora para recibir allí gloria, honor e inmortalidad.

¿Alrededor de cuál mundo centra usted su vida? Su matrimonio finalmente revelará la respuesta a esa pregunta. Si tenemos una perspectiva eterna, preparándonos para la eternidad, perseverar en un matrimonio difícil tiene mucho más sentido que destruir una familia para recibir un rápido y fácil alivio. La mayoría de los divorcios están marcados por las acciones de alguien que huye, cuando más, de unas pocas décadas difíciles y para obtener ese alivio están desechando una gloria y honor que duran toda una eternidad. ¡Ese es un cambio horrible!

La santidad que se recompensará en el cielo es una santidad *persistente*. Lea toda la Biblia y les aseguro que no encontrará en ella ni una sola referencia a la «corona en el cielo» que se le otorgará a quien haya tenido la vida «Más feliz» en la tierra. Esa recompensa no existe. Ni hay un premio celestial para el cristiano que haya sentido la menor dosis de dolor.

La prioridad de una historia sagrada es una prioridad *eterna*. El matrimonio es un bello y efectivo recordatorio de esa realidad. Uno de los renglones más poéticos de la Escritura, que deseo que cada esposo y esposa muestre en un prominente lugar en sus hogares, se halla en el versículo 5 de 2 Tesalonicenses 3: «Que el Señor los lleve a amar como Dios ama y a perseverar como Cristo perseveró».

---

*La santidad que será recompensada en el cielo es una santidad persistente.*

---

De eso es que quiero que esté lleno mi corazón: *del amor de Dios y de la perseverancia de Cristo*. Ahí está la mejor receta de la Biblia para la santidad y una vida «con éxito» aquí en la tierra. ¡Oh, que mi corazón pueda dirigirse más y más hacia el amor de Dios! ¡Oh, que yo pudiera aprender a tener la paciente perseverancia del propio Cristo!

La alternativa se explica en el capítulo 2 de la carta de Pablo a los Romanos. En lugar de recompensas celestiales, algunos recibirán la «ira y el enojo». ¿Y quiénes serán esos? «... los que por egoísmo rechazan la verdad para aferrarse a la maldad, recibirán el gran castigo de Dios» (Romanos 2:8). ¿Qué más egoísmo que el de hacer caso omiso a lo que es mejor para sus hijos —un hogar apacible e intacto— y echar a la basura un matrimonio porque usted esté cansado de su esposa, aunque al hacerlo disminuirá seriamente su

ministerio de reconciliación, del cual hemos tratado en el capítulo 2?

Deseo que los hombres en particular se den cuenta de los peligros inherentes en el divorcio, al menos desde la perspectiva femenina. Un día, cuando vi el peligro de que alguna vez se rompiera la historia marital, mis ojos se abrieron a esto de una manera enteramente diferente.

---

*Deseo que los hombres en particular se den cuenta de los peligros inherentes en el divorcio.*

---

## Un futuro incierto

Uno de los grandes peligros de romper la historia de un matrimonio es no llegar a conocer el futuro. Déjeme explicarlo con una historia verídica.

Mi egoísmo se pudo notar en su nivel más despreciable el día que me recogió en el aeropuerto una mujer del grupo que me había invitado a hablar. Me indicó que me sentara con su hijo en el asiento de atrás de su camioneta. Pero tan pronto como la puerta se abrió, me encogí. La camioneta estaba muy sucia. Yo me había puesto unos pantalones y un chaleco deportivo, tenía que hablar más tarde ese día, así es que me sentí muy desconfiado al sentarme en ese asiento porque sabía con certeza que al desmontarme habría algún tipo de comida pegado a mi espalda.

No queriendo ofender a la mujer, traté como mejor pude de sacudir con un golpecito muy disimulado la comida y la mugre antes de sentarme, pero su hijo, que estaba detrás de mí, no me estaba haciendo esa tarea fácil, instándome a hallar un asiento rápidamente. Pasaron por mi cabeza pensamientos terribles y egoístas. «¿Cómo podía tener ella su camioneta en esas condiciones cuando sabía que me iba a recoger?»

---

*Uno de los grandes peligros de romper la historia de un matrimonio es no llegar a conocer el futuro.*

---

En pocas horas me enteré de que esa mujer era divorciada, y, por lo tanto, estaba viviendo como una madre sola. «Eso ayuda a explicar la razón de la camioneta sucia. Tiene sus manos llenas», pensé.

Luego, al llegarnos a conocer mejor, me comunicó que estaba en medio de unas rondas de quimioterapia. Las drogas la enfermaban tanto que solo podía trabajar un día a la semana, como camarera, dicho sea de paso. Los seis días siguientes los empleaba para reunir suficiente energía y así volver al restaurante para ganar otros cien dólares, que apenas eran suficientes. Ganaba muy poco, sin ayuda alguna procuraba cumplir con su tarea como madre de tres hijos y, además, tenía que resistir el tratamiento de la quimioterapia. Por si todo esto fuera poco, sacrificó su tiempo, energía y dinero (¡la gasolina no es gratis!) para servirme de taxista por todo el pueblo, donando voluntariamente su tiempo para una buena causa.

Era una absoluta heroína, y me enfurecí conmigo mismo. En silencio había refunfuñado por un asiento mugriento, pensando absorto en la posible vergüenza de tener que caminar hacia un nuevo lugar con comida colgando de mis ropas, lo cual era absolutamente insignificante comparado con los retos de la vida real que esa mujer estaba enfrentando.

Luego de arrepentirme y comenzar a pensar como un siervo en lugar de una prima dona, volví mis pensamientos hacia su esposo. ¿Cómo podía un hombre cristiano profeso permitirle a una mujer con quien había concebido tres hijos, pasar por esa prueba sola? Sentí mucha compasión por esa mujer; mi corazón sangraba por ella. Mi próxima llamada telefónica a mi esposa giró principalmente alrededor de esa triste historia. «¿Qué clase de hombre era», chisporroteaba, «que después de haberle jurado lealtad ante una iglesia repleta de gente, no corría inmediatamente a ayudar a esa persona en tal situación para estar con ella “en enfermedad y en salud”? ¿Cuán duro tiene que ser un corazón para no conmoverse por el sufrimiento de alguien a quien una vez amó?»

Por supuesto, cuando ese hombre se divorció de esa mujer, no pudo haber anticipado que iba a contraer cáncer. Sin embargo, por eso formamos una historia *sagrada*, porque ninguno de nosotros puede ver con exactitud el futuro. Esa mujer dejó a un lado su carrera sin haber acumulado destrezas vocacionales para criar a los tres hijos de este hombre. Se hizo vulnerable para beneficiarlo y después que él desarrolló su carrera, ella se quedó con la tremenda responsabilidad de criar a tres hijos y, entonces, él rompió la historia de ellos juntos y la dejó casi sin medios.

Cuando usted se divorcia de su cónyuge, no tiene idea de lo que el futuro le aguarda a ambos. La situación puede —y con frecuencia sucede— conducir a un caos, porque las probabilidades son que al menos uno de ellos necesite cuidados en un futuro no muy lejano. Lo cierto es que tales negligencias se ajustan a la expresión de «buscar lo suyo» y que Pablo dice que naturalmente traen «la ira y el enojo» de Dios.

Sujetos también a esa ira están aquellos que «rechazan la verdad». Obviamente, aquí Pablo habla de la verdad de la salvación, pero también hay otra verdad que se puede inferir en este pasaje: la verdad de la voluntad y las leyes de Dios.

La mayoría de nosotros sabe que Dios detesta el divorcio, porque la Escritura dice explícitamente: «*Yo aborrezco el divorcio*» —dice el Señor, Dios de Israel— (Malaquías 2:16). Jesús elaboró más sobre esta perspectiva sobre el divorcio diciéndole a sus discípulos: *Pero yo les digo que, excepto en caso de infidelidad conyugal, todo el que se*

*divorcia de su esposa, la induce a comer adulterio, y el que se casa con la divorciada comete adulterio también* (Mateo 5:32). La única razón por la que Dios admitía el divorcio en el Antiguo Testamento, y a la cual también Jesús se refirió en otro lugar, era porque estaba tratando con corazones duros (véase Mateo 19:8-9).

Esta, mis amigos, es la *verdad*. Al rechazarla, tal como Pablo lo advierte

en Romanos 2, nos estamos arriesgando a recibir la ira y el enojo de Dios. Aún me sorprende ante hombres cristianos que pueden dejar a sus esposas e hijos casi destituidos financieramente para poder buscar una nueva relación; y todo mientras están tratando de mantener la ilusión de que Jesucristo es aún Señor de sus vidas.

---

*Cuando usted se divorcia de su cónyuge, no tiene idea de lo que el futuro le aguarda a ambos.*

---

Un buen amigo mío recientemente llamó a un compañero de universidad y su esposa le contestó: —Lo siento, pero Greg no está aquí.

—¿Dónde está? —preguntó Mike despreocupadamente.

—*Se fue.*

Hubo un tono en su voz que definía la expresión «se fue» como un final traumático.

El compañero de la universidad tenía tres hijos pequeños. Mike dijo que quería sacudir a su amigo y decirle: «¿Tienes *alguna* idea de lo malo que has sido?»

Pero nuestra cultura no ve mal la separación, ¿verdad? Es «romántica» y es «alentadora». A la larga, es «por el bien».

La edificación de una historia sagrada juntos nos enseña a ser *persistentes en hacer el bien*, aunque quisiéramos hacer otra cosa. Este compromiso de perseverar nos enseña la disciplina cristiana básica de negarse a sí mismo. Como parte de eso, debemos rechazar la actitud de «buscar lo que yo quiero» y en su lugar pensar acerca del futuro, un futuro que señale algo más allá de este mundo y que se proyecte hacia el venidero. Si usted no cree en el cielo, el divorcio puede tener gran sentido. Pero una vez que el cielo se convierte en parte de la ecuación, el costo del divorcio —la ira y el enfado de Dios arriesgando el futuro por una actitud egoísta— adquiere un precio excesivo.

## El ideal

Hemos subido alto para hacer resaltar un punto. El divorcio, por definición, es un fracaso: de amor, perdón y paciencia; o (por lo menos) en primer lugar es el resultado de un juicio deficiente al escoger a un compañero o compañera de carácter difícil. Pero todos fracasamos en algún punto. Las palabras de Jesús son frecuentemente severas; según Mateo 5:28, yo y virtualmente cada hombre que vive puede considerarse como un adúltero. Una mirada lujuriosa y *ipun!*, hemos caído. O una exclamación de enojo como «¡idiota», y según palabras de Jesús, estoy en peligro de ser echado en el fuego del infierno (véase Mateo 5:22).

Jesús hace una serie de declaraciones severas y aparentemente implacables acerca de la manera en que debemos vivir, y no existe un hombre ni una mujer que no haya roto algunos de esos mandamientos. Pero mire la vida de Jesús y hallará una tremenda misericordia. No condena a la mujer adúltera sino que le dice que no continúe en ese pecado (véase Juan 8:11). Cierta vez Jesús dijo que si ponemos la mano en el arado y miramos hacia atrás, no somos aptos para el reino de Dios (véase Lucas 9:62). Pero voluntaria y amorosamente volvió a recibir a Pedro luego que este lo negara tres veces (véase Marcos 14:66-72).

---

*Si usted no cree en el cielo, el divorcio puede tener gran sentido.*

---

Si está leyendo esto después de pasar por un divorcio, usted no sirve a nadie —mucho menos a Dios— al obsesionarse con algo que ya no puede deshacer. Para eso están el perdón y la gracia, para ofrecer un nuevo comienzo.

He insistido en que alcancemos un alto ideal en parte para alentar a personas atascadas en un matrimonio difícil, para que continúen en él. Sin embargo, a riesgo de agotar todo lo que he dicho, es necesario que seamos sinceros. Estamos yendo muy lejos al igualar el hecho de dejar a su esposa con el de dejar su fe. Lo cierto es que hay severas repercusiones espirituales cada vez que se rompe un juramento. Y algo que convierte el divorcio en un mayor peligro espiritual es que el voto matrimonial es un juramento que se va rompiendo con el tiempo. Más que ser un pecado de pasión —algo que usted hace pero de lo cual inmediatamente se arrepiente—, el divorcio se considera como una decisión con abundantes oportunidades para reconsiderarlo y rechazarlo. Esto hace, cuando más, que sea una decisión muy peligrosa desde el punto de vista espiritual.

Pero, incluso, a veces el divorcio puede llegar a ser una buena decisión. Mateo registra una excepción: la de la infidelidad (véase Mateo 19:9); Pablo

articula otra excepción en el caso de estar casado con un cónyuge incrédulo que rehúsa permanecer en el matrimonio (véase 1 Corintios 7:15).

---

*Si está leyendo esto después de pasar por un divorcio, usted no sirve a nadie —ni mucho menos a Dios— al llegar a fijarse en algo que ya no puede deshacer.*

---

Cualquiera que haya estado casado durante cierto tiempo debe comprender cuán verdaderamente difícil el matrimonio puede llegar a ser, y cómo, incluso entre cristianos, las tensiones pueden llegar a alcanzar tan alto grado y el daño puede arraigarse tan profundamente, que la reconciliación requeriría más energía de la que cualquiera de ambos pudiera imaginarse llegar a tener en caso de poder vivir diez vidas. En muchos casos Dios puede proveer esa energía y puede darla; en otros casos las personas no desean recibirla.

Antes de que el divorcio se llegue a consumar, voy a acostumbrarme a alentar a alguien a que persevere, a salir adelante a través del dolor, a tratar de crecer en este y a través de este. Para ellos la felicidad puede ser inalcanzable, pero la madurez espiritual no, y yo valoro el carácter mucho más que cualquier disposición emocional. Al tener el cielo como una futura esperanza, el crecimiento espiritual como una realidad presente, y en muchos casos, los hijos que requieren de nuestro sacrificio, el matrimonio intacto es un ideal por el cual vale la pena luchar. Pero eso no significa que debemos tratar a aquellos cuyos matrimonios hayan sucumbido como cristianos de segunda clase. Jesús habló de ideales altos y absolutos, pero amó a personas reales con un sentido de aceptación y gracia.

---

*La felicidad bien puede estar un poco más allá, pero la madurez espiritual no.*

---

Y, por supuesto, a veces el divorcio se introduce sin razón en el otro cónyuge unilateralmente. Tal fue el caso de una mujer que conozco cuyo nombre es Leslie. Muchos cristianos alentaban a Leslie a darse por vencida, a dejar la relación y a comenzar a salir con otra persona aún desde antes de que su divorcio se consumara. Si Leslie se hubiera ocupado de su propia salud emocional y de la felicidad, podría haber aceptado el consejo enseguida. Pero hoy día, tras haber recorrido un arduo camino como lo es el divorcio, Leslie se ha acercado más al Señor, respetando y estimando la historia sagrada que tenía con quien fue su esposo. No es una historia feliz, pero sí una que ha pagado generosos dividendos espirituales, y esa es la belleza de hacer las cosas conforme a la voluntad de Dios. Aun cuando hayamos pecado en contra suya, podemos crecer a través de la experiencia por la gracia de Dios.

---

*Esa es la belleza de hacer las cosas conforme a la voluntad de Dios. Aunque hayamos pecado en contra suya, podemos crecer a través de la experiencia por la gracia de Dios.*

---

## **La historia quebrada: Leslie «Leslie, te voy a dejar».**

Leslie se echó hacia atrás sin creer lo que escuchaba. Nunca pensó que alguna vez escucharía esas palabras. Cuando joven y aún creciendo, se imaginaba un vestido blanco de bodas, a una pareja feliz y un hogar lleno de niños. Sus fantasías no dejaron lugar para el devastador escalofrío que traían esas palabras que pronunció un hombre a quien había confiado su vida, su cuerpo, sus más profundos secretos e intimidades. Y ahora le decía que no podía soportar más estar a su lado.

En ese entonces Leslie y Tim eran cristianos consagrados. Aunque habían estado viviendo juntos antes de la boda, habían reconsagrado sus vidas al Señor antes de casarse, e inmediatamente comenzaron a crecer en la fe. Asistían a los estudios bíblicos y oraban juntos con regularidad. Muchas veces, durante los primeros años de su relación, las personas comentaban: «Ustedes tienen un buen matrimonio», a lo que la pareja respondía con humildad: «Esa es obra del Señor, no nuestra».

Las primeras grietas aparecieron unos seis años después de su matrimonio, cuando Tim confesó una infidelidad de solo una noche. Le dijo a Leslie que lo sentía profundamente y que deseaba buscar consejería. Tras haber derramado muchas lágrimas, pudieron dejar ese romance detrás.

Leslie tuvo que esforzarse para vencer algunos asuntos de confianza, pero los buenos tiempos volvieron. Transcurrieron cinco años. Tim recibió preparación como anciano de la iglesia y Leslie trabajaba de tiempo completo como directora de un ministerio cristiano. Soportaron el dolor de la infertilidad, pero pasaron por la angustia de comenzar el proceso de adopción. En realidad, habían pasado la primera evaluación del hogar y ahora se estaban preparando para la segunda. Pronto ella sería madre.

Pero luego Leslie sintió que Tim se estaba escurriendo. Al principio los temores parecían irracionales —solo una premonición, no más—, pero la evidencia confirmadora creció. El distanciamiento se hizo agudo cuando Leslie viajó con Tim a una convención nacional. Se sintió aplastada y humillada cuando Tim la dejaba sola durante largos períodos y luego, cuando por fin se reunían, la trataba rudamente. Leslie «se desconcertó histéricamente», algo de lo cual hoy se siente avergonzada, porque esto daba motivo para que Tim se apartara cada vez más.

Al regresar a casa, Leslie le confió a una compañera de oración: «Si no conociera a Tim mejor, pensaría que está listo para dejarme».

«Eso es ridículo», su compañera de oración le aseguró.

Tim se había ido en un viaje de negocios por un total de tres semanas y su agenda indicaba que regresaría un día sábado por la tarde. Leslie estaba

ansiosa porque llegara a tiempo. Quería que ambos estuvieran listos para la segunda evaluación del hogar, con el fin de obtener el permiso para la adopción, que estaba programado para el lunes temprano en la mañana.

Tim no regresó a casa el sábado por la tarde (ni por la noche), como se esperaba. Leslie guardó los platos de la comida y se acostó a dormir esperando que Tim se uniera a ella más tarde esa noche. Se despertó queriendo saber si Tim estaría acostado a su lado, pero todavía no había llegado a casa. Ese domingo por la mañana Leslie fue a la iglesia convencida de que al regresar, vería el carro de Tim en el garaje pero, encontró el garage vacío.

Su corazón comenzó a hundirse. Luego, en la tarde, Leslie escuchó un ruido que venía del garage. Abrió la puerta y vio a Tim colocando sus bates de golf en el maletero del carro.

«¿Qué está pasando, Tim?», preguntó. Había estado fuera durante tres semanas. Seguramente que no se estaba preparando para ir a jugar golf en la mañana.

Y luego vinieron las palabras, esas tres palabras que entumescen el alma y que estallaron en el mundo de Leslie: «Leslie, te dejo».

«¿Qué?»

«Que te dejo».

Leslie casi se desplomó allí mismo. «No puedes dejarme», se lamentó.

«Sí. No te quiero más. Hace mucho tiempo que te dejé de amar».

Leslie sintió que de nuevo la histeria la embargaba, se sentía presa del pánico. «Me obligué a permanecer en calma», recuerda, «porque sabía que mi histeria no lograría que se quedara. Además, yo no quería que me recordara de ese modo».

Luego miró la mano de Tim y sintió que su corazón se detenía. No estaba usando el anillo de compromiso.

«No estás usando tu anillo de compromiso. ¿Quiere eso decir que vas a comenzar a salir con otra persona?»

«Sí».

*iSlam!* Su respuesta inmediata, calmada y casi superficial la dejó sin aliento.

«¿Conoces a alguien?» El temor comenzó a surgir. ¿Querría ella realmente saber eso?»

«Sí, pero no te dejo por otra persona en particular; es que tú y yo no congeniamos. He estado viviendo una mentira durante todos estos años y estoy cansado de eso».

«Tim, por favor, ¿no te quieres quedar esta noche? «¿Solo una noche?»

“No puedo”.

Leslie comenzó a sentir que estaba perdiendo el control. No se puso histérica, pero las lágrimas se impusieron y perdió la compostura. Se contuvo hasta que Tim se fue manejando, y *entonces* se puso histérica.

Los sollozos que brotaban de su interior eran profundos y penetrantes.

Finalmente Leslie se arrodilló ante una silla y comenzó a orar. Pero aún había tanta agonía dentro de sí que sencillamente no podía orar por su propia cuenta. En su lugar, se levantó y tropezando llegó al teléfono y llamó a unas amigas íntimas. «Tim me acaba de dejar», susurró entre lágrimas. «¿Puedes venir?»

Leslie y sus amigas lloraron y oraron, oraron y lloraron, y lloraron y oraron aún más. Tras horas de lucha espiritual, finalmente Leslie sintió alivio y alguna muestra de paz.

---

*Ahora está agradecida de saber lo que en ese entonces no se daba cuenta que quedaba por delante.*

---

«¿Quieres que pase la noche contigo?», le preguntó una de sus amigas.

«No, estoy bien», dijo Leslie. Ahora está agradecida de saber lo que en ese entonces no se daba cuenta que quedaba por delante.

### **Se cuenta la noticia**

Debido a que Leslie dirigía un ministerio cristiano, sabía que tendría que contarle al personal lo que había ocurrido. La auxiliaron y le mostraron su apoyo, pero a Leslie se le hizo difícil aceptar la sorprendente reacción de ellos.

«Me fue difícil recibir el apoyo de ellos», Leslie confiesa. «La realidad es que el Señor lidió con mi orgullo. Yo siempre era quien tenía que dar y dar; pero Dios quería que yo entrara en un período de debilidad».

Mientras Leslie oraba durante toda la semana siguiente a la partida de Tim, sintió que Dios le pedía que le contara la historia a la iglesia y pidiera oración. No podía imaginarse hacer ella misma tal cosa; pensó que tenía que ponerse fuerte porque dirigía un ministerio. “Dios”, discutía, «pensarán que no he sido una buena esposa; así que, ¿cómo es posible que yo sea inadecuada para dirigir el centro del ministerio? Si no soy capaz de retener a un esposo, ¿cómo podré mantener un ministerio en curso?»

Durante el servicio del domingo en la mañana el líder de la adoración hizo algo que nunca antes se había hecho ni después se volvió a hacer: Le pidió a la congregación que ofrecieran peticiones de oración o alabanzas. Leslie tragó en seco, suspiró y se levantó. Los ojos de todos en la iglesia estaban fijos en ella. Tragó mas fuerte y luego dijo: «Necesito que la iglesia sepa que Tim me abandonó la semana pasada ...»

Tras sus palabras toda la congregación dió un grito ahogado, pero Leslie

continuó. «Tim y yo realmente necesitamos de sus oraciones para que nuestro matrimonio se sane».

Para Leslie era devastador que fuera ella la débil, pero eso «abrió las ventanas» en su iglesia con respeto a otros matrimonios que se estaban tambaleando. Leslie estaba agradecida por eso, aunque esperaba que su matrimonio se restableciera.

### **Falsa esperanza**

Lo que ayudó a Leslie a sobrepasar los primeros meses de su separación fue su confiada esperanza de que Tim volvería. Sentía el optimismo de que una vez que pudiera comprender por qué Tim se había ido y de lo que había hecho mal, todo se podría «arreglar» y su matrimonio volvería a estar bien. Pero no volvió a estar bien ni se pondría bien. Tim estaba muy activo saliendo con otras mujeres y mostrando muy poco interés en la reconciliación.

La amargura se convirtió en una frecuente seductora, pero Leslie la resistía, en parte, porque para comenzar, Dios estaba revelando algunos de sus propios fallos: la justicia con la cual había tratado a su esposo y la manera en que esperaba tanto de sí misma y de él.

Por primera vez Leslie pudo ver las cadenas del perfeccionismo que la ataron durante tantos años. Recordó cómo, antes de dejarla Tim, se erizaba por dentro cada vez que el pastor apuntaba hacia ella con el dedo diciendo que era pecadora. «¿Dónde ve usted pecado en mi vida? Dígamelo para poder deshacerme de él».

«Vi que no había gracia ni misericordia en mi vida cristiana», admitió Leslie. Pasaron meses y luego años; y finalmente llegó el día en que Tim le dijo a Leslie que se iba a casar con otra persona.

### **Sufrimientos compartidos**

A veces Leslie era víctima de la depresión trayendo con ella una buena dosis de temor, especialmente al acercarse el día de la boda de Tim. Pero luego —ella no tiene manera de describirlo—, el Señor tomó su rostro en sus manos y le dijo: «Leslie, mírame a mí. Mírame».

A medida que la separación marital pareció ser más permanente,

Leslie comenzó a sufrir de nuevo. A veces se reprendía a sí misma culpándose y pensando que si tan solo hubiera hecho algo de modo distinto, Tim no la hubiera dejado.

«Eso no es cierto», sentía que Dios le decía. «Yo lo he amado perfectamente, y también él me dejó».

Leslie lloró al pensarlo, y comenzó a sentir una nueva relación con Dios. De alguna manera ella estaba *participando* en sus sufrimientos. Ambos estaban

pasando por esa situación *juntos*.

Los bien intencionados amigos cristianos finalmente comenzaron a preguntarle a Leslie si todavía no había comenzado a tener nuevas citas amorosas. Leslie hacía lo mejor que podía para ocultar su asombro y responder con gracia. Aún usaba su anillo de bodas y aunque algunos cristianos sentían que debía «olvidarse de eso», el anillo era la señal de un pacto que no solamente había hecho con Tim sino también con Dios. Aunque Tim había roto la relación, el Señor aún seguía ahí, de modo que dos de las tres partes estaban juntas.

«El anillo de bodas ya no representaba más mi amor por Tim», dice Leslie. «Ese viejo amor estaba muerto. Pero representaba mi compromiso ante el Señor, el Ser ante quien dije: «hasta que la muerte nos separe».

Precisamente hasta el día en que Tim se volvió a casar en 1998, Leslie usó su anillo de compromiso y continuó orando por una reconciliación. Al permanecer fiel en medio de la infidelidad, sus ojos se abrieron a la presencia de Dios en una nueva forma. «La infidelidad de Israel y la fidelidad de Dios, así como también la fidelidad de Oseas y la infidelidad de Gomer, realmente me hablaron», dice Leslie. «Toda esta experiencia me ha ayudado a conocer mejor a Dios. He ganado un sentido del amor increíble e incondicional que representa su pacto. Mientras más busqué el permiso de Dios para quitarme el anillo y comenzar a tener citas, más me hablaba él sobre la promesa de su pacto».

---

*Al permanecer fiel en medio de la infidelidad, sus ojos se abrieron a la presencia de Dios en una nueva forma.*

---

En pocas palabras, este es uno de los mensajes clave de este libro. Aunque haya algo tan trágico como la traición, la infidelidad o un divorcio indeseado, que se nos fuerce a aceptar, la experiencia se puede usar para beneficio espiritual. Al permanecer fiel a sí misma y respetar la santidad de su historia con Tim, aunque él no respetara más esa historia, Leslie aprendió valiosas lecciones espirituales y se acercó más a Dios en el proceso.

Pero Leslie fue una especie de pionera. Muchos de sus amigos cristianos no podían comprender por qué no se «daba por vencida». Podían comprender por qué alguien podía volver a recibir a un hijo extraviado, como lo explica la historia del hijo pródigo», ella dice. «Sin embargo, cuando se trata del esposo y la esposa muchos cristianos no ven eso».

Pero Leslie ve a Dios bajo una nueva luz.

### **El esposo divino**

Ahora Leslie dice: «Dios es el Esposo perfecto. Ha satisfecho mis

necesidades aún antes de haberlas anticipado. No solo hablo de cosas grandes, sino que ha satisfecho mis necesidades personales y pequeñas de formas muy íntimas».

Dos semanas antes del día de Resurrección en 1998 —meses antes de la boda de Tim—, a Leslie se le pidió que hablara en una iglesia que habían decorado con lirios de Resurrección. Desde la época de su divorcio, Leslie había vivido a base de bajos ingresos. Cree que Dios quería que ella perdonara a Tim al no disputar para «cobrárselas” por haberla dejado, así es que vive con la estrechez de un presupuesto muy ajustado. Comprar un lirio de Resurrección, pensó, sería un «gasto superfluo”, pero se halló orando nostálgicamente: «En verdad son bonitos, Señor. Me encantaría tener uno». Fue una oración silenciosa y no le había hecho su petición a nadie.

---

*«Aún Dios puede restaurar mi matrimonio”, me dijo, «pero aunque no sea así, sigue siendo Dios».*

---

El día antes de Resurrección, Leslie entró en su trabajo y vio un lirio de Resurrección en su escritorio. Se detuvo, fijó su vista en este y comenzó a llorar. Aunque una persona amiga le envió el lirio, Leslie lo aceptó como un regalo de Dios, quien había escuchado su oración y ahora estaba comprándole a su «esposa» una flor de Resurrección.

«Al perder a mi esposo terrenal me he acercado más al esposo celestial». Dice Leslie enfáticamente: «Él es mi *Esposo*, mi Proveedor, mi Sustentador”. Aunque la relación de Leslie con Dios antes se basaba en el «desempeño», esta época de pena y dolor le enseñó a recibir de Dios.

Hablé con Leslie menos de dos semanas antes de la boda de Tim. «Aún Dios puede restaurar mi matrimonio”, me dijo, «pero aunque no sea así, sigue siendo Dios». Hizo una pausa con una notable nostalgia. Las lágrimas brotaron desde lo profundo de sus ojos.

«Gary, para mí este ha sido un tiempo muy rico espiritualmente. No lo cambiaría por nada del mundo».

---

*Lo que realmente ocurrió fue que permaneciendo fiel a su esposo infiel, Leslie demostró la verdad de un Dios que permanece fiel a su pueblo infiel.*

---

«Piensa esto antes de contestarme, Leslie: *¿Estás segura de lo que dices?*

«Sí, con todo mi corazón. Ha sido muy rico y ha cambiado mi vida muy profundamente. Por supuesto, no puedo decir que me alegro de que mi matrimonio se haya deshecho, pero *estoy contenta del fruto que ha dado*”.

Leslie ha entrado en una nueva dimensión. Ha aprendido el secreto de

que a pesar de lo que otros nos hagan —incluso que nos traicionen en el sentido más íntimo—, Dios puede usar esa ocasión para acercarnos a su corazón. Y luego la podrá usar para también acercar a otros a él.

Como una bendición especial, dos años después que Tim dejara a Leslie, el padre de esta la llamó por teléfono. «He observado lo que has sufrido», dijo. «He visto cómo has reaccionado y deseo tener lo que tienes».

Esta fue una conversación profundamente conmovedora para Leslie porque, al igual que Tim, su padre le había sido infiel a su esposa (la madre de Leslie), dejándola con la pena de crecer en un hogar destruido. Pero toda esa angustia comenzó a desvanecerse al reunirse con su padre en el cuarto de un hotel. Leslie repasó los versículos de salvación que se encuentran en el libro a los Romanos y su padre, a los sesenta y dos años de edad, se arrodilló y oró para recibir a Jesucristo como su Señor y Salvador.

Hay una verdad excelsa en la experiencia de esta conversación. Lo que realmente ocurrió fue que permaneciendo fiel a su esposo infiel, Leslie demostró la verdad de un Dios que permanece fiel a su pueblo infiel. Su padre había escuchado el mensaje del evangelio muchas veces, pero no fue sino hasta que lo vio demostrado en la vida de Leslie que quiso aceptarlo para sí mismo.

Ahora Leslie hasta puede sonreír. «¿Cómo no podría agradecerle esto a Dios?», me preguntó. «Muy francamente, estoy más deseosa de orar diciendo: “Dios, puedes tener mi matrimonio si este significa la salvación de mi familia». Tim es un creyente, lo sé; así es que va al cielo. Si que él me dejara puede guiar a otros a Dios, estoy dispuesta a soportar eso.

Solo una nota final antes de dejar la historia de Leslie: No hace mucho tiempo un hombre llamó a Leslie para pedirle ayuda. Su esposa lo había dejado. Estaba gravitando hacia la amargura y el enfado, pero Leslie lo encaminó hacia una dirección diferente.

«Esta época de su vida puede ser muy productiva espiritualmente si la usa para permitir que Dios lo quebrante, le dé forma, y lo haga de nuevo», le dijo. «Siempre estamos fijándonos en lo que nuestros cónyuges han hecho mal pero, Dios quiere que primero tratemos con los defectos de nuestro propio corazón».

## Cuente la historia

Si de veras buscamos crecimiento espiritual a través de nuestro matrimonio, debemos convencernos a nosotros mismos de que nos abstendremos de hacernos la peligrosa pregunta espiritual: «¿Me casé con la persona “indicada”?» Una vez que hayamos intercambiado nuestros votos, poco se podrá ganar espiritualmente al meditar sobre esa pregunta.

---

*Si de veras buscamos crecimiento espiritual a través de nuestro matrimonio, debemos convencernos a nosotros mismos de que nos abstendremos de hacernos la peligrosa pregunta espiritual: «¿Me casé con la persona “indicada”?»*

---

Una alternativa mucho mejor que cuestionar nuestra decisión es aprender a vivir con nuestras propias decisiones. Un personaje de la novela de Anne Tyler llamada *A Patchwork Planet* [Un planeta hecho de retazos] llega a darse cuenta de eso demasiado tarde. El narrador del libro, de treinta años de edad, ha sufrido un divorcio y ahora trabaja en una ocupación que lo tiene relacionado casi exclusivamente con personas de la tercera edad. Al observar sus matrimonios tan duraderos, llega a una profunda reflexión:

Estaba comenzando a sospechar que para mí no era indiferente si se habían casado con la persona indicada o no. Después de todo usted está con la persona que está. Ha firmado el acta matrimonial con ella, pasado medio siglo con ella, la ha llegado a conocer tan bien como a usted mismo o aun mejor, y ella ha *llegado a ser* la persona indicada. O la única persona, para ser más específico. Desearía que alguien me hubiera dicho eso antes. Hubiera continuado entonces; juro que lo hubiera hecho. Nunca hubiera inducido a Natalie a dejarme.<sup>5</sup>

La mitad de la batalla está en mantener nuestra «historia» viva.

A fines del año 1950, Ruth Bell Graham publicó un libro infantil titulado *Our Christmas Story* [Nuestra historia de Navidad]. Su esposo, Billy Graham, escribió lo siguiente en el prefacio:

Cuando le sugirieron a Ruth que contara la historia de la Navidad para niños de todas partes, nos encantó. Pero tuvimos que advertirle al editor que «nuestra» historia de Navidad sería diferente de la escena tradicional del pesebre que describe la Navidad de muchas personas. Por supuesto, la escena del pesebre es una parte importante

de la Navidad en nuestro hogar: el gozoso y amado clímax de la historia. Pero este es solo parte de la misma. Porque la Navidad no comienza en el establo de Belén; no comienza con el Evangelio de Lucas sino en el libro de Génesis.

Eso está correcto; la víspera de la Navidad y la mañana de Navidad no son más que las culminaciones del proceso de una larga historia puesta en movimiento con siglos de anticipación. Es una historia fascinante, en la que Dios sigue con toda la pasión de un esposo, el dolor de un amigo traicionado, la frustración de un padre sabio y la perspectiva de un Señor y Rey sufrido. No sería justo juzgar esa historia desde un punto de vista en particular, porque es la historia de Dios y su pueblo Israel —su novia y su esposa— tomada juntos durante un período largo de tiempo en que se cuenta la historia completa.

Aprender a compartir mi historia sagrada con Lisa ha sido una de las prácticas más espiritualmente significativas de mi vida. Tenemos una historia peculiar que se originó temprano en los años de la secundaria y solo duró dos semanas en las que fuimos novios. Juntos hemos creado una historia enriquecedora, significativa y cargada de pasión. Sí, hemos tenido que viajar a través de unos cuantos valles para llegar hasta donde estamos ahora. Sí, hubo momentos en que la historia pareció sufrir amenazas, pero si la jornada tiene sus dificultades, los panoramas que contemplamos a lo largo del camino y nuestro destino han valido la pena.

El autor popular Jerry Jenkins nos alienta a regocijarnos con nuestra propia historia marital. Escribe así:

Cuente su historia [marital]. Cuéntesela a sus hijos, a sus amigos, a sus hermanos y hermanas, pero especialmente el uno al otro. Mientras más se implante su historia en su cerebro, más sirve como escudo contra la miríada de fuerzas que procuran destruir su matrimonio. Haga que su historia sea tan conocida que llegue a convertirse en el tejido de su propio ser. Debe convertirse en una leyenda que se transmita a través de las generaciones al formar un árbol genealógico que desafíe todas las contrariedades, y realce matrimonio tras matrimonio de estabilidad, fortaleza y longevidad.<sup>6</sup>

No aborte su historia con la esposa a quien Dios le ha llamado a amar. No rebaje la experiencia de andar tomados de las manos con el Dios que puede identificarse con cada lucha que enfrente en sus relaciones.

---

*No rebaje la experiencia de andar tomados de las manos con el Dios que puede identificarse con cada lucha que enfrenta en su*

*relación.*

---

«Que el Señor dirija sus corazones hacia el amor de Dios y la perseverancia de Cristo».

OCHO

## LA LUCHA SAGRADA

ABRAZAR LA DIFICULTAD PARA FORJAR EL CARÁCTER

Samivel, cuando seas un hombre casado comprenderás un buen número de cosas que no comprendes ahora. Pero si vale la pena pasar tanto trabajo, y aprender tan poco, como dijo un muchachito de la beneficencia cuando llegó al final del alfabeto, eso es cuestión de gusto.

—CHARLES DICKENS

Uno nunca se casó, y ese es su infierno; otro se casó y esa es su plaga.

—ROBERT BURTON— CLÉRIGO INGLÉS

Sueñan con el noviazgo, pero despiertan en el matrimonio.

—ALEXANDER POPE

En vista de que el matrimonio, más que cualquier otra relación, refleja la participación de Dios con nosotros y tiene más potencial de atraer nuestros corazones al cielo, puede con más facilidad hacernos probar el infierno.

—DAN ALLENDER Y TREMPER LONGMAN III

**H**ay pocas maravillas en la naturaleza que tengan una belleza más sorprendente que la del monte Everest, el lugar más alto de la tierra.

Los geólogos creen que los Himalayas fueron creados por el choque del continente de la India con Eurasia. El término «choque» es hipérbole de un escritor; en realidad los dos continentes se chocan con un movimiento de unos diez centímetros al año. Pero que lenta y continuamente hacen su obra. A medida que la India continúa moviéndose hacia dentro, comprimiendo y levantando el sur de Eurasia, esta se mantiene creando un tesoro natural espectacular.

Si no hubiera choque entre la India y Eurasia, no existirían los Himalayas. Sin la fuerza desgarradora de traslación continental, el mundo sería un lugar estéticamente inatractivo.

Del mismo modo el «choque» en el matrimonio puede crear relaciones bellas. Muchas veces la belleza nace de la lucha. Esos puntos de impacto quizás no sean «divertidos». En efecto, pueden hacernos sentir como si nos estuvieran despedazando. Pero el proceso puede fortalecernos, forjar nuestro carácter y profundizar nuestra fe.

El gran escritor espiritual y director Francois Fénelon escribió: «Mientras menos temamos sufrir, más necesitaremos hacerlo». El sufrimiento es parte de la vida cristiana, modelada por el propio Jesucristo, quien sufrió inmensurablemente en su servicio a Dios. Dietrich Bonhoeffer escribió que si no tenemos algo de ascéticos dentro de nosotros, hallaremos que es difícil seguir a Dios.

Sin embargo, la mayoría de los que dejan el matrimonio y rompen su historia sagrada, lo hacen precisamente porque este es difícil. ¡Pocas personas dejan el matrimonio porque sea fácil! Esa tendencia a evadir la dificultad es un fallo espiritual grave que a veces puede mantenernos en la infancia cristiana, y de hecho es así. Los grandes escritores espirituales advirtieron que esa vida es difícil, y que debemos usar la dificultad para forjar nuestro carácter.

---

*Esa tendencia a evadir la dificultad es un fallo espiritual grave que a veces puede mantenernos en la infancia cristiana.*

---

William Law, escritor anglicano del siglo XVIII, pregunta: «¿A cuántos santos la adversidad ha enviado al cielo? ¿Y a cuántos pobres pecadores la prosperidad los ha hundido en la miseria eterna?» John Climacus, que escribió el clásico oriental sobre la fe cristiana en el siglo V, se mofa de nuestra demanda de querer tenerlo todo fácilmente y huir de la lucha:

«No consideraría digna ninguna espiritualidad que desee andar en dulzura y comodidad y al mismo tiempo rehusar imitar a Cristo».

Jesús nos ha prometido que *todos* estaremos sazonados con fuego, y que cada sacrificio será sazonado con sal (véase Marcos 9:49). El deseo de tener una vida cómoda, con bienestar y libre de presión, es un deseo indirecto de permanecer siendo cristianos inmaduros y «desazonados». La lucha nos fortalece; nos da una fe más profunda.

Pero este resultado se alcanza solo cuando enfrentamos la lucha de frente, no cuando huimos de ella. Gary y Betsy Ricucci señalan: «Nuestro Señor ha ordenado soberanamente que nuestro proceso de refinamiento toma lugar cuando pasamos *a través* de las dificultades, no alrededor de ellas. La Biblia

está llena de ejemplos de aquellos que han vencido al pasar *a través* del desierto, del mar Rojo, del horno ardiente y finalmente de la cruz. Dios no protege a los cristianos de sus problemas, sino que los ayuda a andar victoriosamente *a través* de ellos”.<sup>1</sup>

---

*La lucha nos fortalece; nos da una fe más profunda. Pero este resultado se alcanza solo cuando enfrentamos la lucha de frente, no cuando escapamos de ella.*

---

Si su matrimonio es difícil, arrodílese y déle gracias a Dios por haberle dado la oportunidad de alcanzar un crecimiento espiritual sin par. Usted tiene el primer potencial de superarse en cuanto al carácter y la obediencia cristiana.

## El aprecio de la lucha

Como corredor a través de todo el país, mis victorias más satisfactorias fueron las que requirieron cada onza de mi fortaleza. Las carreras que gané con facilidad, aunque eran menos dolorosas, finalmente fueron las menos satisfactorias. Recuerdo una carrera en que participé en contra de una escuela más pequeña. Salí resuelto, pero no tanto, y en la primera milla me quedé atrás de su corredor líder. Luego aminoré la marcha y permití que nuestro corredor número dos me alcanzara. Así deambulamos juntos a través del resto de la carrera y hasta llegué a hablar con mi amigo mientras corríamos por las pistas conocidas.

Fue una carrera agradable, pero no me sentí orgulloso de mi desempeño. Ni siquiera fui probado, y, por tanto, había poco de lo cual me podía sentir orgulloso.

Pero había otra carrera. Esta involucraba seis diferentes escuelas de secundaria. Era en el estado de Washington y había calor así que salí con un paso apresurado que casi me llevó al hospital. Había que correr como una docena de veces esa carrera de tres millas cuando tuve que tomar una decisión consciente de no desertar, porque todavía otro corredor se esforzaba por obtener el primer lugar.

Cuando casi me desmayé al cruzar la línea de llegada, estaba muy cansado como para disfrutar el triunfo. Esa noche me dio una fiebre muy alta y estuve enfermo durante tres días. Pero incluso dentro del dolor que sentí para recuperarme, sabía que había entregado todas mis fuerzas, y ese pensamiento me dio cierto pavor. No era nada divertido, pero sí muy *significativo*.

La lucha provechosa del éxito trae un gozo más profundo incluso que la vida sin problemas. Cierta vez estaba hojeando las páginas de una revista que se difundía, y que exhibía a una celebridad muy conocida, fotografiada con su bata de baños calzando chinelas, que salía de su suntuosa casa cuya vista era espectacular. Sin embargo, esa imagen no me atraía; la verdad es que me enfermaba. El estilo de vida que ese fotógrafo estaba destacando —ausente de toda responsabilidad y labor, nadando en la abundancia— podría ser buena por una o dos semanas al año, pero como estilo de vida parecía ofensiva e inatractiva.

---

*La lucha provechosa de éxito trae un gozo más profundo incluso que la vida sin problemas.*

---

Dios nos creó de forma tal que necesitamos la lucha para sobrevivir. Los

desafíos son los que nos mantienen sazonados. Pero para ser provechosa, nuestra lucha debe tener *propósito* y debe ser *productiva*. Dos personas que no hacen más que pelear en su matrimonio y se hacen la vida miserable entre sí no están implicados en un ejercicio espiritual saludable. Es solo cuando colocamos la lucha dentro del contexto del desarrollo del carácter cristiano y del sacrificio propio que esta llega a ser provechosa.

Jesús presentó la lucha como una puerta de entrada hacia la vida cristiana, destacando que ella sería una realidad *diaria* en nuestra fe: «... Si alguien quiere ser mi discípulo, que se niegue a sí mismo, lleve su cruz *cada día* y me siga” (Lucas 9:23, énfasis del autor). Para muchos cristianos occidentales este versículo podría sonar melodramático. Al considerar mi vida con sinceridad, tengo que admitir que en muchos aspectos la vivo con facilidad. No me ridiculizan ni me persiguen por mi fe; en realidad, como escritor y orador cristiano, mi fe tiene el efecto periférico y favorable de poder sostener a mi familia.

Como cristiano, esta vida de relativa facilidad representa un beneficio que experimentaron muy pocas generaciones que nos precedieron. La medicina ha avanzado tanto que afortunadamente muchos de nosotros podemos vivir sin dolor. Tenemos máquinas que nos lavan la ropa y los platos, y también tenemos los autos que nos transportan de un lugar a otro a más de cien kilómetros por hora. Puedo despertarme en Seattle y esa misma tarde comer en Nueva York.

---

*Jesús presentó la lucha como una puerta de entrada hacia la vida cristiana.*

---

La vida es tan fácil para nosotros que podemos dormir tranquilos pensando que *debería* ser fácil o que *siempre* lo será. Cuando se comienza a poner un poco difícil, tendemos a consumirnos al tratar de recuperar nuestras vidas cómodas. Pero al hacerlo así nos perdemos una gran oportunidad espiritual.

A medida que Lisa y yo leímos sobre los muchos intentos de escalar el monte Everest, aprendimos que los escaladores de montañas muchas veces retroceden desde un saliente o una recta particularmente difícil para estudiar cómo pasar por encima. Mucha de la diversión del deporte está en encontrar los retos y descifrar la manera de vencerlos. Si escalar montañas fuera fácil, ese deporte perdería mucha de su atractivo.

Nuestras relaciones pueden verse del mismo modo. En lugar de pensar inmediatamente sobre cómo podemos tomar un helicóptero y llegar hasta la cima, podríamos adoptar el método y la manera de pensar de los escaladores. «Eso es realmente difícil. No cabe duda de que es un reto. ¿Cómo sigo amando

a esa persona frente a ese reto?»

Thomas à Kempis notaba que «Mientras la carne se consume por la aflicción, tanto más se fortalece el espíritu por la gracia interior. Y a veces se conforta tanto con el deseo de tener tribulación y adversidad, por el amor de la conformidad de la cruz de Cristo, que no desearía prescindir del dolor ni la tribulación».

Hágase esta pregunta: ¿Preferiría yo vivir una vida fácil y cómoda y continuar siendo inmaduro en Cristo, o deseo estar sazonado con el sufrimiento si al hacerlo así estoy conformado a la imagen de Cristo?

Es irreal suponer que el juramento inicial de fidelidad conyugal será «fácil». Otto Piper señala que «siempre hay un elemento de desconfianza implícito en un contrato de matrimonio».<sup>2</sup> La razón por la cual prometemos amarnos mutuamente «hasta que la muerte nos separe» es precisamente porque nuestra sociedad sabe que tal promesa se probará, ide lo contrario, la promesa sería innecesaria! No hacemos promesas públicas de que nutriremos regularmente nuestros cuerpos con alimentos o nos compraremos las ropas adecuadas.

---

*Es lo que muestra definitivamente si estamos viviendo para el reino  
y el servicio de Dios o para nuestra propia comodidad y  
reputación.*

---

Todo aquel que entra en las relaciones del matrimonio llegará a un punto en el cual este «friccionará» de modo un tanto adverso. Es *para esos tiempos* que la promesa se hace. Al anticipar la lucha, Dios ha ordenado el remedio, sosteniéndonos bajo nuestra palabra de compromiso.

En esa lucha llegamos a ser personas más nobles. Uno de los grandes retos que encontramos al animar a los cristianos a crecer es que estamos obsesionados con la crianza de los hijos que necesitan que se les enseñe a tener buenos modales mientras suponemos que nuestros propios caracteres están completamente desarrollados. No lo están. Hay numerosos aspectos en los cuales tanto usted como yo podemos continuar creciendo. La nobleza, el sacrificio y el altruismo son apenas unos cuantos.

## Dulce sufrimiento

Sin llegar a degenerarnos por llegar a ser masoquistas, el cristiano maduro reconoce y aprecia el aspecto dulce del sufrimiento. Teresa de Ávila escribió: «¡Señor, cuánto afliges a tus amantes! Pero todo es pequeño en comparación con lo que les das después». Esa es la misma realidad que experimentó Juan Climacus, quien escribió siglos antes de Teresa: «Si los individuos se someten resueltamente a llevar la cruz, si quieren por decisión propia hallar y soportar pruebas en todas las cosas por Dios, descubrirán en todas ellas gran alivio y dulzura».

Esa enseñanza simplemente refleja las palabras de Pablo en 2 Corintios 4:17: «Pues los sufrimientos ligeros y efímeros que ahora padecemos producen una gloria eterna que vale muchísimo más que todo sufrimiento».

Debido a que tenemos esperanza para la eternidad, no nos hacemos cortos de vista demandando facilidades a corto plazo que cancelarían la ganancia a largo plazo. Nuestras demandas de comodidad y facilidad nos muestran lo que realmente valoramos. Es la demostración definitiva de si estamos viviendo para el reino y el servicio de Dios o para nuestra propia comodidad y reputación.

El boxeador campeón de peso pesado que evade a todos los contendientes serios para pelear constantemente con alfeñiques, hace un papel ridículo y con razón es objeto de burlas. Los cristianos que evaden todas las luchas serias y conscientemente procuran colocarse en situaciones o relaciones que sean las más fáciles, están haciendo lo mismo: se mueven sin esfuerzo y finalmente esta falta de esfuerzo los definirá, y peor aun, moldeará su carácter.

---

*Un buen matrimonio no es algo que se descubre sino que se lucha para obtenerlo.*

---

Si hay algo que las parejas jóvenes comprometidas necesitan escuchar es que *un buen matrimonio no es algo que se descubre sino que se lucha para obtenerlo*. Hace falta luchar; usted debe crucificar su egoísmo, a veces confrontar y otras veces confesar. La práctica del perdón es esencial.

¡Innegablemente, esta es una ardua labor! Pero finalmente da resultados; finalmente crea una relación de belleza, confianza y apoyo mutuo.

Nuestras luchas sirven de ayuda cuando las vemos a la luz de lo que nos proveen espiritualmente más bien que a la luz de lo que extraen de nosotros emocionalmente. El esfuerzo de resolver los problemas de desacuerdos es agotador. Hay un millón de cosas que preferiría hacer en lugar de aportar el tiempo y el esfuerzo de saltar una barrera en mi relación. Si estoy en mi

matrimonio por razones de estabilidad emocional, probablemente no duraré mucho tiempo. Pero si pienso que esta cosechará beneficios espirituales, tengo abundantes razones para no solo *estar* casado sino para *actuar* como tal.

Otto Piper nos reta: «Si el matrimonio ... es una experiencia que desilusiona a muchas personas, la razón puede hallarse en la pasividad de su fe. A la gente les disgusta el hecho de que las bendiciones de Dios solo se pueden hallar y disfrutar cuando se buscan persistentemente (Mateo 7:7; Lucas 11:9). Por lo tanto, el matrimonio es tanto un regalo como una tarea que se debe realizar».<sup>3</sup>

No escape de las luchas del matrimonio; acéptelas. Crezca con ellas. Acérquese a Dios por causa de estas y reflejará mejor el espíritu de Jesucristo. Y agradézcale a Dios que lo haya colocado en una situación en la que su espíritu se puede perfeccionar.

Veamos más de cerca a dos individuos que lucharon extremadamente en sus matrimonios, pero que como resultado llegaron a ser personas de influencia prominente.

## El gran emancipador<sup>4</sup>

Cualquiera podría llegar a la conclusión de que Abraham Lincoln fue un hombre peculiar y de principios, sencillamente por la forma en que abordó el noviazgo, sin que mencionemos la forma en que abordó el matrimonio.

En 1836 Lincoln consintió en casarse con una mujer a quien hacía tres años que no veía —como máximo, arriesgado; como mínimo, traicionero— y Abe (como le llamaban) tenía suficiente tiempo para arrepentirse de su promesa. Cuando finalmente lo llevaron a ver cara a cara a su presunta novia, a Lincoln se le cayó el alma a los pies. «No era lo que yo me imaginaba», escribió.

Verdaderamente no. «Sabía que era inmensa», admitió, «pero ahora parecía como la compañera perfecta para Falstaff». Cuando le miró el rostro, para horror suyo encontró que: «no podía dejar de pensar en mi madre». Esto se debía en parte a dos aspectos: la mujer «no tenía dientes» y la evaluación de Lincoln sobre su edad era semejante a la de los árboles. «hasta el presente, en menos de treinta y cinco o cuarenta años, nada que comenzara con el tamaño normal de la infancia podría haberse convertido en semejante bulto».

«En resumen», terminó diciendo, «no estuve nada complacido con ella».

Pero luego Lincoln hizo algo que sacude las sensibilidades modernas: ya que había dado su palabra, determinó casarse con ella. Pasó por el proceso de cortejarla, y luego inclinó una rodilla pidiendo la mano de la mujer en matrimonio.

La escena siguiente fue jocosa. La mujer terminó *rechazándolo*. Al principio Lincoln pensó que ella estaba actuando cortésmente, así es que pasó por el proceso de los aceptables rituales de presionarla para que lo reconsiderara hasta que se dio cuenta de que no tenía inclinaciones ni intenciones de llegar a ser alguna vez su esposa.

Lincoln concluyó: «Las muchachas han ridiculizado a otros hombres; pero esta verdad nunca se hubiera dicho de mí. Del modo más enfático puedo decir que, en este caso, fui yo quien quedó en ridículo».

Usted pensará que Lincoln podría haber tenido más cuidado al escoger a su próxima novia, pero Mary Todd apenas era el tipo de mujer con quien alguien pudiera disfrutar de una noche tranquila. De hecho, era una mujer de impulsos intensos y un tremendo temperamento, aunque este, con bastante ironía, fue un punto de atracción para el futuro presidente. Lincoln la llamaba «la primera criatura femenina agresivamente brillante» que se le había cruzado en el camino.

Poco después de la boda, Mary se disgustó con la casa en que vivían y le

dijo a Lincoln que «cualquiera que tuviera prestigio» en su sociedad, vivía en una casa de dos pisos. Lincoln trató de usar la artimaña de tantos maridos: aprobar la idea, pero sin apartar los fondos. En vez de prolongar el debate, tal y como lo hubieran hecho muchas esposas de su tiempo, Mary sencillamente esperó hasta que Lincoln saliera del pueblo en un viaje de negocios en el que demoraría varias semanas, y luego contrató a un carpintero para añadirle a la casa el segundo piso.

Con el correr de los años, Lincoln aprendió a tener paciencia de otras formas. Las muestras del temperamento de Mary dificultaba la estancia de empleadas en los quehaceres domésticos. Lincoln reaccionaba dándoles un dólar extra semanal. Cierta vez, tras un encuentro particularmente forzado entre Mary y la sirvienta, Lincoln tranquilamente le dio una palmada a la muchacha por el hombro al tiempo que decía: «Quédate con ella, María. Quédate con ella».

Cuando algún vendedor llamaba a la Casa Blanca y Mary lo trataba con férvidos ataques verbales, este se marchaba directamente a la Oficina Oval — pueden estar seguros de que aquellos tiempos eran muy diferentes a los actuales— y procedía a quejarse ante el presidente Lincoln por la forma en que la primera dama lo había tratado. Lincoln escuchaba con calma; luego se ponía de pie y gentilmente decía: «Usted puede soportar durante quince minutos lo que yo hace quince años que estoy soportando».

---

*La vida política de Lincoln fue precaria en ese aspecto, al igual que su vida hogareña.*

---

Lincoln sufrió numerosas indignidades por causa de su esposa, desde derramar públicamente café en su rostro hasta derrochar dinero. En esos días los presidentes no ganaban tanto como hoy, pero Mary continuaba gastando dinero en extravagancias, una de las cuales consistía en la compra de cientos de pares de guantes.

Cuando los Lincoln perdieron a Willi —el hijo preferido de Mary— el resultante dolor comenzó a hacer grietas en la mente frágil de la señora Lincoln. Le fue cada vez más difícil controlar sus ataques de histeria, y a veces el mismo Lincoln no cooperó mucho en esto. Incluso, cierta vez llevó a su esposa hasta una ventana, señaló hacia un asilo de dementes y dijo: «Madre, ¿ves ese gran edificio blanco situado más allá de la colina? Trata de controlar tu agravio o te volverás loca y tendré que llevarte allí».

Fue después de ese tremendo dolor (el de perder a su hijo) y la distracción de observar a su esposa descomponerse, que le pidieron a Lincoln que diera el discurso que lo destacaría para la posteridad. La vida política de Lincoln fue precaria en ese aspecto, al igual que su vida hogareña. Al

prolongarse la Guerra Civil, el favor político de Abe se vino abajo. Cuando le dijeron a un político que el presidente iba a pronunciar el discurso a la multitud en Gettysburg, —que se reunió para conmemorar la caída de los soldados— se mofó diciendo: «Dejen que los muertos entierren a los muertos».

Poco después de que Lincoln se encaminara hacia Gettysburg, su hijo Tad se enfermó, y eso intensificó una vez más la histeria de Mary, al recordar de nuevo al hijo que había perdido hacía poco menos de dos años. A pesar de todas las distracciones hogareñas, Lincoln apenas pudo garabatear unas cuantas notas al salir para Pennsylvania.

En ese momento tan emotivo, a Lincoln se le pudo perdonar que dirigiera sus palabras con una retórica que distaba de ser poderosa. Un reportero describió el discurso de Lincoln con «una desentonada voz de soprano estridente». Los aplausos fueron dispersos y restringidos. Tan es así que Lincoln creyó que había fracasado miserablemente. Se inclinó y le dijo a un amigo: «Es un fracaso rotundo y el pueblo está decepcionado». Pero las palabras fueron verdaderas y genuinas así como conmovedoras y poderosas. Y tal como lo registraron los periódicos —que no lo interpretaron con la depresión lóbrega y comprensible de Lincoln— la nación se inspiró como nunca antes. El discurso de Gettysburg es uno de los más famosos que se haya pronunciado en tierra americana, y finalmente esas palabras se tallaron en piedra acompañando a Lincoln hasta la posteridad. Podrá ser un cliché decir esto, pero es cierto: «Brilló con mayor fulgor cuando su vida personal estuvo en las más profundas tinieblas».

---

*Brilló con mayor fulgor cuando su vida personal estuvo en las más profundas tinieblas.*

---

La vinculación que se puede hacer entre el matrimonio de Lincoln y su misión no es difícil. Es fácil ver cómo un hombre que podría dejar un matrimonio difícil no tendría el carácter de mantener unida a una nación que se estaba desmoronando. Lincoln estaba virtualmente obsesionado con salvar la Unión; ¿qué mejor base de entrenamiento que el de un matrimonio difícil que requería tal tenacidad de su parte?

Es importante ver cómo el matrimonio difícil de Lincoln no solo le impidió alcanzar grandeza, sino que se podría argumentar que realmente ayudó a prepararlo para esa grandeza. El carácter de Lincoln se probó y refinó diariamente para que cuando viniera la verdadera prueba, pudiera estar listo y así mantenerse fuerte.

Si Lincoln hubiera estado obsesionado con la felicidad, no hubiera podido armarse de valor para soportar a Mary o mantener la nación unida. Sentía el llamado de cumplir su destino, algo que en su mente suplantaba la comodidad

personal; y su obediencia, para cumplir ese destino, hizo historia mundial.

Virtualmente en cualquier encuesta sobre los presidentes, Lincoln se acerca a la cima. Algunos historiadores han sugerido que es posible que este sea el presidente de mayor éxito en nuestra historia. Es interesante también notar que una encuesta de historiadores realizada en 1982 colocaron a Mary Todd Lincoln en el lugar más bajo entre las primeras damas de la nación.

Esta historia expone la mentira que está detrás del concepto del pastor que declara: «Realmente yo podría haber hecho algo si no me hubiera casado con esa mujer», o la esposa de alguien que diga de sí misma: «Piense en lo que habría ocurrido si no me hubiera enlazado con tal perdedor». Uno de nuestros más grandes presidentes estuvo incuestionablemente casado con una de las primeras damas más difíciles.

---

*Tal vez el ejemplo de Lincoln pueda liberarnos de la opresión de una búsqueda vana de felicidad.*

---

Es apropiado que se conozca a Abraham Lincoln como «el gran emancipador». Cierta vez, mientras viajaba entre una multitud de esclavos refugiados, Mary le preguntó a su esposo cuántos niños se llamarían Abraham Lincoln. El presidente respondió —francamente y sin jactancia—: «Veamos. Estamos en abril de 1863. Yo diría que entre todos esos bebés de menos de dos años de edad, tal vez dos terceras partes se llaman como yo».

«Emancipador» significa libertador de la esclavitud y la opresión. Tal vez el ejemplo de Lincoln pueda liberarnos de la opresión de una búsqueda vana de felicidad. Tal vez nos pueda liberar del concepto de que un matrimonio difícil nos reprime y no nos prepara para el trabajo de la vida; tal vez aún pueda soltar las cadenas que nos atan a la búsqueda de vidas libres de tensión por encima de la búsqueda de forjar vidas con sentido y carácter.

## Un gran aviador<sup>5</sup>

Imagínese que usted sea una mujer joven educada en una de las universidades de mayor prestigio en la década de 1920. Le encantan los libros y tiene sueños de llegar a ser escritora o poetisa. Su padre es embajador de los Estados Unidos; su familia es muy respetada y goza de buena posición. A usted lo han criado para apreciar el refinamiento, los buenos modales y la «clase alta».

Y por la puerta de la casa de su padre entra un hombre que es más grande que la vida. Pero es todo lo que le han enseñado a no respetar: un aventurero en lugar de un erudito, un hombre que juguetea con maquinarias y no con palabras. Tiene origen humilde, pero su vuelo transatlántico desde Nueva York a París le ha dado una fama incomparable en la historia de esta nación.

Así comienza la historia del matrimonio de Anne Morrow Lindbergh.

Mientras escribía la biografía de un famoso corredor de autos de carrera, la compañía publicadora me envió un catálogo en el que aparecen las direcciones de un número de celebridades. Este incluye a todo el mundo desde Albert, el príncipe de Mónaco, hasta Tiger Woods y Renee Zellweger (una actriz prometidora). La tipografía del catálogo es pequeña; tiene dos columnas en las que caben unos 140 a 150 nombres por página. Cuenta con *setenta y una* páginas. Así, pues, calcule y se dará cuenta de cuántas «celebridades» existen hoy día.

Esa era una época diferente en este país, particularmente antes de la Segunda Guerra Mundial. El vuelo de gran éxito que realizó Charles Lindbergh a través del océano Atlántico lo colocó en una clase totalmente aparte. Su fama era virtualmente incomparable. Hoy día no se podría realmente escoger a una celebridad “favorita”; la lista de los que están y de los que salieron cambia con cada publicación anual de la revista *People*.

Pero es indudable que durante un tiempo Lindbergh fue el hombre más famoso y popular de América y tal vez de todo el mundo. Imagínese, cerraron *Wall Street* para celebrar una parada en su honor, ¡parada que atrajo 4.5 millones de personas! La popularidad de Lindy alcanzó un grado tan alto que las mujeres hacían reservaciones en los cuartos del hotel de los que había salido para bañarse en la bañera que había usado y dormir en la cama que había dormido. Lindbergh descubrió que ni siquiera podía enviar sus camisas a la tintorería porque no regresaban. Y Lindy tenía mucha dificultad en balancear su cuenta de banco porque la mayoría de las personas rehusaban cambiar sus cheques; más bien optaban por guardarlos como recuerdo.

Cuando Anne Morrow conoció a Charles Lindbergh, estaba preparada para sentir una rotunda aversión por el famoso aviador. A una mujer educada

en la Universidad Smith, bien nacida, estudiosa como Anne no le iban hacer perder la cabeza por lo que ella llamaba «toda esa maraña de héroe público». Escribió en su diario: «Lo cierto es que no iba a adorar a “Lindy» (y con ese *nombre* tan odioso)». Su profesor se mofaba de Lindbergh diciendo que Charles «no era más que un mecánico ... Si no fuera por ese solo vuelo de águila, ahora estuviera a cargo de una estación de gasolina en las afueras de St. Louis».

A pesar de la resolución inicial de Anne de no perder la cabeza por ese gran aventurero, para su propia consternación se halló encaprichada por él después de haberlo conocido. Por alguna razón el hombre que tenía ese «odioso» nombre repentinamente se convirtió en uno «sagaz, inteligente, ardiente, que pensaba en todas las esferas». Con fervor Anne atestó su diario de palabras que hacían recordar más a una adolescente enamorada que a una futura poetisa: «La intensidad de la vida, ardiendo como un fuego brillante en sus ojos. La vida se enfocaba en él. Y cuando a su vez él enfocaba su vida, su poder y su fuerza en *cualquier objeto*, sucedían cosas asombrosas».

---

*Ambos, el aventurero y la poetisa, parecían ser como una pareja absoluta y completamente inadecuada.*

---

Debido a la fama de Lindy, se presentaban algunos problemas a la hora de salir con él. Tan pronto como lo veían con una joven, los periódicos publicaban fotografías y comenzaban a especular sobre algún compromiso. Desde el principio Lindy le advirtió a Anne: «No te preocupes por *mi* publicidad. De todos modos me llega. Tengo que aceptarla, pero no quiero que eso te desconcierte».

Anne aprendió a cooperar. Cuando escribía a sus hermanas, usaba como código el nombre «Robert Boyd» en lugar de Charles Lindbergh, para que sus cartas no fueran interceptadas y filtradas a la prensa.

Ser aviador pionero —en los días antes de que las gacetas alquilaran helicópteros— tenía sus ventajas. A veces Lindy volaba con Anne hacia algún campo desierto de Long Island, lo que les daba la oportunidad de hablar tranquila y privadamente. Luego de conocer mejor a Charles, ella tuvo sentimientos mixtos. En cierto sentido él la abrumaba; pero en otro ella reconocía cuán diferentes eran. Ambos, el aventurero y la poetisa, parecían ser como una pareja absoluta y completamente inadecuada. Se franqueaba en una carta con su hermana: «Como puedes ver, estoy completamente virada al revés, completamente abrumada, completamente desconcertada. Él es la persona más grande, más absorbente que jamás haya conocido, y realmente no parece tener nada en común con mi vida».

### «No me feliciten»

Cuando el compromiso se materializó, Anne sabía que su vida con Lindy no iba a ser fácil. La tranquila casa campestre, la vida de relativa facilidad y lujos y la privacidad que había imaginado no iban a ser posible con Lindy. Le escribió en una carta a una amiga diciendo: «Corliss, si me escribes y me deseas una felicidad convencional, *nunca* te lo perdonaré. No me felicites; no espero ser feliz, pero por alguna razón esto ha ido más allá. Deséame valor, fortaleza y un sentido del humor. Necesitaré todo eso».

El gozo de Anne en su boda estuvo moderado en parte por los ridículos largos tramos que ella y su nuevo esposo tuvieron que recorrer para evadir la vista pública. Para escaparse de la boda, Anne se acostó en un carro prestado pasando por entre la multitud acostumbrada de reporteros que se reunieron en el portón a la entrada de la casa de sus padres. Ella y Lindy incluso cambiaron carros, manejaron hasta Long Island y remaron en un bote que había quedado anclado para ellos en el agua.

El esfuerzo dio resultado. Los recién casados disfrutaron dos días de desacostumbrada quietud hasta que los reconocieron mientras echaban gasolina. Los persiguieron y acosaron durante el resto de su luna de miel.

Mientras todo el mundo elogiaba con entusiasmo la «buena suerte» de Anne en capturar al soltero más elegible del mundo —percepción que la irritaba porque suponía que Lindy no tenía suerte en tenerla a *ella*—, la joven luchaba por acostumbrarse a su repentina notoriedad.

«Es difícil creer e incluso recordar cuán poca privacidad teníamos; cuánto luchábamos por estar solos», recordaba muchos años más tarde. «En la ciudad de México los reporteros nos aguardaban a la entrada de la embajada con sus carros y cámaras listas para seguirnos. En la casa (de mis padres) de fines de semana ... fotógrafos emprendedores se encaramaban en los techos y las terrazas de las casas circundantes para fotografiarnos en nuestro jardín. Con disimulo nos escurríamos por las puertas traseras, íbamos a las casas de los amigos, cambiábamos de carros y volábamos hacia algún campo silvestre de México, los cuales se consideraban peligrosos por causa de los bandidos. Íbamos volando. Allí, al menos, no nos seguían. Después de pasar a través del bombardeo de cámaras en los campos de vuelo, podíamos despitar y dejar a las multitudes detrás, aterrizando en algunos valles para merendar al fin solos».

Esa evasión de los fotógrafos y periodistas tenía un precio. Como la misma Anne lo destaca: «una vida de aislamiento total no es normal, como tampoco lo es una vida de continua exposición al público. Vivíamos como criminales o amantes ilícitos, evitando que nos vieran juntos y renunciando a los placeres diarios de andar por las calles, ir de compras, pasear, comer en

restaurantes o tomar parte en actividades públicas. Ni siquiera en reuniones sociales de la embajada o en casa de mis padres en Englewood, New Jersey, estábamos exentos de la intrusión. Le ofrecían sobornos a los sirvientes, se robaban cartas, con frecuencia divulgaban el contenido de los telegramas, los reporteros hablaban de la situación con invitados o amigos confiados e ingenuos, imprimían anécdotas distorsionadas sobre nuestra vida privada, o, si se les agotaba el material, sencillamente inventaban historias».

Aunque Anne era una persona muy perspicaz y con ambiciones literarias, a principios de su relación con Charles tuvo que privarse de desarrollar ese aspecto de su vida. Charles le advertía: «Nunca digas nada que no quisieras que se grite desde los techos de las casas, y nunca escribas nada que no quieras que aparezca en la primera página de algún periódico».

Anne reflexiona: «Estaba convencida de que debo protegerlo a él y protegerme a mí de la intrusión en nuestra vida privada, pero ¡qué sacrificio el de nunca poder hablar o escribir profunda y sinceramente! Para mí, a quien una experiencia no se termina hasta que quede escrita o dicha en conversación. Para mí, que he dicho en la universidad que lo más emocionante de la vida es la comunicación. El resultado fue desalentador para mi tipo de vida interior. Durante tres años dejé de escribir en mi diario, y como ni aun las cartas eran seguras, traté de escribir con cautela, con chistes o en la jerga de la familia».

Trate de imaginarse cómo debe haber sido vivir en medio de esa intensa curiosidad pública. Incluso en los momentos más íntimos de los Lindberghs tenían que resguardarse: «Por supuesto, una vez casados, podía hablar libremente con mi esposo, pero solo en la privacidad de un avión, en el desierto o en un cuarto. E incluso en el cuarto de algún hotel debo asegurarme que las ventanas y el travesaño de las paredes estén cerradas para los escuchas».

La «vida de sueño» sobre la que los periódicos hablaban tan exuberantemente tenía su lado oscuro. Anne se lamenta: «no teníamos vida privada; solo pública ... No teníamos hogar; vivíamos en hoteles, aviones, o en casa de otras personas. Viajábamos constantemente».

---

*Aunque Anne era una persona muy perspicaz y con ambiciones literarias, a principios de su relación con Charles tuvo que privarse de desarrollar ese aspecto de su vida.*

---

Esta no es la vida que se imagina una persona que «nació para la literatura» ese no es el ambiente ni la existencia que una poetisa tranquila y reflexiva escogería para sí. Anne sintió intensamente el paso precipitado. En un clamor pidiendo simpatía, se lamentaba con su madre: «Nunca podemos

capturar los imprevistos de la vida porque siempre nos está mirando».

### **Libertado con pesar**

En 1932 la fama dio un cruel y malicioso vuelco. Sacaron de su cuna, en el hogar de New Jersey, a Charles Lindbergh, el hijo de la pareja Lindbergh que solo tenía diecinueve meses de nacido. Los secuestradores dejaron una nota en el alféizar demandando un rescate a cambio de su regreso seguro. Las negociaciones duraron seis semanas tras las cuales se pagó el rescate, pero nunca devolvieron al niño. Cuatro semanas cruciales más tarde —diez semanas en total— la prueba tuvo un trágico final cuando el cadáver del bebé se halló arrojado en el bosque a pocas millas del hogar de los Lindberghs.

Como padre de tres hijos, no puedo imaginarme una experiencia más difícil que la de continuar viviendo con la pérdida de un hijo. Un secuestro — la incertidumbre, la espera y luego el hallazgo del cadáver— debe haber sido devastador. Una cosa es que la fama le robe su poesía o sus esperanzas de vivir una vida tranquila; pero otra cosa completamente distinta es que la fama le robe y destruya su primer hijo.

Como el cadáver estuvo expuesto en el bosque, los animales tuvieron acceso a él. A las autoridades le tomó un tiempo identificarlo positivamente. Como si el insulto severo fuera poco, se añadió la injuria cruel de algunos fotógrafos que irrumpieron en el depósito de cadáveres y publicaron fotografías del parcialmente descompuesto hijo de Anne para que todos lo vieran.

Esa fue la peor pesadilla de un padre multiplicada cincuenta veces. Sin embargo, con suficiente ironía, fue esa tragedia la que impulsó a Anne a volver a escribir. Había permitido que el absurdo de la fama adormeciera parte de su ser interior, pero algo en la magnitud de esa tragedia la vivificó, al igual que la hierba verde cuando sale en el bosque tras las consecuencias de un fuego devastador.

Anne escribió: «Comencé a aprender que había otras cosas dignas de estimación más importantes que la discreción e incluso la privacidad. Al descubrir la primavera siguiente, en el abismo de la tragedia, era necesario que yo volviera a un recurso más profundo. Tenía que escribir con sinceridad. Así, tal vez, sería posible decir que el dolor también jugó su papel en el proceso de mi liberación».

---

*Aunque pocos de nosotros tendríamos el valor (o incluso debemos tenerlo) para aceptar voluntariamente el dolor, descubriríamos, al igual que Anne, que podemos usarlo para alcanzar la libertad.*

---

Piense en este renglón: «El dolor también jugó su papel en el proceso de

mi liberación». Hoy, con mucha frecuencia, el dolor es algo que se debe evitar a toda costa. El dolor es el enemigo, el perseguidor, la temida emoción. Si hay dolor en nuestro matrimonio, debemos dejar nuestro matrimonio porque, ¿cómo puede alguien sugerir que yo permanezca en un matrimonio infeliz? Aunque pocos de nosotros tendríamos el valor (o incluso debemos tenerlo) para aceptar voluntariamente el dolor, cuando nos hallamos en medio de este, si aquietáramos nuestras almas —si aprendiéramos a flotar en él en vez de revolcarnos como una víctima emocional que se está ahogando— descubriríamos, al igual que Anne, que podemos usarlo para alcanzar la libertad.

Anne no se siente sentimental en cuanto a esto; solamente es sincera y vulnerable: «Lo que digo no es sencillamente la axioma puritana de que “el sufrimiento nos enseña”. No creo que sea solo el sufrimiento el que nos enseñe. Si el sufrimiento de por sí enseñara, todo el mundo sería sabio porque todo el mundo sufre. Al sufrimiento se le debe añadir el lamento, comprensión, paciencia, amor, receptividad y la disposición para seguir siendo vulnerables».

---

*No podemos controlar la forma en que actúe nuestro cónyuge o cómo actúe el mundo, pero sí podemos controlar el modo en que nosotros actuaremos y cómo reaccionaremos.*

---

Por supuesto, Anne tiene razón. Un matrimonio difícil en sí puede no hacernos crecer. Tenemos que aplicarnos la dosis de la comprensión, el amor, la paciencia; debemos comprometernos a procurar la virtud dentro de ese matrimonio difícil. No podemos controlar la forma en que nuestro cónyuge actuará o cómo el mundo actuará, pero sí podemos controlar el modo en que nosotros actuaremos y cómo reaccionaremos.

Esta perspectiva nos coloca en el asiento del chofer. Al no permanecer como «víctimas del dolor», nos convertimos en los arquitectos de un nuevo carácter. O hacemos esto o perdemos el control al permitir que la erupción tóxica de la amargura contamine nuestras almas.

En el mundo de hoy tal vez parezca anticuado hablar sobre la búsqueda de la «virtud», pero esto solo se debe a que no comprendemos completamente lo que la virtud representa. La raíz de la palabra significa «fortaleza». Está relacionada con una palabra que se dirige más directamente a este significado: «viril». La virtud es fortaleza; poder para hacer lo correcto; poder para tomar las decisiones correctas; poder para vencer la debilidad del pecado, de las malas decisiones, de dejar de ser víctimas, o de sentir autocompasión por nosotros mismos.

Años más tarde Anne Lindbergh, reflexionando sobre ese secuestro,

destacó que halló consuelo en dos enseñanzas: una cristiana y otra budista. «Indudablemente», escribió, «el largo camino del sufrimiento, de la revelación, la sanidad o el renacimiento se ilustran de la mejor forma posible en la religión cristiana por medio del sufrimiento, la muerte y resurrección de Cristo».

---

*La leyenda cuenta que Buda le dijo que para hallar sanidad todo lo que necesitaba era una simple semilla de mostaza tomada de una casa en la que nunca se hubiera conocido lo que es el sufrimiento.*

---

La otra historia trata de una madre que se acercó a Buda tras la pérdida de su hijo. La leyenda cuenta que Buda le dijo que para hallar sanida todo lo que necesitaba era una simple semilla de mostaza tomada de una casa en la que nunca se hubiera conocido lo que es el sufrimiento. Seguramente usted podrá adivinar el final. La madre viajó de puerta en puerta, de casa en casa, umbral tras umbral y nunca halló una familia que no tuviera dolor. Nunca recibió la semilla de mostaza que estaba buscando, pero sí recibió la noción de la comprensión, la verdad, la sabiduría y la perspectiva.

Podemos llegar a la misma conclusión sobre el matrimonio. Cada matrimonio tiene penas; cada matrimonio tiene pruebas. En este país no hay una habitación compartida donde la tensión —ocasionalmente o tal vez con mucha frecuencia— no levante su cabeza enmarañada. No son pocas las almohadas que hayan sido recipientes solemnes de las lágrimas del alma dolorida, derramadas tarde en la noche o incluso durante todo el día. No nos toca escoger qué tipo de dolores o pruebas se nos llama a soportar; solo debemos soportarlas.

### **Fuerza liberadora**

Aunque Charles Lindbergh fue famoso y, según la mayoría de las historias, un hombre con gracia, habían aspectos de su carácter que le trajeron tremendo dolor a Anne. El estoicismo de Charles era tal que consideraba el llanto como una debilidad. Por consiguiente, insistía en que si Anne tenía que llorar, lo hiciera sola en su cuarto. Hizo una sola excepción: luego de hallarse el cadáver del bebé, dejó que ella llorara sin reprenderla.

---

*No hay ningún cuarto en este país donde la tensión —ocasionalmente o tal vez con mucha frecuencia— no levante su cabeza enmarañada.*

---

Más tarde en su matrimonio, la fama de Charles degeneró en infamia. Lindbergh hizo media docena de viajes a Alemania y se opuso

vehementemente a la entrada americana en la Segunda Guerra Mundial. Poco después fue objeto de burlas proferidas con la misma efusión con que lo aclamaron anteriormente.

Su cuñada escribió: «Imagínense, para la estima pública en solo quince años pasó de ser un Jesús para convertirse en Judas».

También era un hombre controlador y algo excéntrico. Una de sus hijas le dijo a un biógrafo: «Solo había dos formas de hacer las cosas: a la manera de papá o a la manera equivocada». Cuando Anne le dijo a Charles que quería tener una nueva estufa, él insistió en que esperara hasta que pudieran discutir la compra «desde los puntos de vista personal, económico y militar». Cierta vez, cuando Charles se preparaba para salir de viaje, hizo que Anne cancelara los turnos del dentista temiendo que estallara la guerra con los soviéticos (lo cual podría llevar a los enemigos a envenenar el suministro de agua).

Admitimos que estos son asuntos algo pequeños; pero la fama, la tragedia, el modo en que Anne y Charles eran tan radicalmente diferentes entre sí, todo eso creaba una enorme y seria tensión. Si Anne se hubiera enfocado en esas dificultades y se hubiera dejado obsesionar con ellas, fácilmente podría haberse vuelto amargada y retraída y se hubiera hallado viviendo una vida inhibida. En lugar de volverse alcohólica o refugiarse en la comida para hallar consuelo, o haberse desquitado con los niños y así arruinarlos, Anne decidió aplicar la virtud del sufrimiento y por ese medio engrandecer su vida significativamente.

De esta difícil situación marital, Anne se convirtió en una mujer de tremendos logros. Realmente fue la primera mujer de los Estados Unidos en obtener una licencia de piloto de planeador. A pesar de su preferencia por los libros y por las conversaciones en contra de la aventura, Anne aprendió a usar el radio y llegó a destacarse por su gran destreza en el uso de la clave de Morse.

Cuando Jon, su segundo hijo, era joven, Anne y Charles fueron al Atlántico del Norte en un vuelo de inspección que abarcó cuatro continentes, realizaron este vuelo en casi seis meses. La *Sociedad Geográfica Nacional* reconoció el trabajo de Anne como copiloto y operadora de radio mientras realizaron esa exploración en 1934 y la premió con La Medalla de Oro Hubbard por distinguirse en la exploración, la investigación y el descubrimiento. Fue la primera mujer en recibir ese premio.

Al hacerse más lento el paso de la vida, finalmente Anne pudo poner más empeño en escribir. Escribió numerosos libros —que incluían muchos bestsellers— en la década de los cincuenta y los sesenta. Eugene Peterson incluye *Gift From the Sea* [Regalo del mar] de Anne en su lista selecta de libros que son «espiritualmente formativos en la vida cristiana» llamándolo «una

historia penetrante sobre una ama de casa, madre y esposa que va a la orilla del mar durante varios días y halla metáforas entre las conchas del mar que vinculan la presencia de

---

*El matrimonio nunca puede eliminar las pruebas; en efecto, casi siempre crea otras nuevas. Pero incluso los matrimonios difíciles con hombres difíciles pueden darle a las mujeres la fortaleza para llegar a ser las personas que Dios quiso que fueran.*

---

Dios con el sentido del alma en el tráfico de su mundo cotidiano como ama de casa”.<sup>6</sup>

Su matrimonio difícil no la encerró sino que la liberó. Anne cuenta: «Como mujer casada, tenía a mi esposo a mi lado y desarrollé una nueva confianza. Siempre siento el deseo de pararme derecha cuando él está detrás de mí».

Eso es lo que hace un buen matrimonio difícil. El matrimonio nunca puede eliminar las pruebas; de hecho casi siempre crea otras nuevas. Pero incluso los matrimonios difíciles con hombres difíciles pueden darle a las mujeres la fortaleza para llegar a ser las personas que Dios quiso que fueran. (Lo mismo le sucede a los hombres casados con esposas difíciles.)

En uno de sus diarios Anne reflexiona sobre esto: «Estar profundamente enamorado es, por supuesto, una gran fuerza liberadora y la experiencia más común que libera —o parece liberar— a los jóvenes. El simple hecho de hallarme enamorada era increíble y cambió mi mundo, mis conceptos de la vida y de mí misma. He recibido confianza, fortaleza y casi un nuevo carácter. El hombre con quien me iba a casar creyó en mí y en lo que yo podía hacer; y consecuentemente, hallé que pude hacer más de lo que creía, incluso en ese misterioso mundo exterior (volando) que me fascinaba pero parecía tan inasequible. Él me abrió la puerta hacia la “vida real» y aunque eso me atemorizaba, también me instaba. Tenía que ir.

Si alguien hubiera sentado a Anne antes de que Lindy le propusiera matrimonio y le dijera lo que la fama significaría *realmente*, y lo *difícil* que sería para una mujer estudiosa llegar a convertirse en copiloto de un aventurero (Lindy insistía en que su esposa se convirtiera en una verdadera compañera) y cuánto dolor la notoriedad le acarrearía cuando secuestraron a su hijo, ¿aún le hubiera dicho que sí?

Tal vez. Nunca podemos saber con seguridad, pero sospecho que de la fortaleza mostrada en los escritos de Anne, ella hubiera consentido. En una colección de cartas y escritos del diario titulado *Hour of Gold, Hour of Lead* [Hora de oro y hora de plomo] Anne habla sobre cómo su «tiempo de plomo» —los tiempos cargados de dificultad— pueden «transmutarse» en una «hora de

oro».

«Una década más tarde», escribió, «cuando nuestra tragedia quedó detrás, sepultada y cubierta por una nueva vida, escribí un poema que describió esta tranmutación tal y como lo experimenté. Fue uno de estos poemas que brota entero, una lanza de revelación desde un profundo nivel subconsciente.

### Segunda sembrada

*¿Para quién es  
la leche que queda en el pecho  
cuando el hijo se ha ido?  
¿Para quién será el amor encerrado en el corazón  
del que se queda solo?  
Aquella cosecha dorada  
Brotó el suelo, se desbordó un campo agostizo,  
se trilló con dolor sobre la era del septiembre,  
Ahora acaparada en lo alto de las graneros, una provisión estéril.  
Rompa la puerta con cerrojos;  
rasgue y abra, riegue y vierta  
el grano sobre la tierra árida  
por donde quiera que halla una grieta en el suelo.  
No hay cosecha para el corazón solo;  
hay que volver a sembrar  
eternamente  
las semillas del amor*

Mientras que la pena, la sabiduría y las lecciones queden «encerrado en el corazón” o «acaparadas en lo alto de los graneros» permanecerán estériles e infértiles. Para crecer en medio de las dificultades, debemos rasgar y abrir los sacos de granos y semillas, y regarlos por doquiera que veamos tierra fértil. Ese es el tema clásico de la muerte y el renacimiento del cristianismo en el cual las semillas del amor deben volverse a sembrar eternamente. Esa es la esencia de un matrimonio espiritualmente significativo.

## Nada más que problemas

Algunos de ustedes podrían estar pensando: «La situación de mi matrimonio es mucho peor que la mayoría. Usted no comprende *mis* dificultades». Si hemos de captar bien el mensaje, tenemos que aceptar algo aquí: con frecuencia no podemos decidir cuáles pruebas enfrentar.

---

*La eternidad nos ayuda a mantener una historia sagrada.*

---

Cuando nos volvimos a mudar desde Virginia al estado de Washington, tuve que renovar mi licencia de conducir, lo cual implicaba una prueba visual. Se me pidió que mirara a través de una máquina y leyera las letras. Sé que debo haber cometido algún error cuando la mujer dijo: «Por favor, comience a leer las letras de la columna izquierda». Las volví a leer.

«Esa es la columna del centro», declaró.

Volví a mirar en la máquina. «¿Quiere decir que hay tres columnas?», pregunté.

«¿Le pasa algo a usted?», preguntó.

Había tantas formas en las que podía responder a esa pregunta que permanecí en silencio. En efecto, sufro de queratosis en el ojo izquierdo que me acorta severamente la vista y virtualmente destruye mi visión periférica. Ni siquiera estaba consciente de que había una tercera columna.

Algunas personas me han preguntado si eso me molesta; pero casi todo el mundo que conozco tiene algún mal físico: dolor en la espalda, severas alergias, migrañas, artritis. No tenemos el privilegio de escoger cuál parte de nuestro cuerpo no funciona bien, pero la mayoría de nosotros, a medida que envejecemos, nos enfrentaremos a degeneraciones de algo.

Creo que necesitamos adoptar esa misma actitud en nuestro matrimonio. Todos nosotros experimentamos ciertas cosas sobre nuestros cónyuges que nos será difícil de aceptar. He conocido hombres que estuvieron casados con alcohólicas y mujeres que estuvieron casadas con tiranos exigentes que les mostraban poco aprecio y respeto.

---

*Sin la esperanza del cielo o del sentido de la importancia de un creciente carácter y refinamiento, no hay nada para lo cual prepararse, nada hacia lo cual proyectarse.*

---

Pero aquí es donde se nos hace más difícil a todos, donde hace que dejemos de aprender las lecciones de Lincoln y de Lindbergh. Algunos dirán: «Ser famosos no está tan mal», y desean intercambiar sus problemas por los de Anne. Otros pudieran pensar: «¡No me importaría estar casado con esa mujer

contenciosa si pudiera ser el presidente de los Estados Unidos»

Para aquellos de nosotros que viven una vida relativamente «anónima»; para aquellas parejas que sufren en silencio sus propias pruebas personales y privadas; para aquellos que parecen estar perdidos dentro de un matrimonio difícil pero no ven particularmente su «misión» en la vida como significativa —tal vez por trabajar en una fábrica y se preguntan cuál es realmente su misión en la vida— las pruebas parecen cobrar más peso. En casos como esos nuestras pruebas no nos parecen ser maestras sino más bien un capataz exigente, un tirano, una carga brutal.

En el capítulo anterior tocamos brevemente el tema de la importancia de tener una perspectiva eterna. La eternidad nos ayuda a mantener una historia sagrada. También nos ayuda a soportar la lucha. Recuerde las palabras de Pablo en Romanos 2:7-8: «Él dará vida eterna a los que, perseverando en las buenas obras, buscan gloria, honor e inmortalidad. Pero los que por egoísmo rechazan la verdad para aferrarse a la maldad, recibirán el gran castigo de Dios».

Si vivimos sin una perspectiva eterna, las pruebas terrenales se hacen más grandes que la vida. Sin la esperanza del cielo o del sentido de la importancia de un creciente carácter y refinamiento, no hay nada para lo cual prepararse, nada hacia lo cual proyectarse; es como practicar y practicar el deporte, pero en realidad nunca llegar a participar en un juego. La vida se hace aburrida, tediosa y agotadora. Si buscamos gloria, honor e inmortalidad delante de Dios, una persistencia tranquila, la fidelidad y la obediencia es el camino para llegar allá. Los sufrimientos anónimos son realmente los de mejor calidad, según nos dice Jesús; de lo contrario, otros nos podrían reconocer y elogiar, y eso solo será nuestra recompensa (Mateo 6:16-18).

---

*El cristianismo no tiene mucho sentido sin la realidad del cielo.*

---

El cristianismo no tiene mucho sentido sin la realidad del cielo. Los grandes escritores clásicos nunca dejan escapar esa esperanza celestial; la eternidad ha ceñido por debajo virtualmente cada palabra que se haya expresado. El mismo Pablo dijo que si tuviéramos esperanza solo para esta vida, «seríamos los más desdichados de todos los mortales» (1 Corintios 15:19).

Si tomáramos nuestra fe en serio y nos abriéramos paso a través de un matrimonio difícil procurando testificar el amor reconciliador de Dios para un mundo lleno de pecado, el matrimonio difícil se convertiría en parte del ejercicio que nos prepara para el cielo. Por supuesto, a los editores de la revista *People* [Gente] les importa un bledo lo que procuramos; el refinamiento de nuestro carácter no llegará a las páginas de las revistas *Sports*

*Illustrated* o *Vanity Fair*. Pero el cielo lo notará; Dios lo notará; y finalmente la promesa de Jesús se hará realidad: «los últimos serán los primeros» (Mateo 20:16).

Siento pesar por los cristianos que tratan de vivir vidas obedientes sin mantener su vista fija en el cielo. Uno de los mejores ejercicios espirituales que conozco consiste en la meditación sobre la vida del más allá. Personalmente me fortalece como pocas otras disciplinas. «Puedo soportar esto», me digo a mí mismo, «porque no siempre será así».

Los cínicos dirán: «Estoy cayendo en la trampa de Marx». Si usted recuerda, Marx decía que la religión es «el opio de los pueblos». Pero Marx estaba completamente equivocado, al menos en lo que concierne al cristianismo. El opio mata los sentidos mientras que el cristianismo los vivifica. Nuestra fe puede llenar a un matrimonio muerto o paralizado con significado, propósito y plenitud, que es lo que por gracia recibimos de Dios. El cristianismo no nos deja en un apático estupor, sino que junto con nuestras relaciones inos levanta de los muertos! Le añade sabor, fortaleza y propósito a lo que de lo contrario sería vivir por gusto.

Dios nunca nos promete quitar nuestras pruebas mientras estemos de este lado del cielo. ¡Muy por el contrario! Lo que sí nos promete es que hay propósito en cada una de las pruebas. Nuestro carácter se perfecciona, nuestra fe se edifica, nuestra «recompensa celestial» se aumenta.

---

*Pero Marx estaba completamente equivocado, al menos en lo que concierne el cristianismo. El opio mata los sentidos mientras que el cristianismo los vivifica.*

---

La película *Star Wars* tiene una escena que hasta cierto modo me avergüenza decir que al verla derramo lágrimas en mi interior. Luego de que Luke Skywalker, la princesa Leia y Hans Solo salvan las fuerzas rebeldes, son honrados al entrar por un gran salón. Caminan a lo largo del pasillo mientras que todos están atentos, y luego suben algunos escalones hasta que el líder de las fuerzas rebeldes los honra frente a todos.

Y pienso que me impresiona tanto porque es la sombra de una verdad celestial que anhelo. Jesús nunca nos dijo que borraríamos nuestra ambición; nunca dijo que esquiváramos la idea de recibir recompensas. Nos dijo que nos volviéramos de toda ambición *terrenal* y que esquiváramos toda recompensa *terrenal*. En realidad, nos dijo: «colóquense en último lugar sobre la tierra, y en el cielo serán los primeros». ¡Ese es un trato, no una negación completa! Esa sed de gloria que usted siente en su corazón es parte de su constitución humana. Jesús quiere que la enfoquemos en el cielo, esperando nuestra recompensa allá.

---

*Esa sed de gloria que usted siente en su corazón es parte de su constitución humana. Jesús quiere que la enfoquemos en el cielo, esperando nuestra recompensa allá.*

---

Ahora bien, creer esto no es sugerir que solo «nos sostengamos» hasta que lleguemos al cielo. He descubierto que la obediencia a Dios crea una plenitud serena en el presente. Hay una satisfacción espiritual que viene hasta en medio de nuestras pruebas. Ese es un comportamiento que puede no ser tan «llamativo» como un gran regocijo, pero está menos sujeto a los estados de ánimo y ofrece una disposición mucho más permanente.

Un matrimonio difícil no pronuncia una sentencia de muerte sobre una vida significativa. Presenta varios retos, para estar seguros, pero también ofrece maravillosas oportunidades para el crecimiento espiritual. Mire su matrimonio a través de esos lentes. ¿Qué estoy aprendiendo? ¿Cómo me hace esto crecer? ¿Qué está haciendo por mí desde una perspectiva eterna? Y vea si no aligera la carga, al menos en algo. Más importante aun, contraste cómo su matrimonio lo acerca más a Dios y moldea su carácter conforme al de Jesucristo en lo que respecta al estado evasivo de una felicidad sin preocupaciones. Mire su situación a través de los lentes de la eternidad, los lentes empleados por el apóstol Pablo cuando dijo:

Y si somos hijos, somos herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, pues si ahora sufrimos con él, también tendremos parte con él en su gloria (Romanos 8:17-18).

NUEVE

## CÁIGASE HACIA DELANTE

EL MATRIMONIO NOS ENSEÑA A PERDONAR

La situación de pareja se diferencia de la individual en que esta debe actuar en pro de su propia preservación de un modo más deliberado que el individual. Los individuos podrían contemplar el suicidio, pero raramente se olvidan de comer, mientras que las parejas se olvidan de nutrirse en sus relaciones.

—MARY ANNE MCPHERSON OLIVER

El amor es un corazón que se mueve ... El amor se mueve desde el propio ser hacia la otra persona.

—DAN ALLENDER Y TREMPER LONGMAN III

El solo hecho de serle fiel a su esposa constituye en sí un gran testimonio en esta sociedad. Pero dar un paso más allá para comunicarle su amor de un modo constante, creativo y nada cohibido es lo que el mundo apenas nota, pero la honra será de Dios.

—GARY Y BETSY RICUCCI

Cuando una joven se casa, intercambia las atenciones que le brindan todos los demás hombres que conoce por la desatención de uno solo.

—HELLEN ROWLAND

Una historia verídica:

Un hombre de negocios se movió ligeramente en su asiento cuando un joven entró al avión y se apretujó al sentarse al lado suyo. Ambos se abrocharon los cinturones de seguridad y el hombre de negocios cortésmente preguntó al joven si iba en un viaje de negocios o por placer.

—Por placer —respondió el joven—. Este es mi viaje de luna de miel.

—¿Su luna de miel? —preguntó el hombre de negocios un poco

confundido—. ¿Dónde está su esposa?

—Oh, está unas cuantas hileras más atrás. Esto estaba tan repleto que no pudimos encontrar asientos juntos.

El avión no había comenzado a rodar todavía, así que el hombre de negocios dijo:

---

*El promedio de las parejas casadas se comunica activamente durante solo veintisiete minutos a la semana.*

---

—Me gustaría cambiar de asiento con ella para que puedan estar juntos.

—No, está bien —respondió el joven—. He hablado con ella durante toda la semana.<sup>1</sup>

Recuerde que un investigador halló que el promedio de las parejas casadas se comunica activamente durante solo veintisiete minutos a la semana, y que se dicen todo lo que se tienen que decir en su tercera cita y el año antes de su divorcio.<sup>2</sup>

Uno de los más grande retos para cada cristiano es llegar a estar menos absorto en sí mismo. Hemos nacido con un enfoque intensamente personal. La disciplina del matrimonio cristiano nos insta a entrar en la realidad cristiana de compartir y disfrutar el compañerismo de una forma peculiarmente íntima. Mantener el interés y la empatía por otra persona no es en lo absoluto una disciplina fácil, pero es vital. Es una habilidad que se debe aprender.

Hace muchos años que algunos amigos íntimos y yo celebramos nuestra graduación de la escuela secundaria caminando por el monte Rainier. Antes de intentar saltar un arrollo de movimiento rápido, uno de mis amigos me advirtió: «Asegúrate de caer hacia adelante». Presté mucha atención al consejo. Aunque no hubiera dado el salto, mientras que mantuviera mi ímpetu dirigido hacia delante, no caería arrastrado por la corriente.

Este consejo ha permanecido en mi vida a través de los años porque yo creo que el matrimonio cristiano también requiere aprender a caer hacia delante. Surgen los obstáculos; se enciende el enojo; el cansancio embotece nuestros sentimientos y sentidos. Cuando esto sucede en el matrimonio, quien está espiritualmente inmaduro reacciona echándose hacia atrás, distanciándose cada vez más de su cónyuge o incluso buscando comenzar de nuevo una relación con alguien «Más emocionante». Pero la madurez se alcanza al continuar dirigiéndose hacia delante a través del dolor y la apatía. «Las caídas son inevitables; no las podemos controlar. Pero lo que *sí podemos* controlar es la dirección en la cual caemos, ya sea acercándonos hacia nuestro cónyuge o apartándonos de este.

---

*Lo opuesto al amor bíblico no es el odio, es la apatía.*

---

En el lenguaje de Hollywood, el romance se expresa como una actividad pasiva. Comúnmente las parejas dirán que «se han enamorado». O pueden hablar de que han «perdido la cabeza» por alguien. Las parejas adúlteras a veces llegan a decir: «¡No lo pudimos evitar; tan solo sucedió! Esta pasividad es tan ajena al amor cristiano como la luna en relación a la tierra. El amor cristiano es un movimiento agresivo y un compromiso activo. En realidad, *escogemos* dónde colocar nuestros afectos.

Donald Harvey escribe: «Las *relaciones* íntimas, a diferencia de las *experiencias* íntimas, son el resultado del planeamiento. Estas se edifican. El sentido de unión que viene con la cercanía espiritual genuina no ocurrirá así como así. Si está presente, es por el definido intento y cumplimiento de su parte. Usted decide invertir y lo hace; esa cuestión no se le deja a la mera casualidad.<sup>3</sup>

Tardé años en comprender que tengo la obligación cristiana de moverme continuamente *hacia* mi esposa. Pensé que mientras no atacara a mi esposa o proferirle insultos era un esposo “bueno”. Pero lo opuesto al amor bíblico no es el odio, es la apatía. Dejar de acercarnos hacia nuestro cónyuge es dejar de amarle, es abstenernos de cumplir con el mismo propósito del matrimonio.

## El juego masculino de las máscaras

A riesgo de ofender a algunos lectores, creo que es necesario señalar que ese es un aspecto de la espiritualidad que por lo general es más difícil para los hombres que para las mujeres. En primer lugar, los hombres tienden a ser menos comunicativos, aunque tal vez no nos percatemos del mensaje de desinterés que este envía. Una cosa es *tener pensamientos* cariñosos respecto a la esposa; y otra cosa es *expresarlos*. Muchos hombres no se dan cuenta del daño que hacen cuando sencillamente permanecen en silencio.

En segundo lugar, los hombres tienden a considerar la independencia como una señal de fortaleza, madurez y «hombría». Pero la interdependencia es más que una palabra larga; para los hombres muchas veces es una píldora amarga que tienen que tragar y una señal incluso de debilidad.

---

*Muchos hombres no se dan cuenta del daño que hacen cuando sencillamente permanecen en silencio.*

---

Aunque este sentido de independencia puede encomiarse en algunas culturas, no es una verdad bíblica. Este necesita criticarse usando como marco la naturaleza de Dios. Aunque es cierto que debemos ser valientes y estar dispuestos a enfrentar la soledad si fuere necesario (considere a Jesús en la cruz), es más cierto que el movimiento de Dios es uno que se dirige hacia las personas incluyendo a las pecadoras. La razón por la cual Jesús se quedó solo fue para que otros se acercaran más a Dios. En esencia, se quedó solo para atraer a sus hijos. Este acto solitario constituyó una declaración radical de la importancia de la comunidad. Si deseamos que se nos remodele conforme a la imagen de Dios, seremos modelados de tal forma que nos moveremos hacia los demás.

En realidad, para la mayoría de los hombres huir de otros es un acto de cobardía y no de valentía. Por ejemplo, un hombre no puede mantener debidamente una relación madura con una mujer de su edad, así es que se divorcia de su esposa y se vuelve a casar con alguien de la edad de su hija en un intento fútil de preservar su “poder”. Otro no desea enfrentar el hecho de que su esposa no es su «mamá» sino una compañera que espera recibir al mismo tiempo que dar; así es que se pone de mal humor y le da a su esposa el tratamiento del silencio en lugar de confesar su propio sentido de necesidad. Incluso hay otros que rehúsan entrar en una relación de intercambio necesario para completar la relación y, por tanto, hacen caso omiso de sus esposas y se entregan a la ocupación del trabajo en el cual siempre son los encargados de administrar y donde cuentan con subordinados que se inclinan ante él para hacer su voluntad.

---

*Estos no son muestras de valentía sino más bien monumentos de vergüenza masculina.*

---

Estos no son muestras de valentía sino más bien monumentos de vergüenza masculina.

Cuando Dios me llama a continuar avanzando hacia mi esposa, me está llamando a conformarme a su propia imagen.

## El reflujo de las emociones

Una de las causas que nos dificulta «caer hacia delante» es la realidad de las emociones conflictivas. Madeline L'Engle escribió un poema sencillo que lo captura maravillosamente.<sup>4</sup> Sus palabras se dirigen a Dios, pero creo que se aplican también a cualquier persona con la que tengamos relaciones de amor:

Querido Dios,  
Te odio.  
Cariñosamente, Madeline.

¿Ha experimentado alguna vez esta realidad frustrante de estar disgustado con alguien mientras que al mismo tiempo sabe que lo quiere mucho? L'Engle es sincera al expresar su frustración con Dios, pero en las últimas dos palabras está la diferencia. Aunque está exasperada con su Creador, está juramentada a dirigirse hacia él. «Cariñosamente, Madeline» es el denominador que define su numerador. No obstante la razón de la exasperación, no obstante la intensidad de su frustración, la relación de Madeline con Dios está marcada por ese amor fundamental.

---

*Aun en momentos de angustia, traición, exasperación y dolor,  
estamos llamados a buscar a esa persona, a abrazarla, a  
acercarnos más a ella.*

---

Así debe ser con nuestros matrimonios. Aun en momentos de enojo, traición, exasperación y dolor, estamos llamados a buscar a esa persona, a abrazarla, a acercarnos más a ella, a dejar que nuestro amor redefina nuestros sentimientos de desinterés, frustración e incluso de odio.

## La sangre del matrimonio

Este llamado a «caer hacia delante» coloca el enfoque en iniciar la intimidad. Rebajamos la calidad del matrimonio si tan solo lo reducimos a la mera declaración negativa de: «convengo en nunca tener relaciones sexuales con otra persona». El matrimonio señala un regalo del ser que va más allá de la fidelidad sexual. Mary Anne Oliver lo llama una «interpenetración del ser». Me gusta la frase. Casarse es estar de acuerdo en crecer juntos hacia nuestro mutuo interior, a virtualmente entremezclar nuestras almas para compartir un lazo de unión singular y fuera de lo común. Cuando dejamos de hacer eso, hemos cometido un fraude en contra de nuestro cónyuge; hemos hecho un compromiso que no deseamos cumplir.

Esta «interpenetración» puede ser una experiencia maravillosa y hasta divertida. Ya hace quince años que Lisa y yo estamos casados. Hace unos tres años comenzamos a decir lo mismo de una forma algo inexplicable. Durante uno de los juegos de fútbol de nuestro hijo, me acerqué a un amigo y le dije: «Si dieran medio punto cada vez que la bola casi da con el arco, estaríamos vencidos en grande».

Jill abrió bien los ojos. —¿Le oíste a Lisa decir eso?

—No.

—Lisa me acaba de decir lo mismo hace solo diez segundos. Esto comenzó a suceder con tanta regularidad que a veces parece ser casi espeluznante. Muchas parejas casadas han experimentado ese fenómeno. Nuestro modo de pensar y nuestras expresiones han cobrado una forma tal por la presencia de la otra persona, que hemos comenzado a parecernos a ella.

Tal «interpenetración de ser» señala una realidad que va mucho más allá de la exclusividad sexual. El matrimonio se define por una virtud positiva; presupone el *regalo* del ser. Kathleen y Thomas Hart escriben: «Uno podrá realizar muchos actos externos de amor y, sin embargo, retener el verdadero regalo precioso, que es el del ser interior. Y ese regalo puede darse solamente a través de la comunicación.»<sup>5</sup>

---

*El matrimonio se define por una virtud positiva; presupone el regalo del ser.*

---

La comunicación es, pues, la sangre del matrimonio que lleva el oxígeno vital al corazón de nuestro romance. Al principio la comunicación puede parecer gloriosa. En la prisa de la infatuación, la persona que está ante nosotros parece ser virtualmente infinita en su misterio, belleza, visión interior y habilidad de crear el sentimiento de puro placer en nosotros. Pero es

asombroso notar cómo ese «ángel» en pocos meses o tal vez en años se convierte en ese ser finito y terrenal.

En parte esto se debe sencillamente a la humildad de la condición humana. G.K. Chesterton una vez comentó que si hay algo más ridículo acerca de los seres humanos, además de tener dos piernas, es que a veces hacen en sus rostros una apertura en la cual colocan porciones del mundo exterior (describiendo, por supuesto, ese proceso al que le llamamos *comer*). No obstante la belleza de una joven, no obstante la gentileza de un joven, finalmente las imperfecciones humanas comienzan a aparecer. Todos nosotros despedimos ruidos y olores raros. Es el descubrimiento de esas realidades vulgares que a veces nos inducen a «retroceder» como si la otra persona nos hubiera engañado.

Junto con la comunicación verbal viene la física, el acto de tocar. Esto incluye la expresión sexual, pero también la no sexual. Por lo regular, no soporto que alguien me toque el rostro, pero a mi esposa nunca le basta lo mucho que yo toque el suyo. Tardé años en comprender lo importante que es para Lisa que rutinariamente le roce sus mejillas. Quiere que la toque especialmente cuando sabe que ese toque no tiene ninguna otra intención en particular.

Y mientras que los hombres necesitan que se les recuerde la importancia de recibir el toque frecuente no sexual, muchas esposas han aprendido que si una mujer no procura la sexualidad del esposo, cualquier otro toque pasará desapercibido. Jill Renich escribe: «Una esposa puede demostrar su amor de innumerables maneras, pero muchas veces a ella se le niega por su rechazo o falta de goce sexual. Usted podrá ser una gran ama de casa, una experta cocinera gastronoma, una maravillosa madre para los hijos de su esposo, pero si en el cuarto rechaza a su cónyuge constantemente, muchas veces esas cosas anteriores no se tomarán en cuenta. Para el hombre, el sexo es la declaración más significativa de amor y de valor propio».<sup>6</sup>

Una vieja película de Woody Allen tiene una escena clásica. Un consejero matrimonial le hace preguntas al esposo y luego a la esposa, por separado, y el vidente capta sus diferentes respuestas en secreto. El consejero primero le pregunta a la esposa: «¿Con qué frecuencia hacen usted y su esposo el amor?»

Le esposa responde: «Casi siempre; tres veces a la semana».

Luego se ve al consejero haciéndole la misma pregunta al esposo.

El esposo responde: «Casi nunca; tres veces a la semana».

Mayormente este es un asunto entre el hombre y la mujer, pero ocasionalmente los papeles se invierten y es la esposa quien se lamenta de la relativa falta de frecuencia en sus relaciones sexuales. El otro estereotipo, por supuesto, es el deseo de la mujer de conversar mientras que el esposo prefiere

el silencio. Este es un asunto en el cual ambas partes pueden volverse cada vez más egoístas no obstante hallarse desempeñando los papeles tradicionales femeninos o masculinos.

La interpenetración de las almas es un *deber* que les incumbe a todos los esposos y esposas. Algunos de nosotros gravitamos naturalmente hacia el deseo del sexo, y otros hacia la comunicación verbal. Tenemos el deber de satisfacer a nuestro cónyuge en sus necesidades. De la misma manera también tenemos el deber cristiano de no demandar mucho de nuestro cónyuge. La esposa podrá reconocer que quizás su esposo esté disponible para tolerar una conversación hasta cierto límite; el esposo necesitará aceptar la idea de que las relaciones sexuales diarias pueden ser menos que seductoras para la mayoría de las esposas.

---

*Ese compromiso hacia la interpenetración nos enseña a renunciar a nuestras propias demandas al tiempo que nos esforzamos en satisfacer las demandas de nuestro cónyuge.*

---

Ese compromiso hacia la interpenetración nos enseña a renunciar a nuestras propias demandas al tiempo que nos esforzamos en satisfacer las demandas de nuestro cónyuge. Idealmente, si ambos esposos hacen eso, el resultado final será un maravilloso y feliz compromiso. Sin embargo, comúnmente no llega a ser tan fácil, y uno de los dos comienza a dar mucho más que el otro. Este es el terreno donde comienza la ruptura matrimonial.

Pero, ¿y si ese cónyuge “dador” hallara alguna motivación en algo que no fuera la satisfacción de sus propios deseos? ¿Y si considerara la satisfacción de las demandas del otro compañero como parte de su propia formación espiritual? En lugar de que el esposo diga: «¿Por qué hablar con ella o mostrarle cariño cuando nunca quiere tener sexo?», podrá decir: «A pesar de la frecuencia con que nos hacemos el amor, por el deseo de complacer a Dios y de crecer espiritual e internamente, voy a disponerme a entablar largas conversaciones con mi esposa».

Típicamente, los libros que tratan el tema del matrimonio describirán tal escena para luego decir: «Y cuando el esposo hace eso, hallará que repentinamente su esposa tiene un nuevo deseo de unirse con él en la cama» Pero este es un caso demasiado exagerado. No sugiero que el esposo deba satisfacer las necesidades de su esposa para que se satisfagan mejor los suyos. Lo que sí sugiero es que lo haga como un ejercicio espiritual. Mientras más difícil sea, más provecho sacará de este. Si inmediatamente su esposa le paga físicamente, él podría ir a dormir con una sonrisa en su rostro, pero tal vez con menos entrenamiento espiritual.

Un esposo y una esposa que tengan madurez pueden dar grandes pasos en

el crecimiento espiritual al aprender a condescender y moverse el uno hacia el otro. Pero muchas veces se da el caso en que uno de los dos no está interesado en el crecimiento espiritual sino que pueden estar totalmente consumidos con sus propios deseos y el sentido de su necesidad. Aunque tal situación puede resultar en una menor satisfacción y felicidad matrimonial, puede aun ofrecer el contexto para el crecimiento cristiano. El cristiano nunca depende de otros para crecer espiritualmente. Las propias decisiones del corazón son las que cuentan.

---

*Un esposo y una esposa que tengan madurez pueden dar grandes pasos en el crecimiento espiritual al aprender a condescender y moverse el uno hacia el otro.*

---

Así, pues, la conversación y el contacto son las dos formas más importantes en que nos entregamos el uno al otro. La renuencia a entregar ese regalo del ser a veces puede ser maliciosa. Es posible que a veces «negarse» a complacer al cónyuge sea inconsciente. Despertamos un día y nos damos cuenta de que no hemos hecho ningún esfuerzo por continuar acercándonos a nuestro cónyuge física, emocional y espiritualmente. De hecho, la mayoría de nosotros probablemente nunca se acercará a la relación del matrimonio con la idea de que la «apatía» es la antítesis del amor cristiano. Pensamos que mientras no seamos malos, vengativos o crueles, podremos pensar que hemos cumplido con nuestro deber cristiano. Pero no.

La verdad es que le debo a mi esposa este «regalo del ser». Cuando rehúso caer hacia delante y comenzar a contenerme, en efecto estoy diciendo: «No seguiré casado contigo a nivel espiritual».

## La disciplina de la confraternidad

La disciplina espiritual colocada en el contexto de la enseñanza de caer hacia delante puede describirse como la «disciplina de la confraternidad». Además de la naturaleza más general de la búsqueda, esta disciplina sigue nutriéndose por medio de tres prácticas espirituales: la de aprender a no huir del conflicto, aprender a transigir, aprender a aceptarnos mutuamente. Estas prácticas nos serán útiles tanto en la iglesia como en el hogar.

### No huir del conflicto

He visto iglesias contender sobre los asuntos más estúpidos, y he visto compañeros que llevan mucho tiempo en el ministerio entrar en los combates más horribles y dividir una iglesia en el proceso. La disciplina espiritual de la confraternidad no es fácil. Los pecadores se hieren unos a otros; las personas imperfectas ven la realidad de un modo distinto; y las personas egocéntricas tienen dificultad en percibir la perspectiva de otra persona.

---

*Todo lo que sucede ampliamente en contextos sociales se reflejar en el matrimonio: desacuerdos, palabras hirientes, conflicto de interés y sueños competitivos.*

---

El problema es que *itodos nosotros* somos pecadores, imperfectos y egocéntricos!

El matrimonio ofrece un pequeño laboratorio de experimentos por medio del cual podemos aprender a tomar participación en una confraternidad espiritual. Todo lo que sucede ampliamente en contextos sociales se refleja en el matrimonio: desacuerdos, palabras hirientes, conflicto de interés y sueños competitivos.

Cuando surgen los desacuerdos, la tendencia natural es huir. En lugar de tratar de solucionar los malos entendidos (más bien el pecado), típicamente optamos por la senda más económica: buscamos otra iglesia, otro trabajo, otra vecindad, otro amigo, otro cónyuge.

El matrimonio desafía esta tendencia de “huir”. Nos encierra dentro de la promesa firme como una roca que le ofrecimos a Dios y que insiste en que nos esforcemos en resolver el problema para llegar a cierto tipo de resolución.

---

*La ausencia del conflicto demuestra o que cualquier relación no es suficientemente importante como para contender, o que ambos individuos están tan inseguros como para arriesgar el desacuerdo.*

---

Los adultos maduros se dan cuenta de que *cada* relación implica conflicto,

confesión y perdón. A menos que a usted verdaderamente le encante andar con un psicópata, la ausencia del conflicto demuestra o que cualquier relación no es suficientemente importante como para contender o que ambos individuos están demasiado inseguros como para arriesgar el desacuerdo.

El conflicto ofrece una avenida para el crecimiento espiritual. Para resolver el conflicto, por definición, debemos estar *más* comprometidos, no menos. Precisamente cuando queremos «cantarle las cuarenta» a la otra persona, nos forzamos a permanecer quietos y escuchar sus quejas. Cuando más ansiosos estamos de que nos comprendan es precisamente cuando debemos esforzarnos en comprender a la otra persona. Justamente cuando procuramos ventilarle nuestras quejas, debemos esforzarnos en comprender su dolor. Precisamente cuando queremos señalar sus faltas y su conducta abusiva, debemos evaluar despiadadamente nuestra actitud y comportamiento ofensivos.

---

*El hecho de hacer valer nuestro punto de vista en los desacuerdos y las actitudes y comportamientos pecaminosos no es confraternidad; es una pretensión de cortesía. La verdadera confraternidad insiste en que debemos ir hacia delante.*

---

Es este acto franco de comprensión que explica con cuánto éxito el conflicto negociado crea finalmente un vínculo incluso más fuerte. «El sexo de reconciliación» se ha convertido en el cliché; pero hay una verdad enterrada en algún lugar de allí. Cuando el conflicto surge y se vence, la pareja *ha tenido que* moverse el uno hacia el otro. «Cayeron hacia delante», buscaron resolución y en el proceso crearon un hambre urgente del uno por el otro.

Pasar por alto los desacuerdos y las actitudes y comportamientos pecaminosos no es confraternidad; es una pretensión de cortesía. La verdadera confraternidad insiste en que debemos caer hacia delante.

Si aprendemos a negociar con éxito el conflicto, recibiremos una influencia directa en nuestra relación con Dios, porque llegará el tiempo en que sentiremos que también tenemos un desacuerdo con él. Una de las «contendas» más famosas de la Biblia involucraba a Dios con Jacobo. Ambos combatientes lucharon durante toda la noche, y el encuentro transformó a Jacobo a tal grado que su nombre fue cambiado a Israel («el que lucha con Dios»). Cuando se acercaba el fin de la confrontación, Jacobo insistió en que Dios lo «bendijera» (véase Génesis 32:26). Finalmente Dios le concedió la petición a Jacobo y luego creó una nación entera con los descendientes de este astuto hombre engañador.

A veces nosotros también nos hallamos luchando con Dios. En medio de la lucha preguntamos: «¿Cómo pudiste quitarme a ese hijo?» «¿Cómo pudiste

permitir que Jim perdiera su trabajo justamente cuando más lo necesitaba?” «¿Cómo es que permaneces ahí en silencio y distanciado?»

La madurez del cristiano no se distingue pretendiendo que no nos molesta el silencio de nuestro Padre celestial. La espiritualidad saludable nos invita a «caer hacia delante» con Dios al igual que con nuestro cónyuge. Este acto de «caer hacia delante» es verdaderamente una conducta más apropiada que la de simplemente «dar por perdido a Dios» y sacarlo a patadas de nuestras vidas a la primera señal de que está haciendo o permitiendo algo que no podemos comprender.

Al igual que Jacobo, «luchar» con Dios puede muy bien resultar en una bendición imprevista. También nosotros —tal como le sucedió a Jacobo— podemos «quedar cojos de por vida». Pero cualquier interacción con Dios probará ser beneficiosa mientras que el movimiento sea siempre hacia él.

### **Transigir**

La segunda forma en que practicamos la disciplina espiritual de la confraternidad es aprendiendo a transigir. Es triste el hecho de que muchos ven la palabra «compromiso» como una mala palabra en nuestra sociedad; pero virtualmente cada relación, si no es para continuar y crecer, debe encarnar la transigencia de alguna forma. Como los Whiteheads lo destacan tan intensamente, lejos de echarnos hacia atrás, la transigencia puede ser una forma de decir: “Te amo». Esta es la prueba de que estamos dispuestos a ceder únicamente por el valor que le concedemos a la relación continua en lugar de defender nuestros derechos, preferencias y deseos. Transigir es el cemento de la confraternidad.

---

*Para tantos compromisos con los cuales obrar, deben haber numerosos «pequeños funerales».*

---

Muchas congregaciones han tenido que abordar la cuestión de cómo complacer a los miembros más jóvenes con respecto a la práctica de la «adoración contemporánea» sin perder de vista la «adoración tradicional» de los miembros más antiguos. Algunas iglesias han optado por tener dos servicios; otras han tratado de combinar la liturgia con la informalidad. Algunas han vendido el órgano mientras que otras han traído órganos más grandes; pero ocasionalmente lo dejan en silencio mientras que otra persona toca la guitarra. Dondequiera las iglesias están aprendiendo el arte de la condescendencia.

De la misma forma, las parejas deben aprender a condescender en los asuntos mundanos como: ¿dónde celebraremos la fiesta de la Navidad? y los profundos como: ¿cuántos hijos debemos tener? Para que funcione estas

transigencias deben haber numerosos «mini funerales». Debemos optar por morir para el yo, ceder terreno y, finalmente, no alegrarnos maliciosamente cuando es a nosotros a quien se nos cede el terreno.

### **Aceptación y lealtad**

La tercera disciplina de confraternidad es la de aceptar a personas reales. Con frecuencia muchos nuevos miembros asistirán a alguna iglesia y elogiarán las enseñanzas del pastor, la habilidad del líder de la alabanza para cultivar la presencia de Dios, y la cordialidad de los otros miembros de la iglesia. Y luego, un año o dos más tarde, después que escucharon los mejores cuentos del pastor, se aburririeron de los cantos preferidos del líder de la alabanza y la iglesia espera que ellos inviten a otros a comer en lugar de recibir ellos la invitación, es asombroso cómo lo que una vez fue «la mejor iglesia del mundo»

Esto también refleja lo que ocurre en el matrimonio. El hombre cuya esposa pensó que él era de confianza ahora se ve arrogante. La esposa que atraía a su esposo con su «espíritu callado y tranquilo» ahora se ve como una mujer débil e indigna de todo respeto.

---

*El matrimonio basado en el romanticismo abraza una mentira idealizada (la infatuación) y luego divorcia la realidad cuando esta se presenta. ahora es «un cuerpo muerto y moribundo».*

---

El matrimonio basado en el romanticismo abraza una mentira idealizada (la infatuación) y luego divorcia la realidad cuando esta se presenta. El matrimonio basado en la vida de Jesucristo nos invita a divorciarnos de la mentira (una perspectiva idealizada de nuestro cónyuge) y abrazar la realidad (dos personas pecadoras luchando por mantener un compromiso de por vida). Como observan los Whiteheads, «el reto no es el de continuar amando a la persona con quien pensábamos que nos habíamos casado sino iamar a la persona con quien realmente nos casamos»<sup>7</sup>

La disciplina de la confraternidad requiere que aprendamos el arte de la lealtad. El simple hecho de que la iglesia al final de la calle haya llamado a un pastor más joven y entusiasta no significa que debemos tirar por la borda los años de compromiso y relaciones en nuestra iglesia anterior e irnos a escuchar a esta nueva “estrella”. El simple hecho de que una mujer más joven o un hombre más sensible aparezca en el escenario no significa que renunciemos a un compromiso que hemos hecho de por vida.

Se trata de ir hacia delante. Usted conoce a una persona que considera ser muy entusiasta y atractiva, pero decide poner límites estrictos a esa relación y

en su lugar redobla los esfuerzos para declarar su compromiso a su cónyuge. Usted se siente dolido y herido por el egoísmo de su cónyuge, pero en lugar de ponerse de mal genio y reaccionar por medio del silencio, toma la iniciativa de expresar sus sentimientos de una forma gentil y respetuosa.

Irónicamente, la actitud de caer hacia delante también conduce finalmente a una mayor satisfacción marital. Aunque el propósito de este libro es ayudarnos a usar nuestros matrimonios para acercarnos más a Dios, cuando lo hacemos, muchas veces encontramos que nuestros matrimonios también mejorarán, aumentando nuestra propia satisfacción. Donald Harvey lo expresa sucintamente: «Las parejas que le dan la más alta prioridad a la relación tienen el mayor potencial de alcanzar lo que desean del matrimonio. Es tan sencillo como eso».<sup>8</sup>

---

*Irónicamente, la actitud de ir hacia delante también conduce finalmente a una mayor satisfacción marital.*

---

Cuando usted entró en esa relación del matrimonio, se comprometió a continuar avanzando hacia su cónyuge. Cualquier paso atrás, cualquier pausa, cualquier retirada es un acto de fraude. Aprenda a acercarse a la persona que Dios le ha dado con el propósito de enseñarla a amar.

## Fomentar el perdón

¿Qué hacemos si nuestro cónyuge no quiere caer hacia delante, cuando realmente nuestro cónyuge se aparta de nosotros?

La Biblia ofrece una pauta clara. El padre dejó ir a su hijo pródigo, pero el amor demandaba que siempre estuviera listo y con los brazos abiertos para «ir hacia delante» en caso de que su hijo regresara (véase Lucas 15:11-32).

---

*Creo que uno de los propósitos primordiales del matrimonio es el de enseñarnos a perdonar.*

---

La conducta de otra persona no puede implicar nuestra reacción. Dios envió a su Hijo a un mundo que lo odiaba. Si Dios hubiera esperado hasta que el mundo fuera “digno” de recibirlo, nunca hubiera venido. Esta verdad implica otra disciplina espiritual de la confraternidad, en efecto, una de las disciplinas espirituales más difíciles, me refiero a la disciplina del perdón.

Los más emprendedores entre nosotros podrían intentar usar el pecado de nuestro cónyuge como una excusa para retroceder, pero esto no es una reacción cristiana porque *todos* nosotros pecamos unos contra otros. En realidad, creo que uno de los propósitos primordiales del matrimonio es el de enseñarnos a perdonar. Esa disciplina espiritual nos da el poder que necesitamos para continuar cayendo hacia delante en el contexto de un mundo pecaminoso.

---

*La persona con quien desea casarse en algún momento le hará daño, e incluso intencionalmente, lo cual da lugar a que el perdón sea una disciplina espiritual esencial.*

---

## Un llamado a la gracia

Un albañil de Seattle siguió las indicaciones de una viuda y talló una lápida para su difunto esposo con las palabras tradicionales:

«Descansa en paz».

Pocos meses más tarde la esposa descubrió que su esposo le había sido infiel, así es que regresó al albañil y le pidió que añadiera unas cuantas palabras más. El albañil hizo como ella le dijo y la lápida ahora dice:

«Descansa en paz ...

*Hasta que nos volvamos a encontrar.*

El pecado en el matrimonio tiene algo que nos conmociona a un nivel más profundo que cuando otros son los que pecan en contra nuestra. Al pecado se añade un sentido de traición de modo que cuando nos perjudican, es posible que también nos sintamos tan ofendidos que deseemos continuar la disputa hasta la misma tumba.

Nos casamos por todo tipo de razones. Entre todas ellas, «porque nos da la oportunidad de aprender a perdonar» no es el argumento que ocupa el primer lugar en la lista de la mayoría de los que están de luna de miel; pero la práctica espiritual de continuar moviéndonos hacia alguien ofrece un excelente contexto en el cual podemos practicar esta vital disciplina espiritual. El pecado en el matrimonio (de parte de ambos esposos) es una realidad diaria, una lucha continua que amenaza con hacernos retroceder. Usted nunca hallará un cónyuge que no tenga pecado. La persona con quien desea casarse en algún momento le hará daño, e incluso intencionalmente, lo cual da lugar a que el perdón sea una disciplina espiritual esencial.

En el libro a los Romanos, Pablo ofrece algunas palabras maravillosamente útiles. Escribe que «nadie será justificado en presencia de Dios por hacer las obras que exige la ley; más bien, mediante la ley cobramos conciencia del pecado» (Romanos 3:20).

Luego de leer este versículo alrededor de unas cien veces o más, he quedado bien advertido y usted también: Nuestros cónyuges nunca alcanzarán un estado de impecabilidad “legal”. Es que no sucederá. Van a pecar en contra nuestra y nos sentiremos dolidos. Cuando eso ocurre, tendremos una decisión que hacer: o bien podemos dar lugar al dolor, al resentimiento y a la amargura; o podremos crecer como cristianos y aun aprender otra importante lección sobre cómo perdonar.

---

*Dios no creó la ley para que dos esposos se atuvieran a una norma imposible de cumplir, razón por la cual pudieran pegarse mutuamente en la cabeza.*

---

Dios no creó la ley para que dos esposos se atuvieran a una norma imposible de cumplir, razón por la cual pudieran pegarse mutuamente en la cabeza. El cónyuge “justo” es odioso incluso dado el caso de que si, por la letra de la ley, fuera momentáneamente «inculpable» y estuviera en su derecho. Finalmente ese cónyuge se equivocará también.

Entonces, ¿qué se nos llama a hacer?

Pablo continúa diciendo que «... ahora, *sin la mediación de la ley*, se ha manifestado la justicia de Dios, de la que dan testimonio la ley y los profetas” (Romanos 3:21, énfasis del autor). Es una justicia basada en la «redención que Cristo Jesús efectuó” y por “fe» (Romanos 3:24, 27).

---

*El perdón es un acto tan fuera de lo natural que requiere de práctica para perfeccionarse.*

---

Es inevitable que un matrimonio se desintegre cuando un compañero pío atraviesa a su cónyuge con el arma de la ley. Ninguno de nosotros puede cumplir la ley; todos nosotros la quebrantamos. El matrimonio nos enseña —y en verdad, prácticamente nos fuerza— a aprender a vivir extendiendo gracia y perdón a las personas que han pecado en contra nuestra.

Si puedo aprender a perdonar y a aceptar a mi cónyuge imperfecto, estaré bien equipado para ofrecer perdón fuera de mi matrimonio. El perdón —estoy convencido de eso— es un acto tan fuera de lo natural que requiere de práctica para perfeccionarse.

## Amemos al pecador

Era una cucaracha, y la ama de casa israelita odiaba a las cucarachas.

Peor aun, la cucaracha no acababa de morir; así es que la mujer la pisó, la arrojó al inodoro y luego regó una caja entera de insecticida sobre esta hasta que finalmente dejó de moverse. Satisfecha, la esposa salió del baño.

---

*Raro es el caso en que podamos perdonar «una vez» y luego el asunto se arregla.*

---

Más tarde, ese día, su esposo llegó a casa del trabajo. Mientras estaba sentado en el inodoro, arrojó allí una colilla de cigarro. Los gases del insecticida prendieron fuego y el esposo recibió serias quemaduras en un área de su anatomía más bien sensible.

Inmediatamente la esposa llamó a los paramédicos. Llegaron en cuestión de minutos, examinaron al hombre y decidieron que las quemaduras eran suficientemente serias como para requerir la atención de un hospital; así es que lo colocaron en una camilla y lo bajaron por las escaleras.

Luego de descubrir cómo el esposo había recibido ese perjuicio, a los paramédicos se les hizo difícil contener la risa. El estrépito aumentó mientras más querían ahogarlo y terminaron riéndose tan impetuosamente que mientras descendían por las escaleras dejaron caer al esposo, causándoles fracturas en la pelvis y en las costillas.<sup>9</sup>

Me imagino que a ese hombre le costó trabajo perdonar. Pero incluso en las mejores circunstancias, perdonar no es fácil. Nuestras mentes naturales obran en su contra.

---

*Un corazón envenenado no solo contamina la persona que lo lame; también constituye en sí un órgano infectado que derrama bilis tóxica en la vida de la misma persona que lo posee.*

---

Cierta vez hablé en un retiro para el personal de una iglesia episcopal en el centro de retiros de la orden de laicos de la iglesia católica. La capilla era muy pequeña pero distinguida; y deambulé por los alrededores poco antes de llegar allí. Vi un confesionario en la parte de atrás, así es que abrí la puerta y me sorprendí al hallar, entre tantas cosas, un gabinete de archivos.

---

*Tenemos ese gesto de bondad para nosotros mismos; así que la pregunta que le rogamos que se haga es: ¿Por qué no extender ese gesto de bondad a nuestro cónyuge?*

---

A veces el matrimonio es así: nuestro cónyuge nos ha confesado pecados

y debilidades y hemos guardado cada confesión en un gabinete mental de archivos; pero listo para sacarlo de allí y usarlo en casos en que necesitamos obrar en nuestra defensa, o en un ataque. Pero el verdadero perdón es un proceso, no un suceso. Raro es el caso en que podamos perdonar «una vez» y luego dejar el asunto resuelto. Mucho más frecuentemente debemos renunciar a nuestra amargura una docena de veces o más, decidiendo absolver al ofensor en nuestro juicio.

Por eso el perdón es tan difícil. En su libro *Gracia divina vs. condena humana*, Phillip Yaney escribe lo siguiente:

Al calor de una discusión, mi esposa [y yo] estábamos comentando mis defectos de una manera más bien enérgica cuando ella dijo: «¡Me parece bastante asombroso que yo te perdone algunas de las vilezas que me has hecho! ... [El perdón] ... no es un dulce ideal platónico que se puede rocear por el mundo, como quien rocía un refrescante ambiental desde su depósito. El perdón es dolorosamente difícil, y mucho después de haber perdonado, la herida —mis vilezas— sigue abierta en la memoria. El perdón es un acto innatural, y mi esposa protestando de su escandalosa injusticia.<sup>10</sup>

El documental filmado de Claude Lanzmann sobre el Holocausto titulado *Shoah* registra el momento cautivador en que un líder de la sublevación del gueto de Varsovia habla sobre la amargura que queda en su corazón: «Si usted pudiera lamer mi corazón», decía, «este lo envenenaría».

Una cantidad de matrimonios es así. Las batallas interiores y los ataques personales se han hecho tan amargos que los participantes han desarrollado corazones envenenados. La tragedia, por supuesto, es que un corazón envenenado no solo contamina a la persona que lo lame; también constituye en sí un órgano infectado que derrama bilis tóxica en la vida de la misma persona que lo posee. El perdón, en este sentido, es un acto de defensa propia, un torniquete que detiene el sangramiento fatal del resentimiento.

Cualquier situación de la vida que ofrezca la oportunidad de desarrollar nuestra capacidad de perdonar puede continuar moldeándonos conforme al carácter de Jesucristo. Conozco pocas situaciones de la vida que nos llamen a ejercer tal práctica regular del perdón como la relación del matrimonio.

Henri Nouwen cierta vez definió el perdón como «el amor que se practica entre las personas que aman mal». Esto se resume muy bien. Amo poco, usted ama poco y todos nosotros amamos poco si en realidad nos comparamos con la figura de Jesús, la cual se toma como modelo de alguien que ama bien. O bien podemos reprender a nuestro cónyuge por ser menos que perfecto, o

podemos luchar con esa dificultad y ganar algunas victorias sobre nuestros propios demonios que causan que la ofrenda del perdón sea tan difícil de dar.

En la práctica de esa disciplina, el matrimonio nos fuerza a adoptar el más difícil de todos los clichés cristianos: «Odia el pecado y ama al pecador». Esto es algo sorprendente, ya que cada fibra de justicia propia que hay dentro de nosotros nos empuja a transformar la repulsión hacia el pecado en repulsión hacia el pecador, y por ende repulsión hacia nuestro cónyuge. Philip Yancey nos alienta a encaminarnos en la dirección de amar al pecador pensando en lo que esto debe haber significado para Jesús. Debido a que Jesús era moralmente perfecto, ¡imagínese la base que Jesús tenía para estar disgustado! Pero nadie amaba a los pecadores con la profundidad de Jesús.

C.S. Lewis confesaba que él también debatía con el concepto de cómo amar verdaderamente al pecador mientras que odiaba el pecado. Un día esto se aclaró en su mente:

Se me ocurrió que hubo un hombre a quien yo le hice eso durante toda mi vida, es decir, a mí mismo. No obstante, aunque me disgustaba mi propia cobardía, orgullo o avaricia, continué amándome a mí mismo. Nunca hubo la más leve dificultad para eso. En efecto, la misma razón por la que odiaba las cosas era porque amaba a ese hombre. Solo porque me amaba a mí mismo sentía pesar en descubrir que yo era esa clase de hombre que hacía todo eso.<sup>11</sup>

Tenemos ese gesto de bondad para nosotros mismos; así que la pregunta que le rogamos que se haga es: ¿Por qué no extender ese gesto de bondad a nuestro cónyuge? Heather Campos lo hizo, y eso cambió su vida.

## La última traición

Heather Campos pensaba que su matrimonio era uno de «compromiso profundo, con un verdadero sentido de asociación. Era un lugar seguro, un lugar de sanidad y crecimiento. Me encantaba mi matrimonio».

En 1997, después de casi veinticinco años de matrimonio, ese «lugar seguro» andaba mal. Su esposo Rennie, pastor, comenzó a abstraerse perdiéndose en los lugares de charlatanería de la computadora. Un asociado lo instó a tomar algún tiempo libre. Rennie consintió durante dos meses y luego anunció que necesitaba un año completo para volver a «engancharse», y que no iba a volver al pastorado de la iglesia. Sin embargo, el pastor de su distrito instó a Rennie a reconsiderarlo. Rennie lo hizo y reanudó su posición.

Poco después, por primera vez en su matrimonio, Heather comenzó a preguntarse si su esposo siempre le había sido fiel. Empezó a experimentar problemas de ginecología y más tarde le diagnosticaron un pequeño vestigio de enfermedad venérea. Como directora del centro de crisis de embarazos, Heather estaba bien versada sobre la ETS (la enfermedad transmitida sexualmente) y sus consecuencias. Al preguntarle, Rennie miró a su esposa directamente a los ojos e insistió en que no era posible que él le hubiera transmitido ETS.

Heather observó a Rennie implosionar lentamente. Se volvió hipercrítico y deprimido. Volvió a sentarse en la computadora. Fue a un consejero para tratar de conseguir ayuda, pero en octubre Heather lo descubrió volviendo a la computadora y le preguntó: «¿Tienes alguna relación significativa con alguien en la línea que te impide dejar de conversar?»

Renni la miró con cara de oveja y suspiró «como un niño a quien lo han detectado robando galleticas», recuerda Heather.

«Sí», finalmente respondió. «Y hemos sostenido algunas conversaciones por teléfono».

Rennie volvió a su consejero a instancias de Heather. El consejero persistió en trabajar con la actitud engañosa de Rennie, así es que cuando Heather confrontó a Rennie una vez más, estaba más dispuesto a ser sincero. «¿Soy tan tonta como para creer que yo sola contraí ETS?» Heather preguntó. No hubo más que un silencio.

Ese fue el período de silencio más horrible que Heather jamás haya conocido. Y en ese silencio —como el propio Rennie diría en un momento— Heather recibió su respuesta. Fue el 16 de octubre de 1997, fecha que nunca llegaría a olvidar.

Al principio Heather estaba paralizada. Se retiró a su dormitorio, agarró

su Biblia y comenzó a leer el libro de Oseas. «Dios conoce lo que es la traición y la infidelidad” se dijo a sí misma. «Necesito saber cómo obra esto».

Rennie la siguió, pero todavía Heather no estaba lista para abordar este asunto como pareja. Primero tenía que tratar algunas cosas individualmente. Todo lo que pudo decirle en ese momento fue: «Otras mujeres han sobrevivido a esto, y ese es mi deseo también».

---

*«Otras mujeres han sobrevivido a esto, y ese es mi deseo también»*

---

La parálisis se prolongó durante varios días hasta el sábado, cuando Heather recordó con horror que la familia de Rennie vendría el domingo para una celebración especial en honor del cumpleaños de la madre de Rennie.

Aún Rennie era pastor y Heather todavía estaba en el grupo de adoración; así es que ese domingo en la mañana un pastor y su esposa muy descorazonados se presentaron en la iglesia con un espíritu muy cargado. La resolución de Heather de «continuar hacia delante” casi se destruyó poco después de haber comenzado la sesión de ensayo para el servicio, porque había descubierto que Rennie había escogido cantos que se enfocaban en «intensos y personales cantos de amor».

«El ensayo de esos cantos de amor me mataban”, Heather recuerda. «Corrí hacia un salón contiguo y me senté allí pensando “no puedo hacer esto”».

Heather se compuso y salió del salón de prácticas. Lo primero que vio fue aproximadamente una tercera parte de los asistentes que eran parientes de Rennie. Una de esas personas era su cuñado, que no era salvo y estaba muriéndose de cáncer.

Siguió un momento de intenso dolor personal, que curiosamente estaba mezclado con una profunda empatía por su pariente moribundo. Esto creó un progreso espiritual para Heather, y se halló orando: «Señor, debes estar preparando algo aquí más grande que mi dolor. Sé que esos cantos no me conciernen a mí. Son respecto a ti y a tu amor por los perdidos».

Rodeada de la familia de su esposo, Heather ayudó a dirigir la adoración y luego escuchó a Rennie predicar. Su resolución se vio recompensada cuando su cuñado enfermo tomó la decisión de recibir a Jesucristo como su Señor y Salvador.

---

*«Señor, debes estar preparando algo aquí más grande que mi dolor.»*

---

«Nunca olvidaré cuán profundo fue eso para mí”, recuerda Heather. «Aunque mi pena era devastadora, no era más grande que Dios».

Heather se sacudió de aquel estupor, comprendió que tenía que comenzar

a perdonar. «Recuerdo cuando, al mirar a Rennie, decía: “Sé que tengo que perdonarte, y lo voy a hacer». Pero no estaba inundada de ese gran deseo de perdonar, sino que estaba confrontando la verdad de *tener* que perdonar. El perdón era algo por lo cual yo tenía que atravesar”.

Le dejó saber algo de su lucha a un pastor, quien le aseguró que el perdón no implica ni confiere confianza y no quita el dolor. Heather aprendió que perdonar era una cuestión vital para su supervivencia y crecimiento espiritual. «El Señor me enseñó que es una cuestión de obediencia. Si he de mantener mi corazón dispuesto a cumplir con la voluntad de Dios a través de todo este horrible proceso, tendré que ser obediente».

---

*«Estaba confrontando la verdad de tener que perdonar. El perdón era algo por lo cual yo tenía que atravesar».*

---

Note que el primer punto de enfoque de Heather fue vertical. Estaba dispuesta a perdonar a su esposo *porque eso es lo que tenía que hacer para estar bien con Dios*. En este caso el matrimonio era un asunto secundario. Heather estaba más interesada en hacer lo que era espiritualmente correcto que en cualquier otra cosa.

Debido a que con el tiempo se divulgaron algunos retazos de la historia de Rennie, el perdón se convirtió en una constante disciplina en la vida de Heather. Siempre había algo nuevo que digerir y tratar de comprender. Luchó en contra de la amargura. Le encantaba ser esposa de pastor y le encantaba ser parte de su iglesia; y sabía que la conducta de Rennie le había robado algo muy precioso.

Finalmente, pocos meses más tarde, Rennie lo confesó todo. Dejó a un lado todo lo que había hecho. Se descubrieron muchas cosas dolorosas, incluso el hecho de que Rennie había tenido otro romance y pensó que aún podría estar «enamorado» de esa mujer.

---

*«El perdón era la opción más difícil, definitivamente, pero nunca sentí en mi corazón que eso [el divorcio] era lo correcto».*

---

Bíblicamente, Heather sabía que estaba en su perfecto «derecho» de echar a patadas a Rennie de su vida y comenzar de nuevo, pero nunca consideró esa opción en serio. «El perdón era la opción más difícil, definitivamente, pero nunca sentí en mi corazón que eso [el divorcio] era lo correcto».

Esta es la clave, creo, de la madurez espiritual de Heather y del crecimiento que obtuvo a través de esta horrible y dura prueba. Me dijo: «*Siempre viví mi vida por convicción, y el camino más difícil es uno por el cual no me amedrenta transitar*».

Fue precisamente en ese camino difícil del sufrimiento que Heather comenzó a crecer, aprendiendo lecciones y acercándose más a Dios. Nunca escogería volver a pasar por esa clase de prueba, pero al adoptar el espíritu correcto y desear perdonar ella experimentó el crecimiento de formas que de lo contrario nunca habría experimentado.

«He aprendido que aunque estemos sufriendo un gran dolor, no tenemos excusa para dejar de considerar a otros y responder a nuestro llamado para testificar sobre la fidelidad de Dios».

Aunque Heather se sintió aturdida, aprendió lo que significa el altruismo concentrándose en su preocupación por sus hijos, el bienestar de la iglesia e incluso del alma de Rennie. En lugar de fustigar enfurecida a Rennie, estaba más quebrada por las consecuencias espirituales de la conducta de este que por el modo en que esa conducta la ofendía y la afectaba.

¡Francamente, eso me asombra! Escuchar hablar a Heather me hace sentir como si estuviera escuchando a una santa en entrenamiento. ¡Y la estoy escuchando!

Fue un tiempo de prueba difícilísimo, pero decidir perdonar mantuvo a raya la amargura y el enojo. Al final salvó su matrimonio, convenció a Rennie e hizo que Heather adelantara muchos pasos en su deseo de modelar su carácter a la semejanza de Jesucristo. «¿Por qué? Recuerdo lo que Heather dijo: «*El camino más difícil es uno por el cual no me amedrenta transitar*».

La naturaleza de Dios es la de perdonar. El carácter de Dios es tal que murió una muerte brutal por el bien de esas mismas personas que abusaron de él. A ninguno de nosotros nos llega ese perdón de forma natural; debe aprenderse y muchas veces volverse a aprender aunque el proceso pueda ser agudo, penoso, doloroso y horrendo. Si rehusamos tomar el «camino más difícil» por ser el más difícil, nunca maduraremos.

Le hice a Heather una pregunta difícil. Si mi esposa hubiera sido infiel, creo que lo más difícil de todo sería renovar nuestra intimidad física. ¿Cómo puede alguien perdonar lo que su esposa ha hecho?

Pero al recorrer el camino del perdón, Heather testifica que ella y Rennie han entrado en una fase de «luna de miel» en el matrimonio. ¡Dos y media décadas después de su boda! La infidelidad de Rennie fue una experiencia terrible, y el daño causado fue real y constante. Seguramente Heather nunca hubiera querido pasar por eso de nuevo. Pero adoptar la actitud correcta del perdón la ayudó a aplicar lo que Francisco de Sales le dijo a una joven atribulada que buscaba consejo sobre el matrimonio (véase el capítulo 1): «El estado del matrimonio requiere más virtud y constancia que cualquier otro». Es un ejercicio perpetuo de mortificación ... De esa planta de tomillo, a pesar de la naturaleza amarga de su jugo, usted podrá extraer miel y convertirla en

una vida santa».

Heather recibió un jugo muy amargo, pero ella le ofreció este jugo a Dios y él lo convirtió en miel espiritual para la vida de ella.

He visto personas hacer lo contrario. Durante una conferencia donde hablé, una mujer que era muy franca al expresar su propia lucha con desórdenes de comida, confesó su incapacidad de perdonar a su esposo por haber usado pornografía en el pasado. Su esposo había sido bueno, perdonador y gentil cuando después de casados ella adquirió más de cien libras de peso, pero esta mujer tenía poca empatía por cualquier hombre que usara fotografías de mujeres desnudas igual que ella usaba la comida. Su dolor comprensible, pero su desafortunada amargura le impedían ver las similitudes entre sus dos luchas. Ella estaba tan preocupada por su propio conflicto que no podía sentir empatía por alguien que enfrentara un conflicto diferente.

---

*La única pregunta es si nuestra reacción ante esas luchas, el pecado y la infidelidad nos acercarán a Dios.*

---

La clave de la disciplina de la confraternidad está en comprender esta realidad fundamental: Todos nosotros enfrentamos luchas y cada uno de nosotros está actualmente enfrentando una lucha por la cual tenemos menos que el cien por ciento del éxito para llegar a vencerla. Si estamos casados, es un hecho que también estamos casados con alguien que de alguna forma está fracasando.

Podemos reaccionar ante ese «jugo amargo» convirtiéndonos en personas amargadas; o podemos usarlo como una disciplina espiritual y transformar su ejercicio en la miel para una vida santa. En este mundo caído existen las luchas, el pecado y la infidelidad. La única pregunta es si nuestra reacción ante esas luchas, el pecado y la infidelidad nos acercarán a Dios, o si nos alejarán de nosotros mismos, de nuestro Creador y el del otro.

¿Caeremos hacia delante o descenderemos?

DIEZ

## HAZME UN SIERVO

EL MATRIMONIO PUEDE CREAR EN NOSOTROS UN CORAZÓN DE SIERVO

Cuán grande es entonces la constrictión en el matrimonio, la cual sujeta aun más fuerte a la otra persona; porque por mutua constrictión *cada cual está sujeto a servir*. Ni aunque uno desee abstenerse puede retirar el yugo de su cuello, porque está sujeto a [los deseos sexuales] del otro ... Usted ve cuán sencillamente se define la servidumbre del matrimonio.

—AMBROSIO

La esencia del cristianismo se halla en Filipenses capítulo 2. Allí Pablo nos insta a no hacer *nada* (son estas palabras absolutistas que hacen que la Escritura sea tan problemática) «por egoísmo o vanidad; más bien, con humildad consideren a los demás como superiores a ustedes mismos. Cada uno debe velar no sólo por sus propios intereses sino también por los intereses de los demás» (Filipenses 2:3-4).

Pablo extiende esta enseñanza llamándonos a emular a Jesucristo, «quien, siendo por naturaleza Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse ... tomando la naturaleza de siervo» (Filipenses 2:6-7).

Ser cristiano es ser un siervo voluntario. No basta con solo expresar nuestra aprobación de ciertas doctrinas escogidas. Se nos llama a actuar de tal modo que pongamos a los demás por encima de nosotros. Se nos prohíbe rotundamente exaltarnos a nosotros mismos con el mero propósito de promover nuestra propia comodidad o fama. Otto Piper precisa el potencial de las relaciones matrimoniales para crear en nosotros un corazón de siervo cuando describe el matrimonio como: «una disposición recíproca entre dos personas para asumir la responsabilidad del uno por el otro».<sup>1</sup>

---

*La esencia del cristianismo se halla en Filipenses capítulo 2.*

---

Es precisamente este llamado a ser siervos lo que hace que el matrimonio sea tan beneficioso en el orden espiritual y tan difícil en el orden personal.

Cuando le pedí a mi esposa que se casara conmigo, yo tenía veintidós años de edad. Mi decisión estaba basada casi por completo en lo que pensé que ella aportaría al matrimonio. Parecía buena; nos divertíamos juntos; ella amaba al Señor. Y sospecho que sus pensamientos seguían la misma dirección: ¿Puede este individuo sostenerme económicamente? ¿Lo hallo atractivo? ¿Será un buen padre?

---

*Mi decisión estaba basada casi por completo en lo que pensé que ella aportaría al matrimonio.*

---

No está mal que hagamos esas preguntas. Pero una vez terminada la ceremonia, si verdaderamente queríamos establecer un matrimonio cristiano, tendremos que dar una vuelta de 180 grados y preguntarnos: «¿Cómo puedo servirle a mi cónyuge?»

Durante la mayor parte del siglo pasado esta fue una pregunta que muchos hombres cristianos no tomaron muy en serio. Se esperaba que la esposa sirviera unilateralmente en todos los asuntos. Aunque ahora nuestra cultura desafía ese punto de vista, pocos hombres detestan tanto la idea de servir a sus esposas que han decidido salir de los Estados Unidos para hallar lo que equivaldría a una esposa esclava.

Una compañía llamada Cherry Blossoms alimenta la pobreza de los filipinos (el ingreso anual por persona en 1997 fue de \$1.160 dólares) para ofrecer servicios «casamenteros» entre hombres americanos de edad avanzada con mujeres filipinas jóvenes (y a veces extremadamente jóvenes). Los hombres pagan para recibir un catálogo titulado *Island Blossoms* [Flores de la isla], el cual ofrece fotografías y breves reseñas personales de las mujeres disponibles. Luego le pagan otra cuota a Cherry Blossoms para obtener la dirección de esas mujeres.

Los hombres le ofrecen a las mujeres una salida de los pueblos densamente poblados y atascados de fango, cuyas casas son tan pequeñas como un ropero grande. Pero esa «salvación» tiene un precio. Un hombre le envió a una presunta novia un contrato de dos páginas espaciada a una línea que en parte decía:

Tu función primordial en la vida es servirme ... Tu segunda función es ser una madre ejemplar ... pero nunca exenta del conflicto que impida que me brindes atención. Te levantarás aproximadamente a las 6:00 a.m. Después de ir al baño, cepillarte los dientes, peinarte el cabello, lavarte la cara con alcohol o Seabreeze [un astringente facial], despertarás a los niños. Cada día habrá absoluto orden en la casa para cuando yo llegue. Te lavarás la cara no menos de tres veces

al día. Responderás de inmediato VERBALMENTE cuando te hable. Cuando hagamos el amor, espero que lo hagas en cualquier momento que te lo pida y siempre con entusiasmo.<sup>2</sup>

Otro hombre parecía estar determinado a hallar a la novia más desesperada de modo que pudiera estar extremadamente conforme en cuanto al sexo una vez que llegara a los Estados Unidos. En una carta a una mujer interesada escribió: «Hay dos mujeres jóvenes ... que han escrito diciendo que harían CUALQUIER cosa por mí ... si tan solo les doy la oportunidad de ser mi compañera permanente y, por supuesto, la oportunidad de venir a los Estados Unidos conmigo. Dime, Vilma, ¿qué te parece esto? ... ¿Harás cualquier cosa que te pida?» Luego menciona una actividad sexual en particular y escribe: «Prefiero a una compañera que esté deseosa, dispuesta y tenga suficiente habilidad para desarrollar esa actividad para mí en cualquier momento».

Esa actitud es tan ofensiva para el espíritu del cristianismo y el matrimonio cristiano que se aproxima como mínimo a una prostitución de por vida. En vista de que el hombre tiene el dinero, desea comprar los servicios de la mujer para toda la vida y no por una noche, pero de todos modos comprarlas. El sexo es algo que espera recibir, no algo que planea dar. Tal vez no sea sorprendente que alguna novia de «Cherry Blossom» se queje de «sentirse violada» en su noche de bodas.

---

*El sexo es algo que espera recibir, no algo que planea dar.*

---

Mientras que algunos elementos del movimiento feminista han conducido a posiciones morales atroces —abortos legalizados y mayormente irregulados, para solo citar un ejemplo; o el absurdo caso omiso del papel de los géneros, para citar otro,— el desafío de que los esposos no deben tratar a las mujeres como sirvientas unilaterales fue —¿y me atrevo a decirlo?— profético. Desdichadamente, en vez de escuchar el llamado tanto a hombres como a mujeres a servirse el uno al otro, con mucha frecuencia las mujeres escuchan el llamado para llegar a ser como son los hombres, servidos y abortos en sí mismas. Gary y Betsy Riccusi retan este punto de vista:

---

*La facultad allí me retó de muchas formas, incluyendo la forma en que trataba a mi esposa.*

---

Contrario a la opinión popular, la mujer no fue creada para su propia satisfacción. (¡Esto se dirige a los hombres también!) Fue creada para ser de ayuda y para nutrir. Ahora bien, esa no es una asignación fácil de aceptar. Tendemos a erizarnos y pensar: *iDebe haber algo más*

*significativo que eso!* Qué ama de casa no se ha hallado preguntándose, después de la décimoquinta lavada de ropas a la semana o mientras todavía está enfrentando otro fregadero lleno de platos sucios: «¿Tiene algo de significativo lo que estoy haciendo aquí?» Pero ante Dios, nada es más significativo que la servidumbre. La senda que conduce a la genuina grandeza está en servir.

Es natural que alcancemos poder y reconocimiento. Pero la servidumbre es sobrenatural. En la actualidad muchas mujeres se están perdiendo lo sobrenatural porque están arrebatadas con la «búsqueda de la trascendencia». Irónicamente, mientras más la buscan, menos satisfechas se sienten. ¿Por qué? La trascendencia se halla dando su vida, no tratando egoísticamente de hallar felicidad personal.<sup>3</sup>

## **El amor de un hombre: El sacrificio detrás del servicio**

Aunque muchos hablan de la esterilidad de los seminarios modernos, yo tuve una experiencia completamente diferente en la Universidad de Regent (en Vancouver, Canadá). La facultad allí me retó de muchas formas, incluyendo la forma en que trataba a mi esposa.

Recuerdo el semestre en que trabajé como asistente de maestro para el doctor Gordon Fee. Él y su esposa invitaron a unos cuantos estudiantes y sus esposas para comer unos postres. Lisa estaba embarazada de nuestro primer bebé y ya se estaba notando. Al escuchar las conferencias del doctor Fee, aprendí mucho sobre cómo predicar un sermón conmovedor. Mediante la lectura de los escritos del doctor Fee, el libro de 1 Corintios se abrió ante mí de nuevas formas. Pero también estaba a punto de aprender mucho sobre lo que significa ser un esposo.

Lisa entró por la puerta, e inmediatamente el doctor Fee saltó.

—Tome —dijo—, usted necesita la silla más blanda.

Sus palabras estaban sazonadas con sinceridad y genuina atención. A mi esposa le sorprendió tal actitud, pero tomó la silla y se sentó. Me senté a su lado. Sin embargo, noté con vergüenza que el doctor Fee permaneció de pie.

—Ahora —dijo—, ¿puedo buscarle una almohada para su espalda?

---

*Estuve aun más disgustado cuando hallé que mi crecimiento como jugador profesional de fútbol había superado mi crecimiento como esposo.*

---

—No, estoy bien —dijo Lisa.

—¿Qué le parece un vaso de agua? ¿Necesita algo de tomar?

—Eso sería fantástico —respondió mi esposa.

El doctor Fee fue hacia la cocina y regresó con un vaso lleno de agua y le preguntó:

—¿Está buena la temperatura? ¿Tiene mucho frío o mucho calor? ¿Necesita levantar sus pies?

Para ese entonces ya Lisa estaba ruborizada, y yo muy humillado. Nunca había servido a mi esposa de la manera en que mi profesor del seminario lo estaba haciendo. El solo hecho de mirar su empatía, su dedicación en hacer que la otra persona se sintiera cómoda y su deseo de colocarse enteramente a la disposición de mi esposa, sin duda fue sorprendente. Vi el corazón de un siervo y me di cuenta de que tenía un largo camino que recorrer para crecer hacia la madurez como esposo.

Una cosa fue que un profesor del seminario me superara, pero otra todavía más humillante fue descubrir que un jugador profesional de fútbol superaba mi crecimiento como esposo.

Chris Spielman, jugador de la línea trasera de NFL All-Pro por cuatro veces, había jugado fútbol norteamericano durante veintiséis de sus treinta y tres años de edad. Es el tipo de los que saborean el juego, incluso yendo a extremos absurdos para prepararse para la competencia. En una ocasión durmió desnudo con el aire acondicionado al máximo con el fin de estar completamente listo para enfrentarse al frío helado que envuelve el ambiente del Estadio Rich de Buffalo.

En 1983, cuando tenía apenas diecisiete años de edad, conoció a su esposa Stefanie. Se casaron seis años más tarde, en 1989. Stefanie es bella —trabajó como modelo antes de haberse convertido en madre de tiempo completo— y ambos contrajeron un buen matrimonio. Durante muchos años Spielman jugó con los Leones de Detroit y luego firmó con los Buffalos en 1996.

El año 1997 llegó con un puñado de pruebas. En julio, justamente cuando la pretemporada comenzaba, un doctor pronunció las palabras más temidas por las parejas: cáncer del seno. Stefanie, la bella modelo, optó por la mastectomía, seguida por la quimioterapia, durante seis semanas, una época en la que perdería todo el cabello.

Los Spielmans tienen dos niños pequeños (que en ese tiempo tenían menos de cinco años) y Chris sabía que los tratamientos de quimioterapia iban a consumir enormemente la energía de su esposa. Tenía que tomar una decisión. «Esa fue mi prueba», Chris dijo a la revista *People*.<sup>4</sup> Era el momento para definirme”.

Como muestra de solidaridad, Chris se rapó la cabeza. Más importante aun, dejó el fútbol —no para siempre sino durante un año— hasta que Stefanie pudiera valerse por sí misma.

«[Stefanie] siempre me apoyó cien por cien”, explicó Chris. «Tenía que corresponderle».

Ese fue un sacrificio que Stefanie no deseaba que Chris hiciera.

«Nunca lloré por el cáncer o cuánto dolía”, confesó. «Lloraba por lo que este le afectaría a Chris».

Ahora, en lugar de revisar la película del juego y reunirse con los entrenadores, Chris se levanta temprano en la mañana para dar de comer a sus hijos (aprendió que la mayor detesta que la comida que está en su plato toque cualquier otra comida), y luego hace que Stefanie se levante aproximadamente una hora más tarde, después de tener el desayuno listo. Después lava la ropa, lleva a los niños a las clases de gimnasia y se asegura de

que Stefanie reciba sus medicamentos.

No tengo la menor idea de si Chris es cristiano o no, pero es claro que ha aprendido lo que significa dar sacrificialmente a su esposa. De alguna forma ha aprendido a vivir según lo que Pablo insta a los hombres que hagan en Efesios 5:25. Les dice a los esposos que deben amar a sus esposas como Cristo amó a la iglesia, y explica —muy explícitamente— como Cristo amó a la iglesia: *dando su vida por ella*.

Chris dijo a la revista GQ: «Durante diez años nuestra vida estuvo centrada en mí. Mi carrera siempre estuvo primero. Stefanie hizo todos los sacrificios del mundo para apoyarme incondicionalmente ... ¿Qué clase de esposo sería yo si no dejara todo por ella cuando se enfermó? ¿Querría yo que su *hermana* sostuviera su mano mientras sufría, porque yo no estaba allí? ¿Querría yo que su *madre* tuviera que sentarse con ella en el hospital mientras le estuvieran introduciendo agujas y la llenaran de todos esos productos químicos horribles, o querría estar yo mismo con ella?. Esta es mi familia. Esta es mi responsabilidad. Este es mi hogar. Este es mi deber”.<sup>5</sup>

En su serie de cintas grabadas *According to Plan*, [De acuerdo al plan] C.J. Mahaney le ruega a los hombres que recuperen su sentido de sacrificio. Señala que el sacrificio no es sacrificio a menos que cueste algo, y luego deja la pregunta desafiante en el aire: «Señores, ¿qué hacemos cada día por nuestras esposas que implique el sacrificio? ¿Qué hacen cada día por su esposa *que les esté costando algo?*”<sup>6</sup>

En su estilo distintivo, Mahaney continúa presentando la convicción generada por la gracia. «¿Me aprovecharé de la piedad de mi esposa?», pregunta, «¿o procuraré emular a Aquél que puso su vida por mí?

Para hacer práctica su enseñanza, C.J. explica cómo el sacrificio para él significa estar deseoso de «hablar sobre detalles» con su esposa por la noche. «Cuando termina el día, no quiero revivirlo», confiesa, «lo cual es mi perspectiva egoísta ... [Ese silencio] no satisface las necesidades de mi esposa, no crea intimidad».

A mi amigo, el doctor Kevin Leman, le gusta destacar que está aún por conocer al hombre que, tras un largo día de trabajo, piense en su interior: «Lo que realmente necesito ahora mismo es una larga charla de cuarenta y cinco minutos con mi esposa». Pero ese es precisamente el porqué el deseo de un hombre de enfrascarse en tal conversación es espiritualmente tan beneficioso para él; le cuesta algo. Le enseña la lección del sacrificio.

---

*El matrimonio crea una situación en la cual nuestro deseo de que nos sirvan y nos consientan puede reemplazarse con el deseo más noble de servir a otros.*

---

En 1998 me llamaron de una universidad para pedirme que diera una conferencia de evangelismo sobre «Jesús, ¿libertador de las mujeres o sexistas?» Lo más escandaloso que dije, según el modo de pensar de un estudiante, trataba sobre la «sumisión mutua». Algunos alumnos estaban tan saturados con la filosofía de «cuidate tú mismo, haz lo tuyo, busca el primer lugar» que la idea de someterse a alguien era tan radical como cualquiera otra cosa que jamás oyeran. En lo que a ellos respecta, el «sacrificio» y la «relación» simplemente no encajaban en la misma declaración. Las palabras de Pablo no son menos radicales en la cultura de hoy día.

El matrimonio crea una situación en la cual nuestro deseo de que nos sirvan y nos consientan puede reemplazarse con el deseo más noble de servir a otros, llegando incluso al plano del sacrificio. Este es un llamado tanto a los esposos como a las esposas. La belleza del matrimonio está en que este confronta nuestro egoísmo y demanda nuestro sacrificio las veinticuatro horas del día. Cuando estamos más cansados, más extenuados y sintiéndonos, como nunca antes, más afligidos por nosotros mismos, es que entonces tenemos la oportunidad de confrontar los sentimientos de autoconmiseración levantándonos y sirviendo a nuestra compañera o compañero.

---

*La vasta mayoría de las personas no contraen matrimonio con el concepto de llegar a ser un siervo.*

---

## La marca del matrimonio cristiano

Es precisamente esta noción de sacrificio y servicio la que nos ayudará a reclamar la espiritualidad para las parejas casadas. Dietrich Bonhoeffer escribió que «El matrimonio cristiano se destaca por la disciplina y la negación de sí mismo. El cristianismo, por lo tanto, no deprecia el matrimonio; lo santifica».7

Este es un aspecto en el cual la espiritualidad tradicional cristiana ha estado débil. Durante siglos la espiritualidad cristiana ha sido virtualmente sinónima de «espiritualidad célibe», algo a lo que Mary Anne McPherson Oliver se refiere como «inadecuado y en algunos casos incluso pernicioso particularmente para las parejas». Oliver procede a definir la espiritualidad célibe como «todos los estilos de vida religiosa que excluyen por completo todas las relaciones a nivel sexual y en los cuales la responsabilidad primordial es la del ser, y el ideal relacional primordial es una de disponibilidad sin ataduras y flexible».8

Mientras que las reseñas de Oliver podrían ser un tanto severas —muchos monjes y monjas vivían vidas generosas y con gracia, allegándose a otros con genuino interés y compasión— tal enfoque en el ser, tan rígidamente expuesto, ¿no le contrastan con las demás enseñanzas de Jesucristo que se centran en el otro? Es loable que alguien decida darse a sí mismo sin reservas al Señor, pero, ¿no es menos loable que un hombre o una mujer decida ofrecerse a sí misma no solo para el Señor sino también para otro ser humano como coservidor de por vida, consintiendo con esa otra persona en levantarse y servir a los niños que a su vez crecerán para amar y servir al Señor y a otros también?

La razón por la cual esta idea puede no haber sido obvia para tantos durante mucho tiempo es que la vasta mayoría de las personas no contraen matrimonio con el concepto de llegar a ser un siervo. La relación del matrimonio muchas veces parece ser egoísta porque nuestras motivaciones para el matrimonio muchas veces *son* egoístas. Pero mi deseo es reclamar el matrimonio como uno de los estados más altruístas en los que un cristiano puede entrar.

Para santificar plenamente la relación marital, debemos vivirla juntos como Jesús vivió su vida: adoptando la disciplina del sacrificio y el servicio *como una práctica diaria*. De la misma manera en que Jesús dio su cuerpo por nosotros, debemos dar nuestra energía, nuestros cuerpos y nuestras vidas por los demás.

Kathleen y Thomas Hart se refieren al «misterio pascual» del matrimonio:

el proceso de morir y resucitar como patrón de vida para las personas casadas. Cada día debemos morir a nuestros propios deseos y resucitar como siervos. Cada día se nos llama a identificarnos con el Cristo que sufre en la cruz, y luego recibir el poder del Cristo resucitado. Morimos a nuestras expectativas, nuestras demandas y nuestros temores. Resucitamos al compromiso, al servicio y al valor.

En este sentido, la proposición de matrimonio del verdadero cristiano es un *ofrecimiento*, no una petición. En lugar de decir en efecto: «¿Querrás hacer esto por mí?», cuando invitamos a otra persona a contraer una relación de matrimonio, la verdadera pregunta debería ser: «¿Aceptarás lo que tengo para darte?»

Si cada día se aborda el matrimonio desde esta perspectiva, no puede haber lugar para la desilusión de parte de cualquiera de los contrayentes, porque ambos estarán preocupados pensando cómo están llevando a cabo su deber de servir a su cónyuge.

## Los «dignos»

Lo importante que debemos recordar es que el servicio es una disciplina espiritual que le debemos a Dios, y solamente se puede vivir cuando se aplica a otros. Hace tiempo aprendí que Dios me ha llamado a servirle a través de las personas, sin tener en cuenta si son «dignas» o no de recibir mi servicio. Durante años he estado trabajando en un ministerio que se dedicaba a tratar con mujeres que enfrentaban crisis de embarazo. Uno de los retos —al menos en la mente de algunas personas— era que esas mujeres estaban sencillamente cosechando lo que habían sembrado; así pues, ¿por qué tendríamos que ayudarlas?

Sin duda alguna muchas personas se encuentran en apuros desesperados debido a sus decisiones y acciones pecaminosas. Pero Juan lo examina desde otro ángulo: «Si alguien que posee bienes materiales ve que su hermano está pasando necesidad, y no tiene compasión de él, ¿cómo se puede decir que el amor de Dios habita en él?» (1 Juan 3:17). Juan no menciona a hermanos o hermanas *impecables* en necesidad; su enseñanza es mucho más brusca: la *necesidad* de ellos define nuestra obligación. Es cuestión del amor de Dios, no de la evaluación o juicios humanos.

---

*Juan no menciona a hermanos o hermanas impecables en necesidad.*

---

Me allego a las personas porque Dios me ha amado y me ha pedido que a su vez ame a otras personas, y no porque las personas que amo sean «dignas» de mi amor o porque finalmente me lo agradezcan. No me incumbe emitir juicios sobre su “dignidad”; de todos modos, no sé cómo podría hacerlo. Lo que me corresponde es amar a Dios, amando a otros.

---

*Dios es siempre digno de mi obediencia y Dios me llama a servir a mi esposa.*

---

Dios es siempre digno de que lo obedezcamos y lo sirvamos, así es que cuando actúo por obediencia a él, la persona que recibe mi servicio no tiene que merecerlo; se beneficia por lo que yo le debo a *Dios*. Sí, esta verdad es difícil de aplicar en el matrimonio, donde las demandas y las expectativas son tan abundantes, pero trato de recordarme este hecho: Dios es siempre digno de mi obediencia y Dios me llama a servir a mi esposa. Así es que, sin tener en cuenta cómo me trate en algún momento en particular, mi llamado es el de responder como un siervo.

El ejemplo de Jesús me ha retado grandemente en este aspecto. Ninguno

de los discípulos merecía que le lavaran los pies en la Santa Cena; en pocas horas todos ellos lo iban a abandonar. Pero Jesús prosiguió y lo hizo de todos modos (véase Juan 13:1-17). En realidad, Jesús le lavó los pies incluso a Judas, *a quien en pocas horas lo traicionaría.*

Dios no nos dice que amemos solo a aquellos que lo merecen, o que sirvamos a aquellos que nos puedan devolver el servicio. Si usted se halla en un matrimonio que hala de un solo lado, en el que siente que está dando y dando y nunca recibiendo, simpatizo con usted. Puede redimir parcialmente esa situación orientándose más hacia Dios. Recuérdese que también está en una situación en la que puede crecer espiritualmente a pasos agigantados. Si el centro del cristianismo es el servicio, vale la pena aceptar cualquier situación que dé forma al espíritu de siervo que hay en usted, incluso la de un matrimonio desequilibrado.

---

*Necesitamos más que el simple hecho de aceptar una verdad difícil; parte del servicio cristiano consiste en desarrollarlo con un espíritu hermoso.*

---

Pero necesitamos más que el simple hecho de aceptar una verdad difícil; parte del servicio cristiano consiste en desarrollarlo con un espíritu hermoso.

## El espíritu de servicio

Uno de los retos de la virtud cristiana es vivir las enseñanzas de las Escrituras que recalcan la realidad interior que está detrás de la actitud externa. Jesús dijo que podríamos hacer lo correcto (dar dinero, por ejemplo), con motivos equivocados (para relucir), en cuyo caso perdemos nuestra recompensa (véase Mateo 6:1-4). Sin duda alguna nuestro servicio puede estar sujeto a motivaciones equivocadas.

Es realmente posible que nuestro cónyuge preste algún servicio en un intento de ejercer su propia superioridad: «Las personalidades fuertes sienten la tentación de asumir unilateralmente una responsabilidad completa en su matrimonio. En lugar de pedirle a su cónyuge que preste ciertos servicios, desean hacerlo todo ellos mismos. Aunque parezca un amor sacrificial, esa es en realidad una pasión por dominar a la otra persona».<sup>9</sup>

El «servicio» incluye la posibilidad de que el otro cónyuge dé si, por supuesto, desea hacerlo. En otras palabras, el servicio no consiste solamente en lavarle los pies a alguien; en ocasiones consiste en dejar que otra persona *le lave a usted sus pies*.

---

*Nuestro servicio puede estar sujeto a motivaciones equivocadas.*

---

Otro aspecto del verdadero servicio es que se presta voluntariamente. Un servicio que se presta refunfuñando y quejándose no es cristiano. Tengo un hábito que estoy convencido de que sería frustrante para noventa y cinco por ciento de las mujeres que están leyendo este libro: me gusta mirar películas de la misma forma que me gusta leer libros. En lugar de mirar una película de dos horas de un tirón, muchas veces la prolongo dos o tres noches. La primera media hora la veo para conocer a los personajes; los próximos cuarenta y cinco minutos, para captar la idea de lo que será el conflicto y más o menos los últimos treinta minutos para ver la conclusión. Esto me da tiempo para pensar en la película y también ir a acostarme temprano, porque me gusta comenzar a trabajar temprano.

Un fin de semana alquilé una película y comencé a verla a ese paso: un poquito el sábado, y luego el segundo trozo el domingo por la noche. Esa vez se estaba haciendo tarde (¡al menos para mí!), así es que mencioné que pensaba irme a acostar y terminar de ver el resto el lunes.

---

*El verdadero servicio cristiano se da gratuito.*

---

«Ya estoy terminando de lavar la ropa», dijo Lisa. «Quédate conmigo a verla un poquito más».

Acepté, así es que la vi durante unos quince minutos más. Lisa aún no había completado su tarea.

«Me voy a acostar», volví a decir. «Puedes seguir viéndola; la rebobinaré. Si me quedo aquí más tiempo, voy a resentirme contigo en la mañana».

Técnicamente, si quería «servir» a Lisa, me habría quedado tarde, posiblemente hasta que esta terminara. Pero también conozco cuáles son mis limitaciones, y si para prestar mi servicio tengo que llenarme de resentimiento, no estoy sirviendo a Dios así. El verdadero servicio cristiano se da con liberalidad.

He aprendido no solo a cuidar de mis actos de servicio sino también de mi *espíritu* de servicio. Si sirvo a Lisa con pequeños jadeos de exasperación o gruñendo cada vez que levante un dedo a su favor, estoy exhibiendo un espíritu de orgullo y falso martirio, no la actitud de Jesucristo.

---

*¿Cree usted que tal vez le torció el tobillo a Judas tanto como para dejarle saber que sabía lo que estaba a punto de ocurrir?*

---

Vuelvo a imaginar la escena de aquel día en que Jesús le lavó los pies a Judas. ¿Cree usted que fue especialmente brusco mientras frotaba los dedos de Judas? ¿Cree usted que tal vez le torció el tobillo tanto como para dejarle saber que él sabía lo que estaba a punto de ocurrir?

No lo creo.

Este principio del matrimonio como un anfiteatro de servicio que se da gratuitamente, deja lugar para comprender que cada compañero en el matrimonio desempeñará diferentes papeles y diferentes vías de servicio. Durante más de quince años de matrimonio, Lisa y yo hemos establecido ciertos hábitos como si fuéramos un par de pantalones viejo de vaqueros. Cada vez que regresamos de un viaje, invariablemente Lisa revisa los mensajes telefónicos mientras yo descargo el carro. A Lisa le disgusta llenar el tanque de gasolina del carro, así es que antes de salir de viaje, trato de asegurarme de que esté lleno. Si Lisa sabe que voy a regresar a casa, ahorrará la gasolina de ese tanque hasta rodar el auto con solo el vapor del combustible.

No me resiento por eso ni Lisa tampoco se resiente por estar doblando la ropa lavada mientras ve alguna película y yo solo estoy sentado en el sofá como un imbécil.

No solo estamos procurando imitar las *acciones* de Cristo en nuestro hogar, sino que también queremos modelar su *espíritu* y su *actitud*. Hay tiempos para servir y tiempos para recibir servicio.

La belleza de este compromiso es lo mucho que nos hace, tanto a Lisa como a mí, depender de Dios en lugar de depender cada cual de su cónyuge. Si Lisa me sirve fielmente cuando estoy malhumorado y no estoy mostrándole

mi agradecimiento, aun así recibe una afirmación y sentido interior de plenitud de parte de Dios. Tiene el gozo de sentir a ese testigo interior que le dice que su Creador está complacido con ella.

Convertirse en siervo es convertirse radicalmente en un ser *fuerte* en el sentido espiritual. Significa que usted está libre de demandas y agravios pequeños que arruinan tantas vidas y convierten muchos corazones en calderones amargos de disgusto, abstracción en sí mismos y autocompasión.

Hay verdadero gozo cuando el verdadero servicio se ofrece con un corazón fiel.

## **Dinero, dinero y más dinero**

El servicio implica mucho más que la ayuda ocasional de fregar los platos o darle a la esposa una «noche libre» asumiendo la tarea de cuidar a los niños. El espíritu de servicio virtualmente dará colorido a cada aspecto del matrimonio, lo que también incluye cómo gastar nuestro dinero y nuestro tiempo. Dan Allender y Tremper Longman hablan sobre este asunto tan bien que quiero citarlo extendidamente:

El dinero es un medio de obtener poder. La mayoría de las veces la cuestión no es de dinero sino de poder. En la batalla no se trata de averiguar quién es más confiable o cuál es el corazón que desea más profundamente sacrificarse por el otro, sino quién controla los medios más tangibles de establecer la agenda familiar.

El tiempo también se convierte en un objeto de contención. ¿Debe la esposa trabajar precisando que su esposo cuide de los niños cuando él llegue a casa de su trabajo? ¿Está el esposo gastando mucho tiempo con sus colegas y desatendiendo a su esposa?

Estos conflictos sobre el tiempo y el dinero nublan el verdadero asunto: ¿Estamos dispuestos a sacrificarnos por el bien y la gloria de la otra persona? Las disputas sobre el dinero y el tiempo comúnmente reflejan una demanda de «poseer» nuestra vida más bien que de servir a la otra persona con nuestros bienes y nuestra existencia. La disputa típica sobre quién debe recoger a los niños comúnmente concierne a la persona para quien el tiempo es más valioso, el que trabaja más arduamente y a quién se aprecia menos. No está mal alternar las tareas o dividir las responsabilidades, pero las interacciones dolorosas comúnmente reflejan las líneas de batalla sobre cosas más triviales.<sup>10</sup>

La próxima vez que discuta con su cónyuge sobre el tiempo y el dinero, haga una pausa y recuérdese que se están poniendo a prueba sus oraciones pidiendo ser más semejante a Jesucristo. Esté dispuesto a hacerse con sinceridad esta pregunta: «¿Estoy jugando un pequeño juego de poder, o estoy a veces usando realidades desagradables de la vida para cambiar mi naturaleza contumaz por la de un siervo?

¿Cómo el esposo y la esposa emplean el dinero y el tiempo para servir en lugar de dominar o manipular? Lo emplean apreciando a su cónyuge, tratando primero de comprenderlo, vaciándose a sí mismo sin suponer inmediatamente que su tarea, su tiempo o la necesidad que usted percibe es la más importante.

El mundo percibió un cuadro dramático dentro del mismo centro de la avaricia al observar la Asociación Nacional de Baloncesto de los Estados Unidos entrar en una amarga disputa en 1998 y 1999 sobre cómo dividir dos mil millones de dólares de ganancias. Usted pensará que dividir dos mil millones de dólares sería una operación algo agradable, y que la suma que vuelve loco a cualquiera —e involucraba relativamente pocas personas— tendría la tendencia de crear buenos sentimientos de agradecimiento, benevolencia y generosidad. Pero ese no fue el caso en lo absoluto. En toda la situación se destacaba el rencor, el juicio, amargas acusaciones y ataques personales.

He visto expuestos el mismo rencor e inquina cuando el esposo y la esposa tienen que dividir la suma de \$35.000, \$50.000 o \$100.000. La cantidad no importa tanto como el espíritu que había detrás del modo en que ese dinero se usaría. La verdad del caso es que el proceso de gastar el dinero invoca motivaciones, prioridades y expectativas fundamentales.

---

*¿Cómo el esposo y la esposa emplea el dinero y el tiempo para servir en lugar de dominar o manipular?*

---

¿Cómo puedo gastar mi dinero con un espíritu de servicio? Puedo hacerlo recordando que me sentiré más pleno como cristiano cuando uso todo lo que tengo —incluyendo mi dinero y mi tiempo— como un medio de servir a otros dando prioridad a mi cónyuge (después de Dios). Este compromiso socava completamente los pequeños juegos de poder. Si humillo a mi esposa destacando que soy más importante para el bienestar financiero de la familia, o si ella señala la incompetencia que muestro al realizar ciertas tareas domésticas, no solo nos estamos rebajando mutuamente, sino que nos estamos rebajando personalmente. Destruimos el concepto completo de la confraternidad cristiana al negar que cada parte tiene su lugar en el cuerpo de Cristo (1 Corintios 12:14-31).

No siempre nuestro cónyuge recompensará o notará esos pequeños actos de sacrificio, lo cual se hará más difícil con el correr del tiempo. Pero si guardamos nuestro corazón contra toda amargura o resentimiento, recibiremos la pertinente confirmación y donde sea más significativo de parte de nuestro Padre celestial.

Así como el espíritu de servicio da colorido a la forma en que gastamos nuestro dinero y nuestro tiempo, también afecta el modo en que nos relacionamos sexualmente con nuestro cónyuge. El lecho marital es incluso otra área donde nuestras habilidades de servicio se ponen a prueba.

## ¿El poder absoluto corrompe ... o sirve?

Cierta vez un reportero le preguntó a Gary Player, leyenda del juego de golf, qué haría si tuviera que escoger entre su esposa Vivienne, con quien había estado casado durante cuarenta y dos años y su palo preferido de golf. Sin titubear, Player respondió: «Con seguridad la extrañaría». Cuando volvió al hotel, halló en la cama a su amado palo engalanado con un provocativo negligé.

---

*El lecho marital es incluso otra área donde nuestras habilidades de servicio se ponen a prueba.*

---

La naturaleza del deseo sexual es tal que dota de tremendo poder relacional. La única vida sexual que un esposo cristiano puede disfrutar legítimamente es la vida romántica que su cónyuge escoge darle. Esto hace que la manipulación y el rechazo sean espectadores siempre presentes en el lecho marital. Cualquier cosa que se niegue físicamente se convierte en una negación absoluta porque no hay otra salida legítima. (Por otro lado, imponer una carga sexual insoportable sobre su cónyuge en un intento de satisfacer otras necesidades no satisfechas, también puede ser un manipulativo abuso de poder).

El viejo adagio que dice: «el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente» esto es particularmente cierto de manera microcósmica en el matrimonio. Pocas cosas en la experiencia humana se comparan con el poder absoluto del deseo sexual en el matrimonio. A veces, si estoy de mal humor, el solo hecho de saber que mi esposa está «ansiosa» me tienta con malicia a mostrarme desinteresado. Eso es vergonzoso y constituye un tiránico despliegue de poder. «Tengo lo que deseas, y no lo vas a conseguir, así es que ¡ahí tienes!» Es una forma de mostrar un hitlerismo dentro de la relación usando el poder para destruir, condenar y odiar.

---

*A veces, si estoy de mal humor, el solo hecho de saber que mi esposa está «ansiosa» me tienta a mostrarme maliciosamente desinteresado.*

---

La última noche de Jesús sobre la tierra se vio, de una manera muy diáfana, un ejemplo contrastante del uso inapropiado de poder. En el versículo 3 del capítulo 13 de su Evangelio, Juan nos dice que «Sabía Jesús que el Padre había puesto todas las cosas bajo su dominio», pero en lugar de actuar como un rencoroso tirano, se levantó de la mesa donde comían y lavó los pies de los discípulos. En lugar de usar su poder para poner mala cara, castigar o gozar

con malicia, Jesús lo usó para servir.

---

*No es una exageración decir que la verdadera naturaleza de nuestro carácter espiritual se puede demostrar de la mejor manera cuando nos enfrascamos en una relación sexual.*

---

La belleza espiritual de la sexualidad se ve en el servicio, satisfaciendo los deseos y las necesidades físicas de nuestro cónyuge. El significado espiritual de la sexualidad del cristiano se halla en dar. Cuando tenemos poder sobre otra persona y usamos ese poder responsable, apropiada y benevolentemente, crecemos en Cristo; nos asemejamos más a Dios y reflejamos el hecho de que fuimos creados para amar a Dios sirviendo a otros.

Si la sexualidad se convierte en una celebración de servicio o en un punto de contención, eso depende principalmente del altruismo de ambos compañeros. La relación sexual provee así una excelente oportunidad para que dos cristianos experimenten la prueba de su virtud de modos muy reales en este mundo.

No es una exageración decir que la verdadera naturaleza de nuestro carácter espiritual se puede demostrar de la mejor manera cuando nos enfrascamos en una relación sexual.

Cuando el sexo comienza a debilitarse espiritualmente, deja de ser recíproco. Uno de los problemas del despertar sexual en los adolescentes —así como también la fascinación con la pornografía y cosas por el estilo— es que comúnmente se divorcia del concepto de dar. Muy pronto comienza a incumbir la experiencia, recibir, tratar de comprender el misterio. En una palabra, es una cuestión de *obtener*.

Dar un atajo aquí es tan sencillo y, sin embargo, tan fatal espiritualmente. El sexo nos da la capacidad de dar a alguien de un modo humanamente asombroso y único. Y, sin embargo, este se usa para obtener, demandar, coercer, avergonzar y dañar.

Hágase estas preguntas con sinceridad: ¿Es el sexo algo que le doy a mi cónyuge, o que le estoy reteniendo? ¿Es el sexo algo que demando o que ofrezco? ¿Es el sexo algo que estoy usando como un instrumento de manipulación, o una expresión de generoso amor? Si Dios solo mirara mi sexualidad, ¿se me conocería como una persona cristiana madura o como casi una pagana?

---

*Si Dios solo mirara mi sexualidad, ¿se me conocería como una persona cristiana madura o como casi una pagana?*

---

Hay muchos libros que centran su enfoque en la maestría técnica del

sexo, y supongo que tales libros tienen su lugar. Pero el verdadero reto del sexo se encuentra en su maestría espiritual. Una vida sexual creciente, saludable, dadivosa y altruista no es fácil de mantener. Sin embargo, provee el marco adecuado para un tremendo crecimiento espiritual.

Desprovisto de este énfasis en el servicio, el sexo parece ser como la antítesis de una vida ascética, disciplinada y autocontrolada. Pero visto dentro del contexto del servicio, el sexo conduce al clímax de la madurez espiritual, disponiéndonos a recorrer un camino tan poderoso como el mayor placer humano, pero que se usa para servir en lugar de demandar, explotar o abusar. El filósofo católico Dick Westley observa: «El hecho es que la actividad sexual, cuando verdaderamente cumple con su misión de hacer el amor y con la obra del espíritu, es la antítesis de la indulgencia propia. Es la cumbre del ascetismo».<sup>11</sup>

¿No es maravilloso que Dios pueda usar algo tan terrenal y mundano como la angustia sexual o la frustración financiera para que podamos alcanzar madurez espiritual? Aprender a dar sexualmente en lugar de obtener, aprender a aminorar nuestras propias demandas y a ser más sensibles con las demandas de nuestro cónyuge, son pequeñas decisiones que cosecharán grandes dividendos en nuestra vida espiritual porque nos están enseñando a ser más altruistas. Usted imita a Jesucristo y adquiere la naturaleza de siervo, lo cual es su llamado como cristiano.

Es maravilloso ver a un esposo o a una esposa que disfrutan de unas relaciones sexuales ricas, plenas e incluso excitantes. Y no tiene nada de malo que usted tenga esta como una de sus metas. Pero junto con esa meta —de hecho *por encima* de ella— debe estar el deseo de llegar a ser un mejor cristiano. Use el lecho matrimonial para aprender a servir a otra persona y a negarse a sí mismo y los beneficios espirituales serán abundantes.

Esta misma motivación puede dar colorido a todos los aspectos de la vida marital. Aborde —con el deseo de crecer en la gracia de dar— las siguientes áreas de necesidad en su matrimonio como son las tareas domésticas, las conversaciones, el tiempo y el dinero. Ore pidiendo a Dios que las use para desarraigar su egoísmo y para enseñarle a llegar a ser una persona gentil, perdonadora, dadivosa y amable.

La esencia del cristianismo radica en llegar a ser más semejantes a Jesús, y ninguno de nosotros puede decir con cierto grado de sinceridad que hemos logrado el monopolio de ser un siervo. Todos los días nuestros matrimonios nos ofrecen oportunidades para que sigamos avanzando cada vez más en esa dirección.

ONCE

## SANTOS SEXUALES

LA SEXUALIDAD MARITAL PUEDE OFRECER REVELACIONES ESPIRITUALES Y DESARROLLO DEL CARÁCTER

Como todas las cosas realmente místicas, el amor está profunda y justamente arraigado en este mundo y en esta carne.

—KATHERINE ANNE PORTER

Cual regalos de un amante Creador, nuestros cuerpos no son barreras de la gracia. Si pudiéramos verdaderamente aceptar esto, conoceríamos a Dios hasta en los deleites ambiguos de nuestra sexualidad.

—EVELYN Y JAMES WHITEHEAD

Hallamos a Dios en el contacto de nuestros cuerpos, no solamente en los anhelos de nuestras almas.

—EVELYN Y JAMES WHITEHEAD

**E**staba comenzando en la escuela secundaria. Caminaba hacia un grupo de compañeros cuando mi mejor amigo en ese entonces salió del círculo y me detuvo.

«No», dijo. «No quieres esto».

«¿De qué hablas?», le pregunté porque me dolía que este joven, entre todos los demás, me estuviera rechazando así. «Esto no es para ti».

Más tarde me enteré que mi amigo estaba tratando de evitar que tuviera acceso a un libro que estaba circulando por nuestra escuela. Tenía que ver con el sexo —incluso con fotografías— y las páginas gastadas daban testimonio de que lo escondían con rapidez en las gavetas de las medias o debajo del colchón de numerosas casas donde vivían adolescentes.

A muchos de nosotros se nos presenta el sexo de modos vergonzosos. El hecho de ver libros «sucios» o la experiencia de algún abuso sexual a manos de una persona mayor a menudo nos introducen prematuramente al mundo

del conocimiento sexual. El resultado natural es que la mayoría de nosotros tenemos que vencer algunas ansiedades sobre el sexo asentadas en lo profundo de nuestro ser. Muchos cristianos no ven el sexo como un don por el cual debemos sentirnos agradecidos, sino como una carga atestada de la culpabilidad que debemos llevar. Y, como es natural, es difícil ver algo tan íntimamente vinculado con la culpabilidad como una escalera que asciende hacia la santidad.

---

*A muchos de nosotros se nos presenta el sexo de modos vergonzosos.*

---

Alguna de esta culpa —que el sicólogo Willard Gaylin llama «el guardián de nuestra bondad»<sup>1</sup>— está justificada. Cuando nos descarriamos de la perfecta voluntad de Dios, *deberíamos* sentirnos culpables. Pero la culpa no es infalible ni se apaga por sí misma cuando deja de ser aplicable.

A pesar de nuestra incomodidad, con la cual abordamos la sexualidad, la mayoría de los cristianos casados saben que la intimidad sexual puede producir momentos de fina trascendencia: breves vislumbres de eternidad cual puestas de sol. Bajo el éxtasis capturamos una sombra de una profunda verdad espiritual.

Así, pues, nos sobrecoge la perplejidad de que a menudo el sexo representa tanto los mejores como los peores momentos de nuestras vidas. Aunque el sexo puede a veces crear momentos que exhalan nuestra más profunda vergüenza, también puede hacernos sentir más vivos que nunca antes.

En este capítulo es mi deseo dejar atrás el daño y la vergüenza que han surgido por causa del sexo experimentado fuera de las paredes protectoras de la virtud y examinar cómo es posible que esta experiencia carnal aumente nuestras sensibilidades espirituales. Si el sexo nos va a acercar a Dios y a los otros, es vital que lo examinemos desde una dimensión cristiana. Aquí la espiritualidad cristiana nos sirve por lo menos de tres formas: Nos enseña la bondad del sexo mientras nos recuerda que hay cosas más importantes que este. Nos permite experimentar el placer sin convertir el placer en el ídolo de nuestra existencia. Nos enseña que el sexo puede verdaderamente sazonar nuestras vidas, pero también nos recuerda que el sexo nunca nutrirá nuestras almas por completo.

---

*Si el sexo nos va a acercar a Dios y a los demás, es vital que lo examinemos desde una dimensión cristiana.*

---

Para comenzar a ver el sexo en este sentido positivo, como el espejo de

nuestro deseo y pasión por Dios, la institución del matrimonio llega a convertirse en lo más importante. Si pensamos en el sexo *solo dentro del contexto del matrimonio* —y, por ese medio santificándolo tal como Dios así lo intentó—, la analogía del sexo conduciéndonos hacia Dios puede no parecer tan rebuscada. Sin duda, el sexo también es objeto de abuso dentro de la relación matrimonial; por lo tanto, demos un paso más allá. Además de la noción de que el sexo debe usarse para servir a nuestro cónyuge —como ya mencionamos antes—, es posible que también comience a tener más sentido la analogía de que nuestro desasosiego por la experiencia sexual refleja nuestro desasosiego por Dios y la habilidad de usar nuestra sexualidad como una ayuda espiritual.

---

*Piense cómo Dios puede revelársele a usted dentro del contexto del matrimonio a través de su placer sexual.*

---

Así que, para beneficiarnos de las revelaciones de este capítulo, trate de dejar atrás el daño, la vergüenza, la culpa y la angustia que usted asocia con el sexo, debido a lo que tal vez experimentó, habló o vio representado fuera del contexto de la relación matrimonial. La homosexualidad, el sexo prematrimonial, la masturbación dirigida por la fantasía, la pornografía fuerte, nada de eso constituye el “sexo” tal como lo definimos aquí. Redefina el sexo tal como lo fue en el jardín del Edén, tal como lo era cuando Adán «conoció» a Eva y comenzaron a poblar el mundo. Piense en el sexo solo en esos términos, y *luego* piense en cómo Dios puede revelársele a usted dentro del contexto del matrimonio a través del don del placer sexual.

Esto podría sonar escandaloso, pero es cierto: Dios no voltea los ojos cuando las parejas se van a la cama. Y por ende, no debemos voltear los nuestros de Dios cuando compartimos momentos íntimos con nuestro cónyuge.

## Antecesoros ambivalentes

Durante siglos los escritores cristianos espirituales han visto la sexualidad por lo menos como problemática. La iglesia cristiana ha andado delicadamente en puntillas alrededor de la esencialidad del sexo en un intento de refrenar su poder, regulando sus altas y bajas y a veces con efectos casi chistosos:

En el siglo II Clemente de Alejandría permitió el sexo sin goces y con fines procreativos solo durante doce de las veinticuatro horas del día (por la noche); pero durante la Edad Media, aunque ahora parezca ridículo, la iglesia lo prohibió cuarenta días antes de la importante festividad de la Navidad, cuarenta días antes y ocho días después de la festividad más importantes del domingo de Resurrección, ocho días después del Pentecostés y las vísperas de los días festivos, los domingos en honor a la resurrección, el miércoles para recordar los inicios del período de la Cuaresma, los viernes en memoria de la crucifixión, durante el embarazo y treinta días después del nacimiento (cuarenta si la criatura nacida era femenina), durante la menstruación y cinco días antes de la comunión!

Esto suma un total de 252 días de exclusión, sin contar los días de fiesta que si fueran treinta (un cálculo que realmente está de parte de los conservadores), solo quedarían ochenta y tres días en el año (siempre que, por supuesto, esa mujer no se hallara menstruando o embarazada o en un período post natal y siempre que tuviera la intención de procrear) para que las parejas, con permiso de la iglesia, permitieran (sin disfrutar) el coito!<sup>2</sup>

Todo esto me recuerda la vez en que mis hijos y yo estábamos en la playa. La marea venía y los niños habían construido un castillo de arena. Durante cuarenta y cinco minutos luchamos desesperadamente por salvar el castillo de arena de la intrusión del mar. Construimos grandes barreras alrededor del castillo y lo sacamos en grandes pedazos de maderas flotantes que servían de bloques. Pero, finalmente, el mar ganó la batalla y el castillo de arena se arruinó.

---

*El deseo de regular el sexo marital surge, en parte, por nuestro temor de este.*

---

El esfuerzo de imponer tantas restricciones gravosas (incluso dentro del matrimonio) sobre una fuerza tan poderosa como lo es la expresión sexual, finalmente es inútil. Es como tratar de contener el mar. El deseo de regular el

sexo marital surge, en parte, por nuestro temor de este. El sentido común nos dice que el sexo es necesario para que la raza humana continúe existiendo. La orden que Dios le dio a Adán: «Sean fructíferos y multiplíquense» (Génesis 1:28) fue un *mandato explícito* de que participaran de las relaciones sexuales. Pero las aprehensiones religiosas nos hacen pensar que «el más santo» de todos nosotros de alguna forma sentirá vergüenza de su placer. Esto, trágicamente, significaría que solo los *menos santos* en realidad podrían criar hijos, lo cual no promete nada bueno en cuanto a la fe de la próxima generación.

Este temor al sexo preparó su asalto desde temprano, particularmente en la interpretación de los obviamente eróticos Cantar de los Cantares. La obra de Orígenes (alrededor del 185-254 d.C.) implicaba con claridad que el placer carnal e intoxicante no cabía en este mundo. Solo «las delicias espirituales» contaban para algo. Dan Allender y Tremper Longman señalan: «Orígenes interpretaba el sumamente sensual Cantar de los Cantares de un modo alegórico y espiritual, haciéndole a ese libro lo mismo que hizo con su cuerpo cuando tomó un cuchillo y se castró a sí mismo».<sup>3</sup>

Un siglo más tarde en el famoso Concilio de Nicea (325 d.C.) ciertos radicales comenzaron a sugerir que los obispos deberían ser célibes. Pafnutio, un obispo ascético muy bien respetado, se opuso vigorosamente a esa sugerencia argumentando con razón que *era* “casto” que un hombre «cohabitara» con su esposa.<sup>4</sup> Fue particularmente significativo que un obispo ascético que juró ser casto tuviera la sabiduría aseverar esta posición, puesto que no tenía nada que ganar de ella. Pero Pafnutio era verdaderamente la excepción y el peso del afamado padre de la iglesia, Agustín (354-430), pronto sepultó su opinión.

Agustín —quien selló el pensamiento cristiano como pocos otros— enseñó que el coito sexual transmitía el pecado original; y por lo tanto (tal vez sin intenciones pero ciertamente con pesar) vinculó el pecado con el sexo durante algunos siglos más. Como resultado, muchas veces la iglesia tenía dificultad en conciliar la santidad con la vida sexualmente activa. Mary Anne McPherson Oliver señala que muy pocos santos canonizados estaban casados y que «ninguno de esos pocos fueron canonizados como modelos de virtud conyugal».<sup>5</sup>

---

*Agustín —quien selló el pensamiento cristiano como pocos otros—  
enseñó que el coito sexual transmitía el pecado original.*

---

Para el siglo IV Ambrosio llamaba al matrimonio como «honorable», pero equilibró el elogio llamándole a la castidad «Más honorable».

Institucionalmente, aún había este sentido en el cual el coito se «excusaba» *siempre que* su participación tuviera el intento de la procreación. Cualesquiera otras relaciones sexuales dentro del contexto matrimonial seguían constituyendo un pecado «venial» (perdonable aunque sin dejar de ser una mancha negra).

Sin embargo, *hubo* momentos de lucidez. Hay evidencia de que en tiempos medievales los sacerdotes ocasionalmente bendecían a alguna pareja de recién casados en su lecho nupcial. Es bastante interesante notar que los puritanos parecían sentirse inusualmente cómodos cuando se trataba de abrazar el placer sexual. Richard Baxter escribió que el esposo y la esposa deberían «deleitarse» en el amor, la compañía y la conversación mutua. Escribió: «Mantengan su amor conyugal en constante calor y vigor». Añadió que los esposos no deben permitir que su amor «se entibie».<sup>6</sup>

Pero la mayoría de esos adelantos perduraron poco tiempo, relativamente hablando. Un antiguo rito *Sarum* (en el cual se basaba el Libro Anglicano de Oraciones de 1549) tenía ritos nupciales, por lo menos desde 1125 d.C., que incluían las palabras «con mi cuerpo te adoro». Esta fue una declaración más bien atrevida y provocativa en cualquier período de la iglesia, sin contar el de la Edad Media; así que tal vez no sea una sorpresa que en 1786 se eliminaran del Libro Anglicano de Oraciones.

La conciliación entre el sexo y la santidad nunca se realizó por completo hasta el día de hoy, aunque de algún modo el Segundo Concilio Vaticano renunció a la idea de aceptar a los creyentes casados como cristianos de segunda clase. En un documento titulado *El llamado a la santidad para toda la iglesia* la Iglesia Católica Romana «destaca que el pueblo de Dios está llamado a entrar en la plenitud de la santidad cristiana, y que la santidad está disponible para todos los que están dentro de sus correspondientes vocaciones y a través de estas».<sup>7</sup>

Aun así, los pocos santos canonizados en el siglo XX que tuvieron relaciones maritales fueron, como Mary Anne MaPherson Oliver observa, mártires rutinarios o estigmáticos, viudas y fundadoras de órdenes religiosas, y esposos que habían dejado a sus respectivas esposas y familias para convertirse en misioneros o ermitaños. Estos individuos se exaltaron a pesar de estar casados y no por haber exhibido un compromiso inusual a la santidad dentro del matrimonio.

Tal vez debamos ser compasivos con las inquietudes sexuales de los antiguos (y de las nuestras) en parte porque pocos de nosotros podemos negar la verdad de que, en cierto sentido, «el sexo es una carga pesada que Dios ha impuesto sobre la humanidad».<sup>8</sup> Aunque no cabe duda de que la Biblia tiene un punto de vista favorable y positivo en cuanto al sexo —como por ejemplo

lo atestigua el Cantar de los Cantares—, los escritores bíblicos también están muy conscientes de la trampa del pecado sexual y de nuestra propensión a arruinar el buen don que Dios nos ha dado.

Esta inclinación humana constituye precisamente la causa de que el matrimonio sea tan crucial al procurar navegar en el mar de los deseos sexuales. Es el único contexto en el cual la sexualidad cobra ayuda y significado espiritual.

## Coloquemos el fundamento del sexo espiritualmente significativo

### Una perspectiva bíblica sobre la sexualidad

Como en todas las cosas, la teología apropiada —incluso entre los cristianos «laicos»— es vital si hemos de adoptar una perspectiva completamente bíblica de la sexualidad que nos permita incorporar la experiencia de la intimidad física a la visión de fe espiritualmente significativa. Nosotros los cristianos podemos aprender una o dos cosas de los fundamentos judíos de nuestra fe.

Hay razones teológicas que explican por qué la iglesia cristiana ha tenido más dificultad en tratar con la actividad sexual que nuestros antecesores judíos. Para el judío antiguo nada era más importante que la preservación y la pureza del linaje familiar. Como «pueblo escogido», estos consideraban el divorcio perfectamente aceptable en caso de esterilidad. Prácticamente, lo peor que usted le podía hacer a su cónyuge era negarle a sus hijos porque la progenie era el modo en que una raza no contaminada y escogida por Dios podría continuar.

---

*Para el judío antiguo nada era más importante que la preservación y la pureza del linaje familiar.*

---

Las perspectivas del judío en cuanto al sexo iban más allá de la procreación. A las antiguas mujeres judías se les daban tres «derechos fundamentales»: el alimento, la ropa y la *onah* (el coito aparte del deber de la procreación). Una religión basada en el linaje sanguíneo difícilmente puede despreciar la actividad procreativa.

El antiguo texto judío *La carta santa* (escrito por Nahamanides en el siglo XIII) considera el sexo como una experiencia mística de encontrarse con Dios: «A través del acto [del coito] se convierten en compañeros de Dios en el acto de la creación. Este es el misterio del cual los sabios dicen: “Cuando un hombre se une con su esposa en santidad, el *Shekinah* está entre ellos en el misterio del hombre y la mujer”». <sup>9</sup> La amplitud de esta declaración es sobria cuando usted considera que esa gloria de *shekinah* fue la misma presencia que experimentó Moisés cuando Dios se reunía con él cara a cara (véase Éxodo 24:15-18).

En contraste con las prohibiciones cristianas medievales, Nahmanides recomienda que las parejas casadas experimenten regularmente el coito los días sábados en celebración de su fe. Pudo abogar por este asunto porque

creía firmemente que todo lo que Dios hizo —incluyendo los órganos sexuales y por ende el sentido del toque sexual— es bueno, porque Dios lo declaró así (Génesis 1:31).

Sin embargo, para los cristianos la salvación no viene a través del linaje sanguíneo familiar sino por fe espiritual. Ya la procreación no es el objetivo más alto; lo es la fe. Así pues, si alguien evita la unión sexual para así albergar una fe más profunda, la gente asume que han escogido una manera más “sublime”. Pero el simple hecho (según la perspectiva cristiana) de que el sexo no sirva para alcanzar la salvación o para la propagación del reino de Dios sobre la tierra, no quiere decir que el sexo no tenga nada que enseñarnos en la vía de la santificación (o del crecimiento en santidad). Podemos continuar creyendo que por el propósito de la salvación la fe toma precedencia sobre la procreación mientras sigamos apreciando el aspecto judío de procurar la gloria de la *shekinah* en el lecho marital.

---

*Dios creó la carne y cuando lo hizo, creó algunas sensaciones asombrosas.*

---

Para usar nuestra sexualidad como una disciplina espiritual, es decir, para integrar nuestra fe a nuestra carne, es imperativo que lleguemos a estar suficientemente fundados en el aspecto teológico para incorporar en nuestra mentalidad la perspectiva judía sobre la sexualidad. Dios creó la carne y cuando lo hizo, creó algunas sensaciones asombrosas. Mientras que el órgano sexual masculino tiene múltiples funciones, el clítoris femenino tiene solo una: la del placer sexual. Con toda intención Dios creó un órgano corporal que no tiene otro propósito que el de brindarle a las mujeres el éxtasis sexual. Esta no fue idea de Satanás sino de Dios. Y Dios llamó a cada pizca de su creación «muy buena» (Génesis 1:31).

Betsy Ricucci ha abordado este tema desde la perspectiva femenina: «Dentro del contexto del amor del pacto y del servicio mutuo, ninguna pasión es excesiva. La Escritura dice que nuestra intimidad sexual debe ser estimulante (Proverbios 5:19). Créalo o no, glorificamos a Dios al cultivar un deseo sexual por nuestros esposos y acoger su deseo sexual por nosotros».<sup>10</sup>

Si en vez de gratitud, la culpa arroja una sombra sobre su experiencia del sexo, practique dándole gracias a Dios por lo que el sexo significa. Por ejemplo, una mujer podría orar muy explícitamente, pero con santidad: «Dios, gracias porque me siento seducida cuando mi esposo me acaricia mis senos». Las parejas podrían incluso orar juntas dándole gracias a Dios por el placer que rodea la consumación del acto marital. Este sencillo acto de agradecimiento puede santificar un acto que divorcia a muchos cristianos de su vida espiritual con Dios. La razón por la que sentimos buena esa relación es

porque Dios la diseñó así.

Una vez que evaluemos los fundamentos teológicos sobre los cuales edificar nuestra perspectiva respecto al sexo marital, también necesitamos examinar nuestras actitudes emocionales. En ese caso, la gratitud debe reemplazar la culpabilidad.

### **La gratitud debe reemplazar la culpabilidad**

En su libro *Music Through the Eyes of Faith* [La música a través de los ojos de la fe], Harold Best cuenta la historia verídica de un joven que se llegó a involucrar intensamente en un culto satánico. «Este no era un culto improvisado», escribe Best, «sino uno que tenía un motivo serio y profundo». El culto desarrollaba una liturgia sofisticada y elaborada que se enfocaba en las composiciones de Johann Sebastian Bach.

Más tarde el joven se hizo cristiano y comenzó a asistir a los servicios de adoración de una iglesia local. Todo fue bien hasta que el organista interpretó una pieza compuesta por Bach. El joven creyente se sintió sobrecogido por el temor y huyó del santuario.

Best escribe que la obra de Bach «representa una de las más nobles composiciones musicales para la adoración cristiana. Pero para ese joven, sin embargo, no era noble en lo absoluto sino que más bien resumía todo lo que era maligno, horrible y anticristiano». <sup>11</sup>

Así es el sexo para algunos cristianos. Vinculaciones pasadas y sentimientos de culpabilidad han creado severos obstáculos espirituales. Mientras que pocos sugerirían que las composiciones de Bach son inherentemente malvadas, el joven *sintió* que sí lo eran debido a la forma en que abusaron de las obras de Bach en su experiencia pasada. De la misma forma algunos cristianos tratan con vehemencia no creer que el sexo es inherentemente malo, pero debido a previas experiencias negativas para ellos, verdaderamente *sienten* que sí lo es. El efecto de esos obstáculos puede aminorarse por medio de una apropiada apreciación bíblica sobre el sexo, así como también por medio de la práctica de la confesión y el arrepentimiento. Si en su historia hay abuso, usted podría considerar la posibilidad de buscar consejería como un medio de ayuda para obtener una nueva y —con esperanzas— más favorable perspectiva sobre el sexo.

---

*El sexo no puede pagar dividendos espirituales si su circulación está cubierta por una infundada e ilegítima culpabilidad.*

---

El sexo no puede pagar dividendos espirituales si su moneda está cubierta por una infundada e ilegítima culpabilidad. La gratitud hacia Dios por esa asombrosa experiencia es esencial; de lo contrario, los poderosos sentimientos

vinculados con el sexo nos conducirán a concentrarnos en nosotros mismos.

Irónicamente, la idolatría del sexo y la culpa obsesiva sobre el sexo realizan lo mismo: mantienen su enfoque en el yo, ya sea por goce o desesperación. La gratitud, por otro lado, vuelve nuestros corazones hacia Dios.

Me tomó algún tiempo darme cuenta de cuán inadvertidamente estaba insultando a Dios al titubear en aceptar la santidad y placer del sexo. No tengo ningún problema en imaginarme a alguien que busque a Dios resistiendo el dolor de un ayuno. Pero, ¿qué clase de Dios me estoy imaginando si puedo permitir que el dolor en lugar del placer revele la presencia de Dios en mi vida? En lugar de mostrarme sospechoso del placer y la intimidad física y espiritual que resultan de estar con mi esposa, necesito adoptar una actitud de profundo agradecimiento y asombro.<sup>12</sup>

Una vez que hayamos reevaluado nuestra teología y nuestras actitudes emocionales, también necesitamos reconsiderar nuestras expectativas, es decir, qué *tipo* de intimidad estamos buscando.

### **Vea a su cónyuge como más que un o una amante**

El tercer paso para llegar a estar completamente listos para usar la sexualidad como una disciplina espiritual es recordar que en el matrimonio cristiano el esposo y la esposa son más que amantes: son hermano y hermana en Cristo.

Durante mi noviazgo con Lisa, le di un poema titulado «Mi hermana, Su novia» en el cual expresaba cómo el paso que estábamos dando hacia el matrimonio era muy grandioso en este mundo, pero que ya existía un vínculo eterno más significativo entre nosotros que realmente sobreviviría a nuestro estado como esposo y esposa: el de hermano y hermana en Cristo. Estas relaciones de hermano y hermana tienen una profundidad espiritual tal que muy frecuentemente queda sin explorar.

---

*El sexo habla de las realidades espirituales mucho más profundas  
que el mero placer.*

---

Otto Piper lo explica de este modo: «El creyente que conduzca su matrimonio como en el Señor, procurará que su matrimonio trascienda la mera sexualidad destacando su comunión con Dios. Luego entonces, el cónyuge no es solo un compañero/a sexual sino también, sobre todo, un hermano y una hermana en Cristo. De este modo el anhelo instintivo inherente en todo el amor se hace real: nuestras vidas terrenales se transforman en vidas con Dios».<sup>13</sup>

Eso significa que aunque el placer físico es bueno y aceptable, no debemos reducir el sexo a una mera experiencia física. Se trata de algo muchísimo más que eso; el sexo habla de las realidades espirituales mucho más profundas que el mero placer.

Cuando Pablo nos dice que nuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19), nuestras contemplaciones sobre la importancia del sexo cobran un significado completamente diferente. En un matrimonio cristiano tanto la mujer como el hombre son cuerpos *santificados*, lo que una mujer está permitiendo que entre en ella y lo que el hombre desea penetrar, son cuerpos en los cuales Dios está presente a través del Espíritu Santo; cuerpos que se unen celebrando, pero con un espíritu de reverencia y santidad.

Si Pablo nos dice que el cuerpo de un hombre es santo y no ha de unirse con una prostituta, en otras palabras, si hemos de usar tales imágenes para *evitar* el pecado, ¿no puede el cristiano usar la misma imagen para acercarse *hacia* la presencia de Dios de un modo único al unir su cuerpo con el de su esposa? ¿No está de alguna forma entrando en el templo de Dios —tocando a la puerta de la gloria del *shekinah*— cuando se une a otra creyente? ¿Y no es este un estímulo tácito tal vez de incluso pensar en Dios al unir su cuerpo con el de su esposa?

Otto Piper nos insta a ver el acto sexual como un cuadro físico de una realidad espiritual más profunda: «nos hemos unido en [Dios], llamados por él, creando una familia, sirviéndolo, viviendo él en nosotros dos, ahora expresando físicamente la verdad espiritual que ha creado. Ahora ya no somos más dos sino uno».<sup>14</sup>

---

*Una esposa no puede reinventarse diariamente, así es que un hombre no puede vencer la pasión por la obscenidad sexual tratando de convertir a su esposa en la figura desnuda de las páginas del centro de una revista de pornografía.*

---

Este elemento espiritual del sexo es una ayuda crucial que conduce a los hombres a experimentar liberación de las adicciones sexuales. Cuando el sexo se reduce solo al placer, no es posible que ninguna esposa pueda satisfacer las expectativas de su esposo. El placer, por naturaleza, es efímero, es temporal. Leí un artículo que escribió un cristiano que venció una seria adicción a la pornografía y aclaró bien que siempre necesitaba una *nueva* revista. Aunque poseía suficientes cuadros de mujeres desnudas como para empapelar todas las paredes de su casa (más de los que posiblemente pudiera mirar en el curso de un día), necesitaba la emoción de obtener *nuevos* cuadros de *nuevas* mujeres.

Una esposa no puede reinventarse diariamente, así es que un hombre no puede dar un puntapiés a la pasión por la obscenidad sexual tratando de convertir a su esposa en la figura desnuda de las páginas del centro de una revista de pornografía. En el lecho marital debe buscar y hallar algo muy diferente. Puede buscar un profundo (pero muchas veces más tranquilo) cumplimiento del sexo espiritualmente significativo, que busca a Dios y la comunión cristiana detrás del placer. No huyendo de este, por supuesto, pero tampoco convirtiendo el placer en un ídolo.

Recuerde que cada deseo que nos cautiva en la carne es señal de una necesidad que se puede satisfacer mejor con Dios. El único contexto de un buen sexo es el sexo marital. El sexo ilícito, espiritualmente, es un alimento de poco valor nutritivo; dulce de inmediato, pero algo que envenenará nuestro apetito espiritual hasta ansiar lo que finalmente nos destruirá. El sexo ilícito no hará más que disminuir nuestra sensibilidad hacia la santidad, la justicia y la presencia de Dios en nuestras vidas.

La experiencia física y profundamente carnal del sexo se puede disfrutar sin sentido de culpabilidad, pero hay un cumplimiento inherente aun más profundo cuando un hombre y una mujer se enfrascan en las relaciones sexuales. No reduzca el sexo a una experiencia física o espiritual. Son ambas cosas, pero profundamente.

Y ahora que hemos examinado nuestra teología, nuestras actitudes emocionales y nuestras expectativas con respecto al sexo, debemos llegar a sentirnos cómodos con el inherente anhelo deseo sexual que a veces es temible.

### **Reconciliemos el poder del sexo El sexo**

no es una necesidad física como lo es el alimento; usted puede sobrevivir toda una vida sin un solo orgasmo. Pero verdaderamente es un *impulso* fisiológico. Es constante, y lo es tanto físico como emocional. Y lo más importante es que ese deseo físico —que se siente como una necesidad— que el hombre y la mujer tienen el uno por el otro *está allí porque Dios lo diseñó. Dios* coloca esa «necesidad» en nosotros.

¿Cómo abordamos este sentido de necesidad desde una perspectiva cristiana? Para entenderlo nos ayudaría ver escondida en esa analogía el sentido de necesidad que representa nuestro anhelo de Dios, de que estamos incompletos sin él y necesitamos unirnos de nuevo a él. Thomas Hart observa que «nuestra fascinación con el sexo está estrechamente relacionada con nuestra fascinación con Dios».<sup>15</sup>

El sexo no puede *reemplazar* a Dios. El sexo no basta como para ser un sustituto de Dios. Pero al contemplarlo de un modo bien intencionado, este

nos ofrece una meditación fructuosa sobre nuestra necesidad y deseo de Dios; ese sentido de falta de plenitud seguido por el gozo y la realización aun más dulcificado tras finalmente entregarnos a la otra persona.

Si no hubiera una gran necesidad, el cumplimiento sería menos dulce. Es solo cuando verdaderamente siento hambre que puedo apreciar plenamente una buena comida. La pasión es algo que a algunos nos atemoriza. El sentido de anhelo nos recuerda que nosotros mismos somos incompletos. Pero el hecho es que Dios no nos creó incompletos. Lo necesitamos a él y necesitamos a otros.

---

*No hay garantía de que nuestro cónyuge no use nuestro deseo en contra nuestra.*

---

Recuerdo que aún era muy joven cuando leí el Cantar de los Cantares con gran incomodidad debido, en gran parte, a que me sentía aterrorizado al pensar que se me presentara el caso en el que yo llegara alguna vez a querer tan desesperadamente a alguien como esos dos amantes se querían entre sí. Ese deseo, supe siendo todavía joven, nos puede conducir a una tremenda pena, desilusión y dolor.

Querer a Dios nos da temor. ¿Y si él no se presenta? Incluso nos asusta el querer a otro ser humano. ¿Y si rechazan nuestras insinuaciones o usan nuestro deseo como un arma en contra nuestra?

Aquí está la dificultad: no hay garantía de que nuestro cónyuge no use nuestro deseo en contra nuestra. Pero aunque esto ofrece un punto de posible manipulación, también ofrece una vía de crecimiento espiritual. Podemos usar ese sentido de necesidad como un medio para crecer como siervos el uno del otro. En un matrimonio cristiano saludable, en el que tanto el esposo como la esposa procuran satisfacer amorosamente sus deseos sexuales mutuos, ambos pueden aprender que Dios también los ministrará a ellos. Tal como Jesús usa el ejemplo (Mateo 7:9) de un padre terrenal que no le dará una piedra a su hijo cuando este le pide pan —y alienta a sus seguidores a confiar en Dios de la misma forma para que nos dé buenos dones— también el hombre o la mujer pueden estar disponibles para abrir su corazón a Dios cuando experimentan cuán generoso es su cónyuge al satisfacer la necesidad de expresar su deseo sexual.

Lo cierto es que sin ese impulso fisiológico muchas parejas se apartarían lentamente. Por naturaleza somos seres egoístas que nos escondemos el uno del otro. El hecho de procurar constantemente acercarnos hacia los demás y mostrar empatía por ellos obra en contra de nuestra inclinación pecaminosa y egocéntrica. Al crear un deseo físico, Dios nos invita a participar de la realidad espiritual de aprender a compartir, tener comunión y entrar en la vida y el

alma de otro ser humano de un modo profundo.

Los pensamientos expresados anteriormente tienen la intención de legitimar el uso de la expresión sexual como un instrumento del desarrollo espiritual. Haría falta un libro entero para explorar plenamente este tema, pero en la próxima sección consideraremos unos cuantos ejemplos representativos de *cómo* una pareja casada podría usar los aspectos de su intimidad física para crecer espiritualmente.

## El desarrollo espiritual a través de la expresión sexual

Bernard de Clairvaux (1090-1153) enseñó que el amor carnal o terrenal es realmente el primer paso en la experiencia humana que nos conduce a amar a Dios. Algo así como un kindergarten en el cual aprendemos a llevarnos bien con los demás y sentarnos detrás de un pupitre antes de que comience la «verdadera escuela» en el primer grado. Él llevó esto a un paso más adelante cuando sugirió que, por ser carnales, nuestro amor por Dios en esta vida tendrá un elemento apropiadamente carnal. Verdaderamente, al leer algunos de los testimonios de los místicos, su amor desvergonzado por Dios tenía ese elemento casi erótico.

---

*El matrimonio nos ofrece un contexto que alienta el crecimiento espiritual motivándonos a evaluar el carácter, la virtud y la bondad en contra de un modo físico idealizado.*

---

En lugar de huir de ese elemento de expresión sexual, podemos canalizarlo en la dirección apropiada. C.S. Lewis escribió: «Los placeres son dardos de gloria al rozar con nuestra sensibilidad ...

Conviértalos en canales de adoración”.<sup>16</sup> En esta sección procuramos hacer eso: tornar nuestros placeres (y retos) maritales terrenales en canales de santa adoración.

Muchos libros ofrecen una guía sobre una variedad de posiciones sexuales y en modos de mantener el sexo fresco. Aquí me gustaría considerar el lado espiritual de la sexualidad, examinando cómo podemos transformarnos espiritualmente al realizar ese mismo acto físico. Haremos esto procurando tener nuestra noción de la belleza transformada; aprendiendo a dar lo que tenemos; siendo llamados a salir más allá de nuestro ser; aprendiendo a llegar a ser más apasionados y cultivando el arte de la celebración.

## Obtengamos la perspectiva de Dios sobre la belleza marital

El matrimonio toma la fuerza bruta de la sexualidad y la vincula con la intimidad emocional, la compañía, las responsabilidades familiares y la permanencia de la relación. Al hacerlo así, este nos ofrece un contexto que alienta el crecimiento espiritual motivándonos a estimar el carácter, la virtud y la bondad en contra de una figura física idealizada.

En su preparación para tomar parte en el lanzamiento de una película importante en la cual prevalecería la desnudez, una actriz internacionalmente famosa pasaba cinco horas al día en un gimnasio con la asistencia de un entrenador personal. Todo esto refinaría la cirugía del realce del cuerpo que antes había tomado lugar en su vida. Si se tiene suficiente tiempo y dinero, una peluquera profesional y un equipo de maquillaje, virtualmente cualquier mujer puede «lucir bien».

No niego el hecho de que una de las razones por la que al principio me sentí atraído hacia Lisa es porque pensé que lucía bien. ¿Pero qué sucedería si verse bien se convirtiera en una obsesión para Lisa? ¿Piensa Dios que pasar tres horas en un gimnasio luchando fervientemente contra las realidades de la naturaleza para preservar el vientre de una adolescente (con las caderas de una mujer madura y los senos de una mujer lactante) es una manera provechosa de usar bien el tiempo?

Pedro, el discípulo de Jesús, nos deja encontrar la respuesta. Dice muy explícitamente que las mujeres no deben enfocarse en su belleza externa que requiere de «adornos externos», sino más bien aspirar a conseguir una belleza «incorruptible, la que procede de lo íntimo del corazón y consiste en un espíritu suave y apacible, [porque] ésta sí que tiene mucho valor delante de Dios» (1 Pedro 3:3-4).

Note que en su afán de obtener belleza, la Biblia guía a las esposas hacia la creación de una belleza que es de gran valor *ante Dios*. Los esposos podrían enfocarse en las cosas equivocadas, pero tocante a la belleza hasta Pedro insta a las esposas a proyectar sus vidas hacia la perspectiva de Dios. Esta instrucción es crucial por un número de razones.

En el libro de C.S. Lewis titulado *The Screwtape Letters* [Las cartas a un diablo novato], el demonio Screwtape se lamenta de que Wormwood le haya permitido a ese hombre obtener la victoria sobre la tentación sexual. El próximo paso de Screwtape es este: «Si no podemos usar su sexualidad para quitarle su castidad, debemos tratar de usarla para promover un matrimonio deseable». Tenga en mente aquí que «deseable» es para la perspectiva

*demoniaca*, lo que «desastrosa» es para la perspectiva cristiana. Al referirse a las huestes demoníacas, Screwtape continua diciendo:

El objetivo de esos grandes maestros es producir en cada etapa una dirección general equivocada en cuanto a lo que puede llamarse “gusto” sexual. Esto lo hacen obrando a través del pequeño círculo de artistas populares, peluqueras, actrices y anunciadores que determinan el tipo de modas. El objetivo es alejar a cada sexo de aquellos miembros del otro sexo con los cuales probablemente se realicen matrimonios espiritualmente útiles, felices y fértiles ...

Con respecto al gusto masculino hemos variado bastante. En una ocasión lo dirigimos a un tipo de belleza escultural y aristocrática mezclando la vanidad de los hombres con sus deseos, y alentando a la raza a procrearse mayormente entre las mujeres más arrogantes y pródigas. En otra ocasión seleccionamos un tipo exageradamente femenino desfalleciente y lánguido para que la tontería y la cobardía, y todas las falsedades generales y las pequeñeces de la mente que les acompañan, estuvieran en gran demanda ...

Y eso no es todo. Tuvimos la audacia de obtener un gran aumento en las licencias que la sociedad permite para ofrecer representaciones de desnudez aparente (no reales) en el arte y en sus exhibiciones en el escenario o en las playas. Todo es falso, por supuesto; las figuras del arte popular se dibujan falsamente; las verdaderas mujeres en trusas ... están en realidad apretadas y apuntaladas para hacerlas parecer más firmes y delgadas ... de lo que la naturaleza le permite a una mujer adulta. Como resultado, estamos dirigiendo cada vez más los deseos de los hombres hacia algo que no existe, haciendo que el papel que desempeñan los ojos en la sexualidad sea cada vez más importante y al mismo tiempo haciendo que sus demandas sean cada vez más imposibles de obtener. ¡Con facilidad usted puede anticipar el porvenir!<sup>17</sup>

El deber cristiano de los hombres casados es revertir esa propensión y hacer que «el papel de los ojos en la sexualidad» sea *menos* importante al abrazar la realidad espiritual de lo que está tomando lugar. La vista es algo que los hombres siempre toman mucho en consideración — así es como Dios nos creó—, pero podemos llegar a madurar más en cuanto a lo que anhelamos ver. *Los apetitos se pueden cultivar*. Distintas culturas disfrutaban diferentes alimentos porque sus habitantes lo han comido toda la vida. Mis hijos se taparían la nariz si mi esposa les diera de comer arroz en el desayuno; pero en

China los niños mirarán de soslayo si en esa situación se les presentara un plato de Cheerios [un cereal muy popular entre los niños de este país].

El mismo principio se aplica al gusto en el deseo sexual. En diferentes eras de la historia se apreciaban distintas figuras en las mujeres debido a lo que estaba de moda. Mientras las supermodelos de hoy día se inclinan hacia la esbeltez excesiva (con senos de tamaño de adulta pero vientres y caderas de adolescentes), una antigua palabra Sánscrita (*gajagamini*) describe la que entonces era una belleza femenina ideal en la antigua India que se traduce literalmente como «mujer con el andar de un elefante». La historia no ha producido la belleza definitiva. El debate nunca se ha resuelto. Aquello que obsesiona o es objeto de fantasía, o sobre lo que se concentran un hombre o a una mujer, dará la forma a lo que desean.

---

*Un buen matrimonio le da forma a nuestro punto de vista sobre la belleza para enfocarse en las cualidades internas.*

---

Un buen matrimonio le da forma a nuestro punto de vista sobre la belleza para enfocarse en las cualidades internas. *The Holy Letter* argumenta que cuando un hombre escoge a una mujer solo por su belleza física, «la unión no se realiza por el bien del cielo». <sup>18</sup> La belleza es maravillosa, pero no es el único objeto de valor ni incluso el más alto cuando queremos establecer un matrimonio cristiano.

Es probable que la mujer soltera enfrente grandes tentaciones para llegar a convertirse en el tipo de mujer con quien un hombre quisiera casarse. Y eso muy bien podría competir con el tipo de mujer que vive una vida responsable ante Dios. Pero las mujeres solteras saben que a los hombres les atrae cierta figura física y, por lo tanto, estarán inclinadas a esforzarse más en cambiar físicamente que en cambiar internamente desarrollando la piedad. El matrimonio puede liberar a las mujeres de esta búsqueda vana; una vez que se casan, pueden enfocarse más intensamente en la belleza interna que Dios halla tan atractiva.

Esto no sugiere que los hombres o las mujeres deban descuidar sus cuerpos físicos y perder la figura. El cuidado de tener una buena figura es un regalo que le podemos dar a nuestro cónyuge. Pero también lo es la gracia de la *aceptación* —particularmente de parte de los esposos— tomando en consideración su edad, y en el caso de las mujeres que la maternidad finalmente cambia la figura de cada cuerpo individual. El matrimonio ayuda a los hombres a transformar su mentalidad de tener obsesión por los cuerpos «que no existen» por la de una reconsideración de las prioridades y los valores morales.

Por ejemplo, el matrimonio nos invita a redirigir nuestros deseos para

enfocarnos en *una mujer* o en *un hombre en particular* más bien que en la perspectiva social de las mujeres o los hombres en general. Nosotros los hombres estamos casados con mujeres cuyos cuerpos conocemos íntimamente. Y de ese cuerpo es que nacieron nuestros hijos. Dios nos da el cuerpo de cada cual como regalos en los cuales deleitarnos. Pero al recibir nuestro regalo, no debemos envidiar el de otro.

El día que me casé comencé a orar pidiendo: «Señor, ayúdame a definir la belleza de acuerdo al cuerpo que posee Lisa. Modela mis deseos para que solo ella me atraiga». Aprendí en el libro de Proverbios que debo deleitarme en *mi esposa* y no en las mujeres en general. El escritor dice: «...¡Goza con la esposa de tu juventud! Es una gacela amorosa, es una cervatilla encantadora. ¡Que sus pechos te satisfagan siempre! ¡Que su amor te cautive todo el tiempo! ¿Por qué, hijo mío, dejarte cautivar por una adúltera? ¿Por qué abrazarte al pecho de la mujer ajena?» (Proverbios 5:18-20).

---

*La sexualidad entre los casados ayuda a modelarnos espiritualmente considerando las prioridades de lo que más valoramos y aquello que tenemos en alta estima.*

---

No puedo explicar esto completamente sin avergonzar a mi esposa, así es que voy a hablar en forma general. Dios ha respondido mi oración. Las características físicas que distinguen a mi esposa son características que generalmente hallo más atractivas en otras mujeres.

Pero igualmente importante es una esposa que obra en su belleza interna, cuyo objetivo de la santificación está por encima del de querer caber en vestidos de talla cuatro. Esa es una belleza que nunca pasa de moda.

La sexualidad entre los casados ayuda a modelarnos espiritualmente al formar las prioridades que valoramos y tenemos en alta estima. En realidad, muchos de nosotros no nos percatamos de cuán vacío está este mundo y de lo que realmente sus valores son. Un hombre o una mujer joven pueden llegar a ser ridículamente ricos e increíblemente famosos —sin tomar en cuenta si son personas de carácter, de altas normas morales o ejemplarmente sabios— si estuvieran dispuestos a desnudarse en la última película de éxito rotundo de Hollywood. El efecto neto es que muchas personas que no pueden exhibir un tipo de cuerpo en particular se sienten *desvalorizadas*.

Estoy convencido de que con el Espíritu de Dios dentro de nosotros podemos llegar a enamorarnos de las cosas que enamoran a Dios. Al negarme apetitos errantes y meditar y alimentarme de las cosas correctas —incluyendo el hecho de que el amor de mi esposa «me cautiva»— me entrenaré para desear solo lo que es apropiado desear. Esto no significa que no pueda apreciar la belleza de otra persona; significa que puedo apreciarla sin

obsesionarme.

Puedo ver sin desear entrar en una relación inapropiada sexual o emocionalmente.

La madurez demanda que adoptemos este punto de vista. Evelyn y James Whitehead lo exponen muy sencilla y poderosamente: «Cuando solamente el cuerpo es la morada del amor, el cambio se convierte en un enemigo».<sup>19</sup> Desde la perspectiva cristiana, *el cambio no es un enemigo sino es, de hecho, el propósito del matrimonio*, suponiendo que el cambio que deseamos sea el de llegar a ser más santo. Si el hecho de aceptar a mi esposa solo se basara en mis sentimientos sobre su apariencia exterior en lugar de sus cualidades internas, el tiempo erosionaría mi afecto lento pero con seguridad.

Los que viven solo para obtener placer y estímulo sexual conocen una vida muy limitada y probablemente experimentarán un alto grado de frustración cuando inevitablemente el tiempo les pase la cuenta a sus cuerpos envejecidos. Los que hallan sentido y cumplimiento no solo en la sexualidad sino en la paternidad —o maternidad— de sus hijos, el servicio a Dios, una vida constante de oración y una vida virtuosa, tienen una base mucho más amplia desde la cual disfrutar la vida. Un matrimonio considerado y pío se moverá en esa dirección.

---

*El hecho de continuar entregándole su cuerpo a su esposo(a) aun cuando cree que este constituye una «mercancía dañada» puede tener una tremenda recompensa espiritual.*

---

## Ofrezca lo que tiene

¿Recuerda la primera vez que vio a su esposa desnuda? Una pareja de muy buenos amigos trataron de «entrar con cuidado» la noche de su boda. Decidieron tomar una ducha juntos con las luces apagadas. Desdichadamente la bañadera comenzó a inundarse. Todo estaba oscuro, recuerdan, así que no podían explicarse lo que estaba ocurriendo en el desagüe de la bañera de ese hotel desconocido. Con mortificación se vieron *desnudos* forzados a encender las luces y comenzar a secar el piso. ¡Su «transición del crepúsculo» se convirtió en un «espectáculo brillante»!

Una cosa es estar desnudo y relativamente en forma frente a su compañero a la edad de los veinte. Pero, ¿cómo es cuando pasamos los treinta, cuarenta o sesenta? ¿Y cuando su esposa ha dado a luz a uno (o dos o tres hijos) y el metabolismo del esposo ha disminuido depositando masitas alrededor de su cintura?

El hecho de continuar entregándole su cuerpo a su cónyuge aunque crea que este constituye una «mercancía dañada» puede tener una tremenda recompensa espiritual. Engendra humildad, servicio y enfoques en otras cosas así como también el machacar constantemente un poderoso principio espiritual: Ofrezca lo que tiene.

Muchas veces se nos llama a seguir sirviendo a Dios aunque sepamos que la situación es menos que ideal. Tal vez sintamos el deseo de impartir el mensaje del evangelio a algún vecino, pero creemos que no somos suficientemente inteligentes o nuestros conocimientos bíblicos no bastan para eso. O quizás nos enteremos de alguna institución caritativa que valga la pena y deseemos contribuir con miles de dólares pero sabemos que nos será difícil encontrar un billete de veinte.

El matrimonio nos enseña a dar lo que tenemos. Dios nos ha dado un cuerpo. Le ha mandado a su cónyuge a deleitarse en ese cuerpo, y solo en él. Si rehusamos ofrecer nuestro cuerpo a nuestro cónyuge, eso se convertirá en una negación absoluta. Podremos pensar que no es un cuerpo perfecto, pero es el único que podemos dar.

De ningún modo sugiero que sea *fácil* dar, pero digo que *vale la pena*. Tiene su recompensa decir: «Deseo darte lo mejor, aunque no crea que eso mejor sea tan fantástico». Ese tipo de compromiso me recuerda a Pedro, quien le dijo a un mendigo de Jerusalén: «No tengo plata ni oro ... pero lo que tengo te doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, ¡levántate y anda!» (Hechos 3:6).

Muchas personas dejan de darle algo a Dios o a otros sencillamente porque no pueden darlo todo. Aprenda a dar pequeños pasos de obediencia

hacia Dios —ofreciéndole lo que tiene, con todas sus imperfecciones y limitaciones— ofreciendo lo que tiene a su cónyuge.

## Un llamado a salir de nosotros mismos

Uno de los problemas más desconcertantes para mí al considerar la espiritualidad cristiana ha sido el de admitir cuánto nos afecta la química. Es asombroso ver a alguien virtualmente curado de serios desórdenes por medio de un reajuste de su desequilibrio químico.

Los científicos han demostrado que cuando los hombres envejecen tienen la tendencia de cuidar más a los demás y su nivel de testosterona disminuye. Por otra parte cuando las mujeres envejecen muchas veces se vuelven más ambiciosas mientras sus niveles de estrógeno pasan por ciertos ajustes.

Cuando las hormonas representan un papel menor, las diferencias del sexo comienzan a borrarse un tanto (pero nunca se eclipsan por completo).

Nuestra sexualidad está indeleblemente vinculada con nuestras necesidades corporales de naturaleza química. Puedo abstenerme por algún tiempo, pero con el correr del tiempo la abstinencia cambia en su naturaleza. No siempre me gusta el hecho de que una lucha espiritual tenga un alivio tan físico, pero así es como Dios me hizo y también a usted.

---

*El sexo puede ser la manera en que Dios nos llama a vincularnos entre nosotros.*

---

Sin embargo, hay otra forma de considerar esto. El sexo puede ser la manera en que Dios nos llame a vincularnos entre nosotros. Literalmente, esta necesidad de expresión física a veces nos forzará a trabajar y a resolver los conflictos emocionales y espirituales. Aquí es donde la perspectiva bíblica sobre el divorcio y un nuevo matrimonio es esencial. Muchos cristianos entran en el proceso del divorcio suponiendo que automáticamente pueden volverse a casar tan pronto como los papeles del divorcio finalicen. Pero digamos que fuéramos a aceptar la perspectiva bíblica (y nuestras leyes civiles y los líderes de la iglesia la apoyaran), lo cual, en la mayoría de los casos declararía algo así: «Usted podrá optar por el divorcio, pero durante el resto de su vida no podrá volverse a enfrascar en actividades sexuales con ninguna otra persona». La mayoría de los hombres —si no todos— hallarían o crearían una forma de reconciliarse. No escogerían el celibato.

Recuerdo una vez cuando hablé francamente con dos hombres cristianos sobre los ideales del matrimonio en nuestra fe. Se rieron a más no poder cuando confesé libremente: «Apuesto que me he tragado algunos razonamientos porque quería “algo” de mi esposa». Ambos admitieron, aunque un tanto avergonzados, que ellos también habían hecho lo mismo. No me enorgullece el hecho de estar menos deseoso de mantener firmes mis

creencias cuando siento «la necesidad», —y particularmente no me gusta el hecho de que lo que se siente como una necesidad física dirija mis actividades espirituales— pero puedo aprender a usar esa necesidad física para obtener un beneficio espiritual.

---

*Podemos aprender a usar el impulso sexual para arreglar nuestro carácter.*

---

Déjeme explicarlo sucintamente: podemos aprender a usar el impulso sexual para arreglar nuestro carácter. De la necesidad de tener intimidad con sus esposas, los esposos pueden aprender a mostrar ternura y empatía. Las esposas pueden usar su intimidad física para ayudar a captar el interés emocional de sus esposos. Emocionalmente. En cuanto al aspecto idealista, buscaremos oportunidades de crecer, porque eso es lo que se nos llama a hacer como cristianos. En el aspecto realista no nos hace daño tener esa necesidad física empujándonos en esa misma dirección de crecer en el carácter.

Recuerde, somos santos *caídos*. No hay duda alguna de que Dios nos ha redimido, pero todos nosotros seguimos enlodados por el pecado. Nuestra santificación nunca llegará a ser perfecta mientras estemos de este lado del cielo. Algo tan importante como la preservación del matrimonio — especialmente en los primeros años cuando los niños son pequeños y la estabilidad es supremamente importante— no puede dejársele meramente a los motivos altruistas.

El impulso sexual nos llama literalmente a salir de nosotros mismos para entrar en la otra persona. Siempre que la “otra” persona sea nuestro cónyuge, este es un ejercicio fructuoso. Nos refuerza el concepto de «caer hacia delante» del cual hablamos en el capítulo nueve. Al ser llamados a salir de nosotros mismos, nutrimos la interdependencia y la comunión, dos prácticas cristianas muy valiosas.

## El precio de la pasión

De los registros de la vida del rey David y de sus Salmos, queda en claro que este era un hombre extraordinariamente apasionado. Cuando el profeta Natán le cuenta la historia del hombre rico que le robó una oveja a un hombre pobre, David se enfureció. «¡Quien hizo eso merece la muerte» (2 Samuel 12:5). Maldice sin percatarse de que Natán se está refiriendo a él. Y cuando David escribe declarando su pasión por Dios, lo hace con un fervor y una emoción casi inigualables: «Mi alma tiene sed de ti; todo mi ser te anhela, cual tierra seca, extenuada y sedienta» (Salmo 63:1).

No cabe duda de que la pasión de David ocasionalmente le trajo problemas, la historia de Betsabé es bien conocida, pero en ninguna parte de las Escrituras se nos dice que vayamos al extremo opuesto y optemos por llevar una existencia completamente ausente de pasión. En efecto, en el libro de Apocalipsis se nos dice que Dios prefiere que seamos o calientes o fríos, pero no pútridos «tibios» (Apocalipsis 3:16).

---

*Así como el amor nos expande, también la pasión puede hacer lo mismo.*

---

El filósofo alemán Martín Heidegger alegaba que nuestras pasiones nos ponen a tono con el mundo. *Nos ponen a tono con el mundo.* .. Piense en esto por un momento. Una esposa satisfecha y activa sexualmente irradia cierto tipo de energía. Un hombre satisfecho sexualmente con su esposa transpira un sentido de bienestar. La pasión es algo muy saludable.

Así como el amor nos expande, también la pasión puede hacer lo mismo. La pasión no se reparte, disminuyendo cada vez que se expresa. En realidad, lo opuesto es muchas veces el caso. Mientras más apasionados lleguemos a ser sobre algo, más apasionados tendemos a llegar a ser respecto a muchas otras cosas. Un hombre que sea apasionado con su esposa puede ser apasionado respecto a la justicia, respecto al reino de Dios, respecto a sus propios hijos, respecto a su ambiente. Y, por el contrario, si está enfrentando serios problemas sexuales dentro de su matrimonio, un sentimiento de frustración y cierto desánimo, está propenso a asentarse como una nube sobre su trabajo, su fe y su confraternidad. Probablemente se vuelva egoísta, preocupado y absorto en sí mismo.

El «estoicismo» nunca ha sido una filosofía cristiana. Para decir la verdad, servimos a un Dios apasionado y con sentimientos profundos.

Nuestras pasiones son las que nos vivifican. La persona apática es una persona *apática*. Aunque muchas veces temamos a nuestras pasiones porque

estas nos pueden conducir a un romance, a una pelea o a cualquier otra conducta destructiva, la solución no es vivir una vida *menos* apasionada sino hallar las cosas adecuadas por las que podamos sentir esa pasión.

La historia expresada en la Biblia y los dos mil años de experiencia cristiana atestiguan el hecho de que la espiritualidad cristiana trata mayormente sobre el mantenimiento de nuestra sed y nuestra pasión por Dios y sus propósitos para este mundo. Reconocemos que a veces nuestras pasiones pueden desviarnos, pero el matrimonio cristiano nos enseña a controlar esas pasiones tal como lo hacen los guardadores de la represa del estado de Washington. Usted apenas podría manejar cien millas por el lado occidental de Washington sin cruzarse con algún tipo de represa, así que mi familia conoce ese proceso. A veces los administradores de las represas optan por dejar que el agua fluya más bien libremente mientras que otras la dejan verter gota a gota.

---

*La vida saludable es la que dice sí o no.*

---

Eso es lo que el matrimonio nos enseña a hacer. A veces es saludable y bueno dejar que las pasiones maritales corran libremente aunque temamos estar cruzando el borde hacia la lujuria. Algunas personas cometen el error de creer que porque sus pasiones y apetitos sexuales los han quemado, el antídoto es cortarlo por completo. Le hacen al sexo lo que el anoréxico le hace al alimento: No quiero comer demasiado porque voy a engordar, así es que no comeré en lo absoluto.<sup>20</sup> Esa actitud no es saludable, es demente.

La vida saludable es la que dice sí y no. Viajo bastante, así es que muchas veces mi esposa y yo debemos abstenernos de expresiones sexuales. Las parejas que tienen hijos pequeños, particularmente bebés, pronto aprenden que no siempre se pueden expresar sexualmente cuando sienten el deseo. Quizás en otras ocasiones nuestro cónyuge esté enfermo o cansado y no sería bueno colocar expectativas sexuales sobre este/a. En tales situaciones el ayuno sexual es apropiado y necesario.

Pero las épocas de «banquetes» también son necesarias. De hecho, cada no que le digamos al sexo debe colocarse dentro del contexto de un correspondiente sí:

La abstinencia del contacto sexual motivada porque el *eros* sea malo no es una disciplina cristiana sino un escape profano y malsano de la creación. Decirle no a esa abstinencia es únicamente fructuoso si tenemos algunos síes profundamente valiosos en nuestra vida. La ardua disciplina del ayuno complementa nuestro banquete: necesitamos algo *por lo cual ayunar*. Sin tener algunos valores que nos

impulsen a buscar y defender, no tenemos razón para abstenernos de cualquier impulso que nos provoque.<sup>21</sup>

En otras palabras, la abstinencia no es un callejón sin salida; es una larga entrada a la pista. Mi negación hacia la expresión sexual cuando me aparto de mi esposa cobra fuerza por lo que el futuro me aguarda al regresar al hogar. En realidad no estoy diciendo *no* sino más bien *espera*. En vez de ser una negación completa, es una canalización del deseo hacia el lugar apropiado. La abstinencia sexual para los solteros (que no tienen el llamado para ser célibes) tiene esa misma naturaleza. A los adolescentes se les insta a que *esperen*, porque al hacerlo así sus futuras relaciones maritales serán más dulces. La fidelidad sazona el lecho matrimonial de muchas formas deleitosas y profundas.

No quiero espiritualizar esto en exceso. No siempre tenemos que tener pensamientos «espirituales» cuando estamos disfrutando las relaciones conyugales. Las pasiones nos llaman a entrar de lleno a la vida. La pasión está en el centro del mandamiento del Sabbath [Sábado], el cual tiene dos lados: Seis días trabajarás —te encomendarás al trabajo vigorosamente— y el sexto día descansarás. Trabaje duro y luego descanse bien. Ambas cosas son necesarias para tener una vida significativa. A veces el sexo tendrá implicaciones distintivamente espirituales; otras, será una celebración de placer físico. Ambas cosas son santas dentro del matrimonio.

---

*El caso es que Dios es digno de infinitas celebraciones.*

---

La esencia es esta: La pasión y el compromiso son extremadamente importantes. Deben cultivarse en el matrimonio y aplicarse a todos los aspectos de la vida.

## Celebración

Tengo la tendencia de ser exageradamente serio en mi fe, y así se me retó cuando me crucé con un antiguo libro escrito por Elton Trueblood titulado *The Humor of Christ* [El humor de Cristo]. Trueblood escribe: «cualquier supuesto cristianismo que deje de expresarse con regocijo en algún momento es obviamente espúrio».<sup>22</sup> Él cuenta con abundantes argumentos bíblicos para apoyar esta declaración. En el Antiguo Testamento había al menos tres grandes festividades prescritas: la Pascua, las Semanas y los Tabernáculos, así como también otras celebraciones religiosas (véase Levítico 23; Números 28, 29). Estos podían ser asuntos elaborados. La fiesta de los Tabernáculos, por ejemplo, involucraba una fiesta de siete días en las que a los israelitas se les *mandaba* a regocijarse y se les prohibía entristecerse.

El caso es que Dios es digno de infinitas celebraciones. Jesús dijo cierta vez que si las multitudes dejaran de alabarlo, las piedras clamarían (véase Lucas 19:40). ¡Dios nos libre de que un puñado de piedras nos superen!

Constantemente tengo que salir de mi rutina “seria”. Es que soy así; tiendo a ver las celebraciones como «veleidosas» o menos reverentes. Pero ese es un prejuicio personal que estoy tratando de vencer.

La sexualidad marital ofrece un contexto de celebración único. Desnudos en los brazos de la otra persona, no importa si tiene un portafolio de un millón de dólares o si está luchando con las realidades de un negativo valor neto. Podrá estar acostado en una cama lujosa o en el último piso del hotel Waldorf-Astoria o disfrutando de una noche lejos de los niños en un motel de sexta categoría. Podría estar deleitándose en una luna de miel al celebrar la vida a sus veinte o treinta años, o renovando su pasión al celebrar la vida a sus sesenta o setenta. No obstante, la época o su situación en la vida, está celebrando una danza profundamente humana, una experiencia trascendental creada por la mente no menos preeminente que la del mismo Todopoderoso Dios.

Hay tiempo para la abstinencia; hay tiempo para «llevar nuestra cruz diariamente»; hay tiempo para estar «sazonados con fuego». Pero también hay tiempo para ser virtualmente transportado a otro mundo, compartiendo y explorando íntimamente el cuerpo de su cónyuge.

Es necesario que a algunos de nosotros se nos recuerde celebrar con celo. A otros, que hay lugar para la sobriedad considerada, la quieta reverencia y el deber deliberado. La relación matrimonial pone a nuestra disposición una experiencia humana plena, responsiva y responsable, asumiendo responsabilidades, sin duda, pero junto con las cuales saborear el mismo placer real y terrenal de la actividad sexual; una intensa celebración que

gentilmente nos recuerda la existencia celestial que nos aguarda a todos los hijos de Dios.

## Más allá del tacto

A muchas parejas les puede tardar varios meses ver con naturalidad su intimidad sexual como una forma de expresión espiritual de fe y madurez. Desgraciadamente, mientras que los cristianos debieran ser líderes en ese aspecto, los adherentes a otros credos nos han precedido a nivel popular. En la actualidad hay numerosos libros que tratan de integrar la filosofía oriental y la espiritualidad del tantrismo a la sexualidad, pero en la mayoría de los casos estos libros usan la espiritualidad para realzar las sensaciones físicas. Pero estamos sugiriendo precisamente lo opuesto: que las sensaciones físicas pueden realzar nuestras sensibilidades espirituales. La forma en que el cristianismo ve al mundo no desacredita lo físico sino lo abraza. Pero al hacerlo así recordamos que hay valores más altos que el placer físico; que este mundo va pasando y el verdadero gozo y la plenitud solo pueden hallarse en una relación con Dios y en *santa* comunión con sus hijos.

---

*La forma en que el cristianismo ve al mundo no desacredita lo físico sino lo abraza.*

---

Para abrazar plenamente la sexualidad marital y todo para lo que Dios lo ha diseñado, las parejas deben llevar su cristianismo al lecho y romper las barreras entre su intimidad física y la espiritual. Donald Goergan escribe: «La dictonomía entre la sexualidad y la espiritualidad y entre el celibato y el matrimonio es destructiva e inapropiada. La integración está en buscar cómo ser tanto sexuales como espirituales simultáneamente y que escoger un estilo de vida no implica la inferioridad del otro». <sup>23</sup>

El sexo, sin duda, tiene que ver con el contacto físico. Pero va más allá de eso; trata de lo que sucede *dentro de nosotros*. El desarrollo de una vida sexual plena significa que me ocupo más de aportar generosidad y servicio al lecho que aportar una figura física esbelta. Significa que veo a mi esposa como un santo templo de Dios y no tan solo como un tentador cuerpo humano. Incluso significa que el sexo se convierte en una forma de oración física, un cuadro de intimidad celestial que rivaliza con la gloria del *shekinah* de la antigüedad.

Nuestro Dios, quien es espíritu (Juan 4:24), puede hallarse detrás de cada jadeo físico, en el sudor y en el agradable abrazo de las extremidades y partes del cuerpo. Él no voltea la cara. Quiere que corramos hacia el sexo, pero que lo hagamos no sin antes buscar su presencia, sus prioridades y sus virtudes. Si experimentamos el sexo de esta manera, seremos transformados en el lecho matrimonial tanto como lo seremos al doblar nuestras rodillas en oración.

DOCE

## SAGRADA PRESENCIA

CÓMO EL MATRIMONIO PUEDE HACER QUE ESTEMOS MÁS CONSCIENTES DE LA PRESENCIA DE DIOS

La familia cristiana es el resultado de la fe. Ofrece la inigualable oportunidad de infundir cada relación de la vida diaria con el Espíritu de Dios. Debido a que los esposos tienen que vivir juntos y no pueden escapar el uno del otro, cada momento del día y cada actividad de su hogar constituye un reto para vivir en común acuerdo con el propósito divino.

—OTTO PIPER

**L**a sinceridad no es suficiente.

Descubrí esto por las malas a principio de mi matrimonio. Pocas semanas después de nuestra boda Lisa cumplió veinte años. Yo era un nuevo esposo y en ese entonces completamente inexperto en las finas artes de la conversación marital, así que cuando Lisa dijo: «No te preocupes, mi cumpleaños no es gran cosa», cometí un gran error.

La creí.

¿Qué más podía hacer? El pastor de mi universidad me había dicho: «Busca a las devotas», y así lo hice. Lisa era verdaderamente una de las mujeres más devotas que había conocido en la universidad. El único problema era que mi pastor de la universidad nunca me advirtió que las mujeres devotas de vez en cuando mienten.

Consecuentemente, no presté mucha atención a lo que debía hacer para el cumpleaños de Lisa. Además, había comenzado un nuevo trabajo y me sentía un tanto enfermo. Así es que no estaba preparado para satisfacer las grandes expectativas de algo que «Realmente no importaba».

El día antes de que Lisa cumpliera veinte años, entré en una librería y le compré tres libros. Al día siguiente, temprano en la mañana, se los entregué con una sonrisa.

Fue bueno que yo estuviera sonriente ese día, porque al menos uno de nosotros lo estaba. Tenía que aprender que conseguirle libros a Lisa porque *a mí* me gustan los libros no es un acto de amor. ¡Es un acto de esperanza! (A veces confundo los dos). Amor significa escoger algo que le confirmará y le mostrará a Lisa que la conozco y que la aprecio.

Un amigo mío cometió un error similar. Una vez Jim le compró a Peggy una taza de medir para su cumpleaños. Según Jim, esa era la «madre de todas las tazas de medir», un modelo de dos tazas, super lujosa. Según Peggy, ese puede haber sido el mayor fallo matrimonial que haya cometido.

Tanto Jim como yo tuvimos que aprender que cuando se trate de amar a nuestras esposas, la «sinceridad» no basta; se necesita sustancia.

Santiago, el escritor bíblico del libro que lleva su nombre, nos dice que lo mismo es cierto cuando se trata de nuestras relaciones con Dios. La «espiritualidad» se ha convertido en una palabra muy popular en nuestra cultura, pero el más alto valor que muchas personas colocan sobre la «espiritualidad» en estos días es la sinceridad. Según el punto de vista popular, no importa lo que creamos o incluso en quién creamos, mientras que seamos sinceros en cuanto a eso.

Sin embargo, esa *no* es una verdad bíblica. Santiago 1:27 lo define con once palabras que presentan la verdad sobre la espiritualidad: «La religión pura y sin mancha delante de Dios es ésta:.» Si hay alguna religión que Dios halla aceptable, entonces debe haber alguna religión que no la halla aceptable. Si hay alguna forma en que Dios quiere que se le ame, debe entonces haber una forma en que Dios no quiere que se le ame.

En otras palabras, la sinceridad sola no es suficiente.

Este no es el lugar para ofrecer una definición decisiva o exhaustiva sobre la «espiritualidad cristiana», pero uno de los componentes más importantes es que la espiritualidad concierne su aspecto de las relaciones. La espiritualidad cristiana no consiste en la búsqueda de una iluminación espiritual, nuevas experiencias o sabiduría esotérica. Está más bien arraigada en una búsqueda apasionada de un ser espiritual y nuestra reacción a este, es decir, el mismo Dios. Me agrada la definición de los Whiteheads: «La espiritualidad cristiana se puede describir como nuestros constantes esfuerzos de responder a las delicias y demandas de la presencia de Dios en nuestra vida».<sup>1</sup>

---

*Una de las formas en que se describe la práctica de la presencia de Dios como una disciplina es volviéndonos.*

---

La palabra operante aquí es *presencia*. Los grandes escritores cristianos del pasado hacían énfasis en la importancia de vivir de continuo conscientes de la presencia de Dios. Los que han avanzado en la vida cristiana han aprendido a

desarrollar una memoria casi mística que los mantiene a tono con el hecho de que Dios siempre está con ellos, siempre listo para susurrar sus palabras de desafíos, aliento, afirmación y amorosa amonestación. Él está siempre observando, siempre cuidando, siempre escuchando.

Una de las formas para describir la práctica de la presencia de Dios como una disciplina es *volvemos*. Francois Fénelon, uno de los grandes místicos cristianos de todos los tiempos, escribió lo siguiente en el siglo XVII:

Una regla general para emplear bien el tiempo es acostumbrarse a vivir en una continua dependencia del Espíritu de Dios, recibir momento tras momento lo que le plazca darnos, referirnos a él de inmediato en las dudas a las cuales necesariamente incurrimos, *volvemos* a él en las debilidades en las cuales la bondad se escabulle del agotamiento, llamarlo y elevarnos hacia él, cuando el corazón, arrastrado por las cosas materiales, se ve a sí mismo desviado imperceptiblemente de la senda y se descubre olvidando a Dios y alejándose de él. [Énfasis del autor.]<sup>2</sup>

Tal vez la obra literaria clásica en este aspecto de la vida cristiana lo sea *Practicing the Presence of God* [La práctica de la presencia de Dios], del hermano Lawrence. También Lawrence, un monje humilde que escribió en el siglo XVII, aprendió a deleitarse especialmente en la continua presencia de Dios, con el resultado de que se sentía igualmente cerca de Dios mientras pelaba papas en la cocina como cuando se arrodillaba en el altar para orar.

El hermano Lawrence decía que debemos «situarnos en la presencia de Dios hablando continuamente con él», sugiriendo que era «vergonzoso» permitir que pensamientos triviales interrumpieran esa conversación espiritual. Nos instaba a «alimentar nuestras almas de pensamientos sublimes sobre Dios y así hallar grande gozo al estar con él».

---

*En lugar de dejar que el matrimonio adormezca nuestra sensibilidad espiritual, ¿no podríamos usarlo para despertar nuestras almas de nuevas y profundas maneras?*

---

Desde temprano la práctica de la presencia de Dios es principalmente una disciplina. Con el tiempo la disciplina de practicar esa presencia comienza a sentirse más natural. Como el hermano Lawrence observa: «Al principio se necesita un esfuerzo persistente para formar el hábito de hablar con Dios ... pero luego de poner un poco de cuidado, su amor nos lleva a esto sin ninguna dificultad».<sup>3</sup> Fue esa búsqueda de la presencia de Dios la que llevó a muchos hombres y mujeres a monasterios y conventos. Estas almas fervientes creían

que podrían experimentar mejor las delicias de la presencia de Dios comprometiéndose a vivir una vida libre de los gravámenes de ganarse la vida y cuidar una familia. Aunque órdenes religiosas antiguas diferían sustancialmente entre sí, la vida de la mayoría de los monjes y monjas se estructuraba alrededor de este recordatorio —esta constante consciencia— de Dios. El día comenzaba y terminaba con oraciones. Muchas veces había largos períodos de forzados silencios y la misma comunidad creaba un ambiente que animaba a sus ciudadanos a alzar su mirada hacia el cielo.

¿Cómo podemos, como santos casados, emplear las agitaciones de las actividades diarias y los aparentes caos de la vida familiar como un recordatorio de la presencia de Dios? Sin duda tenemos muchos retos que vencer, pero ¿no habrá alguna manera en que podamos usar el matrimonio para *acercarnos* a Dios en vez de permitir que estas emboten nuestros sentidos y nos guíen hacia el ateísmo práctico en el cual con los labios prestamos servicio a Dios, pero vivimos como si sencillamente él no existiera? En lugar de dejar que el matrimonio adormezca nuestra sensibilidades espirituales, ¿no podríamos usarlo para despertar nuestras almas de nuevas y profundas maneras?

¡Hay un cuadro maravilloso en el Antiguo Testamento que sugiere que en verdad sí podemos!

## Entre los querubines

Al construir el arca del testimonio le colocaron encima dos querubines de oro labrado a martillo uno frente al otro y cuyas alas se tocaban. En esta unión de ambos seres celestiales se nos dice: «Yo me reuniré allí contigo en medio de los dos querubines que están sobre el arca del pacto» (Éxodo 25:22).

La presencia de Dios «entre los querubines» llegó a convertirse en una imagen popular del Antiguo Testamento. En tiempos de Samuel los israelitas quisieron traer de vuelta el arca, refiriéndose a ella como el «Señor Todopoderoso, que reina entre los querubines» (1 Samuel 4:4). El salmista escribe: «Pastor de Israel, tú ... que reinas entre los querubines ...» (Salmo 80:1). Isaías usa las mismas imágenes: «Señor Todopoderoso, Dios de Israel, entronizado sobre los querubines ...» (Isaías 37:16). Estas imágenes casi se abren paso en el Nuevo Testamento: «Encima del arca estaban los querubines de la gloria» (Hebreos 9:5).

La presencia de Dios nos llega cuando dos seres se unen. Dios “mora” en medio de esa unión. Es un cuadro bello.

La búsqueda de Dios en solitud tiene una larga tradición, pero obviamente también hay una justificación bíblica para buscar a Dios por medio de la relación y la comunidad. Considere las palabras de Jesús: «Además les digo que si dos de ustedes en la tierra se ponen de acuerdo sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en el cielo. Porque donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mateo 18:19-20).

Note que Jesús dice «donde dos o tres se reúnen *en mi nombre* ...» La familia que disfrute la presencia de Jesús como una parte acostumbrada de su unión es una familia que está unida precisamente porque el esposo y la esposa desean invitar a Jesús a entrar en las partes más profundas de su matrimonio. No se unen para escapar de la soledad, para obtener recursos económicos favorables o meramente para conseguir un escape de sus deseos sexuales. Por encima de todas esas otras razones, se han unido entre sí como una forma de vivir y profundizar su fe en Dios.

Aunque usted no haya entrado al matrimonio por esa razón, puede tomar la decisión de *mantener* su matrimonio sobre esa base. El día que lo haga, hallará que el matrimonio puede ser un cauce que le permita a Dios dirigir su vida diaria mediante su presencia. El matrimonio invoca la presencia de Dios estimulándonos a comunicarnos, recordándonos nuestro anhelo trascendente, ayudándonos a contemplar la imagen de Dios y permitiéndonos participar en la creación.

## La conversación

Cuando joven siempre pensé que el silencio era la vía preferente para allegarnos a Dios. La iglesia a la cual yo asistía agregaba un comentario en el boletín semanal que decía algo así: «Favor de mantener una actitud de reverencia mientras preparamos nuestros corazones para la adoración». Y en realidad hay raíces profundas en la tradición cristiana que testifican acerca del valor espiritual del silencio. Por ejemplo, debido a que el deber de un monje trapense era guardar silencio, muchas veces los miembros de esa orden se comunicaban en el lenguaje por señas. Se registran datos sobre monjes que no hablaron durante tres décadas o más.

Igual que el silencio de los monjes trapenses es una disciplina diseñada para llevarlos al reino de la santidad, también la conversación del matrimonio nos puede inclinar a Dios. En Francia, a principio del siglo XX, se desarrolló la idea de que la conversación debe considerarse como un ejercicio espiritual. De ahí surgió *le devoir de s'asseoir*, que literalmente significa «el deber de sentarse».<sup>4</sup>

Nuestro deber en el matrimonio debe ser comunicarnos. Indudablemente, cada matrimonio necesita tener tiempos de silencio y meditación. Pero en nuestra relación con nuestro cónyuge la comunicación es una disciplina de amor. Al contemplarnos en el espejo de cada cual, Dios llega hasta nosotros, y al hacerlo así, llegamos a conocer mejor su presencia y su carácter. El hecho de que en el Antiguo y el Nuevo Testamento Dios se valiera de sueños para comunicarse con el hombre, revela que él nos tiende la mano a todas las horas del día y de la noche. Dios nos ama con palabras más que con brazos físicos con los cuales abrazarnos. Podemos amar a nuestros cónyuges con esas mismas palabras y parecemos más a Cristo en el proceso.

Allender y Longman observan que «somos llamados a cultivar a Cristo en nuestros cónyuges por el poder de las palabras expresadas».<sup>5</sup> ¿Cómo pueden hacer esto las palabras? De este modo, al menos en parte: «El buen lenguaje sofoca el caos y produce gozo y vida; el mal lenguaje produce caos y conduce a la desesperación y a la muerte».<sup>6</sup>

Bajo esta perspectiva, nuestra lengua invoca la presencia de Dios o lo aleja. Cada palabra que se le dirija a algún miembro de la familia es una invitación a experimentar lo santo o a experimentar el caos.

La carta de Santiago considera el control de la palabra como una de las disciplinas cristianas fundamentales:

Todos fallamos mucho. Si alguien nunca falla en lo que dice, es una

persona perfecta, capaz también de controlar su cuerpo. Cuando ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, podemos controlar todo el animal. Fíjense también en los barcos. A pesar de ser tan grandes y de ser impulsados por fuertes vientos, se gobiernan por un pequeño timón a voluntad del piloto. Así también la lengua es un miembro muy pequeño del cuerpo, pero hace alarde de grandes hazañas. ¡Imagínense qué gran bosque se incendia con tan pequeña chispa! También la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Siendo uno de nuestros órganos, contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, prende a su vez fuego a todo el curso de la vida (Santiago 3:2-6).

Según el punto de vista de Santiago, nuestra lengua sirve como un termómetro espiritual en vista de que sus palabras registran nuestra temperatura espiritual hacia Dios.

La lengua puede ser cruel de dos formas: hablando lo malo o absteniéndonos de decir lo bueno. Necesitamos reconocer la ofensa del silencio prevalescente dentro del matrimonio. Llega el tiempo cuando el silencio sana, pero también hay un silencio que es malicioso. Usted conoce su corazón; sabe si guarda silencio para promover la sanidad o si está concentrándose en sí mismo cobarde o maliciosamente. Cuando rehúso hablar por cobardía, egoísmo o cansancio, estoy dando un paso hacia atrás como cristiano.

---

*Cada palabra que se le dirija a algún miembro de la familia es una invitación a experimentar lo santo o a experimentar el caos.*

---

Tuve que aprender a comunicarme con mi esposa, a averiguar por qué a veces la exaspero ya sea por no hablar en lo absoluto o hablando equivocadamente. En otras palabras, para estar felizmente casado, tuve que aprender a controlar mejor mi lengua.

---

*Dios me llama a hablar, pero a hablar con cuidado.*

---

La comunicación nos fuerza a entrar en el mundo de otra persona. Para comunicarme con mi esposa, tengo que salir de mi propio marco de referencia y comprender cómo la misma palabra puede *Dios me llama a hablar, pero a hablar con cuidado*. significar dos cosas diferentes para cada uno de nosotros. Ese es un ejercicio que nos despoja del egoísmo y alberga un enorme beneficio espiritual. Las palabras que se hablan con malicia pueden herir profundamente. Las palabras pueden destruir, golpear y construir barreras. Dan Allender y Tramper Longman nos recuerdan esa verdad y nos alientan a

escoger nuestras palabras cuidadosamente:

Debo sembrar palabras como semillas que traigan una cosecha de frutos que bendigan a Dios ... Debemos escoger nuestras palabras como si estuviéramos escogiendo un instrumento de vida o muerte. Si conocemos el poder de las palabras, ni rehusaremos hablar por temor ni hablaremos con frecuencia sembrando semillas de destrucción. Debemos hablar palabras de aliento para hacer relucir el corazón de Dios en aquellos que amamos; debemos hablar palabras de amonestación para romper la inclinación natural de nuestros corazones hacia el orgullo y la autojustificación.<sup>7</sup>

La otra cara de la comunicación consiste en aprender a escuchar. Y este es el aspecto con el cual muchas veces lucho denodadamente. Con frecuencia me pierdo en mis propios pensamientos, y consecuentemente resiento el hecho de que alguien desea que deje de pensar y escuche los suyos. Pero cuando me casé con Lisa, me comprometí a comunicarme con ella.

---

*La comunicación nos invita a despojarnos de nosotros mismos.*

---

Mi esposa es una lectora inveterada de la revista *Guideposts*. Le encantan las historias de tragedias y casi tragedias y los efectos que con frecuencia producen lágrimas al leer la columna regular *His Mysterious Ways* [Sus caminos misteriosos]. Y esto es pura coincidencia, —ino estoy inventando esto!— mientras escribía estas palabras, me pidió que hiciera una pausa para poderme leer una historia de *Guideposts*.

Lisa sabe que ese es un tipo de cosas que yo no escogería leer. Leo un promedio de treinta a cuarenta libros en un año y numerosas revistas, pero comúnmente no leo el tipo de literatura que trata sobre experiencias personales. No obstante, el escuchar esas historias se ha convertido en parte de mi compromiso de entrar en el mundo de mi esposa. El amor es un movimiento intencional que se dirige hacia otra persona.

¿Cómo este acto de escuchar invoca la presencia de Dios? Una parte significativa de la oración consiste en escuchar a Dios. Pienso en el capítulo tres de este libro cuando cité al doctor John Barger. Aquí es apropiado escribir un breve recordatorio:

Las mujeres ... aman, aman serenamente; hablan como en susurros, y tenemos que escuchar cuidadosa y atentamente para discernir sus palabras de amor.

¿No es así que Dios también actúa?

¿No interviene en muchas de nuestras vidas con susurros, que nos perdemos al dejar de recordarnos y prestar mucha atención si constantemente no nos esforzamos en escuchar esos susurros de amor divino? Las virtudes necesarias para amar verdaderamente a una mujer y recibir su amor a cambio —las virtudes de escuchar, tener paciencia, humildad y prestar servicio y ofrecer amor fiel— son las mismas virtudes necesarias para amar a Dios y a su vez sentir su amor.

La comunicación nos invita a despojarnos de nosotros mismos. Aprender a hacer esto es tanto un requisito para edificar una vida de oración significativa como lo es para edificar un matrimonio significativo. El acto de la comunicación invoca la presencia de Dios en nuestra diaria existencia. La verdad del caso es esta: Con nuestras palabras o bien nos acercamos más a la presencia de Dios o lo rechazamos.

## Anhelo trascendente

En algún punto de su relación con la persona con la cual quería llegar a casarse, usted estaba dispuesta a dejar otros pretendientes para adherirse a esta persona para el resto de su vida. Como hombre o mujer soltera, las opciones para encontrar un compañero o compañera de por vida estaban virtualmente ilimitadas —siempre que alguien quisiera tenerle, podría casarse con él o ella. Sin embargo, entre todos los mil millones de personas que pueblan el mundo, usted escoge esa persona como cónyuge.

A manera de ejercicio espiritual, recuérdese de nuevo que aparte del resultado de su decisión, usted *escogió voluntariamente* a esa persona.

Luego de haberlo tomado muy en consideración, le pidió a esa persona que se casara con usted, o le dijo que sí a quien se lo pidió. En ese entonces su decisión tenía perfecto sentido —literalmente daría su vida por esa persona— y tenía toda la razón en creer que el matrimonio con esa persona sería una relación que compartiría durante muchos años futuros hasta que la muerte interviniera para separarlos.

La relación del matrimonio crea la oportunidad de recordar nuestra necesidad de Dios cuando nos desilusionamos por nuestra incapacidad de recibir todo el amor que necesitamos y deseamos de otros seres humanos. Esta desilusión de la cual no podemos escapar puede conducirnos a la angustia de contraer una serie de matrimonios. En lugar de percatarnos de que nuestras verdaderas necesidades finalmente pueden satisfacerse en Dios y solo con él, algunas personas siguen tratando de hallar su plenitud en nuevas relaciones pensando que lo que realmente necesitan es encontrar justamente la «persona adecuada», lo que traducido significa una *nueva* persona. El cristianismo no nos dirige a concentrarnos en *hallar* la persona adecuada, sino que nos llama a *convertirnos* en esa persona adecuada.

Use su insatisfacción —o incluso su aburrimiento de la vida y de sus relaciones— como una brújula que lo dirija hacia el Verdadero Norte de la pasión de su corazón: al propio Dios. Recuérdese que en los matrimonios en serie invariablemente se repetirá el mismo proceso: gran emoción, la conmoción del descubrimiento, y luego, a cierto nivel, una severa y creciente desilusión.

Todo esto me vuelve a llevar a la analogía de la computadora que usé en el primer capítulo. No me beneficiaría cambiar mi 486 por otra 486. La pantalla parecería nueva durante un par de semanas; estaría un poco más brillante. Pero finalmente la hallaría funcionando con las mismas limitaciones.

Todos nosotros somos como esas computadoras 486 mientras nuestros corazones están anhelando una Pentium. Otra persona no nos colmará, y

realmente ni podrá colmarnos. Podrá parecer nueva por un par de años; podría verse un poco más brillante con unas cuantas arrugas menos. Pero finalmente descubriríamos que tiene muchas de las mismas limitaciones que la otra persona por quien la cambiamos. La línea de pensamiento de Agustín se ha convertido en un cliché tal que titubeo al mencionarla, pero aún es cierta: «Nuestros corazones no descansan hasta encontrar su descanso en ti [Dios]».

---

*Deje que su relación con su cónyuge le señale lo que realmente más necesita de todo: el amor de Dios y la presencia activa de él en su vida.*

---

Aquí hay una advertencia: Aunque nuestros corazones hallen su descanso solo cuando Dios sea parte de la ecuación, hay un hecho sorprendentemente bíblico, y es que tan pronto Dios creó a Adán, aunque se deleitaba en su relación con el hombre, declaró: «No es bueno que el hombre esté solo» (Génesis 2:18). Obviamente, Dios nos creó con la necesidad de disfrutar otras relaciones además de la exclusiva con él;<sup>8</sup> pero él debe estar en el centro de nuestros corazones, a los cuales se añaden todas las demás relaciones.

Deje que su relación con su cónyuge le señale lo que realmente más necesita de todo: el amor de Dios y la presencia activa de él en su vida. Sobre todo, no culpe a su cónyuge por la falta de plenitud; cúlpese a sí mismo por no procurar una relación plena con Dios. Los monjes y las monjas que han hallado deleite en su solitaria búsqueda de Dios atestiguan que la falta de intimidad marital no es una garantía de miseria ni una prohibición del gozo espiritual. Cuando descubra esa verdad, será asombroso ver cuán satisfecho puede estar no importa la persona con quien está viviendo.

La insatisfacción marital, a cualquier nivel, se satisface de la mejor manera posible con la oración que dice: «Por eso *te* necesito, oh Dios». Se nos recuerda que esta persona especial no puede aliviar el dolor trascendente que hay en nuestra alma. Aunque pueda parecer raro, he descubierto en mi propia vida que la satisfacción o insatisfacción en mi matrimonio tiene mucho más que ver con mi relación con Dios que con mi relación con Lisa. Cuando mi corazón se enfría con respecto a Dios, mis otras relaciones sufren. Así es que si siento un creciente aislamiento de mi esposa y una falta de afecto por ella, lo primero que hago es ver cómo andan mis relaciones con el Señor. Lisa es, muy literalmente, el termómetro que me indica esto.

## Contemplemos la imagen de Dios

Cada noche duermo con un espejo de Dios a mi lado.

La Biblia nos enseña que tanto el hombre como la mujer están creados a la imagen de Dios (véase Génesis 1:26-27). Al comprender esto debemos recordar regularmente la presencia de Dios, porque esta nos permite darnos cuenta que nuestro cónyuge nos ayuda a terminar de completar un cuadro sobre la naturaleza y la persona de Dios.

Dan Allender y Tremper Longman señalan lo importante que es para los hombres y las mujeres modelar entre sí elementos de la existencia de Dios: «Debido a que la fortaleza del esposo lo ayuda a resonar las cualidades fuertes de Dios, puede ayudar a su esposa a comprender ese aspecto del ser de Dios más claramente al encarnarlo, aunque este lo haga de modo imperfecto. Por otro lado, la ternura y compasión de la mujer pueden aumentar la conciencia de su esposo sobre la misericordia de Dios» (1 Pedro 3:1-2).<sup>9</sup>

Prácticamente le rogué a un colega íntimo amigo mío que no se casara. Él y su novia peleaban continuamente en sus citas, en parte porque se hallaban en lados opuestos del espectro de la personalidad. Steve podía ser rudo, atrevido y asombrosamente falto de tacto. Laura, su novia, era una de las mujeres más sensibles que he conocido. En una ocasión Steve «confrontó» a Laura presentándole siete maneras en las que ella estaba fallando como novia. Cuando expresé mi incredulidad de que pudiera descargar de una vez tanto sobre ella, Steve respondió: «¡Pero, Gary, podía haber mencionado mucho más»

Y, sin embargo, cuando tanto Steve como Laura crecieron en sus relaciones con Jesucristo, ambos cambiaron de modos muy positivos. Steve podría haber crecido falto de tacto, pero para su mérito, comenzó a practicar la virtud cristiana de la humildad, aprendiendo voluntariamente de la sensibilidad de Laura. Laura respetaba el valor de Steve al decir la verdad a pesar de las consecuencias, y se daba cuenta de que ser siempre “suave” no era apropiado en cada circunstancia. Luego de trece años de matrimonio, tenían una maravillosa relación y, de hecho, una de las relaciones matrimoniales más fuertes que he visto. Cada cual ayudó a la otra persona a acercarse más a Dios en el carácter, ya que cada cual representaba respectivamente (casi hasta el extremo) la fortaleza y la ternura de Dios.

---

*No solamente estar casado se nos recuerdan la naturaleza y el carácter de Dios, sino que también se nos recuerdan sus demandas morales en nuestras vidas.*

---

Al casarnos no solamente se nos recuerdan la naturaleza y el carácter de Dios, sino que también se nos recuerdan sus demandas morales en nuestras vidas. Una de las más grandes dificultades de la espiritualidad cristiana es el aparentemente sencillo problema del olvido. Dios nos llama a adoptar una actitud en ciertas prioridades, pero «olvidamos» esas prioridades y optamos por andar por nuestra propia cuenta. Dios está siempre con nosotros, pero «olvidamos» su inmediata presencia y tratamos a nuestras esposas o a nuestros hijos de una forma que nunca lo haríamos si nuestro pastor u otro miembro de la iglesia estuviera sentado alrededor de la mesa de la cocina.

Los buenos esposos y las buenas esposas hacen parecer a Dios más real y activo en el hogar. Siempre me han gustado las películas, pero no siempre son una recreación “sana”. Así es que en esa actividad Lisa actúa como una especie de conciencia para mí. Por alguna razón de la cual no me enorgullezco, sospecho que mis normas serían un poco más bajas si supiera que Lisa no iba a estar en el cuarto mirando esa película conmigo. Tras quince años de matrimonio mirando películas con Lisa, siento como si las estuviera mirando con Dios. En caso contrario, me imagino lo que estaría pensando: «¿Alquilaste *esto*?»

Dietrich Bonhoeffer conmocionó el mundo teológico cuando, como teólogo luterano a principio del siglo XX, comenzó a abogar porque los protestantes reinstituyeran la práctica de la confesión. Lo hizo no porque sintiera que la confesión para los seres humanos fuera necesaria para obtener el perdón de Dios, sino porque la confesión humana tiene propósitos prácticos: hace que el pecado parezca más real para nosotros.

Si usted cuestiona la verdad que hay en esto, pregúntese a sí mismo por qué es mucho más fácil confesarle los pecados a Dios que a su pastor. ¿Por qué siento más vergüenza cuando otro ser humano pecador observa mi debilidad que cuando las pronuncio ante un Dios santísimo?

¿Podría ser porque la presencia de Dios es muy débil en nuestras vidas? Si verdaderamente comprendiéramos y apreciáramos la belleza y la santidad de Dios, nos sacudiríamos un poco más al acercarnos a él. Pero muchas veces su invisibilidad obra como un amortiguador, suavizando así el impacto de su presencia.

En nuestro cónyuge y a través de este, Dios se hace real para nosotros en forma humana. Hay una persona de carne y hueso sentada a mi lado que se respinga cuando ve algo por lo cual yo sería quien se debe respingar, pero no lo hago. Y veo mi duro corazón expuesto ante el suyo que es tierno.

Por supuesto, esto obra de ambas formas. A veces trato de ayudar a Lisa a comprender cómo suena cuando está cansada y deja que los niños la escuchen. Cuando ve la reacción en mi rostro, sabe que ha permitido que el pecado de

otros incite su propio pecado.

Podemos ayudarnos mutuamente para estar más conscientes de la presencia de Dios alentándonos gentilmente a crecer en santidad. Pero necesitamos estar seguros de realizar esto con mucha cautela. *Queremos traer la presencia de Dios a la vida de otro y no nuestros juicios.* Sin embargo, ser guiado mutuamente hacia la presencia de Dios es con certeza una disciplina espiritual fundamental para los esposos.

Un matrimonio con discernimiento espiritual será un instrumento de santificación. Al contemplar a nuestro cónyuge, recordamos la presencia y la imagen de Dios. Y en la presencia de Dios anhelamos ser más santos. «Busquen la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor» (Hebreos 12:14).

Esa no es una disciplina fácil, la de cooperar para efectuar la santificación. Mi tendencia es *esconder* mis faltas en lugar de esforzarme en tratar de transformarlas. Cada día estoy decidiendo o bien gastar mi energía en cubrir mis errores y tratar de crear una imagen falsa y reluciente, o bien arrepentirme y cooperar con Dios para llegar a ser más santo. El hecho de vivir con una mujer creada a la imagen de Dios me llama a actuar con honestidad y a crecer en santificación, *siempre que yo permita que mi matrimonio me recuerde la presencia de Dios y sus reclamos sobre mi vida.*

---

*En nuestro cónyuge y a través de este, Dios se hace real para nosotros en forma humana.*

---

## Crear

Me situé en la cima de las montañas Marye en Fredricksburg, en el estado de Virginia, lugar donde se desarrolló una horrible batalla durante la Guerra Civil de 1862, y seguí susurrando: «¡Qué desperdicio!» En ese lugar las tropas de la Unión habían tratado neciamente de tomar una muralla impenetrable, acometiendo cuesta arriba en un esfuerzo por capturar la ciudad. Para los Confederados esto no era más que una práctica de tiros. Masacraron a la primera ola del primer grupo de asalto de la Unión. Los Confederados aplaudieron su valor, esperaron hasta que los soldados estuvieran a la vista y luego le dispararon a cada uno de ellos.

Burnside volvió a enviar otra ola con los mismos resultados. Cada hombre perdido era un hijo, un esposo, un tío, un padre o un hermano. No hay duda alguna de que por lo menos otra persona sintió cada vida perdida. Y esas vidas se desperdiciaron virtualmente en una encomienda necia.

Pocas cosas me enfurecen más que las vidas desperdiciadas. Cuando sé de muchachos de la escuela secundaria que manejan autos tontamente y terminan muertos en accidentes antes de cumplir diecinueve años; cuando leo acerca de estudiantes universitarios que salen de parranda a tomar y mueren envenenados por el alcohol antes de llegar a los veintidós años; cuando leo algo acerca de una vida que se pierde innecesariamente, siento una tristeza profunda y fuera de lo común.

Parte de ese sentimiento surge de mi creencia teológica de que como personas creadas a la imagen de Dios, tenemos la responsabilidad de crear. Ya sea que establezcamos un negocio, edifiquemos una casa, creemos una familia, escribamos un libro o demos origen a una vida (por medio de la educación o la medicina), o cualquier otra cosa que escojamos crear, no debemos desperdiciar nuestras vidas sino emplearlas provechosamente.

---

*Pocas cosas me enfurecen más que las vidas desperdiciadas.*

---

El matrimonio nos guía hacia el dominio de la creación. Va sin decir que no hay una manera santa de tener hijos y ayudar a crear una nueva vida si usted no está casado. El absoluto misterio, pavor y la absoluta maravilla del nacimiento es algo que sencillamente trasciende los límites de este mundo. Cuando colocaron a ese primer bebé ensangrentado y desnudo en los brazos de mi esposa, tuve emociones que nunca antes había sentido. De la noche a la mañana dejé de adoptar una actitud pasivista. No volví a pensar en mis posiciones intelectuales sobre los cristianos que se involucraban en combates militares. Solo supe, en lo más íntimo de mi ser, que haría todo lo que fuera necesario para proteger a esta criatura y a la esposa que lo concibió.

Al crear una familia es cuando más reflejamos la imagen de Dios. Ver a esa criatura, creada parcialmente a la imagen de un padre o una madre, es casi impresionante al compararla con nuestra creación a la imagen de Dios. Soy un inveterado «bromista» con los niños. Me encanta jugar con ellos y hacerle trucos. Ahora mi hijo de nueve años hace lo mismo cuando está con otros chicos menores que él. Y me asombra ver cómo, al sentir una renovación de mi fe, puedo despertar y ver que mi hijo también ha descubierto una nueva sed de Dios. Es asombroso darse cuenta de que por mis acciones estoy dándole forma a la vida de tres criaturas.

Pero ese tipo de creación requiere esfuerzo. Cierta vez visité la casa de un pastor, y sus hijos se comportaban de un modo increíblemente bueno. Luego de que su hija adolescente demostrara su acostumbrada cortesía, me volví hacia otro amigo y le comenté: «¿Son realmente de carne y hueso?», y mi amigo se echó a reír.

---

*Quando ese sentido de creación se pierde, el matrimonio pierde alguna de su trascendencia espiritual.*

---

Pero a la mañana siguiente, cuando estaba desayunando con ese pastor, este me confesó que había estado más de una hora y media hablando un asunto serio con su hija después que salí de su casa la noche anterior. Y que *diariamente* participaba en pláticas que ocupaban el mismo tiempo con su hijo. Siempre surgía algo que requería su atención.

Me quedé estupefacto al apreciar el esfuerzo, el tiempo y la atención que dedicaba este buen hombre a su familia. Estaba comprometido de un modo que yo no lo estaba. Estaba sacrificando una enorme porción de su vida al volcar sus esfuerzos para ayudar a crear otras vidas. Y me di cuenta de que establecer una familia juntos no es un mero pasatiempo; requiere una enorme cantidad de energía, concentración y negación propia.

Cuando ese sentido de creación se pierde, el matrimonio pierde alguna de su trascendencia espiritual. Dan Allender y Tremper Longman cuentan la historia de un hombre llamado Jack mediante la cual destacan las consecuencias que la pérdida de esta fuerza creativa tiene en la vida con propósito:

[Jack] rehusaba imaginarse lo que podría ser si Dios fuera a gobernar su corazón más profundamente. La renuencia de Jack de ver su propia alma como un terreno de primera para la creación lo dejó sin sueños en cuanto a las posibilidades para su esposa y sus hijos. No tenía más visión de lo que ellos eran y quiénes debían ser que la que tenía para sí mismo. Los amaba, pero nunca soñó acerca de la

existencia de ellos. Era creador en su trabajo pero no con su familia. Por lo tanto, la familia quedaba en un caos de media clase, moviéndose sin rumbo, circulando en la soledad agotadora y oscura sin cambio alguno.<sup>10</sup>

Si no cultivamos un sentido devoto de creatividad, experimentaremos un vacío del cual podremos perversa y equivocadamente culpar al matrimonio. Sin embargo, la vacuidad surge no de nuestro matrimonio, sino del hecho de que no estamos *comprometidos* en nuestro matrimonio. No estamos usando esa relación poderosa para crear algo.

En muchos de mis seminarios le digo a los asistentes que fuimos creados para la adoración. Si no crecemos en nuestra adoración a Dios, descenderemos para adorar a algo o a alguien más: el poder, el dinero, nuestra reputación, algún equipo de deporte; puede ser cualquier cosa. Del mismo modo, si no estamos creando en nuestro matrimonio —si no estamos llenando nuestras almas con el significado que nos viene de hacer aquello que fuimos creados para hacer—, llegaremos a estar insatisfechos muy rápidamente. Una promoción que obtengamos no llenará nuestras almas, al menos durante mucho tiempo. Si nos mantenemos al tanto de la última comedia o telenovela, es seguro que eso tampoco creará satisfacción para el alma.

¿Ha notado alguna vez cómo nuestra cultura vive a expensas de los actos de la creación de otras personas? Considere cuántas presentaciones de «premios» llenan la agenda de la televisión: los *Grammys*, los *People's Awards*, los *TV Guide Awards*, el *Blockbuster Awards*, *MTV Awards* [por sus siglas en inglés], los *Golden Globes*, los *Dove Awards*, los *Emmys*. Y la lista sigue y sigue al vivir nuestra cultura vicariamente a través de los logros y reconocimientos de otros.

---

*Si no estamos creando en nuestro matrimonio, llegaremos a estar insatisfechos muy rápidamente.*

---

Dios lo hizo a *usted* para crear. Si no crea de un modo considerado y devoto —ya sea preparando comidas, decorando un hogar, alcanzando un sueño vocacional, criando responsablemente a sus hijos— se sentirá menos que humano/a porque realmente está actuando de un modo infrahumano. En una vida que se emplea en un callejón sin salida, en un trabajo sin alegría y noches empleadas frente a una televisión y en fines de semana «matando el tiempo» sentimos como si estuviéramos viviendo el infierno en la tierra *porque* realmente lo es. Es una vida malgastada, privada de la energía creativa de Dios. En toda la historia de la raza humana no ha habido un solo matrimonio que pudiera llenar un alma que se haya desprovisto de propósito a través de

una vida no creativa.

El matrimonio nos llama a crear. Cada día. Nos conduce a muchos y variados actos de creación. Mi esposa da unas increíbles fiestas para nuestros hijos. Recientemente preparó una mesa para que nuestra hija más pequeña celebrara la fiesta de San Valentín que podría haberse presentado en una revista. Deberíamos abrazar esas oportunidades y entregarnos a ellas sin reservas. Cuando lo hagamos, nos sorprenderemos de la serena plenitud que el acto de crear pone en nuestro camino.

---

*Usted fue hecho por Dios para crear.*

---

La creación, por supuesto, debe tener un enfoque apropiado, es decir, la gloria de Dios. “Crear” hijos que estén tan vacíos como nosotros no es lo mismo que crear hijos que estén maduros en el Señor y que vivan para servirlo. Establecer un negocio para honrar a Dios no es lo mismo que crear un monumento para nuestro éxito. La hospitalidad egoísta, cuando se hace primordialmente para impresionar y obtener aprecio, se detecta fácilmente y está muy lejos de ser un servicio genuino. Pero un hombre y una mujer dedicados a verse mutuamente creciendo en la madurez de Cristo; los que crían hijos que conocen y honran al Señor; los que se enfrascan en un negocio que apoya la obra de Dios sobre la tierra y se lleva a cabo en el contexto de las relaciones y la buena administración tanto del tiempo como del dinero; esos cristianos están participando en la actividad creativa que le da al alma espiritualmente saludable un inmensurable gozo, propósito y cumplimiento.

Dios nos ha dado el privilegio y la oportunidad de colocarnos a nosotros y a nuestras familias en una «gloriosa búsqueda»<sup>11</sup>: llegando a ser participantes de la naturaleza divina (véase 2 Pedro 1:4), reflejando la misma imagen de Jesucristo. Cuando agresiva —y bondadosamente— conducimos a nuestras familias en ese rumbo de santificación progresiva, comenzamos a reflejar la gloria de Dios.

Queda claro que el matrimonio crea un contexto que nos introduce directamente en los actos de la creación. Este es un deber y una disciplina espiritual de supremo orden.

## **El matrimonio con propósito**

Estas realidades deben aclarar abundantemente que el matrimonio, de por sí, no debe dificultar ni dificulta la búsqueda de Dios y el disfrute de su presencia. Lo que hace que la espiritualidad en el matrimonio sea difícil es la actitud según la doctrina de no intervención dentro del matrimonio. Cuando no procuramos comunicarnos; cuando hacemos caso omiso del anhelo por lo divino del alma y tratamos de calmarlo solamente con la compañía humana; cuando dejamos de contemplar la imagen de Dios en nuestro cónyuge y en su lugar nos enfrascamos en una vida engañosa; cuando llegamos a romper nuestro compromiso como personas casadas y no nos deleitamos en nuestro llamado para ser creativos en el matrimonio, *esto* es lo que finalmente nos puede conducir a la separación de Dios.

---

*El matrimonio es de muchas formas una pendiente resbaladiza. Si no somos vigilantes, caeremos de espaldas.*

---

El matrimonio es de muchas formas una pendiente resbaladiza. Si no somos vigilantes, caeremos de espaldas. Si somos perezosos, nuestra sensibilidad espiritual se congelará. Pero si entramos al matrimonio consideradamente, con propósitos y con buenas intenciones, nuestro matrimonio nos moldeará de una forma en que pocas otras experiencias de la vida podrán hacerlo. Nos introducirá hasta la misma presencia de Dios.

TRECE

## MISIÓN SAGRADA

EL MATRIMONIO PUEDE DESARROLLAR NUESTRO LLAMADO, MISIÓN Y PROPÓSITO  
ESPIRITUAL

Durante mucho tiempo el cristianismo nos ha llamado a esta verdad: el matrimonio debe tratar de algo más que de sí mismo porque el amor que no sirve a la vida morirá.

—EVELYN Y JAMES WHITEHEAD

«¿Está Lisa?», pregunté.

Luego siguió una jerigonza en español de la cual no pude entender nada.

«¿Está Lisa?», repetí esperando que la mujer mejicana captara la alusión y pusiera a mi novia al teléfono.

Finalmente Lisa se colocó del otro lado del hilo telefónico, pero nuestra conversación fue cualquier cosa menos feliz. Con toda sinceridad, hubo un largo, mutuo y medio frustrado suspiro de ambas partes. Era el verano antes de que nos comprometiéramos y Lisa estaba en un viaje misionero en la ciudad de México. Poco a poco sus cartas llegaron a ser menos personales, no hablaba mucho acerca de cómo le iba ni de cómo se sentía, pero cada vez daba más información sobre *lo que* ella y ese fuerte asistente masculino con quien pasaba mucho tiempo estaban haciendo.

En sus cartas, la ausencia virtual de una mención sobre nosotros —o si me extrañaba— había levantado una bandera roja. Luego, con una normalidad que produjo un dolor doble, en una de sus cartas Lisa escribió un renglón mencionando que estaba pensando extender su estadía por un año entero. Tal como recuerdo, el asistente masculino estaba reflexionando sobre esa misma posibilidad.

No había llamado antes a Lisa. Esto sucedió en los días en que las compañías de larga distancia disfrutaban del monopolio y las llamadas internacionales eran temiblemente caras, especialmente para un estudiante de

universidad que apenas contaba con un centavo. Los correos electrónicos, en lo que se refiere al uso público, todavía eran cosas de novelas de ciencia ficción.

No recuerdo cómo comenzó la conversación telefónica, pero en el medio de esta hubo un prolongado silencio que al menos duró más de un minuto. Finalmente lo rompí con un comentario no muy gentil (y no muy brillante): «¿Tienes una idea de cuánto ese silencio me acaba de costar?»

---

*Nuestra lucha por estar juntos y servir al Señor comenzó antes de habernos comprometido.*

---

Nuestra lucha por estar juntos y servir al Señor comenzó antes de habernos comprometido. Es verdad que yo quería que Lisa sirviera al Señor pero, siempre y cuando lo hiciera conmigo. En aquel momento yo no estaba listo para aceptar cualquier otra posibilidad.

Podía haber aprendido algunas cosas de uno de mis héroes en ese entonces, el pastor alemán llamado Dietrich Bonhoeffer, quien estaba comprometido para casarse cuando entró en su celda de la prisión Tegel tras haber estado arrestado por haber participado en un complot para derrotar a Adolfo Hitler. Ruborizado con la pasión de un nuevo amor y la confirmación del regreso del amor, sin duda Bonhoeffer estaba tentado a reconsiderar los severos efectos de su misión personal de detener a Hitler virtualmente a cualquier costo. Si se retraía, más bien podía esperar disfrutar de una vida cómoda, casado con María y viviendo sus días como profesor del seminario. Pero voluntariamente Dietrich arriesgó una vida de relativa facilidad por la incertidumbre de un involucramiento revolucionario.

Escondido en la celda de su prisión, Bonhoeffer me hizo algunas preguntas difíciles y fundamentales. En un poema escrito durante su confinamiento, Bonhoeffer planteó la pregunta: «¿Quién soy?» Observaba cómo recibía halagos frecuentes por ser amistoso, jovial y agradable. Pero él estaba experimentando un sentido diferente sobre su identidad. En medio de la angustia del espíritu prosiguió a hacerse algunas preguntas desgarradoras:

*¿Quién soy?*

*¿Yo o el otro?*

*¿Soy una persona hoy y otra mañana?*

*¿Soy ambas personas a la vez?*

*¿Un hipócrita ante otros,*

*y ante mí un despreciable y desgraciado alfeñique? ...*

*¿Quién soy? Se burlan de mí estas solitarias preguntas mías.*

*Quienquiera que sea, tú lo sabes, oh Dios, tuyo soy.*<sup>1</sup>

En este último renglón es en el que quisiera enfocarme: «Quienquiera que sea, tú lo sabes, oh Dios, tuyo soy».

La intimidad de la relación marital es algo que todos deseamos. Pero, ¿cómo entramos en esa unión sin sacrificar nuestro sentido de misión personal ante Dios? ¿Cómo prometemos ser fieles sin reservas y continuamente «caer hacia delante», hacia nuestro cónyuge cuando ya hemos jurado estar disponibles para el servicio de Dios sin reservas?

No es fácil balancear las demandas competitivas de una intensa relación humana y una devoción espiritual que todo lo cubre y todo lo abarca. Uno de los grandes retos (y frecuentemente inexplorados) del matrimonio consiste en mantener un sentido de misión individual mientras se vive en una relación cooperativa.

---

*La mayoría de los escritos más antiguos suponen que los cristianos «Realmente» serios permanecerían solteros.*

---

No se ha escrito mucho sobre esto por la sencilla razón de que la mayoría de los escritos más antiguos suponen que los cristianos «Realmente» serios permanecerían solteros. Sin embargo, hallé a un escritor clásico cristiano que enfoca este reto de frente, un hombre llamado Francisco de Sales (1567-1622). De Sales estaba versado tanto en leyes como en teología, y llevó a cabo un activo ministerio de orientación espiritual por correspondencia, convirtiéndolo en algo así como un Ann Landers del siglo XVII (Nota de la traductora: Landers es una columnista que responde preguntas acerca de la vida diaria). Los consejos de Francisco de Sales son tan brillantes, prácticos y útiles que en este capítulo quiero dedicar una sección entera a las respuestas que daba a las cartas que le enviaban cristianos fervientes que vivían «en el mundo».

## Cartas dirigidas a las personas del mundo

Una mujer casada le escribió una vez a Francisco muy preocupada porque su devoción marital y espiritual estaban en conflicto. De Sales descartó de súbito esta preocupación, alentándola: «Seamos lo que somos, y seámoslo bien». En otras palabras, si estamos casados, estamos casados, y no debemos tratar de vivir de otra forma. Francisco notó que si vivimos con esa actitud «honramos al Maestro cuya hechura de mano somos nosotros».<sup>2</sup>

La aceptación de ese consejo implica que no cometamos el error que cometió Juan Wesley: casarse, y luego rehusar ajustarse a su vida correspondiente. Wesley decía que no iba a permitir que su estado de casado le impidiera predicar ni uno solo de sus sermones. Este tipo de perspectiva sin duda fue irrealista y hasta injusta con su esposa. El matrimonio requiere obligaciones, algunas particularmente intensas para los que son ambiciosos por naturaleza. Hay veces en que debo sacrificar mi ambición de alcanzar el éxito en el servicio a Dios para estar totalmente presente e involucrado en las vidas de mi esposa y de mis hijos. Con toda certeza la tensión nos debe conducir a la pregunta: «Si hago caso omiso de la hija [o hijo] de Dios para realizar el trabajo de Dios, ¿lo estoy honrando a él?»

---

*A Dios no se le sirve bien si nos desvinculamos de los que nos rodean en nuestra propia búsqueda de la devoción.*

---

Los hombres cristianos en particular podrían estar tentados por sobre todas las demás cosas a dejar que la ambición erosione su devoción marital hasta el punto de usar el lenguaje religioso para justificar un trato inadecuado hacia su esposa. Pero De Sales advirtió que incluso la devoción espiritual puede llegar al punto de estar «fuera de los límites». Cuando nos casamos, le hacemos ciertas promesas a nuestro cónyuge de que dedicaremos una considerable porción de energía, iniciativa y tiempo en la edificación y nutrición de esa relación. Es un fraude espiritual contraer matrimonio para luego vivir como un hombre o una mujer soltera.

A otra mujer con la misma preocupación —que anhelaba convertirse en monja aunque sentía el yugo dentro de su matrimonio— Francisco le aconsejó: «Dios no considera a sus siervos según la dignidad del oficio que realicen, sino según la *fidelidad* con la cual la realizan». Que una mujer esté supervisando un hospital o manteniendo una escuela-hogar, ante Dios no constituye una diferencia mientras que esa mujer continúe siendo fiel a su llamado en particular durante la vida.

Y a otra mujer que dijo tener gran dificultad en armonizar el matrimonio

con la devoción, Francisco le escribió: «Los medios para obtener la perfección son varios según la variedad de las vocaciones: todas las personas religiosas, viudas y casadas deben buscar esa perfección, pero no por el mismo medio». Alentó a la mujer sugiriéndole algunos ejercicios espirituales, pero luego le advirtió: «En todo esto tenga cuidado en particular de que su esposo, sus criados y sus padres no sufran por sus largas estadias en la iglesia, sus largos retiros [para la oración], o por dejar de atender su casa ... No solo debe ser devota y amar la devoción sino que también debe ejercerla de una manera que sea amable para todos». <sup>3</sup>

A Dios no se le sirve bien si repugnamos a todos los que nos rodean con nuestra propia búsqueda de la devoción. «A veces debemos dejar a nuestro Señor», Francisco afirmaba, «para agradar a otros por amor a él».

He conocido a mujeres quienes, por estar casadas con esposos incrédulos, se sienten frustradas porque no pueden participar tan de lleno en la vida de la iglesia como quisieran. Esta es una frustración con la cual Francisco les instaba a vivir; alegaba que la mejor parte de la piedad no es dejar que nuestros deberes espirituales eclipsen las responsabilidades maritales de una persona.

Uno de los mayores retos del matrimonio para mí son las aparentemente interminables tareas que acompañan la vida de los casados: cómo experimentar paz y serenidad, enfocarme en la presencia de Dios y al mismo tiempo dedicarme a la adoración cuando hace falta cortar el césped, botar la basura, estar un rato solo con los niños, lavar la ropa, cocinar los alimentos y arreglar el carro.

Francisco, en lugar de condenar a una mujer que tenía esa misma preocupación, se portó más bien gentil. «Recuerdo que usted me dijo cuánto le pesan la multitud de sus asuntos», escribió él. Y luego, en lugar de reprobarla, la animó: «[Esta] es una buena oportunidad para que usted adquiera las virtudes verdaderas y sólidas».

Según Francisco, realmente la multiplicidad de esos asuntos alimentan en vez de vaciar nuestro crecimiento espiritual si los abordamos con la actitud de morir continuamente a nuestro yo y resucitar hacia un crecimiento interior: «La multiplicidad de los asuntos es un martirio continuo, porque así como las moscas causan más pena e irritación para aquellos que viajan en el verano que el hecho de viajar en sí, también la diversidad y la multitud de los asuntos causan más penas que el mismo peso de esos asuntos en sí».

De Sales escribía con la maravillosa suposición, tan perdida en nuestra cultura de hoy, de que mientras más difícil es algo, más espiritualmente beneficioso hallaremos que es, porque edifica nuestro carácter. Es natural que nuestras almas clamen para recibir alivio cuando enfrentamos todas esas

responsabilidades. Pero Francisco nos insta a sacar el máximo beneficio de ellas al implorar paciencia, virtud y crecimiento en mi empeño de ser semejantes a Cristo.

Aquí está la sorpresa: La paciencia puede adquirirse solo en el crisol de la frustración, convirtiendo el matrimonio y sus múltiples tareas en una de las mejores escuelas de paciencia que existan. De Sales nos ruega que «resolvamos restaurar nuestra paciencia durante todo el día y cada vez que sintamos que nos estamos apartando de ella».

Alentó a esa misma mujer a seguir practicando la «mortificación» sin perder «ninguna oportunidad, no obstante lo pequeña que pueda ser, de mostrar la gentileza del corazón hacia los demás». La práctica de esa virtud de la *gentileza* es particularmente desafiante (Francisco admitía que su corresponsal podría alcanzar éxito solo con la ayuda de Dios), porque una cosa es hacer lo correcto y otra completamente distinta es hacer lo correcto *con el espíritu adecuado*; y nuestros motivos y el carácter se prueban verdaderamente en el matrimonio. Francisco siguió explicando: «Digo “gentil diligencia» porque la diligencia violenta arruina el corazón y los asuntos, y no es diligencia sino una prisa y un problema”.

Francisco aceptó la presuposición de que *llegar a ser* una persona más madura honra tanto a Dios como *hacer las cosas correctas*. No hay duda de que el matrimonio limita la cantidad de cosas que podemos hacer, pero puede multiplicar lo que podemos llegar a ser. Si un hombre o una mujer se enfoca en su crecimiento espiritual en lugar de enfocarse en los logros y lo que hemos llegado a vencer, verán la relación del matrimonio como un elemento que ofrece un ambiente maravilloso para la misión cristiana.

---

*Llegar a ser una persona más madura honra tanto a Dios como  
hacer las cosas correctas.*

---

A sabiendas de que el malabarismo de muchos asuntos pueden convertirse en una carga, Francisco alentó a la madre a perseverar recordando la eternidad:

Pronto estaremos en la eternidad, y luego veremos todos esos asuntos de este mundo como cosas pequeñas y lo poco que importa si se resuelven o no ... Cuando éramos niños pequeños, icon cuánta ansiedad reuníamos pedacitos de azulejos, madera y fango para construir casas y pequeños edificios! Y si alguien los destruía, nos acongojábamos mucho llorando. Pero ahora sabemos bien que todo eso importaba muy poco. Un día nos ocurrirá lo mismo en el cielo, cuando veamos que nuestras preocupaciones de este mundo no eran

más que un juego de niños.

«Con esto *no* sugiero», Francisco se apresuraba en decir, «que esos pequeños “asuntos de este mundo” no tengan algún valor: No quiero desechar el cuidado que debemos tener respecto a esas nimiedades, porque Dios nos lo ha confiado en este mundo como un ejercicio; pero verdaderamente me gustaría eliminar la pasión y la ansiedad de ese cuidado».

Incluso, en otra ocasión, De Sales se dirigía a una mujer embarazada que estaba muy desalentada. Estaba desconcertada con la gravidez de su espíritu, pero Francisco la consoló: «Un delicado cuerpo sobre el cual pesa la carga del embarazo, debilitado por la labor de llevar en sí a una criatura, y atribulada por muchas penas, no puede permitir que el corazón esté tan lleno de vida, activo y tan listo para realizar sus operaciones; pero esto de ningún modo hace daño a los hechos de las partes más sublimes del alma”.

Tiernamente la exhortaba: «Mi queridísima hija, no debemos ser injustos y demandar para nosotros lo que no está en nosotros ... Ten paciencia contigo misma».

De los asuntos maritales necesariamente surgen oscilaciones más emocionantes que la vida célibe. Recuerdo en particular un domingo por la mañana. La noche anterior había hablado en un banquete y luego tenía programado predicar en cuatro servicios en una iglesia local. Dos de mis hijos decidieron iniciar la Tercera Guerra Mundial en mi cocina. Lisa se estaba preparando para ir a la iglesia y tuve que encargarme de disciplinarlos. Estaba tan abrumado que perdí la paciencia.

«¡Esto es *espectacular*» Quería gritar. ¿Cómo es posible que tenga que predicar cuando vivo en medio de un caos?”

Esa mañana fui a la iglesia cojeando emocionalmente y le pedí a varias personas que oraran por mí luego de explicarles lo que había ocurrido. No fue sino hasta después del servicio que realmente «me estabilicé”. Aunque esa mañana deseé que las cosas hubieran sido diferentes, ahora, al recordarlo, considero que es probable que, después de todo, la experiencia fue beneficiosa (en lo que respecta al crecimiento de mi carácter), aunque no fue verdaderamente la mejor preparación para un «buen desempeño».

De Sales me reta continuamente con su asombrosa habilidad para ver cada dificultad de la vida como una oportunidad para el avance espiritual. Cuando una mujer cuyo esposo luchaba con una enfermedad, le escribió, Francisco respondió ante sus sentimientos de aflicción: «En verdad, si la caridad lo permitiera, podría voluntariamente querer las dolencias de su querido esposo, porque pienso que son útiles para usted, para la mortificación de su afecto y sentimientos ... ¡Con cuánta frecuencia el mundo le llama

bueno a lo malo, y aún con más frecuencia le llama a lo malo bueno»

De todas estas cartas y otras más podemos discernir que de Sales no veía el matrimonio como una concesión a nuestra misión ante Dios precisamente porque si vamos al matrimonio, luego el matrimonio *se convierte* en un elemento esencial de nuestra misión. No nuestra

---

*La misión incluye no solo lo que hacemos, sino lo que llegamos a ser. El cristianismo es una de esas raras religiones que vincula la realidad interna con la obediencia externa.*

---

*única* misión, sin duda, sino al menos las vanguardias desde las cuales se lanza esa misión.

Podemos sacar esta conclusión porque la misión incluye no solo lo que *hacemos*, sino lo que *llegamos a ser*. El cristianismo es una de esas raras religiones que vincula la realidad interna con la obediencia externa. No podemos sencillamente enfocarnos en la adherencia externa haciendo lo que es espiritualmente un error fatal de los fariseos. Por otro lado, la piedad interna que no muestra interés por el servicio en el mundo y para este, es igualmente un error lamentable. Nuestro matrimonio, dicho sea de paso, *se fortalecerá* mediante nuestro enfoque externo.

## Vínculos externos

Un amigo mío, llamado Mike, es un hombre inusualmente dotado. Es uno de los mejores comunicadores orales que jamás usted haya escuchado; uno de esos raros individuos que lo dejan riendo hasta hacerle sentir dolor en las costillas para luego furtivamente introducir un desafío espiritual. Y su material escrito es igualmente bueno.

Formó un ministerio en la universidad con sesenta participantes y en pocos años llegó a tener más de seiscientos. Luego sorprendió a muchas personas dejando el ministerio para lanzarse en una empresa de administración y consultoría de negocios. «Aparte de su ocupación habitual» publica hojas informativas para pastores de universidades, organiza una conferencia nacional para los pastores de las universidades y escribe artículos y libros además de dibujar caricaturas.

Como puede ver es un hombre muy capaz!

Pero recuerdo un día, hace años, cuando vino a la oficina de la iglesia (yo era su asociado en ese entonces) elogiando a su esposa. «Debías haberla visto anoche», se expresaba muy efusivamente. «¡Me sentí muy orgulloso de ella»

Sherri abordó la junta administrativa de la iglesia con la idea de establecer un ministerio para las nuevas madres. Ella reconocía que si no se podía ganar a alguien para Dios mientras estaba en la universidad, ellos debían estar más dispuestos a considerar las demandas de Dios para sus vidas después de tener a su primer hijo. Con esto en mente, diseñó planes mediante los cuales la iglesia le podía enviar un pequeño regalo junto con una carta a cada madre de nuestra comunidad que diera a luz a algún hijo, invitándola a adorar y hallar confraternidad en su iglesia si la recipiente no tenía otra iglesia a la cual asistir. Puesto que cada nacimiento se publicaría en el periódico, ese plan sería sorprendentemente fácil de llevar a cabo.

---

*Un matrimonio espiritualmente vivo seguirá siendo un matrimonio de dos individuos en busca de una visión común fuera de sí mismos.*

---

En un enfoque de extender el reino de Dios, Sherri ganó el corazón de su esposo. Es irónico pero cierto: al servir *fuera* de su matrimonio, Sherri fortaleció el suyo.

Un matrimonio espiritualmente vivo seguirá siendo un matrimonio de dos individuos en busca de una visión común fuera de sí. La historia atestigua esta verdad. Me conmoví particularmente al leer las cartas de otro héroe alemán, Count Helmuth James von Moltke, quien, al igual que Dietrich Bonhoeffer, fue

conspirador en contra de los nazis.

La pasión de Von Moltke por su esposa se notaba en sus cartas. Considere esto:

No eres uno de los agentes de Dios para convertirme en lo que soy, sino que más bien tú eres yo. Tú eres mi capítulo trece de la primera epístola a los Corintios. Es solo en nuestra unión —tú y yo— que podemos formar un ser humano completo. Somos ... un solo pensamiento creativo.

Aunque von Moltke amaba profundamente a su esposa, su vida estaba igualmente cargada de su participación en la obra de Dios sobre la tierra. A pocas horas de que lo ejecutaran, von Moltke escribió otra apasionada carta a su esposa. Antes de leer esto, pregúntese a sí mismo: «¿Qué le escribiría a mi esposa si supiera que esa sería mi última carta?»

Querida mía, mi vida está tocando a su fin, y puedo verdaderamente decir de mí mismo: “Murió en la plenitud de los años y de la experiencia de su vida”. Eso no implica que no continuaría viviendo contento, que no continuaría caminando alegre a tu lado sobre la tierra. *Pero para eso necesitaría una nueva encomienda de parte de Dios*, ya que aquella para la cual me creó ya está completa [énfasis del autor].

Incluso, con una relación matrimonial tan apasionada, rica y remuneradora, von Moltke dice que para continuar viviendo, tendría que necesitar una nueva encomienda de parte de Dios. ¡Qué declaración tan notable! ¡Y la expresó un hombre que estaba a pocas horas de morir en la horca! Lo que ayudó a enriquecer ese matrimonio es que Moltke se proyectaba hacia fuera de su matrimonio para hallar sentido, lo cual, por irónico que fuera, le infundió más sentido a su matrimonio.

Anteriormente, en este libro, hablé sobre lo esencial que es vernos en el matrimonio como «nosotros» en vez de “yo”. Este «nosotros», sin embargo, no se alcanza por medio de la absorción de un compañero dentro del otro, ya sea de la esposa dentro del esposo o vice versa. El apóstol Pablo aclara que a cada uno de nosotros se nos dan nuestros propios dones y nuestro propio papel para desempeñar en el reino de Dios (véanse Romanos 12:4-8; 1Corintios 12:1-11). Cada cual debe estar apasionadamente consagrado a su servicio fiel.

Un matrimonio maduro se proyecta hacia fuera de sí perdiendo no solo la tiranía de los deseos individuales sino también de la tiranía de la comodidad de la pareja. Una pareja lo describió como la transición del «nosotros somos» a

«nosotros nos ocupamos». Esa transición se establece gradualmente. El sexo y la vida recreacional de una pareja se transforma radicalmente cuando nacen los hijos. El simple hecho de prepararse para ir a la iglesia puede convertirse en una experiencia agotadora en vista de que al bebé hay que cambiarle los pañales y hay que cargar la bolsa de esos mismos ropajes. El egoísmo de la infatuación a temprana edad y la virtual intoxicación del amor de la juventud se ensanchan al dar la bienvenida a una nueva y pequeña criatura con sus demandas.

En esa primera etapa de criar a los hijos, las parejas comienzan gradualmente a aprender el valor de servir. Lo que pueden hacer fuera del hogar está limitado. Lo ideal, después que los hijos comiencen a independizarse y a mudarse de la casa, es que la pareja continúe nutriendo la vitalidad del servicio. Una vez libres de las demandas que presenta la crianza de los hijos, un hombre y una mujer están en disposición de enfocarse en un mundo más amplio.

He visto a mis padres pasar por ese proceso. A los setenta años de edad mi papá acaba de completar su décimo año de “retiro”. Pero esa libertad vocacional en realidad ha cobrado meramente un nuevo giro en su servicio. Mis padres terminan siendo sirvientes incluso cuando están de vacaciones.

Cierta vez los visité en un remoto campo, y nos contaban cómo la noche anterior habían estado dos horas y media consolando a un hombre que recientemente había perdido a su esposa. Nunca antes habían conocido a ese hombre, pero él sintió que les prestaría atención y se sintieron obligados a asistirlo renunciando a participar en una «fiesta musical campestre» para aliviar el dolor de ese hombre en medio de su soledad.

Poco después un joven —quien había acabado de salir de un manicomio— se mudó a ese campo con su familia. Casi de inmediato se encariñó con mis padres hasta el punto en que llegó a llamarlos «abuelo” y «abuela» antes de terminar su estadía allí.

El retiro puede ser un tiempo de soledad, pero mis padres se han sumergido de cabeza en este, haciendo que esa fase de la vida represente alguno de los más remuneradores e incluso ocupados años de sus vidas. Aunque es apropiado reducir la marcha y en ocasiones disfrutar de algún crucero de vacaciones, su propósito y cumplimiento han surgido principalmente de su continuo servicio. Mi padre muchas veces ha comentado: «¡No sé cuándo encontré tiempo para trabajar»

Sin involucrarse ni comprometerse a servir, cada cónyuge se aísla con mucha rapidez. Un matrimonio egoísta es un matrimonio vacío. Fuimos creados para servir a Dios y ningún afecto humano puede aplacar esa hambre durante mucho tiempo.

## Dos visiones, una vida

La ambición puede ser fatal.

Lou Kasischke se unió a una expedición comercial para escalar el monte Everest en la primavera de 1996. Fue testigo de uno de los peores desastres en la historia del montañismo, una calamidad que hizo noticia mundial cuando varias personas perecieron en la cumbre más alta del mundo. Al pasar lentamente ese día fatal, muchos escaladores rehusaron regresar aunque se estaba haciendo ridículamente tarde para andar por esas alturas. Lou decidió regresar, y esa decisión con toda probabilidad le salvó la vida.

Aunque Kasischke tomó en serio el hecho de llegar hacia la cumbre, no estaba dispuesto a poner su vida en alto riesgo para llegar hasta allí. Explica la razón:

No pensé que podía llegar allí y regresar vivo, o en el mejor de los casos, perdería algunos dedos de las manos y los pies. Y otra cosa también es que ... no estaba realmente sujeto a muchas de las mismas presiones ... En mi perspectiva de las cosas, ese no era un asunto de vida o muerte para mí; no era lo más importante del mundo, y no quería que los periódicos escribieran historias sobre mi vida. Además de los medios de comunicación, la fama, la fortuna, los récords mundiales y toda esa serie de cosas que eran buenos como para tomar el riesgo ... para otros que estaban en la expedición ... Para mí significaba mucho; no quiero sugerir que no me importaba. Pero ... mi ambición de llegar hasta allí no sofocaba los demás pensamientos que tenía en mente.

Ese último renglón (mi ambición ... no sofocaba otro pensamiento que tenía en mente) es particularmente significativo. He visto a hombres y mujeres cegados por su propia ambición, incluso la ambición religiosa, y ese tipo de ambición ciega sí tiene la tendencia de sofocarlo todo como también a cada persona que los rodean. No ven el precio que están haciendo pagar a sus seres queridos por su ciega y obsesiva búsqueda. Si su cónyuge no accede, el resultado puede ser como un asesino espiritual. Algo morirá: el afecto, la relación, la virtud. Habrá una baja de algún tipo.

---

*La ambición puede ser fatal.*

---

Mezclar la ambición con las relaciones es como mezclar el fuego con la dinamita. La explosión es inevitable. Si hemos de aprender a vivir nuestra misión en la relación matrimonial, debemos aprender a ser más altruistas, y

tenemos que llegar a vincularnos más el uno con el otro. Tenemos que recordar que su cónyuge está llamado, al igual que usted, y tenemos que estar suficientemente interesados en *su* llamado para saber qué es lo que los mueve y les da energía.

Cuando Lisa y yo nos casamos, estábamos procurando dos misiones aparentemente discordantes. Más que todo yo quería ser escritor y la mayoría de los escritores profesionales les dicen a los aspirantes a ese giro lo que típicamente le digo a los tales: «¿Quiere realmente ser un escritor? ¡Pues cásese con una persona que los pueda mantener durante diez años»

Lisa *nunca* ha querido trabajar fuera de la casa. Está dedicada a la escuela del hogar y a crear un ambiente hogareño que conduzca al desarrollo intelectual, cultural y espiritual de los niños.

En vista de esa situación, usted podrá fácilmente ver el potencial para la tensión en la relación, ¿verdad? Como escritor nunca gané la décima parte del dinero que Lisa necesitaría ganar para convertir sus sueños en realidad. Como esposa y ama de casa, Lisa nunca ha ganado dinero alguno para ayudarme a adquirir una carrera de escritor por mi propia cuenta.

---

*Cuando Lisa y yo nos casamos, estábamos procurando dos misiones aparentemente discordantes.*

---

Estaría mintiendo si implicara que esta situación no ha causado unas acaloradas discusiones en nuestra casa. Al recordar esto, esas «irreconciliables diferencias» se pueden ver como complementarias, siempre y cuando ninguno de nosotros insistiera en que la otra persona «pierda» el debate. Al respetar lo que Dios nos ha llamado a cada cual hacer, hemos podido progresar, aunque más lentamente de lo que ninguno de los dos hubiera preferido. Sin embargo, al recordar la aparente falta de rapidez en el progreso nos ha ayudado a obtener paciencia y más altruismo para cada uno de nosotros, dos cualidades espirituales extraordinariamente valiosas.

El caso es que *nosotros* creemos saber lo que sería mejor. *Dios, ¿por qué no permites que las cosas salgan como yo quisiera?* Pero puede ser que nuestras suposiciones estén descabelladamente fuera de quicio. Lo que deseamos puede tener el potencial de destruirnos. Si nuestros ojos están puestos en la cima del Everest de tal modo que olvidemos que tenemos que bajar mientras aún haya tiempo, bien podremos empalarnos por consecuencia de nuestros deseos.

Hace más de dos mil años, un joven gobernador de España se encaminó hasta la estatua de Alejandro el Grande y públicamente lloró. Ese gobernador había acabado de cumplir treinta años y estaba lleno de vergüenza al comparar sus logros con los de aquel gran conquistador a su misma edad. Muchos de nosotros podríamos pensar que llegar a ser gobernador de España a

los treinta años no es nada que sea objeto de vergüenza. Sin embargo, este joven se sentía aplastado.

Menos de tres décadas más tarde, el gobernador —cuyo nombre es Julio César— llegó a convertirse en uno de los gobernantes y comandantes militares más poderosos de la historia. En realidad, llegó a ser tan poderoso que sus más íntimos amigos y consejeros conspiraron para matarlo. Pensaron que era extremadamente peligroso para un solo hombre —aunque noble— llegar a tener tanto poder.

---

*Lo que deseamos puede tener el potencial de destruirnos.*

---

El atentado de asesinato tomó lugar a puertas cerradas, de modo que no pudiera acusarse a nadie de haber cometido ese asesinato (iderribar a un gobernante no es cosa fácil!). Cada conspirador acordó en infringirle al menos una herida de un tajo. Los asaltantes se apretujaron en círculo alrededor de Julio, con sus cuchillos en posición de apuñalarlo. Pero César se defendió luchando ferozmente sin recibir el más mínimo daño en su cuerpo. Era un hombre fuerte, y algunos de los conspiradores pagaron caro por su traición.

César siguió peleando hasta el momento en que se volvió y vio a su buen amigo Bruto. El dolor del reconocimiento dio un alto a la reyerta. Hubo un misterioso momento de silencio. Es dentro de ese contexto que César expresó las ahora famosas palabras: «¿Et tu, Brute?» («¿Tú también, Bruto?») Al ver a Bruto frente a él, el impulso de pelear dejó a Julio César. Una cosa es que un colega lo traicionara, y otra cosa completamente distinta era ser víctima de su más íntimo amigo. César dejó de luchar, se cubrió con su manto y se acostó dejando que sus conspiradores lo apuñalaran voluntariamente.

Cuando Julio César aspiró a tal fama, nunca se imaginó que esto volvería a sus amigos más íntimos en su contra. Pocas cosas me puedo imaginar que sean más agonizantes que los amigos más queridos y confiables lo ataquen y traicionen.

La ambición, sin duda, es una empresa violenta. Lo que sacrificamos para alcanzarlo todo puede volcarse y sepultarnos cuando alcanzamos nuestra meta. Bien puede ser que Dios nos dé la relación del matrimonio para moderar y redirigir nuestros sueños. Forzados a comprometernos, aprendemos a reevaluar lo que es verdaderamente importante. Se nos pide que reconsideremos nuestras prioridades y aminoremos tanto la marcha como para considerar las opiniones y necesidades de los demás.

---

*Pocas cosas han sido más tristes para mí que leer las tres autobiografías de Donald Trump.*

---

Pocas cosas han sido más tristes para mí que leer las tres autobiografías

de Donald Trump. No me pregunte por qué las leí todas, ini yo mismo estoy seguro de eso! Pero al llegar al final de la tercera, usted puede ver un cuadro claro de un hombre que ciegamente persiguió sus sueños financieros y perdió la intimidad que pudo haber hecho tales sueños significativos. Uno de los problemas con Ivana, su primera esposa, era que ella quería hablar sobre el trabajo en la casa, mientras que Donald quería descansar. En su rebote de mal de amores, se casó con una joven llamada Marla, quien no tenía interés en administración de hoteles y sí quería establecer un hogar. Pero, irónicamente, en este caso a Donald le interesaba una mujer que estuviera en casa *a la hora de cenar*.

En lugar de condescender y descubrir lo que sus esposas podrían tener que enseñarle, Donald cambió de esposas. Había minado ambos extremos del espectro —la ambición del trabajo y la vida casera— y las hallaba deficientes. Uno tiene que preguntarse cuán «cálido» lo hacen sentirse tarde en la noche todos esos edificios y casinos que posee cuando duerme solo o con una mujer que no tiene una historia significativa junto a él.

Los deberes del matrimonio nos llaman a desprendernos de nosotros mismos para ayudarnos a recordar que nuestra perspectiva no es la única del mundo. Dios está edificando toda una iglesia, y *cada* miembro es crucialmente importante. El ojo, la mano, el pie y la boca, todos tienen un papel que jugar (véase 1 Corintios 12:14-31). Apenas somos un diente de rueda en la maquinaria, y —muy francamente— Dios podría reemplazar a cualquiera de nosotros sin titubear.

Cuando estaba en la universidad me entristeció profundamente la trágica muerte de Keith Green, una poderosa cristiana en el campo de la música que fue asombrosamente eficiente al llegar a la adolescencia. ¿Cómo pudo Dios dejar que esa fuerte líder muriera? Pero ni Dietrich Bonhoeffer, el gran escritor y maestro alemán, ni Blaise Pascal, un brillante pensador y apologista cristiano, llegaron a los cuarenta años. El propio Jesús tampoco llegó a vivir ese tiempo sobre esta tierra.

Esta realidad me enseña sencillamente que *mi fidelidad es importante, pero mi servicio no es esencial*. La iglesia cristiana puede desempeñarse muy bien si yo nunca volviera a escribir otro libro o hablara en otro retiro. No perdería ni un paso.

---

*Esta realidad me enseña sencillamente que mi fidelidad es importante, pero mi servicio no es esencial.*

---

Deseo haberle dado a Lisa la casa de sus sueños, y sé que Lisa desea que yo hubiera sido un escritor desde el mismo principio de nuestro matrimonio. Y probablemente ambos somos suficientemente débiles como para, dado el caso

de tener que escoger, poder retroceder y optar por la vía más fácil. Pero no estoy seguro de que eso finalmente obraría para nuestro bien. Al igual que César, el logro de nuestra primera ambición podría habernos destruido.

## Miremos más allá del matrimonio

La importancia del servicio —mirar más allá del matrimonio— es necesaria porque el matrimonio en sí no es eterno. Cuando Dios nos ofrece un cónyuge, no hay garantía de que ese cónyuge estará con nosotros toda la vida. Es cierto que esperamos que ese sea el caso, pero muy pocos matrimonios terminan en una muerte simultánea. El matrimonio es para este mundo, y este mundo es pasajero, aunque en diferentes tiempos para cada uno de nosotros.

Otto Piper sugiere que «la pérdida de un cónyuge no es simplemente un suceso triste y natural, sino ... es una divina intervención por medio de la cual el matrimonio termina para que el compañero sobreviviente pueda consagrarse de lleno al servicio de Dios en la Iglesia». Escuche atentamente esta conclusión: «Por lo tanto, cada etapa del desarrollo sexual del individuo depende de estar sujeto a la ley de Dios y, además, es una ejecución parcial del divino plan de redención».

Cuando el matrimonio se coloca dentro del contexto del plan redentor de Dios, permanecemos casados, en cuanto dependa de nosotros, como un medio de expresar el compromiso de *Dios* con su pueblo. Pero cuando el matrimonio finaliza por diseño de Dios —mediante la muerte—, nuestro propósito final no ha cambiado. Ahora estamos «libres» para tal vez servir a Dios más efectivamente al llevar a otros el conocimiento de su plan redentor.

Cuando el matrimonio se convierte en nuestra búsqueda primordial, nuestro deleite en la relación se paralizará por el temor, el celo posesivo y el egocentrismo. Somos creados para admirar, respetar y amar a alguien que tiene un propósito mayor que nosotros, un propósito centrado en la obra incansable de Dios de llamar a su pueblo a su hogar, a su corazón de amor.

Permitimos que el matrimonio vaya más allá de sí mismo cuando aceptamos dos misiones centrales: llegar a ser la persona para lo cual Dios nos creó y hacer la obra que Dios nos ha dado para hacer. Si abrazamos —no solo aceptamos sino activamente *abrazamos*— estas dos misiones, tendremos una vida plena, una vida rica, una vida significativa y una vida triunfal. La ironía es que probablemente tendremos también un matrimonio feliz, pero eso vendrá como un resultado de la bendición de colocar todo lo demás en orden.

---

*Cuando el matrimonio se convierte en nuestra búsqueda primordial, nuestro deleite en la relación se paralizará por el temor, el celo posesivo y el egocentrismo.*

---

## EPÍLOGO: LA SANTA PAREJA

En nuestro matrimonio le decimos a la próxima generación cómo parece el sexo, el matrimonio y la fidelidad para los cristianos. Somos profetas, para bien o para mal, del futuro que tendrá el matrimonio cristiano.

—EVELYN Y JAMES WHITEHEAD

Nuestros matrimonios son el terreno de prueba para que Dios nos gane para él. Nuestros matrimonios son un entrenamiento básico para aquel Matrimonio que no desconcertaremos.

—DAN ALLENDER Y TREMPER LONGMAN III

**E**staba solo viajando en mi auto (tras una separación de mi familia de más de una semana por motivos de un viaje de negocios), cuando escuché un canto que me paró en seco. Después de presentar realistamente una disputa relacional, la persona que cantaba realzaba a los escuchas con este coro: «Nadie va a decirte adiós. No, nadie va a alejarse. Esta vez, mi amor, estoy aprendiendo a amarte, amarte. Nadie, no hay nadie ... que jamás procurara amarte como yo te amo».

A pesar de la pobre gramática que tiene la letra de la canción en inglés, esa es una profunda declaración. Innegablemente es bíblica, enfocándose en «aprender a amar» más que en cualquier otra cosa. Me impresionó el hecho de que si yo pudiera tener éxito en amar a Lisa como nadie, antes o después, llegaría a ser un “buen” esposo. Mi meta es que cuando su vida termine, Lisa pueda decir: «A veces a Gary le faltó pulimento y tuvo que enfrentar algunas luchas durante toda su vida, pero a pesar de esos fallos, Gary me amó como nadie más pudo haberlo hecho».

Los padres de Lisa tienen cinco hijos, y, por lo tanto, no le pueden dar a Lisa el amor exclusivo que puedo darle yo. Nuestros hijos tienen dos padres, así es que no pueden enfocarse en Lisa como yo. Es mi trabajo, mi llamado y mi misión de andar a través de los afanes y los retos del matrimonio y declarar: «Oye, nunca me iré, y, además (usted puede ver inmediatamente que carezco del espíritu poético de un escritor de canciones; no puedo imaginármela usando la palabra *además* en un canto), voy a amarte como

nunca antes te había amado”.

Estoy mejorando. Tras esa desastrosa experiencia del cumpleaños de hace tantos años, he aprendido a comprar para Lisa. En realidad, ahora rehúsa darme ideas, puesto que piensa que puedo hacer mejor ese trabajo por mi cuenta; y, además, le encanta que la sorprendan. Mientras paseaba por una tienda durante una época reciente de fiesta, inmediatamente supe que a Lisa le encantaría tener una almohada japonesa de trigo sarraceno para las Navidades (aunque nunca había oído de algo así). Los niños pensaron que yo estaba loco, pero supe que le gustaría y sabía que eso le demostraría que he estudiado su carácter y que la conozco mejor que cualquier otra persona.

Tuve razón.

Durante mi matrimonio he estado equivocado en muchas cosas. Han habido momentos de traición, apatía, asperezas, egoísmo. Pero el matrimonio es una larga jornada. Podemos empezar lentamente e incluso en ocasiones perder el camino; pero de todas formas salvar la jornada más significativa.

Si contemplamos las relaciones del matrimonio como una oportunidad de superarnos en el amor, no importa cuán difícil sea la persona a quien se nos llama a amar; no importa incluso si ese amor sea alguna vez correspondido; a pesara de todo podremos superarnos en cuanto al amor. Aún podemos decir: «Gústete o no, voy a amarte como nadie más».

Esto refleja el propio amor de Cristo, un amor incomparable, un amor que es infinitamente más profundo que cualquier amor humano que podamos conocer. Es un amor preñado con la oportunidad de ofrecer nacimiento y renacimiento espiritual. El sacerdote ortodoxo ruso Yelchaninov escribió que «una simple vívida experiencia de amor nos hará avanzar mucho más, protegerá seguramente mucho más nuestras almas del pecado que la más ardua *lucha* contra el pecado”.

Necesitamos continuar explorando el poder del amor humano para alimentar nuestro amor divino. En lugar de contemplar el matrimonio como un competidor cósmico con el cielo, podemos abrazarlo como una escuela de fe. Máximo el Confesor (580-662) observó que el amor que tenemos por Dios y el amor que tenemos por otros no son distintos sino «dos aspectos de un solo amor total”. Jesús sugirió lo mismo al responder una pregunta sobre el “mayor» mandamiento. Declaró que no hay solo uno sino dos: no solamente debemos amar a Dios sino también a nuestro prójimo.

Ese es un amor que cualquiera de los compañeros puede practicar en la relación matrimonial. Si su cónyuge no desea participar, amándole usted aún puede aprender a crecer.

Pero aquí se presenta otro reto cuando dos creyentes están comprometidos juntamente a procurar una realidad espiritual más profunda

en el matrimonio: la formidable tarea de esforzarse para llegar a ser no solo un cónyuge santo sino una pareja santa.

## Pioneros

Cierta vez dije en una iglesia que tomaría como un gran elogio si alguien me dijera: «Esa es la conferencia menos original que jamás he escuchado». En efecto, mi misión ha sido y continúa siendo la de integrar las Escrituras, la historia de la iglesia y los clásicos cristianos; y luego aplicar toda esa sabiduría a la actualidad. No estoy tan interesado en labrar un nuevo terreno como lo estoy en recapturar la relevancia contemporánea del viejo terreno que se ha olvidado.

---

*Noventa por ciento de la enseñanza tocante a la vida espiritual debe colocarse así dentro del contexto marital.*

---

Pero, obviamente, aunque no estamos labrando un nuevo terreno con la idea de la espiritualidad del matrimonio, lo cierto es que estamos andando con la minoría. La espiritualidad cristiana ha estado innegablemente enfocada en el celibato y la búsqueda solitaria de Dios. Ese énfasis necesita cambiar. La mayor parte de la iglesia sirve a Dios dentro de la relación familiar; es razonar pensar que ese noventa por ciento de la enseñanza tocante a la vida espiritual debe colocarse así dentro del contexto marital.

Me inspiran las palabras de Mary Anne McPherson Oliver:

La santidad conyugal es obviamente un ideal que está muy lejos de lo que mayormente vemos y experimentamos. Si hay parejas de santos alrededor, ni siquiera podríamos reconocerlas, y si nunca hemos buscado la obra del Espíritu en la sexualidad, probablemente nunca lo hubiéramos notado. Además, los santos son raros, y las parejas santas deben ser estadísticamente más raras todavía. Como es lógico, uno debe esperar que por cada tres intentos de formar una pareja santa, haya una que sea un éxito ya que no solo se requiere que haya dos seres humanos santos sino también una relación perfecta.<sup>3</sup>

¿Qué sucedería si unas cuantas parejas cristianas tomaran este reto pionero en serio y lo convirtieran en su meta para llegar a ser una «santa pareja»? Al no definirse más en su relación con Dios en términos solitarios sino esforzándose juntos para presentarse como una unidad santa, ¿no se convertirían en un par de querubines en medio de quienes la presencia de Dios está radicalmente animada?

Esta es, al menos, una interesante invitación. ¿Hay alguien que aceptaría esa invitación hoy. para un tiempo como este?

## NOTAS

### Capítulo uno: El mayor reto del mundo

1. Sales, Francis de, *Thy Will Be Done: Letters to Persons in the World* [Sea hecha tu voluntad: Cartas a personas en el mundo], Sophia Institute, Manchester, N.H., 1995, p. 42.
2. Bailey, Derrick Sherwin, *The Mystery of Love and Marriage: A Study in the Theology of Sexual Relations* [Un estudio en la teología de las relaciones sexuales], Harper and Brothers, New York, 1952, p. 4.
3. Lewis, C. S., *The Allegory of Love: A Study in Medieval Tradition* [La alegoría del amor: Un estudio en la tradición medieval], Oxford University Press, New York, 1985, p. 4.
4. Sin embargo, por fin Frieda dejó a su esposo y a los niños para irse con Lawrence. El recuento de este y otros matrimonios literarios se exploraron en el libro de John Tytell: *Passionate Lives* [Vidas apasionadas], Birch Lane, New York, 1991.
5. Porter, Katherine Anne, *The Necessary Enemy* [El enemigo necesario], *The Collected Essays and Occasional Writings of Katherine Anne Porter*, [La colección de ensayos y escritos ocasionales de Katherine Anne Porter], Delacorte, New York, 1970, pp. 182-84.
6. Lewis, C.S., *The Screwtape Letters* [Las cartas a un diablo novato], Macmillan, New York, 1951, pp. 94-95.
7. Desde entonces he llegado a comprender que en estos versículos Pablo probablemente está repitiendo una frase que ofrecieron los corintios, pero este no es el lugar para entrar en las complejidades del idioma griego o la estructura de la oración. El comentario de Gordon Fee sobre 1 Corintios en *New International Commentary on the New Testament* [Nuevo comentario internacional sobre el Nuevo Testamento], Eerdmans, Grand Rapids, 1994 es el más completo y bien razonado recuento de este pasaje que yo leí.
8. Citado de *The Goods of Marriage* [Lo bueno del matrimonio], en Evelyn Eaton Whitehead y James D. Whitehead, *A Sense of Sexuality: Christian Love and Intimacy* [Un sentido de sexualidad: Amor cristiano e intimidad], Doubleday, New York, 1989, p. 100.
9. Oliver, Mary Anne McPherson, *Conjugal Spirituality: The Primacy of Mutual Love in Christian Tradition* [Espiritualidad conjugada: La primacía del amor mutuo en la tradición cristiana], Sheed and Ward, Kansas City:, 1994, p. 12.
10. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 12.
11. Ricucci, Gary y Betsy, *Love That Lasts: Making a Magnificent Marriage* [El amor que perdura: Hacer un matrimonio magnífico], PDI Communications, Gaithersburg, Maryland, 1993, p. 95.

### Capítulo dos: Hallemos a Dios en el matrimonio

1. Lane, Belden C., *Rabbinical Stories, Christian Century* [Historias rabínicas, siglo cristiano], (12/16/81), citado en Thomas N. Hart y Kathleen Fischer Hart, *The First Two Years of Marriage* [Los primeros dos años de matrimonio], Paulist, New York, 1983, pp. 117-18.
2. Bailey, *The Mystery of Love and Marriage* [El misterio del amor y el matrimonio], p. 101.
3. Mahaney, C.J., *God's Purpose and Pattern for Marriage* [El propósito y patrón de Dios para el matrimonio], *De acuerdo al plan* serie de casetes, PDI Communications, Gaithersburg, Maryland, 1994.
4. Hughes, Philip E., *The Second Epistle to the Corinthians: New International Commentary on the New Testament* [La segunda epístola a los corintios: Nuevo comentario internacional sobre el Nuevo Testamento], Eerdmans, Grand Rapids, 1962, 1982, p. 178.
5. Barrett, C.K., *A Commentary on the Second Epistle to the Corinthians: 2nd ed. Harper's New Testament Commentaries* [Un comentario sobre la Segunda Epístola a los Corintios: 2da. edición, Comentarios

Harper del Nuevo Testamento], Harper & Row, New York, 1973, p. 175.

6. Citado en Philip Yancey, *Gracia divina vs Condena humana*, Editorial Vida, Miami, FL, 1998, p. 263 en inglés.

### Capítulo tres: Aprendamos a amar

1. Porter, *The Necessary Enemy* [El enemigo necesario], *The Collected Essays* [La colección de ensayos] p. 184.
2. Yancey, *Gracia divina vs Condena humana*, p. 266 en inglés.
3. Este extracto y los siguientes recuentos se tomaron del panfleto *Do You Love Me?* [¿Me amas?], por John Barger, Sophia Institute, Manchester, N.H., 1987.

### Capítulo cuatro: Santo honor

1. Citado en Leon Morris, *The Gospel According to John: New International Commentary on the New Testament* [El evangelio de acuerdo a Juan: Nuevo comentario internacional sobre el Nuevo Testamento], Eerdmans, Grand Rapids, 1971, p. 274.
2. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 38.
3. Ricucci, *Love That Lasts*, p. 70.
4. Citado en Ricucci, *Love That Lasts*, p. 121.
5. Owen, John, *Sin and Temptation* [Pecado y tentación], editado y condensado por James Houston, Multnomah, Portland, Oregon, 1983, p. 29.
6. Law, William, *A Serious Call to a Devout and Holy Life* [Un serio llamado a una vida devota y santa], Paulist, New York, 1978, p. 294.
7. Allender, Dan y Tremper Longman III, *Intimate Allies* [Aliados íntimos], Tyndale House, Wheaton, Ill., 1995, p. 287.
8. Allender y Longman, *Intimate Allies*, p. 281.

### Capítulo cinco: El abrazo del alma

1. Esta cita y las próximas cuatro se tomaron de Terry Glaspey, *Pathway to the Heart of God* [Senda al corazón de Dios], Harvest House, Eugene, Oregon, 1998, pp. 16, 24-25.
2. Esta y las siguientes cita se tomaron del artículo *McCartney on the Rebound* [McCartney está mejorando] por Phyllis Alsdurf, *Christianity Today*, 18 de mayo de 1998).
3. Citado en Yancey, *Gracia divina vs Condena humana*, p. 265 en inglés.
4. Mi esposa vino después que yo escribí esto, miró sobre mis hombros, leyó lo que escribí y me dijo: «¿Alguna vez te dije que eres un santo?» Sin embargo, la risita que siguió su pregunta dejó el asunto claramente sin resolver.
5. Esta interpretación se basó en la Nueva Versión Internacional que el Dr. Fee altera un poco en su comentario. También hay un versículo del Antiguo Testamento dirigido a la «obligación marital» incluso en el medio de una sociedad polígama, véase Éxodo 21:10.
6. Ellul, Jacques, *Prayer and Modern Man* [La oración y el hombre moderno], Seabury, New York, 1979, p. 56.
7. La cita en cuanto a Eloísa y Abelardo se tomó de una carta citada en Bailey, *The Mystery of Love and Marriage* [El misterio del amor y el matrimonio], p.

### Capítulo seis: Cómo nos purifica el matrimonio

1. Oliver, *Conjugal Spirituality*, pp. v-vi.
2. Seudo-Atanasio, *The Life and Activity of the Holy and Blessed Teacher Syncletica* [La vida y actividad de la Santa y bendecida maestra Sincretica] traducción: Elizabeth Castelli en *Ascetic Behavior in GrecoRoman Antiquity*, Vincent Wimbush [Conducta ascética en la antigüedad greco-romana], ed. Fortress, Minneapolis, 1990, p. 284.
3. Saint Ambrose, *Concerning Virgins* [En cuanto a las vírgenes] libro I, capítulo VI, párrafos 25-26.
4. Lewis, C.S., *Los cuatro amores*, Editorial Caribe, New York, 1977, p. 118.
5. Hart and Hart, *The First Two Years of Marriage*, p. 50.

6. Allender and Longman, *Intimate Allies* [Aliados íntimos] p. 278.
7. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 288.
8. Pascal, Blaise, *Pensées* [Pensamiento], traducción al inglés por A.S. Krailsheimer, Penguin, New York, 1966.
9. Fénelon, François de Salignac de La Mothe, *Christian Perfection* [Perfección cristiana], Bethany House, Minneapolis, 1975, p. 205.
10. Law, *A Serious Call to a Devout and Holy Life*, p. 228.
11. Fénelon, *Christian Perfection*, p. 90.

### Capítulo siete: La historia sagrada

1. Hart and Hart, *The First Two Years of Marriage*, p. 15.
2. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 26.
3. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 33.
4. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 34.
5. Tyler, Anne, *A Patchwork Planet* [Un planeta hecho de retazos], Knopf, New York, 1998, pp. 218-19.
6. Jenkins, Jerry, *Hedges: Loving Your Marriage Enough to Protect It* [Setos vivos: Amar tanto su matrimonio como para protegerlo], Wolgemuth y Hyatt, Brentwood, Tennessee, 1989, p. 142.

### Capítulo ocho: La lucha sagrada

1. Ricucci, *Love That Lasts*, p. 50.
2. Piper, Otto, *The Biblical View of Sex and Marriage* [El punto de vista bíblico acerca del sexo y el matrimonio], de Scribner, New York, 1960, pp. 114-15.
3. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 134.
4. El material de Lincoln se espigó de varias obras: *Abraham Lincoln, Speeches and Writings*, 1832-1858 [Abraham Lincoln, Discursos y escritos], The Library of America, New York, 1989; Frederick Owen, *Abraham Lincoln: The Man and His Faith* [Abraham Lincoln: El hombre y su fe], Tyndale House, Wheaton, Ill., 1976; Shelby Foote, *The Civil War: A Narrative* [La guerra civil: Una narración], Volúmenes 1 y 2, Random House, New York, 1958, 1963; y Dale Carnegie, *Cómo hacer amigos e influenciar a la gente*, Simon and Schuster, New York, 1994.
5. El material Lindbergh se espigó de varias obras: Anne Morrow Lindbergh, *Bring Me a Unicorn* [Tráeme un unicornio], Harcourt Brace Jovanovich, New York, 1971; Anne Morrow Lindbergh, *Hour of Gold, Hour of Lead* [Hora de oro, hora de plomo], Harcourt Brace Jovanovich, New York, 1973; Dorothy Herrmann, *Anne Morrow Lindbergh: A Gift for Life* [Anne Morrow Lindbergh: Un regalo para toda la vida], Tichnor y Fields, New York, 1993; Roxanne Chadwick, *Anne Morrow Lindbergh: Pilot and Poet* [Anne Morrow Lindbergh: Piloto y poeta], Lerner, Minneapolis, 1987; y A. Scott Berg, *Lindbergh*, G.P. Putnam's Sons, New York, 1998.
6. Peterson, Eugene, *Take and Read* [Tómelo y léalo], Eerdmans, Grand Rapids, 1996, p. 44.

### Capítulo nueve: Cáigase hacia delante

1. Basado en la historia verdadera que presentó Pam Hoepner a *Reader's Digest* [Selecciones], Julio de 1998.
2. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 126.
3. Citado en Ricucci, *Love That Lasts*, p. 129.
4. Yo escuché a L'Engle recitar este poema en un foro al que asistí en Bellingham, Washington, en 1998.
5. Hart and Hart, *The First Two Years of Marriage*, p. 19.
6. Quoted in Ricucci, *Love That Lasts*, p. 152.
7. Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality*, p. 197.
8. Quoted in Ricucci, *Love That Lasts*, p. 124.
9. La historia se contó en el periódico de Jerusalén: *The Jerusalem Post* (15 de mayo de 1998).
10. Yancey, *Gracia divina vs Condena humana*, p. 84 en inglés.

11. Citado en Yancey, *Gracia divina vs Condena humana*, p. 281 en inglés.

### Capítulo diez: Hazme un siervo

1. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage* [El punto de vista bíblico sobre el sexo y el matrimonio], p. 153.
2. Esta cita y las siguientes se tomaron de un artículo de Robert Draper, *Death Takes a Honeymoon* [La muerte va a la luna de miel] *GQ*, Junio de 1998, pp. 232-35.
3. Ricucci, *Love That Lasts*, pp. 5-6.
4. Este recuento se tomó de un artículo por Jack Friedman y Barbara Sandler, *Winning at Home* [Ganar en el hogar] *People* [Personas], (1/11/99).
5. Este recuento se tomó de un artículo por Elizabeth Gilbert, *Losing Is Not an Option* [Perder no es una opción], *GQ* (Septiembre de 1999).
6. Mahaney, C.J., A Husband's Responsibilities [Una responsabilidad del esposo] *According to Plan* [De acuerdo al plan], serie de audiocasetes.
7. Bonhoeffer, Dietrich, *The Cost of Discipleship* [El precio del discipulado], Macmillan, New York, 1963 edición revisada, p. 149.
8. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p.1.
9. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 157.
10. Allender and Longman, *Intimate Allies*, pp. 317-18.
11. Citado en Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality* [Un sentido de sexualidad] p. 13.

### Capítulo once: Santos sexuales

1. Citado en Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality*, p. 11.
2. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 13.
3. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 228.
4. Juan Calvino comentó esto en su *Institutes of the Christian Religion* [Instituto de la religión cristiana] libro IV, capítulo 12, párrafo 26.
5. McPherson Oliver, Mary Anne, *Conjugal Spirituality* [Espiritualidad conyugal], *Spirituality Today* [Espiritualidad actual] 43, no. 1 (Primavera 1991), p. 54.
6. Leites, Edmund, *The Puritan Conscience and Modern Sexuality* [La conciencia puritana y la sexualidad moderna], Yale University Press, New Haven, Connecticut, 1986, pp. 12-13.
7. Citado en Kathleen Fischer Hart y Thomas N. Hart, *The Call to Holiness in Christian Marriage* [El llamado a la santidad en el matrimonio cristiano], *Spirituality Today* 36, no. 1 (Primavera 1984), p. 16.
8. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 79.
9. Nahmanides, *The Holy Letter* [La carta santa], p. 60.
10. Ricucci, *Love That Lasts*, p. 159.
11. Best, Harold, *Music Through the Eyes of Faith* [La música a través de los ojos de la fe], HarperSanFrancisco, San Francisco, 1993, p. 40.
12. El agradecimiento es una virtud cristiana fundamental que es esencial para el alma saludable. Yo comento esto más detenidamente en mi libro *The Glorious Pursuit: Embracing the Virtues of Christ* [La búsqueda gloriosa: Abrazar las virtudes de Cristo], NavPress, Colorado Springs, 1988.
13. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 215.
14. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 216.
15. Hart, Thomas N., *Living Happily Ever After: Toward a Theology of Christian Marriage* [Vivir feliz para siempre: Hacia una teología del matrimonio cristiano], Paulist, New York, 1979, p. 44.
16. Lewis, *The Screwtape Letters*, p. 102.
17. Lewis, *The Screwtape Letters*, pp. 102-03.
18. Nahmanides, *The Holy Letter*, p. 116.
19. Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality*, p. 75.
20. Véase el comentario en Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality*, p. 150.

21. Whitehead and Whitehead, *A Sense of Sexuality*, p. 151.
22. Trueblood, Elton, *The Humor of Christ* [El humor de Cristo], Harper & Row, New York, 1964, p. 32.
23. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 28.

#### **Capítulo doce: Sagrada presencia**

1. Evelyn Eaton Whitehead and James D. Whitehead, *Marrying Well: Stages on the Journey of Christian Marriage* [Casarse bien: Pasos para la jornada del matrimonio cristiano], Doubleday, New York:, 1983, p. 187.
2. Fénelon, *Christian Perfection*, p. 4
3. Brother Lawrence, *Practicing the Presence of God* [Practicar la presencia de Dios], traducción de John J. Delaney, Doubleday, New York, 1977.
4. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 61.
5. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 89.
6. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 99.
7. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 101.
8. Allender and Longman lo expresaron mejor: «Dios no llena exclusivamente el corazón humano. Él hizo la humanidad de manera que necesitara más de sí mismo. Es incomprensible la asombrosa humildad de Dios para hacer algo que no se hizo para que estuviera plenamente satisfecha con el Creador y la creación», *Intimate Allies*, p. 146.
9. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 161.
10. Allender and Longman, *Intimate Allies*, p. 78.
11. Yo comento esto con más detalles en mi libro *The Glorious Pursuit*.

#### **Capítulo trece: Misión sagrada**

1. Bonhoeffer, Dietrich, *Letters and Papers from Prison* [Cartas y papeles de la prisión], Macmillan, New York, 1972, pp. 347-48.
2. De Sales, *Thy Will Be Done* [Que sea hecha tu voluntad], p. 20.
3. De Sales, *Thy Will Be Done*, p. 46.
4. De Sales, *Thy Will Be Done*, pp. 47-48.
5. De Sales, *Thy Will Be Done*, p. 85.
6. Moltke, Count Helmuth James von, *A German of the Resistance: The Last Letters of Count Helmuth James von Moltke* [Un alemán de la resistencia: Las últimas cartas de Count Helmuth James von Moltke], Oxford University Press, London, 1946, p. 51.
7. Citado en Anatoli Boukreev y G. Weston DeWalt, *The Climb* [El ascenso], St. Martin's, New York, 1997, p. 142.
8. Piper, *The Biblical View of Sex and Marriage*, p. 78.

#### **Epílogo: La santa pareja**

1. Yelchaninov, Alexander, *Fragments of a Diary: 1881-1934* [Fragmentos de un diario: 1881-1934] en *A Treasury of Russian Spirituality* [Un tesoro de la espiritualidad rusa], citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 53.
2. Citado en Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 24.
3. Oliver, *Conjugal Spirituality*, p. 75.

---

Para obtener información acerca del *Center for Evangelical Spirituality* [Centro para la espiritualidad evangélica], escriba a:

*Center for Evangelical Spirituality*  
P.O. Box 29417

Bellingham, WA 98228-1427  
[GLT3@aol.com](mailto:GLT3@aol.com)  
[www.garythomas.com](http://www.garythomas.com)

# GUÍA DE DISCUSIÓN

## Capítulo 1: El mayor reto del mundo

1. ¿Por qué decidió casarse (o por qué quiere casarse)? ¿Es esto una razón bíblica?
2. ¿Cómo cree que la mayoría de los cristianos describirían el propósito del matrimonio?
3. ¿Le animó o desanimó la premisa del autor cuando dice que el matrimonio es un crisol en el que podemos aprender más acerca de nosotros mismos y acerca de Dios? ¿Cuál ha sido su experiencia personal en cuanto a esto?
4. ¿Qué cree de la crítica de Gary acerca del amor romántico como la base, o medida del éxito, para el matrimonio? ¿Cómo ha cambiado su actitud hacia el amor romántico a través del tiempo?
5. ¿Está de acuerdo con Gary en que, en un sentido, las personas modernas «piden demasiado del matrimonio»? Si es así, ¿de qué manera?
6. ¿Qué te ha revelado tu matrimonio acerca de tu actitud pecadora, tu conducta egoísta y otros defectos de tu carácter? ¿Por qué crees que el matrimonio saca a relucir tantos asuntos del carácter?
7. Gary dice que Dios es el Único que nos puede satisfacer por completo, no nuestro cónyuge. Si esto es así, ¿qué contribución hace la pareja a nuestra vida?
8. ¿Cómo reaccionas ante la idea de que tal vez Dios diseñó el matrimonio para hacernos santo más que para hacernos felices?

## Capítulo 2: Hallemos a Dios en el matrimonio

1. ¿Qué aspecto, situación, o elemento de tu matrimonio te ha enseñado más en cuanto a cómo Dios nos ama?
2. ¿Cómo un esposo desanimado puede aplicar directamente la amonestación de Gary para buscar a Dios en medio de las desilusiones en lugar de obsesionarnos acerca del fallo del cónyuge? ¿Cuál ejercicio mental tu sugerirías?
3. ¿Recuerdas alguna analogía que Gary no mencionara acerca de cómo el matrimonio revela a Dios y su amor al mundo?
4. Gary contrasta un punto de vista del matrimonio centrado en el humano (quedarse en su lugar mientras nuestros deseos y expectativas se satisfagan) y el punto de vista centrado en Dios (perseverar en el matrimonio porque

trae gloria a Dios y señala un mundo pecaminoso a un Creador reconciliador). ¿Qué te motiva más a mantener y preservar tu compromiso matrimonial?

5. Según tu experiencia marital, ¿lo que más te motiva es lo que te hace feliz o lo que agrada a Dios? ¿Cómo pueden las iglesias apoyar y animar esta última motivación que es superior?
6. ¿Cuál aspecto del carácter de Dios es el que más te gustaría que tu matrimonio revelara al mundo? ¿Cómo podrías lograrlo?

### **Capítulo 3: Aprendamos a amar**

1. Compara y contrasta el sentido que por lo general nuestra cultura da a la palabra amor con la manera en que la define la Biblia.
2. Comenta algunas de las maneras en que el matrimonio parece estar especialmente diseñado para enseñarnos cómo amar.
3. Si alguien tratara de describir tu amor por Dios basándose solamente en tu manera de amar a tu cónyuge, ¿cuál sería la conclusión de él o ella? Menciona una o dos cosas que tú podrías hacer que serviría a tu cónyuge, fortalecería tu matrimonio y complacería a Dios.
4. ¿Cuánto tiempo tú empleas pensando en cómo hacer feliz a tu cónyuge, en comparación con la cantidad de tiempo que tú empleas pensando qué tan bien te complace tu cónyuge? ¿Consideras que la respuesta está bien, o necesitas mejorar en este aspecto?
5. Comenta cómo el matrimonio puede revelar las pobres actitudes y prejuicios de los hombres acerca de las mujeres, y cómo también puede iluminar los críticos pensamientos de las mujeres acerca de los hombres. ¿Está tu matrimonio confrontando estos estereotipos, o está sufriendo por causa de estos? ¿Qué puedes hacer para descubrir y renunciar a estas actitudes negativas?
6. Dios nos ama a pesar de nuestros defectos. ¿Cómo nos enseña el matrimonio a amar a nuestro cónyuge a pesar de sus imperfecciones?
7. Tú y tu cónyuge son diferentes en muchas cosas. ¿Qué diferencias has aprendido a apreciar? ¿Cuáles todavía te molestan? ¿Podrías aprender algo de estas diferencias si tuvieras una mejor comprensión? ¿Cómo?

### **Capítulo 4: Santo honor**

1. ¿Cómo la falta de respeto o desprecio activo está afectando negativamente tu vida y la vida de tus hijos?
2. ¿Eres más apto para buscar «las evidencias de la gracia de Dios» en tu cónyuge, o es tu característica estar concentrado en los defectos de tu pareja? ¿Qué pasos prácticos podrías dar para elegir el respeto en lugar del

desprecio?

3. ¿Qué evidencias de gracia puedes ver en tu pareja cuando tomas un tiempo para verlas? ¿Cuáles son las cualidades personales de tu pareja y qué contribuciones brinda a tu vida por las cuales debes dar gracias a Dios con regularidad?
4. ¿Cuántos desacuerdos de tu matrimonio están enraizados en las diferencias de los géneros en comparación con los desacuerdos personales? ¿Cómo el reconocer tales distinciones mejora la calidad de tus relaciones?
5. ¿Cómo el tratar de comprender a nuestros cónyuges, en lugar de juzgarlos, nos ayuda a cumplir el mandamiento bíblico de respetarlo/a?
6. Comenta algunas de las maneras en que puedes honrar activamente a tu cónyuge.
7. ¿Cómo se beneficiaría tu matrimonio si tú y tu cónyuge mejoran en cuanto a mostrarse respeto el uno por el otro?
8. Gary escribe: «no estamos casados en el jardín del Edén, cuyos cuidados son innecesarios; estamos casados y viviendo en medio de muchas responsabilidades que compiten por usar nuestras energías». A la luz de esto, ¿crees tú estarle dando a tu cónyuge suficiente comprensión y libertad de acción?

### **Capítulo 5: El abrazo del alma**

1. ¿Conoces algún matrimonio que parezca tener un éxito en la oración que no es común? Si es así, ¿qué se destaca acerca de sus hábitos de oración?
2. ¿Se ha obstaculizado tu vida de oración debido a actitudes negativas hacia tu cónyuge? ¿Hay alguna actitud negativa que hoy obstaculiza tu vida de oración?
3. Gary escribe: «Se nos dice que si queremos tener un matrimonio más sólido, debemos mejorar nuestra vida de oración. Pero Pedro nos dice que *debemos mejorar nuestro matrimonio para que podamos mejorar nuestra vida de oración*». ¿Cómo puedes imaginar que tu vida de oración mejorará si tu matrimonio fuera más semejante a lo que Dios desea?
4. ¿Cómo podrías decir que la calidad y cantidad de actividad sexual en tu matrimonio afecta la manera en que oras? O, ¿la manera en que ora tu cónyuge?
5. Gary escribe: «La disensión es un gran homicida de la oración. Visto desde esa perspectiva, la institución del matrimonio está diseñada para forzarnos a ser reconciliadores. Ese es el único modo en que podremos sobrevivir espiritualmente». ¿Cuán bien tú y tu cónyuge resuelven los desacuerdos a su debido tiempo? ¿Qué sucede con tus oraciones cuando estás bravo/a con tu cónyuge?

6. ¿Qué ideas acerca de la actividad sexual y la oración te intrigan más? ¿Qué otros aspectos de estar casada pueden contener lecciones «escondidas» acerca de la oración? ¿Cómo tu matrimonio te ha ayudado a desarrollar tu vida de oración?

### **Capítulo 6: ¿Cómo nos purifica el matrimonio?**

1. ¿Qué fue lo que más te sorprendió acerca de tu propio pecado durante el primero o segundo año de matrimonio?
2. ¿Cuál es tu reacción general ante la idea de que Dios desea usar tu matrimonio para exponer tu pecado y ayudarte a crecer por causa de esto?
3. ¿Es tu matrimonio un lugar seguro para revelar tu pecado? ¿Cómo puede ofrecer más apoyo en este aspecto?
4. ¿Cómo el comentario de Gary «Las parejas no dejan de amarse tanto como dejan de arrepentirse» nos ayudaría a restaurar un matrimonio problemático?
5. ¿Estás de acuerdo con Gary en que «muchas de nuestras insatisfacciones maritales realmente surgen del odio hacia nosotros mismos»? ¿Cómo podemos evitar la mentalidad “huir» de lo que hemos hecho o lo que hemos llegado a ser en lugar de usar nuestro matrimonio para resistir el pecado que se reveló?
6. ¿Por qué crees que a menudo los cónyuges temen confesar sus pecados o admitir sus faltas? ¿Qué es necesario que suceda en nuestros matrimonios para que sea seguro ser más transparente? (O, ¿qué es cierto en tu matrimonio que puede ayudarte a ser transparente?)
7. Identifica las dos debilidades principales que tienes con tu manera de relacionarte con su pareja. ¿Cuáles son las virtudes positivas que son opuestas a la moral/espiritual de estas dos debilidades (por ejemplo, dureza/gentileza, crítica/ánimo)? ¿En cuál trabajarás durante esta semana?
8. ¿Alguna vez usaste tu conocimiento de la debilidad de tu pareja para abochornarlo/a o castigarlo/a? ¿Cómo pudiste usar esa situación para apoyar a tu cónyuge y animarlo a crecer espiritualmente?

### **Capítulo 7: La historia sagrada**

1. ¿Cómo entender la historia de Israel con Dios (tiempos de celebración, ira, infidelidad y silencio) ayuda a la pareja a desarrollarse en todas las estaciones del matrimonio? ¿Qué lecciones aprendiste que te ayudarán a encarar las estaciones de “ira” o «silencio»?
2. ¿Estás de acuerdo con Gary en que «vivimos en una nación de desertores»? ¿Cómo puede la iglesia enseñar con más eficiencia los beneficios de la perseverancia al dirigirse a dicha cultura?

3. ¿Qué ves como la relación entre la perseverancia y la santidad personal? ¿Qué «mensajes» de la vida moderna son hostiles a la perseverancia y la santidad?
4. ¿Cómo el concepto de la perseverancia y persistencia pueden ayudarte a ser paciente con el desarrollo de la santidad de tu cónyuge?
5. ¿Qué perderías si la historia sagrada de tu matrimonio terminara? ¿Qué perdería tu cónyuge? ¿Tus hijos? ¿Tu iglesia?
6. Emplea algún tiempo hablando con tu cónyuge acerca de cuáles historias deben ir en la historia sagrada de tu matrimonio, para contarla a tus hijos, familiares y amigos.
7. Comenta cómo respetar y contar la historia sagrada de tu matrimonio pueden fomentar la comunidad con otras parejas que conozcas.
8. ¿Cómo puedes hacer que la idea de la eternidad y sus recompensas sean una motivación práctica para perseverar en la faena diaria de la vida matrimonial?
9. ¿Cómo quieres que la gente describa tu matrimonio en tu 50 aniversario?

### **Capítulo 8: La lucha sagrada**

1. ¿A quién admiras por la manera de manejar las dificultades en su matrimonio? ¿Qué admiras más en estos individuos?
2. ¿Cuál es la diferencia entre una lucha marital productiva, espiritualmente provechosa y la lucha debilitante en el matrimonio? ¿Cómo la dificultad en tu matrimonio produce resultados positivos?
3. Cómo contestaste la pregunta de Gary: «¿Preferiría yo vivir una vida fácil y cómoda y continuar siendo inmaduro en Cristo, o deseo estar sazonado con el sufrimiento si al hacerlo así estoy conformado a la imagen de Cristo?»
4. Gary dice que para tener un buen matrimonio «hace falta luchar; usted debe crucificar su egoísmo, a veces confrontar y otras veces confesar». ¿Crees que esto es exagerado? ¿Hay alguna excepción? ¿Cómo esta creencia brinda una perspectiva para las parejas que están pasando tiempos difíciles?
5. ¿Cómo puede «liberarnos» la pena, como escribió Anne Morrow Lindbergh? ¿Cómo podemos animarnos unos a otros, como urge Anne, para añadir «lamento, comprensión, paciencia, amor, disposición y voluntad de seguir siendo vulnerables» ante nuestras desilusiones y penas?
6. ¿Crees que Abraham Lincoln y Anne Morrow Lindbergh podrían haber logrado lo que lograron si ambos hubieran tenido matrimonios fáciles? ¿Por qué o por qué no?
7. ¿Cómo la creencia cristiana en el cielo motiva a las parejas a perseverar?
8. ¿Cómo crees que Dios puede usar las dificultades específicas en tu

matrimonio para refinar tu carácter y prepararte para un futuro ministerio?

9. ¿Por qué las dificultades y los sufrimientos son inevitables en cada matrimonio? ¿Qué sucedería si huyéramos de estas? ¿Qué sucede si las encaramos directamente?
10. ¿Tú y tu cónyuge encaran las dificultades en el matrimonio de una manera diferente? ¿Qué puedes aprender de la estrategia de tu cónyuge? ¿Qué puede aprender tu cónyuge de tu estrategia?

## **Capítulo 9: Cáigase hacia adelante**

1. Donald Harvey argumenta que las relaciones íntimas «son el resultado del planeamiento. Estas se edifican. El sentido de unión que viene con la cercanía espiritual genuina no ocurrirá por casualidad”. Durante el año pasado, ¿cuánto pensaste, oraste y te esforzaste para edificar una «cercanía espiritual sincera»?
2. ¿Qué te hace pensar que tu cónyuge está «cayendo hacia adelante” hacia ti? ¿Qué le hace pensar a tu cónyuge que tú estás «cayendo hacia adelante» hacia él/ella?
3. ¿En qué escenario te es más difícil desarrollarte hacia tu cónyuge: intimidad física, intimidad emocional o intimidad espiritual? Pregúntale a tu cónyuge qué puedes hacer para mejorar el aspecto más débil.
4. ¿Qué puedes acomodar en tu matrimonio para fomentar un compañerismo más profundo e íntimo?
5. ¿Hay un «gabinete de archivos” en las «confesiones» de tu matrimonio? ¿Qué tienes que hacer para perdonar a tu cónyuge y deshacerte de tu gabinete para archivar?
6. El matrimonio cristiano espera que tú des «el don de ti mismo» a tu pareja. ¿Cuáles son algunas maneras en las que tú creas que tu cónyuge verdaderamente quiere recibirte? ¿Cómo puedes dar más de ti en estas formas?
7. El compañerismo se fomenta con tres prácticas espirituales: aprender a no huirle al conflicto, aprender cómo llegar a un acuerdo y aceptar las debilidades de tu pareja. ¿Cuál de estas disciplinas es para ti la más fuerte? ¿La más débil? ¿Qué puedes hacer para reforzar las fuertes y vencer las más débiles?
8. ¿Dónde fallas en el espectro de huir de los conflictos para ser brutalmente fuerte durante el conflicto? ¿Qué puedes hacer para lograr una reacción más saludable?
9. ¿Dirías que en tu pasado tú fuiste un cónyuge que «cayó hacia adelante” o uno «que se alejaba» después que te ofendían? Basados en la enseñanza de aquí, ¿qué pasos puedes tomar para aprender cómo caer hacia adelante?

¿Qué puedes hacer para facilitarle más a tu esposo caer hacia adelante?

### **Capítulo 10: Hazme un siervo**

1. ¿Cuándo fue la última vez que amaste a tu esposo de una manera tal que te costó algo? ¿Qué puedes hacer por tu cónyuge durante los próximos días que llene este grado de amor?
2. ¿Estarías de acuerdo con Dietrich Bonhoeffer en que la disciplina y la auto negación marcan «El matrimonio cristiano»? ¿Cómo este punto de vista se compara o contrasta con la visión que tuviste antes de casarte?
3. Kathleen y Thomas Hart escriben acerca del «misterio pascual del matrimonio: el proceso de morir y resucitar como patrón de vida para las personas casadas». ¿Para qué tu matrimonio te llama a morir? ¿Para qué te estará llamando a resucitar?
4. Cuando recuerdas por qué decidiste casarte, ¿fueron tus motivos más egoístas que desinteresados? ¿De qué manera? ¿Cómo ha cambiado (o necesita cambiar) esto?
5. ¿A veces consideras difícil permitir que tu cónyuge te sirva para así servirle a él/ella? ¿Qué puedes hacer para progresar en este aspecto?
6. ¿Cuáles son algunos de los mensajes del mundo para los hombres que les impiden servir a sus esposas? ¿Cuáles son algunos de los mensajes del mundo para las mujeres que les impiden servir a sus esposos? ¿Cómo podríamos contrarrestar estos mensajes en nuestros matrimonios?
7. Cuando piensas en tu matrimonio, ¿estás de acuerdo en que tener un altercado por motivos de dinero y tiempo por lo general reflejan una demanda para «apropiarnos de nuestra vida en lugar de servir a los demás con nuestras riquezas y existencia?» ¿Cómo puedes usar tu dinero y tiempo para servir mejor a tu cónyuge?
8. ¿Se distingue tu actitud hacia las relaciones sexuales por tener una actitud de servicio o por querer ejercer el poder? ¿Qué puedes hacer para desarrollar madurez en este aspecto?
9. ¿Cuál sería el mayor beneficio en tu matrimonio si tú y tu cónyuge llegaran a ser mejores siervos el uno del otro?

### **Capítulo 11: Santos sexuales**

1. ¿De qué maneras tu pasado ha tenido un impacto negativo en tu sexualidad matrimonial? ¿Cómo buscar consejo o cuidado espiritual te pudiera ayudar a lidiar con este pasado?
2. ¿Te sorprendió la afirmación de Gary respecto a que «Dios no cierra sus ojos cuando las parejas casadas se van a la cama?» ¿Cómo te hace sentir esto? Considera orar con tu cónyuge, específicamente para dar gracias a

Dios por el don de la intimidad sexual.

3. ¿El sexo ha sido más una carga que una bendición en tu matrimonio? ¿Siempre fue así? Si no, ¿qué pudo haber cambiado y por qué?
4. ¿Cuán bien has podido «cultivar» los apetitos santos? ¿Cómo puede esto afectar tu intimidad física?
5. ¿La vergüenza te impide dar lo que debes dar a tu cónyuge? ¿Qué es algo pequeño que puedes hacer para comenzar a confrontar este egoísmo?
6. ¿Cuánto crees que el egoísmo afecta la generalidad de las parejas casadas en cuanto a su vida sexual? ¿De qué maneras puede una actitud de servicio transformar la experiencia de la sexualidad marital?
7. ¿Cómo la gratitud por la experiencia sexual en el matrimonio puede ayudar a una pareja a vencer la culpa acerca de experiencias sexuales sucedidas antes del matrimonio?
8. De acuerdo a Gary: «La abstinencia no es un callejón sin salida o un punto muerto, es una larga entrada a la pista ... No estoy diciendo *no* sino más bien *espera*». ¿Qué puedes aprender del ritmo de la abstinencia y disfrute inherente en la expresión matrimonial sexual? ¿En otros aspectos de la vida matrimonial? ¿En la vida en general?
9. ¿Cómo estás creciendo en el lado espiritual de tu sexualidad (generosidad y servicio)? ¿Qué te gustaría que llegara a ser más cierto de ti? ¿Qué te gustaría que dejara de ser verdaderamente cierto en ti?
10. ¿Qué es algo que pudieras hacer en el próximo mes para demostrar a tu cónyuge tu deseo de crecer en el aspecto de la intimidad física?

## **Capítulo 12: Sagrada presencia**

1. ¿Cómo un esposo y su esposa pueden tomar más consciencia al invitar la presencia de Dios en su matrimonio?
2. ¿Lo que has dicho invita la presencia de Dios en tu hogar, o lo están alejando?
3. ¿Alguna vez experimentaste «el silencio malicioso» en tu matrimonio? ¿Cómo ofende esto a Dios?
4. ¿Cómo el escuchar invita la presencia de Dios en tu hogar?
5. ¿Cómo la falta de satisfacción marital nos recuerda nuestra necesidad de tener compañerismo con Dios?
6. ¿Estás de acuerdo con Gary cuando él escribió: «He descubierto ... que mi satisfacción o insatisfacción en mi matrimonio tiene mucho más que ver con mi relación con Dios que con mi relación con [mi esposa]?» ¿Cómo es esto?
7. ¿Cómo tu cónyuge refleja una calidad de Dios que de alguna forma a ti te falta? ¿Qué puedes aprender de esto?

8. Gary sugiere que si nuestro pastor viviera con nosotros, en su presencia trataríamos a nuestro cónyuge diferente, sin embargo, ¡Dios siempre está presente! ¿Cómo podemos llegar a estar más consciente de la presencia de Dios, creando un ambiente de más cuidado y ánimo en el hogar?
9. Gary advierte: «En toda la historia de la raza humana no ha habido un solo matrimonio que pudiera llenar un alma que se haya desprovisto de propósito a través de una vida no creativa». ¿Las muchas ocupaciones de la vida te impiden comprometerte por completo en crear una familia unida? ¿Qué puedes hacer para llegar a ser más creativo/a en tu familia?
10. «La familia que disfrute la presencia de Jesús como una parte acostumbrada de su unión es una familia que está unida precisamente porque el esposo y la esposa desean invitar a Jesús a entrar en las partes más profundas de su matrimonio». ¿Cuáles son algunas de las partes más profundas de tu matrimonio en la que nunca pensaste en invitar a Jesús? ¿Qué tendrías que hacer para invitarlo? ¿Cuáles serían las implicaciones de este paso?

### **Capítulo 13: Misión sagrada**

1. Antes de casarte, ¿qué sentiste que Dios quería hacer con tu vida? ¿Cuál era la misión de la vida de tu pareja antes de casarse contigo? ¿Cómo el matrimonio ha afectado estas misiones de la vida? ¿Cómo te sientes en cuanto a esto?
2. ¿De alguna manera has hecho lo que Gary llama «el fraude espiritual», aceptar casarse pero después de la boda actuar como un hombre o una mujer soltero/a? ¿Qué necesitas hacer para renunciar a esto?
3. ¿Cómo podemos encontrar el balance correcto entre la fidelidad a nuestro llamado y la infidelidad a nuestros votos matrimoniales?
4. ¿Crees que la ambición tuya o de tu cónyuge pueda estar sofocando tu relación? Si es así, comenten la mejor manera de confrontar esto.
5. Considera con honestidad cómo una ambición temprana, que se ha satisfecho, puede hacerte daño a ti o a tu matrimonio.
6. ¿En qué ministerios de la iglesia o en tu comunidad estás comprometido/a? ¿En qué ministerios está comprometido/a tu cónyuge? ¿Cuáles hacen juntos? ¿Es tu matrimonio más saludable (o débil) por servir en contextos fuera de tu hogar?
7. Considera los efectos que pueden tener estas etapas de la vida familiar en un ministerio:
  - recién casados, sin hijos
  - casados con niños pequeños
  - criando adolescentes
  - nidos vacíos¿Cuáles son las ventajas y desafíos de cada fase de la vida en relación con llevar a cabo su llamamiento ministerial?

8. ¿Qué crees que pasaría en un matrimonio si la pareja solo se enfocara en su satisfacción emocional mutua y se excluyera de cualquier compromiso o servicio en la obra de Dios?
9. ¿Cómo el matrimonio se ha moldeado y fortalecido por la manera en que tú te has involucrado en el ministerio?

**Epílogo: La santa pareja**

1. ¿Te comprometerías a orar, por lo menos varias veces en la semana: «Señor, cómo puedo amar a mi cónyuge hoy como si a ella (o a él) nunca lo hubieran amado?»
2. ¿Qué te apela acerca del desafío de Gary de convertirte en una «pareja santa» con tu cónyuge? ¿Qué te preocupa acerca de este desafío?
3. A medida que consideras todo lo que leíste, menciona uno o dos aspectos que más te ayuden a comenzar a rehacer tu matrimonio para que sea uno que honre a Dios.

## About the Author

Gary Thomas es autor galardonado. Sus libros se han traducido a once idiomas e incluyen Sacred Pathways, Sacred Influence, Holy Available, y el ganador del Medallón de Oro Fe Auténtica. El autor tiene un máster de la Universidad Regent y un doctorado honorífico del Seminario Western de Portland, Oregón, en donde sirve como catedrático adjunto. Reside con su esposa e hijos en el estado de Washington

“Visit [www.AuthorTracker.com](http://www.AuthorTracker.com) for exclusive information on your favorite HarperCollins author.”

## RECONOCIMIENTOS

Primero quisiera agradecer a todos los que contribuyeron ofreciendo sus historias a mi esfuerzo en escribir este libro. Debido a que algunos de ustedes, por razones personales, desean permanecer en el anonimato, así como también los abogados de la compañía publicadora desean que otros de ustedes permanezcan en la misma situación, no puedo mostrar mi gratitud a cada uno de ustedes individualmente, pero sí estoy profundamente agradecido.

Zondervan me ha servido extremadamente bien cumpliendo con este propósito. John Sloan realizó un trabajo formidable al mantener el libro enfocado y bien estructurado; Dick Buursma aportó una de las experiencias más satisfactorias de copia y edición que jamás haya tenido; he apreciado mucho ese don que me dirigió a usar palabras más precisas, y su determinación para que a pesar de todo yo preservara mi voz; John Topliff, director de mercadeo, ha sido un tremendo aliento para mí.

También quisiera agradecerle a mi agente, Scott Waxman, por presentarme a Zondervan; a Rob y Jill Takemura por su amistad tanto práctica como espiritual (no sé cómo Lisa y yo nos las arreglamos cuando no vivíamos a media manzana de ustedes); a mi pastor, el doctor Bob Stone, cuyo aliento y enseñanzas continúan inspirándome y desafiándome; a Carolyn McCulley, de PDI (por sus siglas en inglés), a quien aprecio tanto por sus referencias, introducciones y amistad; a Gene Breitenback por sus comentarios brillantes y su paciencia con un escritor no diestro en la tecnología moderna como yo, que trata de sobrevivir en un mundo en el cual la internet impera cada vez más; y a mis hijos —Allison, Graham y Kelsey— por sus risas, caricias, oraciones y observaciones que iluminan mi vida (y por permitir que *algunas* de sus historias entretengan a los demás).

Finalmente, a una mujer incomparable en cuya compañía he vivido este libro. La he probado y ella me ha probado también; he pecado contra ella y buscado su perdón; hemos reído juntos, orado juntos y concebido hijos juntos. Lisa, te adoro cada día más. No puedo concebir la vida sin ti. Gracias por compartir esta vida conmigo. Tu personalidad ha colocado la celebración en nuestro matrimonio; tu fe la ha hecho sagrada. Eres realmente un tesoro.

---

---

*La misión de Editorial Vida es ser la compañía líder en comunicación cristiana que satisfaga las necesidades de las personas, con recursos cuyo contenido glorifique al Señor Jesucristo y promueva principios bíblicos.*

---

---

**MATRIMONIO SAGRADO**

Edición en español publicada por

© 2011 por Gary L. Thomas

All rights reserved under International and Pan-American Copyright Conventions. By payment of the required fees, you have been granted the non-exclusive, non-transferable right to access and read the text of this e-book on-screen. No part of this text may be reproduced, transmitted, down-loaded, decompiled, reverse engineered, or stored in or introduced into any information storage and retrieval system, in any form or by any means, whether electronic or mechanical, now known or hereinafter invented, without the express written permission of Zondervan.

Epub Edition © AUGUST 2011 ISBN: 978-0-829-73026-5

---

---

Originally published in the U.S.A. under the title:

*Sacred Marriage*

Copyright © 2000 por Gary L. Thomas

Published by permission of Zondervan, Grand Rapids, Michigan 49530

---

---

Traducción: *Edith Cabauy*

Edición: *Elizabeth Fraguela M.*

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. A MENOS QUE SE INDIQUE LO CONTRARIO, EL TEXTO BÍBLICO SE TOMÓ DE LA SANTA BIBLIA NUEVA VERSIÓN INTERNACIONAL. © 1999 BÍBLICA INTERNACIONAL.

ISBN: 978-0-8297-3025-8

CATEGORÍA: Vida cristiana / Matrimonio

IMPRESO EN ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

11 12 13 14 15 16 ❖ 6 5 4 3 2 1

## About the Publisher

Founded in 1931, Grand Rapids, Michigan-based Zondervan, a division of HarperCollins*Publishers*, is the leading international Christian communications company, producing best-selling Bibles, books, new media products, a growing line of gift products and award-winning children's products. The world's largest Bible publisher, Zondervan ([www.zondervan.com](http://www.zondervan.com)) holds exclusive publishing rights to the *New International Version of the Bible* and has distributed more than 150 million copies worldwide. It is also one of the top Christian publishers in the world, selling its award-winning books through Christian retailers, general market bookstores, mass merchandisers, specialty retailers, and the Internet. Zondervan has received a total of 68 Gold Medallion awards for its books, more than any other publisher.



---

---

## Share Your Thoughts

**With the Author:** Your comments will be forwarded to the author when you send them to [zauthor@zondervan.com](mailto:zauthor@zondervan.com).

**With Zondervan:** Submit your review of this book by writing to [zreview@zondervan.com](mailto:zreview@zondervan.com).

---

---

## Free Online Resources at [www.zondervan.com/hello](http://www.zondervan.com/hello)



**Zondervan AuthorTracker:** Be notified whenever your favorite authors publish new books, go on tour, or post an update about what's happening in their lives.



**Daily Bible Verses and Devotions:** Enrich your life with daily Bible verses or devotions that help you start every morning focused on God.



**Free Email Publications:** Sign up for newsletters on fiction, Christian living, church ministry, parenting, and more.



**Zondervan Bible Search:** Find and compare Bible passages in a variety of translations at [www.zondervanbiblesearch.com](http://www.zondervanbiblesearch.com).

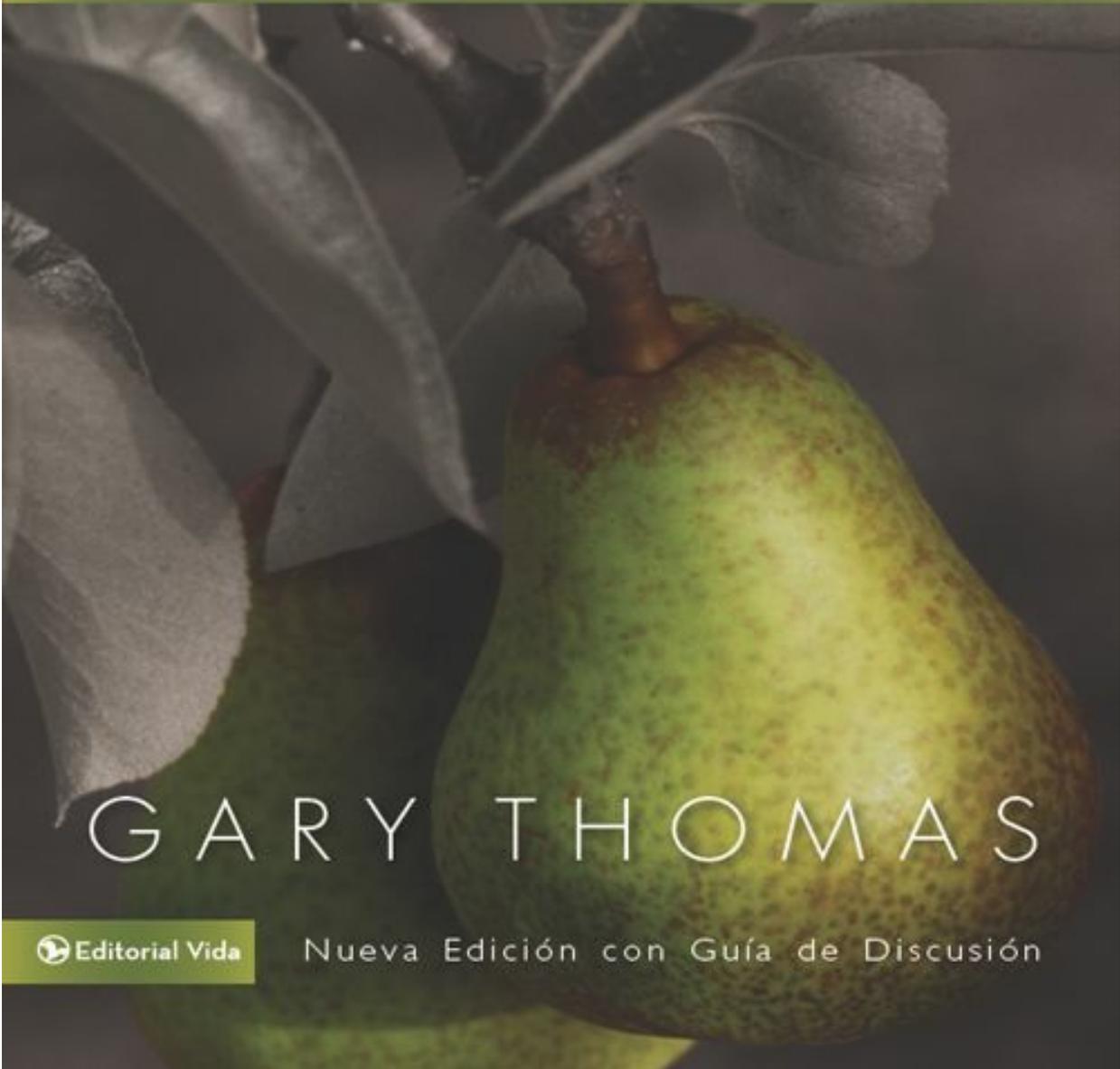


**Other Benefits:** Register yourself to receive online benefits like coupons and special offers, or to participate in research.



# MATRIMONIO SAGRADO

DISEÑADO POR DIOS, NO SOLO PARA HACERNOS  
FELICES, SINO PARA ACERCARNOS MÁS A ÉL.



GARY THOMAS

 Editorial Vida

Nueva Edición con Guía de Discusión